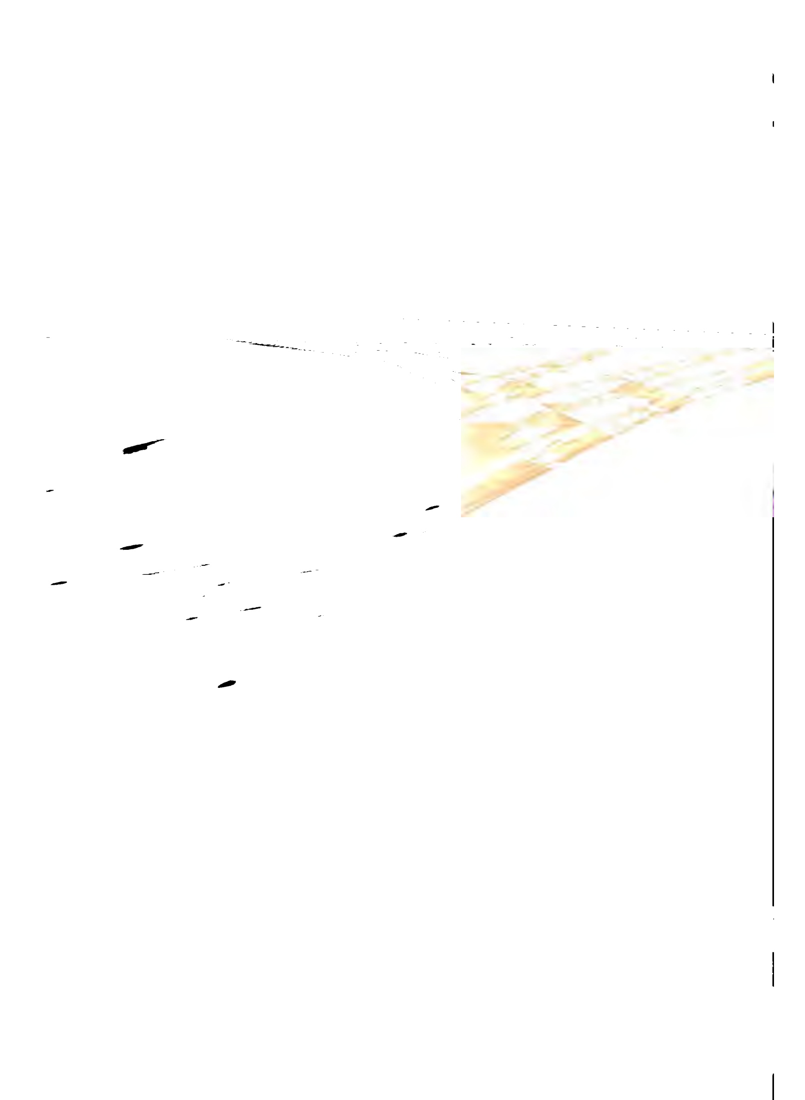
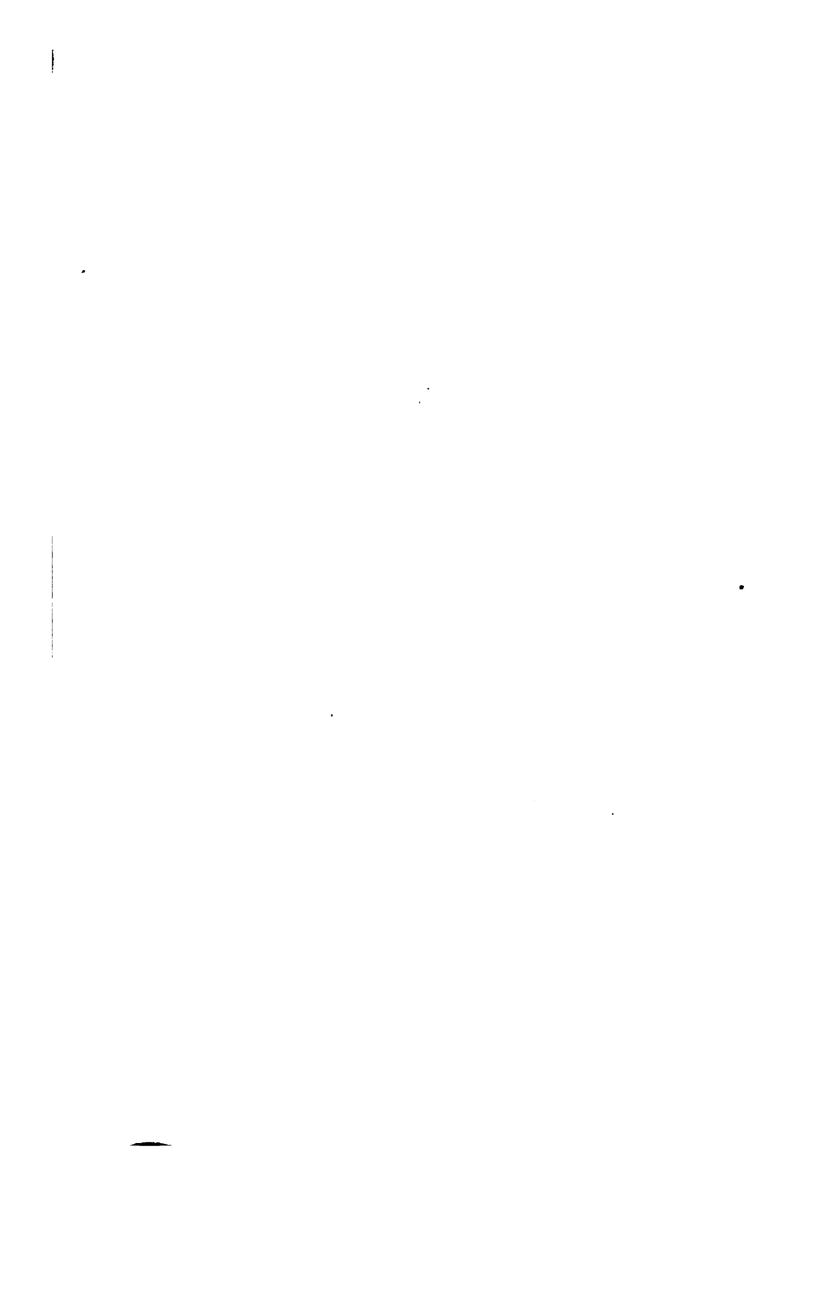






OBRAS

DEL LIC.

ALFONSO M. MALDONADO

TOMO I

CUENTOS Y NARRACIONES

MEXICO

IMP. DE V. AGUE[illegible]
Primera Calle de [illegible]

1908

BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS

NOVELISTAS



Alfonso M. Maldonado


BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS
62
OBRAS
DEL LIC.
ALFONSO M. MALDONADO
TOMO I
CUENTOS Y NARRACIONES
VA
MEXICO
IMP. DE V. AGUEROS, EDITOR
Primera Calle de Mesones
1908

PRIMERA PARTE



DATOS BIOGRAFICOS DEL AUTOR

El Sr. Don Alfonso M. Maldonado nació en la ciudad de Puebla el 21 de Noviembre de 1849.

A la edad de nueve años comenzó sus estudios en el Colegio Seminario de la misma ciudad, y en él hizo toda su carrera, con excepción de los años tercero y cuarto de leyes, que los estudió en el Colegio del Estado. Hizo su práctica con el señor Licenciado Don Félix Béiztegui, y se recibió de abogado en la Escuela de Jurisprudencia de México, en Diciembre del año de 1871.

Comenzó á servir en la administración de justicia en el año de 1877 y ha desempeñado los siguientes empleos:

En Puebla, en los años de 1877 y 1878, fué Procurador de Primera Instancia en los

Distritos de Cholula, Atlixco y Huejotzingo. De principios de 1879 á fines de 1880, fué Juez de Primera Instancia en el Cantón de Zongolica y secretario del Tribunal Superior del Estado de Veracruz.

De Septiembre de 1880 á Mayo de 1890, fué Juez de Primera Instancia en la ciudad de Tlaxcala, y durante dos meses, desempeñó igual empleo en el Distrito de Tlaxco del propio Estado de Tlaxcala

De Julio de 1890 á Enero de 1892, fué Juez primero de Primera Instancia en la ciudad de Puebla.

En Junio de 1892 fué nombrado Juez del Distrito de Tepexi (Puebla), y estuvo en aquella población hasta Febrero de 1893, en que volvió á Puebla á servir el Juzgado tercero de lo Civil.

En Agosto de 1893 entró al Tribunal Supremo como Magistrado propietario, y sirvió ese puesto durante doce años, seis de ellos en la Sala de lo Penal y seis en la de lo Civil.

De Febrero de 1905 á Diciembre del mismo año, desempeñó el empleo de Juez de Distrito de la Baja California, con residencia en la Ensenada.

Desde de Diciembre de 1905 hasta la fe-

cha, es Magistrado del Tribunal Superior de Justicia del Territorio de la Baja California.

En el año de 1886 fué miembro de la Comisión encargada de fijar los límites entre los Estados de Puebla y Tlaxcala.

Formó parte de la Comisión que hizo los Códigos de Tlaxcala, y fué el encargado de redactar el Código Civil.

Es socio fundador de la Academia de Legislación y Jurisprudencia de Puebla y socio correspondiente de la Academia de Legislación y Jurisprudencia de México, correspondiente de la Real de Madrid.

PROLOGO

El Sr. Lic. Don Alfonso Maldonado, mi amigo, ha escrito un libro que (si mi cariño por el autor y por el género de estudios que cultiva, no me engañan) será gustado y aplaudido por cuantos aman las buenas letras y las cosas del país. Narración de sucesos históricos, descripción de usos y costumbres, desaparecidos ya, retratos de tipos y personajes que ejercieron ó no influencia en los sucesos de carácter público, pero que, de seguro, vivieron vida real é intensa, y todo salpicado con un buen golpe de observaciones, al parecer bonachonas é inocentes, pero en el fondo incisivas y agudas, constituyen el resumen del lindo trabajo que hoy sale á luz, amparado—aunque no lo ha menester mucho ni poco—con estas líneas.

El señor Maldonado es un observador fino y despierto; ama á su tierra con amor intenso y hondo, pero razonado y discreto; guarda como oro en puño lo que vió ú oyó contar en sus mocedades; y ahora, en "este que el vulgo llama estilo llano," nos lo relata con tal abundancia de detalles y tal fuerza de colorido, que el tomo nos sabe á poco, y extrañamos y deploramos que tan presto se acabe. En fin, y para valerme de una expresión vulgar, pero gráfica: nos quedamos á media miel.

No se necesita ser viejo para comprender lo que va de ayer á hoy; ayer, encastilladas las gentes en la adoración y respeto de un pasado que no podía volver, aunque ellas se obstinaran en resucitarlo; hoy, empeñadas las clases directoras en olvidar y desdeñar todo cuanto no sea de última invención y procedente de fuera. Y la verdad es que ambos extremos resultan viciosos y perjudiciales. Oponerle á lo nuevo una muralla de China, es inútil, es nocivo, y es tonto; rechazar todo lo viejo, sólo porque lo sea, es ingrato, es inhumano, y es, quizá, más necio y más tonto que lo otro. Me reiría de quien saliera ahora á la calle, trajeado de peluquín y casacón; pero tendría por

un descastado al que se avergonzara de sus abuelos porque usaron estas prendas y no los zapatones y cuellos que ahora soportamos.

Nuestro país se transforma á gran prisa; las que fueron soledades en que pululaba el indio salvaje; los que fueron pasos temerosísimos en que no se aventuraban viandante ni campesino, sin riesgo inminente de perder la vida; los que fueron villorrios infectos saqueados por bandoleros y partidarios; los que fueron, en fin, casonas viejas, haciendas abandonadas, rancherías tristes y solas, ahora son Colonias riquísimas, estaciones de ferrocarril, por donde pasan diariamente docenas de trenes, repletos de riquezas, ciudades florecientes, lindos "chalets" y productivas fincas de campo. Parecería esto narración maravillosa ú obra de ensalmo y de prodigio, si no hubiera pasado por nuestra vista, y efectuádose en unos cuantos años. Admiremos esta prosperidad, y adhirámonos sin reserva al sistema que la produce; pero no olvidemos que, como decía el trágico más admirable de todos los tiempos: "los muertos mandan sobre los vivos," y que mientras más lleguemos á ser y á hacer en el curso de los tiempos, más obligación tenemos de

explotar los orígenes de la transformación que nos asombra.

Costumbres, tradiciones, cantos populares, cuentos, narraciones ingénuas é intencionadas, todo lo que constituye, en fin, esa rama tan digna de estudio que llaman ahora "folk lore," está perdida ó perdiéndose sin remedio. Algunos extranjeros doctos y observadores, como el discretísimo sueco Karl Lumholts, han profundizado el "México desconocido" entre los Tarahumaras, los Huicholes y los Coras; ese otro "México desconocido," el campesino, el indiano, el revolucionario, el sacerdotal, el monarquista, que existe en concreciones claramente perceptibles en el alma popular, nos toca estudiarlo á los mexicanos. Los cuentos de aparecidos, las alabanzas y los milagros de santos, las proezas de ladrones y gente de bronce, los apodos y motes con que se zaherían de lugar á lugar, las luchas de campanario entre vecinos, las entradas y salidas de "jurtones" y los deportes campestres, tienen muchísimo que estudiar, á fin de deslindarse lo que poseen de original y lo que guardan de pagadizo: lo que es indígena y lo que procede de España ó de sus Colonias.

Y lo que hace más difícil el estudio de

estas cosas, es que, á causa del aislamiento en que vivimos, cada región, cada Estado, y á veces cada lugar, constituyen un amplio campo de investigaciones. En unos puntos fueron los ascendientes indios belicosos y feroces; en otros, los naturales fueron tristes; aquí dieron la ley los andaluces; en ese lugar los extremeños; en el de más allá los vascos, ó los astures, ó los catalanes; y, naturalmente, se encuentran mezclas, cambios, variaciones y matices que mudan la faz de las cosas de modo radical.

Pocos puntos más dignos de estudiarse, bajo esos conceptos, que el Estado de Puebla. Su pasado colonial, su situación geográfica (escogida al parecer para constituirlo en núcleo de asonadas y pronunciamientos), su adhesión á los principios conservadores, sus leyendas, sus edificios, sus sitios pintorescos, y, sobre todo, su devoción al arte, son otros tantos tópicos capaces de inflamar la más torpe fantasía, y de solicitar el númen más enteco y apocado.

No son de esa laya, ciertamente, el númen y la fantasía del señor Lic. Maldonado, mi amigo: tiene, para describir cuadros de antaño, esa socarrería y esa sal que tan agradable nos parece en la

pluma del gran cronista Ricardo Palma; para narrar lances heróicos y truculentos, sabe revestirse de la majestad que requiere el asunto, sin apasionarse por un partido, sin aficionarse á él de una manera resuelta. El cuadro en que se relata el sitio llamado de Orihuela, es buena muestra del tino de mi amigo Maldonado para esta clase de trabajos, que exigen el "os magna sonaturum," que el poeta venusino preconizaba como "sumum" de habilidad literaria.

En fin, que en los cuadros donosos y en los tristes, en los de género y en los históricos, en los descriptivos y en las narraciones, el señor Maldonado se desenvuelve muy lindamente.

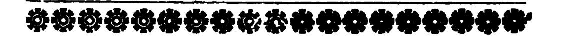
De mí, sé decir que me sentí lleno de placer al columbrar la inmensa cantidad de material que hay acumulada en la cantera que el autor ha empezado á explotar. Ojalá que pronto nos dé algo que, si es posible, exceda en interés á lo que ahora nos regala; y si tal cosa no le es dable, porque se lo impidan sus muchas y graves ocupaciones profesionales, quiera el cielo que, por lo menos, resulte el precursor de una série de poblanos entusiastas que se dediquen á sondear y escarbar en esa mina inagotable en que de-

be de haber enterradas muchas gemas riquísimas que vale la pena de sacar á la luz del mundo, para que esplendan lanzando irisados reflejos en la áurea montadura de una narración viva, galana y fácil.

Pero ya sea el señor Maldonado quien lleve á cabo la obra, ya quien señale nada más el camino á los futuros investigadores, merece el sincero aplauso de todos los que aman la historia y el buen decir.

Y ese aplauso, yo se lo envío muy sincero, muy cariñoso y muy cordial, en estos renglones.

V. SALADO ALVAREZ.



TLAXCALA

EL SANTUARIO DE LA DEFENSA

Introducción

En busca de un clima más benigno y de tierra más fértil, se desprendieron varias tribus indígenas, de las apartadas regiones del Norte, y tras penosa y larga caminata, llegaron á las orillas del lago de Texcoco. Allí se dividieron, y una parte de los emigrantes avanzó más al Oriente, estableciendo al fin su morada en la agreste serranía, á cuyo pie corre el impetuoso Zahuapam. De esto hace muchos años; tantos, que en vano se ha pretendido averiguar la fecha exacta de tan remoto acontecimiento.

La sombra de los siglos, que ya pasaron, ha obscurecido la historia del pueblo viajero, del cual sólo se sabe que, gobernado por cuatro Senadores, llegó bien pronto á robustecerse de tal manera, que pudo contrarrestar y vencer varias veces al formidable poder de los Monarcas mexicanos, con los que sostuvo encarnizada guerra.

Ese pueblo, á quien jamás dominó señor alguno, y cuyo carácter fiero llegó al extremo de prescindir de la sal en sus alimentos, antes que ceder un ápice de su dignidad á los enemigos de su patria, fué el pueblo de Tlaxcala.

Transcurrieron los años, y llegó un día en que las huestes de Hernán Cortés clavaron sobre el derruído templo de Zempoala el estandarte de los Reyes de Castilla.

Avanzaba el ejército de los hombres blancos, cuyos gritos de guerra se mezclaban en horrenda confusión con el fragor del trueno, que sembraba la muerte entre sus enemigos; la fama pregonaba que eran invencibles, y que nadie podía resistir su poderoso empuje.

Temblaba el gran Moctezuma; y sus numerosos aliados y su incontable ejército, no se creían bastantes para evitar

que el audaz extranjero se hospedara en los Palacios de la Corte. En medio de tamaña confusión, sólo Tlaxcala se atrevió á combatir lealmente con los hombres vestidos de hierro, y mandó á Xicotencatl á defender las fronetras de la República.

Un tratado de paz abrió á los españoles las puertas de Tlaxcala, que fué en lo sucesivo tan fiel aliada, como antes había sido valerosa enemiga.

La conquista se consumó, no sin llevarse entre sus numerosas víctimas al joven General republicano.

Siguieron los tres siglos del monótono Gobierno Virreinal, durante los cuales la ciudad de Tlaxcala perdió mucho de su histórica importancia, no registrándose en sus anales más hecho notable, que la fundación de la ciudad de Puebla, retoño del viejo tronco que la dió su savia, formando la más hermosa capital de los Estados de la República, á costa de su propia vida.

Durante la guerra de independencia, y luego en nuestras contiendas civiles, Tlaxcala tomó una parte muy activa, que daremos á conocer algún día, al referir los episodios en que se distinguieron muchos de sus heróicos hijos.

Tlaxcala es la ciudad de los recuerdos, de las poéticas tradiciones, y de las fantásticas leyendas.

¡Cuánto nos complace, en las serenas noches del invierno, y al calor del hogar, oír las narraciones de antiguos hechos, cuya parte histórica á veces se engalana con anecdóticos pormenores, y otras casi desaparece, envuelta entre vulgares consejas!

La imaginación nos lleva á otras edades, y, en confuso torbellino, pasan á nuestra vista los guerreros de indómito valor que conduce al combate, Xicotencatl. En el silencio de la noche, oímos el rudo teponaxtle, cuyos desapacibles sones repercuten al llegar á las solitarias cavernas del Cerro Blanco. Más tarde, gritos de indignación (porque en Tlaxcala, no lloran ni las mujeres, ni los niños), gritos de indignación, porque ha sucumbido en batalla la flor de los guerreros; y luego, los cuatro Senadores con sus blancas túnicas y arrastrando el riquísimo manto de plumas, que se reunen en consejo para deliberar sobre la paz que propone el extranjero.... Poco después, ruídos extraños; al suave rumor de las sandalias, sucede el choque de las armaduras y el relinchar de los caballos.

La ciudad está ocupada por gentes de otra raza.

Son talados los bosques cercanos y derribados los árboles seculares que acaso presenciaron las últimas tremendas convulsiones geológicas; sobre el Zahuapam se mecen ligeros bergantines, y los guerreros se aprestan á nuevos innumerables combates.

La conquista de México se consuma, y Tlaxcala se transforma; nuevos edificios, nuevo idioma; de lo pasado, apenas sí quedan tristes y solitarias ruinas que señalan el lugar que en el cerro del Cuautzi ocupaba la antigua población.

¡Tlaxcala es la ciudad de los recuerdos históricos!

¡Ay! tan sólo de los recuerdos, porque su historia no existe, y sus monumentos se han perdido.

Sólo los hijos de ese pueblo privilegiado conservan religiosamente la tradición de los heróicos hechos que llevaron á cabo sus antepasados; nadie más que ellos conoce el nombre de aquel General Teomitzin, terror de los mexicanos, á quienes venció repetidas ocasiones, y que murió coronado de gloria en las montañas de Hueyotlipam, víctima de los celos que habían hecho nacer en el Sena-

do su indómito valor y su constante fortuna; menos feliz Teomitzin que Leonidas, ni un monumento, ni una sencilla inscripción, hubo jamás en el lugar en que sucumbió con sus cuatro hijos y un puñado de valientes, que prefirieron morir antes que retroceder un paso delante del enemigo.

Yo quiero transladar á este libro algunas de las leyendas que he oído referir, para conservar esas tradiciones que se van perdiendo poco á poco. ¡Ojalá que mi trabajo inspire á los que esto lean, el deseo de conocer la vieja ciudad de Tlaxcala, capital de la primera República de las Américas.

I.

LA BODA

Profusamente adornado está el templo de San Francisco; el humo del incienso se eleva en blancas espirales, hasta perderse entre el dorado artesón; los cánticos sagrados resuenan en el vasto recinto, que está ocupado por numerosa

y escogida concurrencia, y, cerca del altar mayor, están dos jóvenes arrodillados, sobre lujosos cojines de seda.

Se celebra el matrimonio de la bellísima Elvira Camargo, con el opulento mancebo Juan Alvarado Ella es gentil y pudorosa como los lirios del valle; él, galán como caballero español, é indómito y bravo, como que por sus venas corre, unida á la generosa sangre castellana, la de su antepasado, Ilahuetxolotzin.

En el más apartado rincón de una capilla inmediata al Presbiterio, apoyado en la columna en que se sostiene el primer púlpito construído en la Nueva España, se encuentra un hombre que no aparta los ojos de la feliz pareja, apretando convulsivamente con su mano derecha el pomo de un largo puñal, que oculta entre los pliegues de su raída capa.

A veces, por las pálidas mejillas del desconocido, se deslizaba una lágrima, que no trataba de enjugar; en otras, sus ojos despedían relámpagos de ira, y la palidez de su semblante tomaba el color lívido de un cadáver. Por fin, hubo un momento en que, ciego, al parecer, por los celos, se precipitó sobre la desposada, atropellando al paso á la atónita con-

currencia, y descargó furioso golpe con el puñal sobre el cuerpo de Doña Elvira. Pero, ¡oh prodigio!, cuando todos los que presenciaban tan horrendo atentado, creían ver rodar sobre el pavimento el ensangrentado cadáver de la joven, vieron asombrados que el puñal se quebró, como si hubiera sido de frágil vidrio, al tocar el blanco velo de la desposada.

Indescriptible fué la confusión que se produjo en el templo, inmediatamente después del criminal atropello. Mientras los que se hallaban cerca de los nuevos esposos, atendían unos especialmente á socorrer á Doña Elvira, que, aunque nada había sufrido materialmente, era presa de convulsivo terror, y otros pretendían detener al sacrílego asesino, los que estaban más apartados y que no se habían dado de pronto cuenta exacta de lo que estaba pasando, facilitaban la fuga de éste al pretender, atropelladamente, llegar al Presbiterio ó salir al atrio de la iglesia, todo en medio de los gritos de las mujeres, las increpaciones de los hombres y el llorar de los muchachos.

Restablecióse poco á poco la calma, y concluyó la ceremonia, sin que se hubiera podido encontrar al que de modo tan violento la había interrumpido, y que, se-

guramente, huyó, protegido por el tumulto, ó se perdió entre la multitud que llenaba la iglesia.

Mucho se habló por entonces del extraño suceso, sin que persona alguna pudiera dar razón de quién había sido el asesino á cuyas manos estuvo á punto de perecer la noble señora de Alvarado.

Ya que hemos mencionado el templo de San Francisco, detengámonos en él por un instante; bien merece la pena de ser examinado ese monumento de pasados siglos.

En los primeros años posteriores á la conquista, el convento estuvo situado á la margen derecha del río Zahuapam, en el barrio de Ocotelulco, donde aûn se conservan las ruinas de aquellas construcciones.

Más tarde, hacia fines del siglo XVII, se transladó á la pequeña eminencia en que ahora existe. Por eso su construcción no afecta la forma del castillo feudal, q... fué tan común como necesaria en los primeros conventos que se edificaron. No hay en él pasillos secretos, como en el de Tepeaca; ni lo defienden almenas y saeteras, como el de Cholula; ni sus muros se levantan á gran altura,

rectos, sombríos y amenazadores, como los del convento de Huejotzinco.

El templo, bastante espacioso, aunque de una sola nave, tiene un aspecto triste, acaso porque sus altares, antiguos y de poco gusto, están desaseados y carecen de adorno; sin embargo, todo desaparece ante la belleza del artesón de cedro y oro que cubre la solitaria nave.

Por lo demás, ninguna pintura notable, ni una sola escultura de mérito, nada que merezca llamar la atención, se encuentra allí. Sólo en una de las capillas del crucero se conservan el primer púlpito construído en México, y la fuente en que fueron bautizados los últimos cuatro Senadores de Tlaxcala: (1) así, al menos lo rezan las inscripciones que existen en esos monumentos, y lo refiere el historiador Muñoz Camargo en los pequeños fragmentos que de su historia de Tlaxcala quedan en el original que formaba parte de la rica colección de manuscritos del señor García Icazbalceta, y

(1) Dada la translación del convento y las formas del púlpito y de la fuente, dudo mucho que esos objetos tengan la antigüedad que se les supone.

del cual original hay una copia en la biblioteca del Colegio del Estado de Puebla. También se conservan en la iglesia de San Francisco algunos ornamentos sacerdotales antiguos y ricamente bordados.

El convento debe haber sido bastante extenso, á juzgar por lo que de él queda, y que sirve actualmente de cárcel. Tomás Gage, que estuvo en Tlaxcala por los años de 1625, cuando todavía el convento estaba en Ocotelulco, refiere que los religiosos tenían cincuenta indios al servicio de la iglesia, y doce más, dedicados exclusivamente á surtir el convento de pescados, en los que era abundantísimo el río. Los peces han desaparecido completamente desde hace muchos años.

Se nos olvidaba mencionar la torre de la iglesia, ancha y pesada mole de piedra, aislada del edificio, con el cual se comunica por un pasillo cubierto que pasa sobre los arcos del pórtico, y en la que hay una famosa campana; famosa, porque en el silencio de la noche se oyen sus toques á la distancia de cuarenta kilómetros, según cuentan los vecinos de los pueblos comarcanos, y porque al fundirla, la madrina, que lo era una joven

india, arrojó sobre el hirviente metal un saco que contenía poco más de una arroba de polvo de oro, extraído de la misteriosa mina de "San Tadeo," mina cuya existencia nadie pone en duda, y que nadie, tampoco, ha podido encontrar, desde que se consagraron sus productos, al consagrar la campana.

Dejemos que la mano del hombre transforme el viejo convento en un edificio nuevo, y que el implacable tiempo concluya de destruir la iglesia, cuyas piedras ven caer los tlaxcaltecas con notable indiferencia, y sigamos la narración de los extraños sucesos que motivaron la construcción del santuario de la Defensa.

II.

LA INUNDACION

Algunos años después del matrimonio que estuvo á punto de concluir de la manera trágica que hemos referido, comenzó á extenderse por toda la comarca de Tlaxcala, la fama de los milagros que obraba Dios por las súplicas de un santo anacoreta, á quien nadie conocía, no

obstante que habitaba en uno de los montes próximos á la ciudad.

Juan de Alvarado había muerto, dejando á Doña Elvira, como fruto de su matrimonio, una niña que aún no salía de la infancia.

Un día el cielo se cubrió de nubes negras, que obscurecieron por completo la ciudad al extenderse sobre ella; gruesas gotas de agua comenzaron á caer, convirtiéndose bien pronto en verdaderas cataratas, que se precipitaban del cielo sobre la consternada población, al mismo tiempo que el Zahuapam, saliendo de su cauce, con nunca vista furia, inundó la ciudad. Por momentos subían las aguas, amenazando llegar hasta el centro de la población; los aterrorizados habitantes se habían refugiado en las alturas, y desde allí esperaban ver desplomarse sus habitaciones al choque de los torrentes que bajaban de las montañas vecinas, cuando de pronto apareció sobre la cima del Cerro Blanco el santo solitario, quien al extender los brazos sobre el valle, detuvo las aguas, que amenazaban destruírlo todo completamente, como habían arrasado ya el barrio de Tlaxinca. El río volvió á su cauce, las nubes se rasgaron, y el sol iluminó de nuevo los afligidos sem-

blantes de los vecinos, que no se cansaban de dar gracias á Dios por haberlos salvado de tan inminente riesgo.

Doña Elvira se dirigía á la iglesia, al comenzar la inundación, y no pudo impedir que las revueltas aguas del río arrastraran consigo á la pequeña niña que la acompañaba, y á quien vió desaparecer entre las espumosas ondas.

Loca de dolor, al día siguiente se propuso encontrar al misterioso anacoreta que tenía el poder de dominar las aguas, para pedirle que obrara un nuevo milagro, devolviéndole al menos el cadáver de su hija. Partió, acompañada de una anciana dueña, internándose en la cañada en que hoy se encuentra el molino de la Defensa.

El camino serpentea á la falda de un monte, y va elevándose gradualmente, rodeado de peñascos y precipicios, en el fondo de los cuales, ora se desliza mansamente, ora se precipita bramando entre las rocas, el río de Totolac.

En lo más alto del monte, y á la entrada de una gruta, se encontraba el solitario, vestido con el tosco sayal de los frailes franciscanos; su semblante casi desaparecía entre los pliegues de la capucha y estaba entregado por completo

á sus ascéticas meditaciones. Llegó Doña Elvira, refirió el motivo de su viaje, y el santo anacoreta, que la había escuchado en silencio, estremeciéndose ligeramente al oír aquella voz que llegaba hasta él como los últimos recuerdos de un mundo abandonado hacía muchos años, se levantó de su asiento, calóse aún más la capucha, y, con lento paso, seguido de Doña Elvira, y la dueña, se dirigió á una ermita cercana en ella, á los pies de una pequeña estátua de la Madre de Dios, que se hallaba colocada sobre modesto altar, estaba tendido el cuerpo, al parecer inanimado, de la niña que arrebataron las aguas del Zahuapam. La afligida madre se precipitó sobre su hija, la cual abrió los ojos, y se levantó alegremente, como si de improviso despertara de profundo sueño.

Doña Elvira permaneció algunas horas en la ermita, sin que haya podido averiguarse qué fué lo que habló con el ermitaño, pues la dueña y la niña, únicos testigos de aquella conversación, murieron, sin revelarla. Sólo se sabe que Doña Elvira acabó sus días, retirada en un convento de Puebla, y que la niña tan milagrosamente salvada, mandó edificar más tarde un santuario, con el nombre de "La

Defensa," en el mismo lugar que ocupaba la Ermita del anacoreta, el cual murió en olor de santidad.

El ermitaño no era otro que un primo de Doña Elvira, llamado Diego de Córdova, que, ciegamente enamorado de ella, había partido mucho tiempo antes de que su prima se casara, en busca de una fortuna que le permitiera solicitar la mano de la doncella, y que había vuelto tan pobre como se fué, en los momentos en que se celebraba el matrimonio de Doña Elvira, la que nunca llegó á saber que había inspirado á su primo aquél tan profundo amor. Diego de Córdova fué el que intentó asesinarla en el templo; y habiendo huído, se refugió en los claustros del convento, donde, presa de agudos remordimientos, se arrojó á los pies del padre Prior, quien, después de oírlo en confesión, le impuso la penitencia de pasar el resto de sus días, alejado del mundo, vistiendo el hábito franciscano, y haciendo austera penitencia.

III.

EL SANTUARIO

La iglesia de La Defensa está situada á unos seis kilómetros de la ciudad, rumbo al Noroeste.

Nada tan pintoresco en unas partes, y tan agreste en otras, como el camino que hay que recorrer para llegar al Santuario.

Después de atravesar el río Zahuapam, por el hermoso puente de fierro que mandó construir el señor Gobernador Don Próspero Cahuantzi, y sobre un túnel que hizo no sabemos quién, allá en la época de la dominación española, se siguió durante un corto trecho el camino carretero que conduce á San Martín Texmelúcan, separándose de él poco después, y tomando á la derecha otro camino de herradura que se interna en el laberinto de montañas, cuyas principales alturas son el Cuatzi y el Cerro Blanco A poco andar, mientras por un lado se ven á lo lejos, sobre el fondo azul del cielo, las blancas torres de la iglesia de Panotla, por el otro se impresiona tristemente el ánimo, al contemplar las solitarias ro-

cas calizas que forman las últimas ondulaciones de los cerros, á cuyo pie está abierto el camino. Las herraduras de los caballos resuenan lúgubremente en el tepetate, y no hay temor de que huellen ninguna flor silvestre, ni musgo, que ninguna vegetación puede producir el blanco y árido peñasco. Así se llega hasta el riachuelo de Totolac, manso arroyo que se convierte en furioso torrente durante la estación de las lluvias; desde allí comienza á caminarse por entre las casillas que forman el pueblo de Los Reyes, diseminadas en una gran extensión de terreno, y cercadas de árboles y flores: tal parece que aquél es el término del viaje, tanto así se angosta la cañada, tan altos son los montes, que por todas partes parecen cerrar el paso; pero el camino continúa siguiendo las caprichosas curvas del terreno, y elevándose gradualmente hasta ser en extremo pendiente y fatigosa la subida, después de pasar los dos antiguos molinos que se mueven con las aguas del riachuelo.

A la izquierda limita el camino la infranqueable altura del cerro, y á la derecha la profunda cañada con su vigorosa vegetación y sus rocas en forma de an-

fiteatro, que semejan las ruinas de antiguas y titánicas construcciones.

De pronto, y al doblar uno de los infinitos recodos del camino, se encuentra uno agradablemente sorprendido con la repentina aparición del Santuario, que parece surgir del centro de la montaña, al golpe de una vara mágica. Aquello es un oasis que recrea el ánimo del cansado viajero.

La iglesia es chica, pero muy aseada y cuidadosamente servida por la familia que habita en la casa del Capellán, edificio que parece ser bastante extenso, y del cual se ve un ancho corredor con portal, y al frente un jardincito sombreado por naranjos cuyas blancas y perfumadas flores dominan la tapia que los cerca.

A la derecha de la iglesia hay un hermosísimo bosque, sumamente pintoresco, por lo accidentado del terreno en que está situado, y al cual concurren con frecuencia las familias de Tlaxcala, en busca de los sencillos placeres que proporciona el campo.

Tal es el Santuario construído á expensas de la hija de Doña Elvira, y en el cual se veneró durante mucho tiempo la imagen de la Santa Virgen que acompa-

ñó en su soledad á Diego de Córdova. Esa imagen está hoy colocada en el lugar preferente del altar de Los Reyes, en la Catedral de Puebla.

Para conservar en parte tan antiguos recuerdos, quedan en la iglesia del Santuario unos grandes retablos que representan algunos de los sucesos que hemos narrado.



EL AGUA SANTA

I.

EL MANANTIAL

En la calle que llamaban antiguamente "Barrio de Tizatlán," y en una casa cuyos derruídos paredones existen hasta la fecha en la esquina de San Sebastián, vivía, por los años de 1580, una honrada familia criolla, compuesta de un anciano y sus tres hijos; los dos mayores, mancebos de veinticinco á treinta años, y la menor, una preciosa niña llamada Inés, que acababa de cumplir los diez y ocho en la época en que comienza la peregrina y fantástica leyenda que refiere un viejo manuscrito, del cual yo la he tomado, para transladarla á este libro.

En aquel tiempo, Tlaxcala hacía un comercio bastante activo con la grana que abundaba en su territorio, y qué concluyó porque los españoles impusieron una gabela que se negaron á pagar los naturales, llegando á tal grado la obstinación de unos y otros, que los segundos destruyeron las nopaleras en que se criaba la cochinilla, antes que sugetarse á pagar lo que exigían los primeros, si con escaso derecho, con harta sobrada fuerza.

La familia de Inés se dedicaba á la explotación de la grana, que le proporcionaba suficientes recursos para vivir cómodamente, aunque con la sencillez y modestia que entonces se acostumbraba.

La hermosura poco común de la doncella, sus negros ojos, en los que, á su pesar, se revelaba una alma apasionada y ardiente, su inimitable gracia y el perfume de candor y de inocencia que la rodeaba, habían hecho que varias veces fuera solicitada en matrimonio, por los principales mancebos de la ciudad; pero ella había rehusado siempre, sin conmoverse con las apasionadas súplicas de sus rendidos amantes.

Entre ellos hubo uno que, más constante ó más enamorado que los otros, no cesaba de rondar la casa de Inés, cu-

vos desdenes no eran parte á vencer la pasión que alimentaba en su pecho, y que era conocida por todos los vecinos del barrio, pues Felipe, que así se llamaba el enamorado mozo, no cuidaba de ocultarlo.

Todas las tardes, Inés se dirigía á una pintoresca y angosta cañada que se encuentra á poca distancia de la iglesia de San Sebastián, al pie de la eminencia en la que, más tarde, fué construído el Santuario de Ocotlán. Allí, como todas las jóvenes del barrio, llenaba de agua un cántaro, en el cristalino y profundo manantial que brota entre los árboles, y regresaba tranquilamente á su casa.

Una tarde que se había detenido algo más que de ordinario y volvía sola, encontró, en la plazuela que hoy se llama de San Nicolás y que entonces estaba cubierta de árboles, pues aún no se edificaba el templo al cual debe su nombre, á un joven caballero español, enteramente vestido de negro, que la saludó cortesmente al pasar.

A partir de ese día, todas las tardes Inés prolongaba su estancia en el manantial, y todas las tardes encontraba al caballero, en el mismo sitio, cruzaba con él

una rápida mirada, y llegaba á su casa, inquieta y pensativa.

Negros eran los ojos del caballero, negros sus espesos cabellos y rizada barba, hermoso su pálido semblante, y riquísimo su negro traje.

Cuando la joven lo vió por la primera vez, sintió una conmoción extraña; de aquellos negros ojos había partido un relámpago de fuego que incendió su sangre; aquellos ojos se fotografiaron en su alma, y fueron inútiles cuantos esfuerzos hizo para olvidarlos; la atraían, la fascinaban, y en vano al día siguiente concurrió á la misa solemne del convento de San Francisco; á un lado del sacerdote, y al pie del mismo altar, se le aparecía le hermosa y negra figura del caballero, que volvía á dirigirle su ardiente y fascinadora mirada. Se encomendó, en vano, á la Santa Virgen, de quien era especial devota, prometiéndola ir al manantial por distinto camino; por la tarde olvidó su promesa, y encontró en el mismo sitio al desconocido, y siguió mirándolo todos los días, y sintiendo nuevas gotas de fuego, circular por sus venas, hasta que, al fin, se abandonó por completo al encanto de aquel amor extraño que se había apoderado de su alma.

II.

EL RAPTO

Inés, alma de mi alma—decía el enamorado caballero á la jóven,—conduciéndola insensiblemente á la cañada del manantial, al caer de una hermosa tarde de otoño.—Inés, allá en mi patria, muy lejos de aquí, tengo numerosos vasallos, tú irás á ser su reina, te obedecerán sumisos, y el menor de tus deseos, será una orden que todos se apresurarán á cumplir, y yo el primero. Vivirás siempre á mi lado, en suntuosos palacios, servida por numerosos esclavos, y olvidarás muy pronto la miserable casa que aquí dejas. Mira, mira cómo resalta tu soberana hermosura con el brillo de estas joyas.—Y al decir esto, ponía en la garganta de Inés un rico collar de brillantes, en substitución de la cruz de oro que usaba, y que fué arrojada al suelo sin que lo notara la doncella.

—Ven,—continuaba el caballero, pasando el brazo por la cintura de Inés, y estrechándola contra su corazón.—Ven; en el bosque del manantial espera impa-

ciente mi caballo, que nos conducirá muy pronto lejos de estos sitios.

—No, Arnulfo, no,—contestaba la doncella,—yo no abandonaré así á mi padre; espera unos días más, permíteme que le confiese nuestro amor, que aprobará sin duda, y entonces partiremos llevando con nosotros la bendición de Dios.

Un relámpago de cólera salvaje iluminó los ojos del caballero; vaciló un instante y continuó con enamorado acento:

—Eso no es posible, Inés; yo no puedo, por ahora, darme á conocer, y debo partir esta noche.... Partiré solo, como vine; tu amor ha sido un sueño cuyo recuerdo irá conmigo á todas partes!.... Pero no, ¡tú me seguirás! ¿Quién podrá arrancarte de mis brazos?

—¡Déjame! — replicaba Inés;—tengo miedo; es ya de noche, y mis hermanos, á quienes llama la atención desde hace días mi prolongada estancia en el manantial, no dilatarán en buscarme..... No me veas, no me toques; yo no sé por qué me hacen hoy daño tus miradas, y me quema tu mano.... Quiero rezar y no puedo, quiero huir y me retiene á tu lado una fascinación extraña.... ¡Y te amo, te amo más que nunca, y si te vas, se irá contigo mi alma! Pero yo no puedo se-

guirte, me espera mi pobre padre, y, si lo dejara, mi madre, que me está mirando desde el cielo, me maldeciría.

—¡Basta ya! eres mía y me seguirás de grado ó por fuerza!—dijo el caballero. Y tomando á Inés entre sus brazos, la levantó como si fuera una pluma.

Al sentirse arrebatada por su amante, la joven exclamó, presa de indescriptible terror:

—¡María, Virgen Santísima, ampárame!

—¡Maldita seas!—rugió el desconocido; y, levantando á Inés por los aires, desapareció, dejándola caer en el centro del manantial, que abrió su aguas para recibirla, cerrándolas en el acto.

Mientras esto pasaba, los hermanos de Inés, alarmados por la ausencia de ésta, se dirigieron en su busca al manantial, donde se encontraba también Felipe, llevado allí por análogos motivos, y que, oculto entre los árboles, había visto llegar á Inés, sin explicarse con quién hablaba, pues el desconocido caballero no era visible para él.

El grito desgarrador de la doncella fué oído al mismo tiempo por sus hermanos y por Felipe, quien se precipitó, puñal en mano, á defenderla; pero al llegar al lu-

gar en que había visto á Inés, sólo encontró á los hermanos de ésta, que cerraron contra él, pues conocían sus pretensiones, y creyeron, con razón, que era el raptor de la joven.

Siguieron unos momentos de lucha, y, poco después, la luna iluminaba con su triste y pálida luz el manantial, que encerraba el cuerpo de Inés, y los cadáveres de sus hermanos, muertos por el puñal de Felipe, al defenderse de su ataque.

Y como desaparecieron Inés y Felipe, la justicia, que tiene en todo tiempo la misma perspicacia, explicando á su manera los hechos, declaró al segundo, reo de homicidio y de rapto; no pudiendo aplicarle la pena de muerte que merecía, porque nadie volvió á tener noticias suyas.

Desde la noche en que se verificaron los acontecimientos que acabamos de referir, las aguas del manantial, antes tan puras y cristalinas, se convirtieron en turbias y salobres, con gran asombro de todos los vecinos del barrio, algunos de los cuales contaban haber visto, al pasar por allí á las altas horas de la noche, un blanco fantasma que, saliendo del manantial, se elevaba al cielo, al mismo tiempo que cruzaba los aires la negra sombra

de un jinete, que iba á perderse en las aguas de Zahuapam.

El padre de Inés murió, y su solitaria casa comenzó á derrumbarse poco á poco, sin que nadie quisiera habitarla, por el pavor que infundían las extrañas cosas que en ella pasaban.

III.

QUINCE AÑOS DESPUES

Corría el año del Señor, de 1595. Los buenos habitantes de la muy noble y leal ciudad de Tlaxcala, estaban profundamente conmovidos por la peste asoladora que los afligía, haciendo diariamente numerosas víctimas, sin que hubiera sido posible encontrar remedio que tuviera fuerza eficaz para contener el mal.

Tocaba á su fin el glorioso, pero sombrío reinado de Don Felipe el segundo, y gobernaba en su nombre á la Nueva España, con el carácter de Virrey, Don Luis de Velasco. A él se dirigieron los tlaxcaltecas en demanda de auxilios, y sobre

todo, de físicos inteligentes, como entonces se llamaba á los médicos, siquiera para que los apestados no murieran, como estaba sucediendo, sin los socorros de la ciencia. (1)

Por aquellos días acababa de recorrer las Américas el famoso Dr. Hernández, que de España había venido, por orden del mismo Rey, á estudiar las propiedades curativas de nuestras plantas; y en México se había quedado uno de los que lo acompañaron en su expedición, que pasaba por ser de los más entendidos en el arte de curar, y, como tal, uno de los que envió el Virrey en auxilio de la consternada población. (2)

Por un extraño capricho, el recién venido se hospedó en la antigua y ya ruinosa casa en que había vivido la familia de Inés; no obstante lo que decían los pocos vecinos que aún recordaban los su-

---

(1) En realidad, esta epidemia afligió á Tlaxcala por los años de 1545, y no en 1595, como yo supongo, para hacerla coincidir con los sucesos de la leyenda.

(2) El Dr. Hernández, acompañado de un hijo suyo, llegó á México en Septiembre de 1570 y regresó á Europa en 1577.

cesos acaecidos hacía ya tantos años, y que llamaban "La casa de los espantos" á las vetustas ruinas.

En un apartado aposento que, por rara casualidad, se conservaba intacto, estaba una noche el afamado físico, sentado en un sillón, con los codos apoyados en una mesa y la frente entre las manos. Sus cabellos blancos y las profundas arrugas de su rostro, lo hacían aparecer á primera vista como un anciano; pero el brillo de sus ojos y la soltura de sus movimientos, revelaban que era un hombre en toda la fuerza de su edad, joven todavía, y que, á todo rigor, podría tener cuarenta años.

—¿Quién ha de sospechar que bajo el nombre de Don Alvaro de Espinosa se oculta Felipe, el proscrito, el asesino? —decía el recién llegado, levantando su pálido semblante, que iluminó de lleno la luz de una pequeña lámpara que estaba sobre la mesa.—¡Al fin he podido volver á visitar estos lugares, testigos de mi amor y mis desdichas!—continuó diciendo Felipe, pues ya sabemos que él era.—Aquí habitaba Inés, á quien tanto amé, á quien amo todavía como en los felices tiempos de mi juventud, y á quien he buscado en vano tantos años.

Y al decir esto, se levantó y comenzó á recorrer á grandes pasos los ruinosos aposentos.

—¿Qué pasó aquella terrible noche, Dios mío?.... La desaparición de Inés, aquel grito cuyo acento desgarrador resuena aún en mis oídos.... Y luego la lucha, el vértigo inexplicable que se apoderó de mí, y la fuerza sobrehumana que guiaba mi brazo y que me hizo herir contra mi voluntad y sin misericordia.... todo, todo pasa ante mis ojos, y lo veo con la misma claridad que en aquellos momentos.... He querido olvidar y no puedo, y aquí me traen mi amor y mis remordimientos. Una voz secreta me ha impulsado á volver, aún á riesgo de mi vida, y me ha asegurado que aquí encontraré el término de mis desdichas. Pero Inés no está, no ha vuelto; su casa, antes tan alegre y feliz, está hoy como mi corazón, hecha pedazos, fría como una tumba, solitaria y triste....

Los sollozos ahogaron la voz de Felipe, y durante largo rato permaneció en silencio, apoyado en la puerta de la estancia, de donde poco antes había salido.

De pronto, una voz que parecía salir

del centro mismo del aposento, articuló estas palabras:

—"Felipe, mañana á las doce de la noche te esperamos en el manantial."

Felipe se estremeció de espanto y cayó desplomado, como si un rayo le hubiera herido de muerte.

—¡No puede ser!—decía Felipe al día siguiente.—He sido víctima de una horrible alucinación. Y, sin embargo, esta noche iré al manantial; así quedaré enteramente tranquilo.

A la media noche, Felipe se dirigió al manantial, cuyas aguas nadie usaba ya, por lo amargas y dañosas. Al llegar, dos sombras se levantaron de entre los espesos matorrales, y se fueron acercando á Felipe lentamente, y con ademán amenazador:

—Muchos años te hemos esperado, Felipe; pero ya estás aquí, y nuestra venganza será cumplida, y los tormentos que por tu causa padecemos, los sufrirás á tu vez. ¡Ven, ven, asesino! ¡Tus víctimas te llaman y te esperan!

Al decir esto, las sombras se acercaron á Felipe, quien reconoció en ellas á los hermanos de Inés.

—¡¡Perdón, perdón!!—exclamó, cayendo de rodillas, y en el paroxismo del terror.—¡Perdón! ¡Yo no quería mataros, y acudí solamente al socorro de Inés!

—En vano te disculpas—dijo á sus espaldas una voz, al mismo tiempo que aparecía el negro caballero que había pretendido robar á Inés. ¡Ya eres mío!

Y se acercó para apoderarse de Felipe, lanzando una estridente carcajada.

Pero en aquellos momentos se levantó del centro del matorral la forma blanca de Inés, y tocando con su mano la pálida frente de Felipe:

—¡Ya Dios nos perdonó,—dijo—y te salvarás conmigo!

Todo desapareció, y al día siguiente se encontró á orillas del manantial el cuerpo inanimado de Don Alvaro Espinosa, que había muerto la noche anterior, víctima de la peste, y flotaba sobre las aguas el cadáver de una hermosísima joven, á quien nadie conocía.

El agua del manantial volvió á recobrar su primitiva pureza, cuando algunos días después santificó aquellos lugares la Santa Virgen de Ocotlán, al aparecérsele á Juan Diego; y es fama que no volverá Tlaxcala á sufrir el azote de la pes-

te, mientras no vuelva á enturbiarse y á ser salobre el manantial de "La Agua Santa." (1)

---

(1) En Tlaxcala no se ha dado un solo caso de cólera morbo en las dos veces que llegó á México la terrible epidemia. Esto, probablemente, se debe á que el agua que se toma en Tlaxcala es toda de manantiales alimentados por las filtraciones de la Malintzi.

EL SANTUARIO DE OCOTLAN

¡El Santuario de Ocotlán!... También tiene, como el de la Defensa, su leyenda, aunque de distinto género.

Allí no son las pasiones humanas, ni la penitencia austera de un cenobita, las que dan origen al bellísimo templo, orgullo de Tlaxcala y admiración de cuantos contemplan sus afiligranados arabescos. Allí la sencilla devoción de los indios y las calamidades que sufría la población, determinaron que se construyera el Santuario.

La historia de la aparición de la Virgen de Ocotlán es tan sabida, que no me detendré á narrarla, y únicamente mencionaré el por qué se restauró el templo, y cómo se explica que se reunieran en

él los dos tan distintos géneros de arquitectura á que pertenecen la nave y el crucero de la iglesia.

Residía en México, á principios del pasado siglo, la noble señora Marquesa de Zabalza; y en acción de gracias á la Santa Virgen de Ocotlán, á quien debía no sabemos qué especial favor, mandó restaurar el Santuario, no omitiendo gasto alguno para que la obra fuese tan suntuosa cual convenía á la Santa Virgen, á quien estaba dedicado, y á la noble señora que quería manifestarle su reconocimiento.

La obra comenzó á la vista de la Marquesa, que quiso, con su presencia, activar los trabajos.

La nave de la iglesia estaba ya concluída, con sus elegantísimos altares, sus ricos adornos y sus blancas estátuas. Habíase de propósito dejado para lo último el crucero, por ser el lugar en que la Marquesa quería, derramando el oro, hacer un verdadero prodigio de arte; pero aunque se trabajaba con extraordinario afán, la obra no avanzaba, y mil contratiempos impedían que se llevara adelante, hasta llegar un día en que, con asombro, por no decir espanto, de cuantos estaban presentes, se vió que el trabajo de

la víspera había sido deshecho durante la noche, lo que siguió repitiéndose varios días.

La Marquesa, profundamente afectada y hondamente entristecida por semejantes señales que manifestaban, en su concepto, no ser grata á la Virgen, la obra que con tan sincera devoción había emprendido, redobló sus oraciones, haciendo aún más austera su vida, hasta conseguir al fin que la misma Virgen le manifestara que quería conservar en su Santuario una parte de la obra antigua, como recuerdo de la sencilla devoción de los indios, al lado de los suntuosos altares edificados por la Marquesa, representante de las últimas familias españolas.

Excusado es decir que desde aquel momento se suspendió definitivamente la obra, dando para ello como razón, que no se había querido tocar el crucero de la iglesia, por el respeto á su antigüedad y mérito. Así lo dice un letrero que se vé al entrar en el templo; y por cierto que, en cuanto á mérito artístico, lo tiene, y muy grande, el antiguo crucero, de estilo churrigueresco, que es igual, sin duda, en hermosura, ya que no puede ser superior, á la famosa capilla del Rosario

de Santo Domingo, de Puebla. Pero la leyenda popular explica, como hemos visto, de distinta manera el por qué se han reunido en la iglesia de Ocotlán dos géneros de arquitectura tan distintos, que no parece sino que dos iglos, separados entre sí por otros muchos, se han citado allí para confundirse en un estrecho y prolongado abrazo, como se han fundido en una sola las dos principales ramas que poblaban esta parte del mundo, hace trescientos años.

Antes de bajar de la colina en que se asienta la iglesia, recojamos una antigua historia, que se remonta á la época en que San Lorenzo era el patrón de la ermita que existía donde hoy se levanta el célebre Santuario.

LA ERMITA DE SAN LORENZO

I.

LA TEMPESTAD

El sol desaparecía y las tinieblas comenzaban á acercarse; ligeras sombras se dejaban ver en el Oriente, y mezclándose de una manera indefinible con los últimos rayos del sol, producían esa luz melancólica y vaga que se llama crepúsculo. ¡Hora llena de sentimiento y de tristeza, hora en que se suspira involuntariamente por la ausencia del día!

La brisa pasaba recogiendo los últimos perfumes de las flores y los postreros cantos de las aves; éstas revoloteaban sobre sus nidos, aquéllas cerraban con ti-

midez sus pétalos, y todos los séres enmudecían, como sobrecogidos de temor.

Comenzaba á sentirse en la naturaleza una especie de recogimiento religioso. Las últimas ráfagas de luz atravesaban el espacio como anchas cintas doradas en un campo azul; las nubes se coloraban en la altura, y los soberbios montes parecían esconder sus cimas en la inmensidad.

Poco después, las ráfagas se perdieron, las nubes comenzaron á tomar un color ceniciento, la luz desfalleció, y todo quedó en silencio, no escuhándose más que un sordo y prolongado murmullo que se desvanecía entre las sombras de la noche.

Por entre un espeso bosque de ahuehuetes avanzaba lentamente un grupo, compuesto de cinco personas. Abría la marcha un indio joven y robusto que, con seguro paso y no obstante las tinieblas que por momentos se hacían mán densas, sin vacilar entre las mil angostas veredas que cruzaban el bosque, guiaba á los demás, llevando del diestro una mula, sobre la que cabalgaba un jinete embozado hasta los ojos en obscuro ferreruelo; á poca distancia, pero siempre atrás del jinete y del guía, caminaban

otros tres hombres á pie, que parecían ser criados del primero.

—Si no quieres pasar en medio del bosque la tempestad que se aproxima, caminemos con más violencia,—dijo el indio.

—¿Está muy distante todavía la ciudad?

—Nos faltará poco más de una hora de camino.

—Apretemos el paso.

Y los cinco viajeros comenzaron á caminar más de prisa, aunque sin avanzar gran cosa, tanto, por las dificultades del terreno, que aumentaban con la obscuridad de la noche, como por el cansancio, que á todos agobiaba, con excepción del indio.

La brisa, que al cerrar la noche movía ligeramente las copas de los árboles, se había convertido en ráfagas de viento, cada vez más frecuentes, que pasaban silbando, amenazadoras. La obscuridad era completa.

Alguno que otro relámpago y truenos sordos que se escuchaban á lo lejos, anunciaban la próxima tormenta; la mula caminaba con lento paso, y el indio dirigía inquietas miradas al obscuro cielo, como buscando en él la solución de algún arduo problema.

—Pídele á Dios,—dijo al jinete,—que podamos llegar á Tlaxcala antes de que el huracán venga á tronchar los árboles del bosque.

—Ya no tenemos tiempo,—agregó después de algunos minutos de silencio,—la Malintzi llora.

Aún no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando comenzaron á caer gruesas gotas de agua, y el viento, desatándose con inusitada furia, doblegaba los árboles, haciéndoles gemir, al derribarlos.

Los viajeros detuvieron el paso, sobrecogidos de terror, y, buscando abrigo, se refugiaron tras de unas rocas.

A la luz de los relámpagos, veían agitarse las ramas de los obscuros pinos, semejando la negra y encrespada cabellera de gigantesco fantasma. El rayo desgajaba los robustos ahuehuetes, y sus restos los arrebataba el huracán para estrellarlos contra las rocas.

Parecía que dentro del bosque dos poderosos ejércitos libraban encarnizada batalla.

Truenos espantosos; la luz fosforescente del relámpago iluminando con vivísima claridad aquella escena de destrucción; el fragor del huracán y los au-

llidos de los animales salvajes, que huían aterrorizados, todo contribuía para aumentar el pánico de los viajeros, poco acostumbrados, por lo visto, á presenciar las terribles tempestades de la zona tropical.

Aprovechando un momento en que calmó algún tanto la furia de los elementos, el que parecía ser jefe de la expedición dijo, dirigiéndose al guía:

—¿Crees que dure todavía mucho la tormenta?

—Por lo menos, toda la noche.

—¿Sería posible llegar hoy mismo á Tlaxcala?

—Yo puedo llegar, tú no; y esos—dijo el indio, señalando á los tres criados, que temblaban de terror,—menos; pero si tienes valor para seguir á pie una media hora más, puedo llevarte á un lugar en el que, al menos, pasemos la noche á cubierto de la lluvia.

—Quédense en buena hora los criados, si no quieren seguirnos, y la mula con ellos; tú volverás para guiarlos, cuando haya pasado la tempestad, y nosotros, ¡adelante!

—El camino está lleno de peligros, en una noche como ésta.

—No importa.

—Puesto que tú lo quieres, vamos.

El jefe dió algunas órdenes á los criados, que prefirieron quedarse donde estaban, y, pocos momentos después, á pie y siguiendo al guía, se internó en las obscuras profundidades del bosque.

Habrían caminado media hora escasa, el caballero y su guía, cuando llegaron á una plazoleta del bosque, en la que se alzaba una construcción de piedra techada con vigas, y que parecía ser antigua troje, á la sazón abandonada. En ella penetraron los dos viajeros, cuando la tempestad alcanzaba su máximum de intensidad; pero no bien comenzaban á tomar aliento, cuando se desplomó sobre ellos el edificio, sepultándolos bajo sus escombros.

II.

HORAS DE ANGUSTIA

En la tarde de ese mismo día, y en la sala de una antigua casa de la ciudad de Tlaxcala, se encontraban un anciano y una joven.

El primero era un hombre como de se-

tenta años, ricamente vestido, de raza pura española; se llamaba Don Pedro Cabrera, y estaba sentado en un ancho sillón de cedro, tallado y forrado con cuero de Córdoba.

La fisonomía del anciano revelaba la bondad de su carácter, á la vez que la nobleza de su origen.

La joven reunía, á la peregrina belleza de su rostro, un tinte de inefable dulzura, como el que se desprende de las Vírgenes de Murillo.

—Hoy debe llegar Don Lorenzo de Espinosa, según nos anunció ayer el criado, que se le adelantó una jornada en Segura de la Frontera—dijo el anciano.

—Sí, abuelito—contestó la joven—y ya todo está preparado para recibirlo.

—Su llegada viene á librarme de las serias preocupaciones que amargaban estos mis últimos años de vida; temía que la muerte viniera á sorprenderme antes de dejar asegurado tu porvenir, y sin que hubiera alguno de nuestra familia, á quien confiar tu persona y el cuidado de tus bienes. Por eso escribí á Lorenzo que anticipara su regreso, y con él la celebración del concertado matrimonio que, supongo, será hoy tan de tu agrado como lo fué cuando me pidió tu mano antes de

marchar á España á recoger la herencia de mi buen amigo Juan.

—Hoy, como entonces, abuelo y señor, estoy dispuesta á obedecer tus órdenes.

El rubor que coloreaba las mejillas de la joven, ponía de manifiesto que, en aquella vez, la obediencia estaba al servicio de los deseos de su corazón. En efecto, Lorenzo y Catarina, que así se llamaba la doncella, se amaban desde niños, y, después de un ausencia de dos años, iban á reunirse aquel día, para no volver á separarse más.

Pasó con mucho la hora en que el viajero debía llegar á la ciudad, y cerró la noche, y comenzó la tempestad de que antes hablamos; y ya entonces la inquietud de la joven, inquietud que había ido creciendo por momentos, fué tanta, que pidió con insistencia á su abuelo, enviara gente en busca de Don Lorenzo, que no había de estar lejos de la ciudad. Pero Don Pedro, sin desconocer el riesgo que corría cualquier viajero que, en una noche como aquélla, estuviera internado en el bosque cercano á Tlaxcala, conocía también, y así se lo dijo á su atribulada nieta, que era imposible prestar en aquellos momentos, socorro alguno á quien estuviera en el caso de necesitarlo.

No quedó á Doña Catarina más recurso, por entonces, que encerrarse en su habitación, y pasar el resto de la noche presa de la mayor angustia, por los temores á cada instante más fundados, de que alguna desgracia hubiera acontecido á su esperado amante. Unicamente daba tregua á los sollozos, para pedir á la Santa Virgen de los Dolores que tomara bajo su poderosa protección á Don Lorenzo, y lo sacara con bien, si por acaso se encontraba, como era de temer, en apurado trance.

Amaneció el día siguiente: de la pasada tempestad no quedaban ya vestigios, y Don Pedro resolvió enviar á su mayordomo, acompañado de varios mozos, para que buscaran las huellas de los viajeros, por si se habían extraviado en el bosque. Doña Catarina quiso salir ella misma al encuentro de su prometido, y, como la expedición no ofrecía peligro, ni era, á esas horas, más que un verdadero paseo por el bosque, obtuvo fácilmente la licencia de su abuelo, y acompañada de una dueña, montó también á caballo, y todos partieron en busca de Don Lorenzo.

III

LA PROMESA

En los primeros momentos, después de haberse derrumbado el viejo edificio en el que se había refugiado Don Lorenzo, pues éste era el caballero á quien había sorprendido en el monte la tempestad, quedaron él y su guía sin sentido. El indio fué quien primero volvió á la vida, pero sin poder moverse, porque estaba detenido como en un cepo, por un pedazo de viga que, sin causarle grave daño, le impedía moverse libremente; habló en vano á su compañero, que estaba junto á él; en vano también, hizo esfuerzos para salir de la situación en que estaba, por lo que se resolvió á esperar la muerte con el estoicismo propio de su raza.

Algún tiempo después, volvió en sí Don Lorenzo, aunque en idéntica situación que el guía ni uno ni otro podían valerse mútuamente, ni comprendían cómo podían estar con vida en un espacio vacío, después del hundimiento, y cuando los ruídos exteriores llegaban hasta ellos de tal manera amortiguados,

que les parecía estar dentro de un verdadero sepulcro.

De todos modos, y aunque de pronto estuvieran sin graves lesiones que amenazaran sus vidas, no tardaría en presentarse la muerte por asfixia, ó, lo que era peor, por el cortejo de sufrimientos que produce el hambre.

Al cabo de algunas horas pasadas en tan angustiosa situación, Don Lorenzo dijo al guía:

—¿Crees tú que los mozos que dejamos puedan por sí solos llegar á Tlaxcala, cuando pase la tormenta?

—Seguramente que llegarán, pero al cabo de tanto tiempo, que será para nosotros inútil el aviso que lleven, de que nos habíamos adelantado. En primer lugar, esperarán que yo vaya, para guiarlos durante todo el día de mañana, y luego, cuando se resuelvan á salir ellos solos del atolladero en que están, tienen que perder mucho tiempo para encontrar el camino, si no es que se extravían.

—No nos queda entonces otro recurso, que esperar cristianamente la muerte, ya que no podemos hacer nada para salvarnos, ó pedir á Dios que haga un milagro para sacarnos de esta tumba. Reza tú las oraciones que sepas, que yo voy á

encomendarme á mi patrón San Lorenzo, á quien prometo levantar aquí una ermita y mantener en ella á mi costa un religioso que la sirva y preste auxilio á los caminantes extraviados, si mi Santo patrón nos devuelve la libertad y la vida

Hacía ya mucho tiempo que no se oía el fragor de la tormenta, y el sol de un nuevo día iluminaba, probablemente, la tierra. Don Lorenzo y el guía, medio asfixiados, habían perdido toda esperanza de socorro, cuando llegó hasta ellos un rumor de voces y pisadas de caballos. Reunieron las pocas fuerzas que les quedaban, y comenzaron á gritar con la desesperación de un náufrago que teme se aleje el navío que puede salvarlo de una muerte segura. Sus gritos dieron, probablemente, el resultado apetecido; pues no solamente no se alejaron los que cerca de allí estaban, sino que empezaron á remover la tierra y los escombros, hasta descubrir el lugar en que se hallaban sepultados los viajeros.

El aire fresco de la mañana volvió la vida á los que ya casi la tenían perdida; y ¿cuál no sería el gozo de Doña Catarina al ver á su prometido, á quien no esperaba encontrar tan pronto, y el de

Don Lorenzo al reconocer entre sus salvadores á la amada de su corazón?

Al recorrer el bosque, habían encontrado los enviados de Don Pedro á los mozos de Don Lorenzo, y éstos les habían dicho que su amo había partido con el guía, en busca de un asilo para pasar la noche; sospechando los conocedores del terreno que el lugar de refugio pudiera ser la antigua troje de la plazoleta, á ella se dirigieron; pero al verla derrumbada iban ya á abandonar aquel lugar, cuando hasta sus oídos llegaron los gritos de angustia de los que estaban sepultados en vida, y esto hizo que pudieran libertarlos.

Don Lorenzo y el guía pudieron quedar con vida, gracias á que algunas vigas, al caer, habían quedado apoyadas en un trozo de pared, y, naturalmente, debajo de esas vigas estaban los viajeros.

Las alegres fiestas del matrimonio de Don Lorenzo y Doña Catarina, y la no interrumpida felicidad de que gozaron, no fueron parte para que el primero olvidara su promesa, y así fué que, pocos meses después del matrimonio, mandó edificar la ermita en el lugar en que estuvo la troje, y allí subsistió, servida por uno de los frailes franciscanos del con-

vento de Tlaxcala, hasta que la aparición de la Virgen de Ocotlán convirtió la humilde ermita en el hermoso templo que hoy existe; pero á pesar del tiempo transcurrido, no ha dejado de venerarse en el santuario la imagen de San Lorenzo, que figura en el segundo altar, á la izquierda de la restaurada nave.



SAN FELIPE ISTACUIXTLA

Había llovido todo el día, con una monótona persistencia de las aguas que caen durante el mes de Septiembre en el fértil valle que se extiende entre la Malintzi y los volcanes de México; yo tenía necesidad de estar en la mañana del siguiente día en el pueblo de San Felipe Istacuixtla, que dista de Tlaxcala, dónde á la sazón me encontraba, unos veinte kilómetros rumbo al Poniente; eran las dos de la tarde, y tuve que ponerme en camino con el natural disgusto de quien tiene en perspectiva un viaje á caballo con todas las molestias propias de la lluvia; y gracias que no había ya que temer un mal encuentro con ladrones ó pronunciados.

Había yo andado más de la mitad del camino, pero apretó tanto la lluvia al

caer la tarde, que tuve que detenerme y pasar la noche en un pueblecito que, si mal no recuerdo, se llama San Jorge. Había baile en una de las casas, y en ella entré, con la confianza de ser, como fuí, bien recibido. Alternaban en el baile los walses y las polkas, con el jarabe y el tlaxcalteca, y á buena hora, después de habernos servido á todos los concurrentes, grandes vasos de pulque de tuna, y tamales de chile, uno de los músicos cantó varios CORRIDOS, salpicados de versos tiernos algunos, intencionales y picarescos los otros: aún recuerdo los siguientes, entre los que más me llamaron la atención, lamentaba el cantor males de ausencia, y decía:

Si acaso por otro me echas en olvido,
que se haga tu voluntá,
que no falta un roto para un descosido,
y al cabo otra me querrá.

Me parecen rieles todos los durmientes
cuando dices que te vas;
te vas porque quieres, mal agradecida:
perro menos, torta más.

Al fin las aguas se van,
que dejan tanto producto;

no creas que porque te vas
ha de haber ningún difunto.

Ahora todavía me miras,
mañana ya no me ves;
y si ahora tomo tequila,
mañana tomo jerez.

Gran parte de la noche se pasó entre el baile, los cantos y los vasos de pulque, hasta que poco á poco se fueron retirando unos de los concurrentes, y acostándose los otros en la misma pieza del baile, y en el lugar que más les acomodaba; yo fuí de estos últimos, y dormí lo mejor que pude, formándome un improvisado y no muy limpio ni cómodo lecho, con los arneses de mi caballo, que campaba por sus respetos en el corral de la casa.

Sin despedirme de mis huéspedes, que aún dormían, no sabré decir si por efecto del natural cansancio, ó del pulque tomado la noche anterior, continué mi camino á las primeras horas de la mañana, llegando poco después al pueblo de San Felipe.

La eficaz recomendación que llevaba para uno de los principales vecinos de la población, hizo que se me recibiera por aquella persona con franca hospitalidad y

que se me facilitara la tal [illegible] gocio que al pueblo me conducía. [illegible] terminé aquella misma mañana, quedándome tiempo para dar antes del medio día, un agradable paseo.

Al recorrer conmigo mi amable huésped las calles del pueblo, me dijo:

Nada notable encontrará usted aquí á primera vista; sin embargo, personajes de varias clases han sido hijos de esta población, y, entre las viejas casas que la forman, hay una que guarda consigo un importante recuerdo histórico. Desde luego, diré á usted que el 29 de Diciembre de 1763 fué bautizado en esta Parroquia Miguel María Estéban de Jesús, hijo legítimo de Don José Guridi y Alcocer y de Doña Ana Sánchez Cortés; este niño fué más tarde el célebre Doctor Alcocer, Diputado á las Cortes de España en 1812, y miembro de la Junta Soberana Provisional Gubernativa; firmó el acta de Independencia, y fué uno de los Diputados que reprobaron la ley que el 3 de Abril de 1824 declaró traidor á Iturbide; en España se le llamaba al Doctor Alcocer, "el elocuente, sabio y erudito Diputado de Tlaxcala."—Hago á usted gracia de otros muchos Presbíteros [illegible] cenciados hijos de este pueblo, y sólo

mencionaré á Don Miguel Alonso Matamoros, Presbítero, que murió el 9 de Diciembre de 1814, y que, probablemente, era pariente cercano, si no hermano carnal, del señor Cura, General Don Mariano Matamoros.

—¡Cómo!—dije yo—¿el insigne General Matamoros era natural de Istacuixtla?

—Luego hablaremos de eso, por lo pronto, déjeme usted terminar la lista de hombres notables. El Presbítero Don Agustín Rojano, que fué Gobernador de la Mitra de Puebla por los años de 1832; el Lic. Don José Uribe, que fué Oidor de la Real Audiencia de México; y, por último, el Presbítero Don Vicente Alcocer, varón de tanta virtud, que era el único á quien respetaba el terrible insurgente Vicente Gómez. A propósito, este feroz bandido fué también originario de Istacuixtla, pues era hijo del vaquero de San Juan Molino, y en esa finca nació. Con él se inauguró una larga série de ladrones famosos: el 5 de Enero de 1834, nació Teófilo Telesforo, hijo de Jesús Suárez y María de Jesús Alvarado, álias "La China;" á este Teófilo lo mató por ladrón el Capitán Rocha, en el camino de Tlapexco, el año de 1859. El 29 de Diciem-

bre de 1836, nació José Silvestre de Jesús, hijo de Guadalupe Andrade y María Rafeala Rojano; éste fué el tristemente célebre "Diablo Colorado," á quien fusilaron los franceses en la plazuela de San José, de Puebla, el 11 de Agosto de 1864. El primero de Junio de 1838, nació José Marcelino de Jesús, hijo de Vicente Pérez y María Concepción Varela; lo sorprendieron los indios de San Baltazar, feligresía de San Martín Texmelúcan, robando la iglesia, y lo mataron, colgándolo en un capulín que hasta la fecha existe. El 9 de Agosto de 1842, nació Rafael Ramón de la Soledad, hijo de Sixto Torres y Trinidad Lozada; fué uno de los que plagiaron y mataron á Don Miguel Herrerías, notable vecino de Tlaxcala, el 29 de Septiembre de 1878; por cierto que uno de los plagiarios fué Francisco Alarid, hijo del Licenciado del mismo apellido, personaje muy respetado, y que era íntimo amigo del señor Presidente Don Benito Juárez; aprehendido Alarid, fué condenado á muerte, y su padre hizo cuantos esfuerzos pudo para salvarlo, ocurriendo, para ello, no sólo al sabio y honradísimo señor Don Miguel Lira y Ortega, Gobernador del Estado de Tlaxcala en aquella época, y muy ami-

go de Alarid, sino también al señor Presidente, poniendo en juego la amistad que los unía; pero Juárez se mantuvo inflexible, lo mismo que Don Miguel Lira, y Francisco Alarid fué ejecutado en Tlaxcala; poco tiempo después, lo siguió al sepulcro su desgraciado padre. El 12 de Abril de 1843....

—¡Basta ya!—interrumpí; — suspenda usted esa larga enumeración de criminales, y dígame por qué los Matamoros de Istacuixtla han de ser parientes del General insurgente?

—Porque Don Juan Matamoros, originario de San Pablo Apetatitlán, casó con Doña Gertrudis Granillo, natural de este pueblo de San Felipe; éstos fueron los padres del General Matamoros, y aquí se establecieron, y aquí vivieron, y si Don Mariano nació en México, y fué bautizado en la Parroquia de San Miguel, se debió esto á que, casualmente, fueron allí sus padres, pero sin abandonar su domicilio; aún existe en este pueblo la casa en que vivieron, y en la que pasó su niñez el General Matamoros, véala usted.

Y me enseñó una casa todavía en regular estado, bastante grande, y situada en uno de los lados de la plaza principal.

Yo me descubrí con respeto ante aquellos viejos muros que albergaron al héroe, en los que resonaron sus risas infantiles, muros que hicieron nacer en su corazón el dulce amor al hogar, principio de aquel amor patrio que hizo del tierno niño un famoso guerrero y un mártir de la independencia.

—Dentro de algunos años—continuó diciendo mi compañero—habremos muerto los que conservamos estos recuerdos, y como no existe siquiera una inscripción que señale la casa en que vivió el General Matamoros, uno de los héroes más notables de nuestra independencia, bien pronto se destruirá esa casa y se perderá la memoria de ella, como vamos perdiendo cada día tantos y tan importantes recuerdos históricos.

Haciendo estas tristes reflexiones, llegamos á la casa de mi amable huésped, nos despedimos cordialmente, monté á caballo y me alejé paso á paso del pueblo de San Felipe Istacuixtla.

En la actualidad ha muerto ya el amigo que me dió los anteriores datos, y supongo que la casa de Matamoros, si todavía existe, continuará siendo una de tantas, sin nada que la distinga de las demás del pueblo.

EL CONVENTO DE ATLIHUETZIA

En el camino que va de Tlaxcala para Apizaco, en una eminencia que, dominando el paisaje que la rodea, puede verse desde larga distancia, sin árboles ni plantas que moderen la tristeza que infunden esos lugares, ni la monotonía de las calizas rocas que forman la colina, se levantan escuetos, descarnados y sombríos, los muros de una antigua iglesia, y junto de ella se notan todavía considerables restos de un caserío que formó en lejanos tiempos un convento de frailes franciscanos. Ese convento fué el de Santa María Atlihuetzia.

¡Cuántos sucesos habrán presenciado esas antiguas ruinas! ¡A cuántos personajes habrán abrigado esos muros que el tiempo desmorona, llevándose en cada

piedra que arranca, acaso un recuerdo, tal vez una lágrima de dolor ó arrepentimiento, quizás una pasión noble ó terrible!

Allí donde resonaron en un tiempo los cánticos sagrados, donde la multitud llenaba el vasto recinto y elevaba sus preces al Todopoderoso entre el humo del incienso y los acordes del órgano, actualmente no se escucha más que el aleteo de alguno que otro pájaro nocturno, ó el ligero ruído que producen los reptiles al huir de la presencia del hombre.

¡Qué impresión de tristeza se siente al contemplar las ruinas, de cualquiera clase que sean! El alma, que aborrece instintivamente la destrucción, que en su afán incesante de adelanto vé con horror el retroceso, ya sea de las sociedades, ya del individuo, no puede contemplar, sin honda melancolía, la vejez de un edificio que no volverá jamás á ser lo que fué, que no recobrará su primitiva forma, sino que, con el transcurso del tiempo, irá retrocediendo en el mismo orden en que fué construído, hasta llegar á ser un montecillo de piedras, cubierto de musgo y de plantas silvestres.

Lo que en un tiempo fué la iglesia de Santa María Atlihuetzia, está reducido

ahora á cuatro altísimas paredes, que no parecen sino el gigantesco esqueleto de pasadas edades, compuesto de los informes restos de las generaciones que ya no existen.

Un sentimiento de curiosidad me impulsó á buscar algunos datos relativos al pueblo y al convento, y entre otras cosas, encontré en los archivos del Ayuntamiento una curiosa relación de cómo el día viernes seis del mes de Abril de 1524, llegaron á almorzar en ese paraje "que se llama Atlihuetzia, Xoxometla, Tlamimilolpan, D. Hernando Cortés, español, y Doña María, que esa es muy mexicana, directora de la conquista de la Nueva España, habiendo salido de Tzonpantzinco, (hoy Zonpantepec) á las cuatro de la mañana."

Posible es que, en efecto, hayan estado por entonces Hernán Cortés y Marina en Atlihuetzia, pues hasta el año de 1525, casó la segunda con Juan Jaramillo.

También hallé la siguiente historia, que se relaciona directamente con la fundación del convento.

* * *

Por más que se había sometido á la dominación española la República de

Tlaxcala, aún quedaban en su antes libre territorio algunos que otros caciques que, si soportaban el yugo del cautiverio, y hasta habían ayudado á los españoles para la conquista, no habían sido parte á convertirlos al cristianismo, ni el ejemplo de casi todos sus conciudadanos, ni las exhortaciones de los frailes de San Francisco, que tomaban decidido empeño en desarraigar por completo la idolatría de los endurecidos corazones de los indios.

A unos diez kilómetros al Noroeste de Tlaxcala, en la cumbre de una eminencia cubierta, en aquel tiempo, de cipreses y oyameles, vivía un indio principal, llamado Gonzalo Acxotecatl Cocomitzin, que, aunque de nombre cristiano, estaba todavía entregado á la idolatría y profesaba odio profundo á la nueva religión.

Acxotecatl y su mujer, Xuchipapalotzin, tenían dos hijos, ambos de poca edad, que no pasaba el mayor de doce años, ni el otro de siete, y todos vivían retirados en aquellas soledades.

En mala hora para Acxotecatl, acertó un día su hijo mayor á extraviarse en el monte; perdido anduvo por algún tiempo, sin dar con el camino que conducía á su casa, hasta que, rendido de

hambre y cansancio, cayó desfallecido al pie de un árbol; allí lo encontró un fraile franciscano que, casualmente, por aquel lugar pasaba, y con evangélica caridad lo volvió á la vida, que ya iba perdiendo el muchacho, y, poco á poco, halagándolo con la conversación de cosas desconocidas para el indio, y con la seductora promesa de enseñarle la ciudad de Tlaxcala y los primores que en ella había, lo condujo hasta el convento de Ocotelulco.

No volvió el indio á la casa de sus padres, sino que quedó al servicio de los franciscanos hasta que, suficientemente instruído en la religión cristiana, fué bautizado con el nombre de Cristóbal. Y tanta fe y tanto fervor demostró, y tantas eran las virtudes que en él resplandecían, que los religiosos no temieron permitirle, dos años después de su conversión, que fuera en busca de sus padres y de su hermano el menor, para atraerlos al Cristianismo; y partió solo Cristóbal, porque, conociendo el carácter de su padre, temió que al verlo en compañía de un fraile, no quisiera oír razones ni darse á partido.

Acxotecatl había tenido al pronto por muerto á su hijo mayor, pero no tardó

en saber que se encontraba en el convento de los franciscanos, y supo también que había sido bautizado; desde entonces juró que daría muerte con sus propias manos al hijo que había abjurado la religión de sus antepasados.

Llegó Cristóbal á la casa de su padre, y éste, con la bárbara crueldad propia de aquella época, y de aquellas gentes, mató á su hijo, quemándolo en una hoguera; y fué tanto el horror que esto causó á la madre de Cristóbal, que huyó, acompañada de su otro hijo, y se refugió en Tlaxcala.

Algún tiempo después robó Acxotecatl y mató, á un español, por lo que fué preso y condenado á muerte; la víspera de la ejecución, que se verificó en la plaza principal de Tlaxcala, confesó haber matado á su hijo Cristóbal, y designó el lugar en que había enterrado sus medio calcinados restos.

Acudieron los frailes de San Francisco á recoger aquellos despojos, considerándolos como reliquias de un mártir; y, en efecto, fueron tales y tantos los milagros que se efectuaron al sacar á luz lo que del cuerpo de Cristóbal había respetado el fuego, que el Provincial de los Franciscanos resolvió edificar un conven-

to en aquel lugar santificado por el martirio del niño.

Este fué el origen de aquellas construcciones que hoy no son más que informes ruinas; el espíritu religioso de aquella época levantó el santuario en el año de 1528; el indiferentismo de posteriores tiempos consumó su ruina, y nuestra actual desidia dejará perder las últimas tradiciones, que están unidas á esas paredes que se desploman.

* * *

El 29 de Agosto de 1582 se levantó en Tlaxcala una información jurídica para acreditar que "la imagen de María Santísima, bajo la advocación de "La Conquistadora," que se venera en su capilla del convento de religiosos de San Francisco, de la Puebla de los Angeles, es la misma que el conquistador Hernando Cortés "endonó" á uno de los capitanes tlaxcaltecas, natural de Atlihuetzia. Esta información se levantó á solicitud de Fray Diego Rangel, Guardián del Convento de Tlaxcala, por mandato del Alcalde mayor Alonso de Nava, ante el escribano de Su Majestad, Toribio de Mediavilla, y sirviendo de intéiprete á los

testigos, el famoso historiador Diego Muñoz Camargo. El original de la información se encuentra en el pueblo de Atlihuetzia, y allí mismo existe, en la sacristía de la iglesia, un retrato del Cura Don Juan Díaz, con la siguiente inscripción:

"El venerable siervo de Dios, Juan Díaz, primer Cura de Atlihuetzian y San Dionisio, según instrumento de su archivo, primer pastor de la Señoría de Tlaxcala y primer apóstol del Imperio Mexicano confesor de Hernán Cortés, capellán de su armada, y uno de los cinco clérigos seculares que trajo consigo á la Nueva España; promulgó el Evangelio cinco años antes de la venida de los religiosos, persiguió los ídolos y fué el más supo de las lenguas nacionales; celebró la primera misa en estas partes, la primera procesión y los primeros sacramentos, bautizando con otros dos del clero un millón y cien mil almas. Primer mártir español de la Iglesia indiana, murió á "cantonasos," y le comieron los pies y las manos en el pueblo de Quecholac, del Obispado de los Angeles, en cuya Catedral y capilla de la antigua está su cuerpo; y su crucifijo, llamado "El Conquistador," en la del Santo Sepulcro, de la misma ciudad."

El poco tiempo de que pude disponer al pasar por Atlihuetzia, me impidió recoger mayor número de curiosas noticias; si algún día vuelvo á ese pueblo, me propongo examinar detenidamente sus archivos, en los que, de seguro, se encuentran muchas preciosidades históricas.

SANTA MARIA DE LAS CUEVAS.

I.

EL HERRADERO

A unos cuarenta kilómetros al Noroeste de la ciudad de Huamantla, en un angosto valle, limitado casi en su totalidad, por las primeras estribaciones de la cordillera que forma lo que se llama "Sierra de Puebla," existía por los años de 1710, una amplia casa y numerosas oficinas, pertenecientes á la Hacienda de Santa María de las Cuevas.

Los altos muros que formaban las paredes de la casa habitación, no estaban interrumpidos más que por el ancho zaguán que daba entrada al patio, y por una ventana con fuerte reja, que correspondía al "rayador," situado á la derecha del zaguán.

Por detrás de la casa había una ventanilla pequeña que daba luz á un cuarto deshabitado, y que estaba también guarnecida de fuerte reja y sólida puerta que rara vez se abría.

A la derecha de la casa principal se alzaban varias trojes para guardar las abundantes cosechas; la capilla, donde dos ó tres veces al año se decía misa; los macheros y otras dependencias, rodeadas de las casillas en que habitaban los peones de la finca.

Por la parte de atrás de la casa de habitación, se extendía un apretado bosque, que, descendiendo de la enmarañada serranía, llegaba hasta las paredes que limitaban el edificio principal, y sombreaba sus vetustos muros y la ventanilla de que antes hicimos mención.

Era en aquel tiempo, dueño de la finca, Don Matías Salgado, descendiente de uno de los conquistadores, y, por ende, orgulloso de su prosapia, severo por demás con familiares y dependientes, celoso exageradamente de su limpia honra y de sus fueros de jefe de familia, hombre de pocas palabras y de prontos hechos. Tenía unos sesenta años corridos cuando comienza nuestra narración, y hacía unos diez que había perdido á su es-

posa, víctima más que de aguda e[illegible]medad, del carácter sombrío de su celoso marido.

Componían á la sazón la familia de Salgado, dos hijos varones, Juan y Santiago, de veinticinco y veintiocho años respectivamente, en quienes la naturaleza y en parte la educación, habían ex[illegible]mado todas las malas cualidades del padre, juntándolas, por efecto de maléfico atavismo, con las de todos sus antepasados. Eran ambos mozos, atléticos de formas, de obtuso entendimiento (que no se aduna la inteligencia con el excesivo desarrollo físico), grandes jinetes, famosos lazadores y los primeros de toda la comarca en los peligrosos ejercicios del "jaripeo." Formando con ellos marcado contraste, habitaban en la hacienda dos hermosísimas jóvenes de dieciocho á veinte años: María, hija del señor Salgado, y Luz, prima en cuarto ó quinto grado, de la primera, y de quien era tutor el dueño de la finca.

Frente al zaguán de la casa, como á un kilómetro de distancia, corría un arroyo que las lluvias convertían en impetuoso torrente, y que en la actualidad ha desaparecido, dejando como recuerdo extenso lecho de arena por donde se pre-

cipitan al valle del "Salado" las aguas llovedizas de los montes de Alzayanga.

El día en que comienzan los hechos que vamos á narrar, había sido levantado frente á la casa, entre ésta y el arroyo, un amplio redondel formado con vigas, al que servían de tribunas las azoteas de la casa, defendidas del sol por vistosas colgaduras y blanco toldo de lona.

A las tres de la tarde estaban las tribunas ocupadas por las familias de los hacendados y rancheros comarcanos; allí lucían su interesante y pálida hermosura las hijas del Junguito, el de la vecina hacienda de San Francisco; las Cisneros, de Teacalco, que tenían merecida fama por los negros y rasgados ojos de sus morenos semblantes; las Carvajal que alegraban Cuescontzi con sus cantos y bulliciosas fiestas; las Ortega, de Santa María Zuapila; y otras muchas, eclipsadas todas por la brillante hermosura de la hija de Salgado y la de su no menos hermosa prima.

Para herrar el ganado de la finca, había organizado su dueño aquella fiesta, que, comenzada dos días antes, terminaba aquella tarde, para la que se habían reservado los ejercicios más vistosos, y se había invitado á mayor número de

personas. Esta tarde estaba dedicada á herrar los toros bravos, torearlos y rejonearlos.

Una música, llevada del vecino pueblo de Cupiaxtla, comenzó á tocar sus alegres sonatas cuando salió al redondel un hermoso toro, que no pudo ser lazado á la salida, y que se volvió furioso contra los jinetes que quisieron colearlo.

—¡Déjenlo! ¡Déjenlo!—gritaron los concurrentes; y de las azoteas partieron también gritos de júbilo y entusiasmo, porque todos preveían que aquel animal iba á ser lidiado en forma, dando lugar á los múltiples episodios de esa especie.

Entre los jinetes que estaban en el redondel, se hacían notar los dos hijos del dueño de la finca, por sus lujosos trajes, lo plateado de sus arneses y lo brioso de sus caballos; y otro joven que montaba un arrogante alazán, y que, si bien no ostentaba en su traje el lujo de los Salgado, lo hacía relucir el airoso continente del jinete, su apostura y el desembarazo con que manejaba el caballo: estaba apartado del grupo que de lejos rodeaba al toro, sin tomar parte activa en la animada fiesta.

—¡Que monten al toro! ¡Que lo to-

réen! ¡Que lo banderillen!—gritaban por todas partes.

Ya se habían bajado de los caballos varios rancheros, para torear á pie, cuando de entre la gente que veía la fiesta desde los tablados, salió una voz que gritó: ¡Que lo banderille Pepe Sánchez!

Todos los ojos se volvieron al lugar en que se encontraba el joven del alazán, que procuraba eludir las miradas, y ya arrendaba su caballo con dirección al grupo en que se encontraban los demás jinetes, cuando de todas partes se elevó un murmullo que terminó en un grito unánime de: ¡¡Que lo banderille Pepe Sánchez!! No pudo éste evadirse del compromiso, y se dirigió á donde estaban las banderillas para tomar un par, no sin haber antes apretado la cincha al caballo, y examinado cuidadosamente el freno y las cabezadas, volviendo después al centro de la improvisada plaza, donde se agitaba furioso el toro, buscando enemigos con quienes combatir, porque se habían retirado todos los jinetes que al principio lo rodearon.

Bramaba el toro escarbando con la pezuña la arena del redondel, y agitando convulsivamente la ancha y bien armada cabeza; medía con la mirada el espacio

que lo separaba de Sánchez, y, en un momento dado, se lanzó sobre él, abatiendo la cerviz que doraban los rayos del sol poniente.

Los gritos de los espectadores; las alegres dianas con que celebraba la música el arrojo del caballero, y el pujante brío de la fiera; los pañuelos de colores agitándose en manos de la brillante concurrencia de las azoteas, y el mismo inminente peligro que corría el atrevido joven del alazán, eran otros tantos estímulos para que Sánchez procurara á todo trance salir airoso de la suerte que iba á intentar.

Al ver avanzar al toro sobre él, paró en firme su caballo, que, con la roja nariz hinchada y movediza, rectas hacia adelante las orejas, y fijos en el toro los ojos, esperaba impaciente el menor movimiento de la rienda ó de las rodillas del jinete para lanzarse en la dirección que se le indicara. Hubo un momento en que parecieron confundirse en uno solo el toro, que llegaba furioso, y el caballo, que esperaba, temblando, pero firme bajo la presión de su jinete; pero éste, con un ligero movimiento de la rienda, hizo saltar al caballo oblícuamente, dejando pasar al toro, que, al ver desaparecer su ya

segura presa, volvió sobre sus pasos, y quedó inmóvil al ver que caballo y caballero estaban ya á respetable distancia. Entonces Sánchez tomó una banderilla en cada mano, sujetó con el dedo meñique de la izquierda la rienda del alazán, y á galope corto primero, y á escape después, comenzó á dar vueltas en espiral al rededor del toro; en una de esas vueltas, cuando estaba de espaldas á la fiera, volvió á sentar el caballo sobre los cuartos traseros, y partió recto y á todo correr sobre el toro. Ya la rienda no gobernaba al caballo, porque flotaba suelta sobre la dorada crin; eran la voz del jinete y los movimientos de su cuerpo, identificado, por decirlo así, con el caballo, los que imprimían á éste determinada dirección. Sánchez, tendido sobre el lado derecho, empuñaba una banderilla en cada mano, y al llegar al toro, que al ruído de la carrera y á la voz provocadora del jinete se había vuelto en dirección á éste, con un movimiento rápido, desprendiéndose casi de la silla, y conservándose montado en el caballo por un milagro de equilibrio clavó el par de banderillas en la cerviz del toro, dejando que éste rozara con las astas el flotante vaquerillo.

Atronadores aplausos resonaron mientras el jinete, tendido todavía sobre la silla, daba la vuelta al redondel, moderando poco á poco la carrera del caballo.

Mientras pasaba lo que acabamos de referir, Luz, la sobrina del señor Salgado, se había puesto intensamente pálida, cubriéndose el rostro con el pañuelo en los momentos en que Sánchez ejecutaba la difícil suerte.

—Por Dios, Luz, cálmate—le decía su prima María, estás dejando escapar tu secreto, y si Santiago te vé ahora, adivinará desde luego la causa de tus desdenes.

Por fortuna para Luz, todos estaban entonces con los ojos fijos en el redondel, y Santiago acababa de dirigirse al corral en que estaban encerrados los toros, para dar órdenes á los caporales.

En una de las veces que pasó Sánchez por frente á las azoteas en que estaban los invitados y la familia del dueño de la casa, dos señas imperceptibles se cruzaron entre Sánchez y Luz; y poco después el primero, pretextando que su casa estaba muy retirada de la hacienda, se despidió del señor Salgado, y, al paso de su caballo, se alejó de la casa, perdiéndose en las fragosidades del monte.

La fiesta continuó con todos sus pintorescos detalles, hasta que faltó por completo la luz del día. Hubo jinetes caídos, toros bravos montados por los dependientes de la finca, otros mansos lazados y coleados por los concurrentes, y no faltó por fin, algún caballo herido, de más ó menos gravedad, gracias á la impericia de su jinete.

Poco á poco se fueron retirando todos los invitados, hasta quedar la finca sola, con sus habituales moradores.

II.

LA CITA

A las diez de la noche del día en que se habían verificado los acontecimientos referidos, se abría silenciosamente la ventanilla de detrás de la casa, y aparecía en ella el busto de una mujer, sin que pudieran distinguirse sus facciones, ocultas por la obscuridad de la noche. Al mismo tiempo, salía de la espesura del cercano bosque, un hombre, que adelantó cautelosamente hasta colocarse al pie de la ventana.

—José,—dijo una voz débil y temblorosa.

—Yo soy, Luz,—contestó el hombre, dejando caer el embozo de su sarape y mostrando á la escasa claridad de las estrellas el varonil semblante del joven Sánchez, el héroe de la pasada fiesta.

—Temí que no pudieras venir, y tengo muchas cosas que decirte: Santiago me persigue cada día con mayor impertinencia, y si Don Matías le concede mi mano, tendré que ahogar dentro de mi pecho el amor que siento por tí; tendré que sofocar la repugnancia que me inspira mi primo, pero me será imposible desobedecer las órdenes de mi tutor; tú le conoces, sabes que no consiente la menor contradicción, y sería capaz de matarme si no me doblego humildemente á sus caprichosos mandatos.

—Sí, y matarás mis ilusiones más caras, y convertirás mi vida en un espantoso suplicio. Tú sabes que sin tu amor, sería imposible la vida para mí; si faltando á tus juramentos llegaras á pertenecer á otro hombre, la muerte me libraría del tormento de verte en los brazos del odiado rival. Mi pobre y anciana madre se quedaría sola en el mundo, y muy pronto también, la miseria y los dolores acabarían con ella..... Pero á tí, ¿qué puede importarte todo esto? Tiemblas

ante las miradas de Don Matías, y por no disgustarlo dejarás perecer á tu desgraciado amante, ¡y á su anciana madre!

—No seas injusto, José; ¿no ves que estás destrozando mi corazón? Te amo con toda mi alma; pero soy una débil mujer que no puede resistir á los mandatos de su tutor, á quien está acostumbrada á obedecer.... No tengo en esta casa más amparo que María, tan oprimida como yo, y que no puede valerme. Tú, que debías consolarme, darme valor, y, en último caso, compadecerme, me reprôchas hasta mi debilidad y desamparo.

—Tienes razón, Luz, no volveré á quejarme, y procuraré, si es posible, que termine la situación comprometida en que nos encontramos. Para eso, no hay más que un medio, que otra vez te he propuesto, y no has querido aceptar: huye de esta casa; yo te llevaré con mi madre, y al día siguiente iremos á San Juan de los Llanos, y allí celebraremos nuestro matrimonio.

—No, José, no; prefiero mil veces la muerte, á dar un paso del que me avergonzaría toda mi vida.

La conversación de los dos amantes siguió todavía en voz baja, durante al-

gún tiempo, hasta que Luz, alarmada por lo avanzado de la hora y por extraños ruídos que le pareció oír en el bosque, se despidió de Sánchez, diciéndole:

—Ven mañana á esta misma hora, que quizá encontremos un medio para hacer que mi tutor consienta en nuestro matrimonio.

—Hasta mañana, á las once, Luz de mi vida.

—Adiós, José, no olvides á tu pobre amante.

—Contigo se quedan mi corazón y mi alma entera.

El joven se internó en el bosque, recogió su caballo, y lentamente se fué alejando de la sombría y solitaria casa de la hacienda.

—¿Con que la niña Luz habla en las noches con Snáchez?—decía, mientras el jinete se alejaba, un hombre que, oculto en uno de los ángulos del edificio, había sido testigo de la entrevista de los amantes, si bien no había podido oír más que el final de la conversación.

—Mañana á las once,—siguió diciendo el desconocido;—mañana yo haré que la cita de amor se convierta en terrible duelo. ¡Ah, niña Luz, por fin he llegado á descubrir algo que te puede poner en mi

poder, y de paso, el amo grande y sus orgullosos hijos sabrán también que mi venganza puede alcanzarlos.

Quien así hablaba era Martín, hijo del mayordomo de la hacienda; estudiante expulsado por su mala conducta, del Seminario de Puebla, que amaba con pasión á Luz, y ocultaba bajo el humilde aspecto de su imberbe semblante, una alma dominada por exaltadas pasiones. Era capaz de las más indignas bajezas, por satisfacer el menor de los caprichos, y eran terribles sus odios y sus venganzas.

Martín se dirigió á la casa que su padre ocupaba no lejos de la habitación principal, murmurando amenazadoras palabras.

III.

LA VENGANZA DE MARTIN.

En la mañana del siguiente día procuró Martín acompañar á Santiago, cuando éste salió al campo á vigilar los trabajos, y, al llegar á lo más despejado del llano, en un lugar en el que de nadie podían ser oídos.

—Amo,—dijo Martín,—sería bueno que

pusiera su merced á uno de los "sobresalientes" á cuidar de noche la casa, por el lado del monte, porque anoche estaba un hombre hablando con una de las niñas por la ventana del último cuarto.

—¿Qué dices? ¿Una de las niñas hablando con un hombre? ¿A qué horas, con quién?

—Como á las once de la noche salí, porque los coyotes se acercaban mucho á los corrales, y al dar la vuelta, vi al hombre junto á la ventana; no pude conocerlo, pero me pareció que la que hablaba con él era la niña Luz, y le decía que volviera esta noche á las once.

—Está bien.... lleva el caballo overo á tu casa, y ténlo ensillado esta noche hasta que yo vaya por él.

No dijo más Santiago; pero Martín, que lo conocía sobradamente, estaba seguro de que podía contar para sus proyectos con la ciega cólera del mancebo.

Al volver del campo, buscó Martín á Juan, que sentía por Luz una pasión tan indomable como la de su hermano Santiago, sin que nadie más que Martín se hubiese apercibido de ella. Con el pretexto de ver una vaca que estaba enferma, llevó Martín á Juan al establo, y allí le contó, sobre poco más ó menos, lo

mismo que había dicho á Santiago. Un furor reconcentrado y sombrío se apoderó de Juan, quien volvió á la casa sin decir una sola palabra.

—Buena se prepara esta noche,—iba pensando Martín;—entre este par de lobos rabiosos y Sánchez, que no se dejará matar como un cordero, se va á armar una sarracina que de seguro terminará con la muerte de alguno de ellos; la justicia tomará parte en el asunto, y no tendrá tiempo de ocuparse de la humilde personalidad de Martín. Vamos ahora á prepararles quehacer á Don Matías y á su interesante hija.

—Señor amo, decía poco después Martín, entrando en el rayador y dirigiéndose á Don Matías.—Yo estoy muy agradecido á su merced por tantos favores como le debo, y por esto vengo á verlo para avisarle lo que pasa.

—¿Qué ocurre?—preguntó Don Matías.

—Yo no quisiera que su merced se molestara, pero por la ley que le tengo á la casa, me he hecho el ánimo de venir á decirle lo que sucede.

—¿Pero qué es ello? Habla pronto y sin rodeos, que me estás quitando el tiempo.

—Pues, señor amo, que anoche á las once, la niña María estaba platicando con un señor, en la ventana del último cuarto.

—¡Mi hija!—exclamó Don Matías, rójo de indignación.—¿Y con quién hablaba? ¿Quién se atreve á venir á mi casa á esas horas de la noche?

—Yo no pude ver quién era el que hablaba con la niña María. sólo oí que decían que esta noche se habían de volver á ver á las once, y por eso he venido á avisar á su merced.

—No digas á nadie, á nadie, ¿entiendes?, ni una sola palabra de esto. Ya puedes retirarte, y esta noche cuida de no salir de tu casa, aunque oigas ladrar á los perros.

Mientras Don Matías se quedaba meditando en los medios para evitar que su hija tuviera amores con un desconocido, y sin consentimiento de su padre, Martín procuró hallarse un momento á solas con Luz y la dijo:

—Esta mañana encontré á Don Pepe Sánchez y me encargó que dijera á la niña que á la noche no lo espere usted por la ventana, sino por el zaguán; que él estará por la parte de afuera y podrán hablar sin que haya riesgo de que el amo ó las criadas se aperciban.

Llamó mucho la atención á Luz, que Sánchez quisiera, contra su costumbre, hablarle por el ventanillo del zaguán de la casa, y mayor extrañeza le causó que le enviara el aviso con Martín; pero és te tuvo cuidado de alejarse rápidamente, y ya no tuvo Luz tiempo para pedirle mayores explicaciones.

No descansó con esto Martín, sino que se dirigió á las caballerizas, y habló largo rato con uno de los caballerangos, muy su amigo, y del que se separó, diciéndole:

—No dejes de estar á la hora que te digo, en la puerta del zaguán, y si no faltas, se te puede quedar la escopeta que te presté el otro día, y que no te había querido vender.

Después que, á las siete de la noche, rezaron el rosario en la capilla los dependientes de la finca y la familia de Salgado, mientras el mayordomo apuntaba los nombres de los peones que habían trabajado en el día, y hacía la distribución de las labores para el siguiente, Juan salió á caballo de la casa, diciendo á su padre que iba á vigilar esa noche las pastorías del monte; y poco después se alejaba también Santiago, quien dijo que se iba á quedar en la ca-

sa del mayordomo, para ver si sorprendía á unos ladrones que en noches anteriores habían robado gavillas de la era.

A las diez se desencadenó furiosa tempestad, que bajando de los vecinos montes, se extendió rápidamente por todo el valle, derribando el vendaval los añosos árboles del bosque, y desgajándolos el rayo al caer sobre ellos.

Al comenzar la tormenta, y después de haber cenado la familia, llamó Don Matías á su hija María, la llevó á un cuarto aislado, y se encerró allí con ella para reprocharle su liviana conducta, y para que le dijera el nombre del nocturno galán.

Sorprendida María, no pudo más que asegurar, llorando, á su terrible padre, que ningunos amores tenía, ni galán alguno hablaba con ella; pero más y más enfurecido Don Matías con las negativas de su hija, la dejó encerrada en el cuarto, jurando que esa noche descubriría quién era el amante, tomaría sangrienta venganza, y un convento de Puebla guardaría en adelante á la rebelde hija.

Dirigióse en seguida Don Matías al cuarto de la ventana, con intención de sorpender al nocturno galán, y averiguar su nombre.

Juan y Santiago, que habían dejado sus caballos en el bosque, estaban situados de manera que veían la ventana, pero sin que pudieran verse entre sí. Entreabrió la puerta Don Matías, y Santiago, que era el que se encontraba más próximo, se adelantó para ver si era Luz la que abría; pero al mismo tiempo Juan, que había notado el movimiento de la ventana, y vió que un embozado se acercaba á ella, se lanzó furioso, puñal en mano, contra el desconocido; volvióse Santiago y al encontrarse frente á frente con quien creía su rival, desenvainó también su puñal, y trabóse entre los dos hermanos encarnizada lucha.

De pronto iluminó la sangrienta escena deslumbrador relámpago y, á su roja claridad, se reconocieron los dos hermanos, y nuevo y más satánico odio nació en sus pechos, sin que bastara á contenerles la exclamación de dolor proferida por Don Matías, al ver reñir á sus dos hijos.

Breves momentos después, Juan caía muerto á los golpes de su hermano; Don Matías, sacudiendo furiosamente los fierros de la reja, lanzaba su maldición sobre el fratricida, y Santiago se alejaba, huyendo de aquel funesto sitio.

Mientras pasaban estos acontecimientos, Luz se había dirigido al zaguán de la casa; pero no hizo más que entrar al obscuro pasadizo, cuando se sintió asida fuertemente por los robustos brazos de un hombre, mientras que otro, tapándole la boca con un pañuelo, la impedía pedir auxilio. En un momento la agarrotaron fuertemente, se abrió la puerta del zaguán, y uno de aquellos hombres montó á caballo, puso sobre la cabeza de la silla á la infortunada Luz, y se alejó violentamente de la casa. Pero un jinete que había presenciado de lejos una parte de la extraña escena, siguió al raptor, que de fijo habría escapado, si no hubiera sido porque las aguas del arroyo, de que al principio hicimos mención, habían aumentado á tal grado, que era imposible atravesarlas.

—¡Maldición!—dijo Martín, pues éste era el raptor de Luz,—no contaba yo con este obstáculo, que me obliga á dar un gran rodeo para tomar el camino de San Juan de los Llanos, sin pasar por la hacienda; y eso cuando me viene siguiendo no sé quién. De todos modos, ¡adelante! y, desgraciado del que se oponga á mi paso.

Y sacando el machete que bajo de la

arción llevaba, quebró hacia la izquierda, á tiempo que su perseguidor le daba alcance.

—¿Dónde va á estas horas Martín, y á quién lleva sobre el caballo, por tan extraño camino?—dijo, interceptándole el paso, Sánchez, que no era otro el importuno jinete.

—Es por orden del amo Don Matías, —contestó Martín; y arrendando hábilmente su caballo, pasó por detrás del joven, y le asestó tan tremendo golpe con el machete, que hubiera dado fin á la vida de Sánchez, si no hubiera sido porque su caballo, instintivamente, hizo un brusco movimiento, y el golpe dirigido á la cabeza, apenas rozó el ala del ancho sombrero, dividiéndola en dos partes.

—¡Ah, traidor, asesino!—gritó Sánchez.—Te voy á matar como un miserable coyote que eres!

Y, en efecto, tras una corta lucha, el machete de Sánchez hendió la cabeza de Martín, quien se desplomó del caballo, arrastrando en su caída á Luz, que, muerta de terror y sin poder lanzar un gemido en demanda de socorro, había sufrido los más crueles tormentos mientras duró el breve combate.

—Véamos á quién llevaba ese pícaro,

que aún tengo tiempo para hablar con Luz.—Y apeándose del caballo, no tardó en reconocer que había salvado á la misma Luz, á quien amaba con tanta ternura.

Un tanto repuesta la joven de las terribles emociones de aquella noche, refirió á su amante lo que había pasado, y exigió que la volviera á llevar á la hacienda.

—Después de haberme salvado, José mío, nada puede negarte mi tutor, y te concederá mi mano; pero aunque asi no fuera, yo debo volver á la casa de mi tío, de la que no saldré por mi voluntad, sino apoyada en el brazo de mi esposo.

—Tienes razón, Luz; monta en mi caballo, porque el que traía Martín no parece ya por aquí, yo montaré á la grupa y volveremos á la hacienda.

Así lo hicieron, y llegaron en los momentos en que Don Matías, acompañado de varios mozos, salía á recoger el ensangrentado cadáver de su hijo Juan.

Al día siguiente se encontró el cadáver de Santiago, que había perecido ahogado en las aguas del torrente.

Impuesto más tarde Don Matías, de las circunstancias que habían motivado la llegada de Luz en compañía de Sánchez,

dió su consentimiento para el matrimonio de los dos amantes, que se verificó algún tiempo después, yendo los esposos á vivir al rancho de Sánchez.

Si éste se encontró tan á tiempo para salvar á su amada, fué porque había tenido que dar un rodeo para evitar los numerosos torrentes que impedían el paso directo de su rancho á la hacienda de Santa María, cuando las aguas llovedizas llenaban los cauces de las barrancas.

IV.

EPILOGO.

La trágica muerte de sus hijos produjo en Don Matías tan honda tristeza. que se fué consumiendo rápidamente, y murió un año después de los acontecimientos que hemos referido, no sin tener al menos el consuelo de que su hija María se casara con el Capitán Don José Manuel González Junguito, hijo y único heredero del dueño de la vecina hacienda de San Francisco de Asís.

Este matrimonio unió en una las dos

fincas, y así han permanecido hasta la fecha. Abandonada la casa de Santa María de las Cuevas, fué poco á poco destruyéndola el tiempo, y hoy no quedan de la extensa casa y numerosas oficinas, más que paredes aisladas y montones de ruinas; pero aún se distinguen el zaguán, el rayador con su ventana, y algunas piezas de habitación.

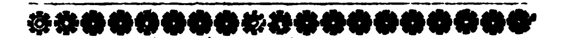
Vistas estas ruinas á cierta distancia, al caer la tarde, tal parece que surgen de nuevo los destruídos edificios; que se reconstruye la casa; que se anima con el movimiento de ganados y peones; que se vé caracolear á los caballos de Juan y de Santiago, recogidos por la diestra mano de sus jinetes; y que aparecen las esbeltas figuras de Luz y de María, alegrando con su rara hermosura los campos que la melancólica luz del crepúsculo tiñe de rojo y gualda.

Pero, ¡ay! nada de esto existe ya. En el antes risueño valle no se ven más que sombras y ruinas. Al dulce balar de las ovejas, y al movimiento y la alegría del trabajo, han sucedido el eco fatídico del buho, la soledad y la tristeza.

Cada vez que pasamos por aquel valle, nos detenemos á contemplar esas paredes, mudos testigos de tantas alegrías y

tantas penas, y en nuestra imaginación toman forma, reviven, y desfilan todas las personas que figuraron en los dramáticos acontecimientos que motivaron la destrucción de la casa.

Siempre volvemos del valle con un fondo de dulce melancolía que nos hace soñar con los lejanos sucesos de remotas edades que pasaron, para no volver jamás.



"LAS CALAVERAS"

Al Noreste, y muy cerca de los arruinados edificios que en otro tiempo formaron la casa y dependencias de la hacienda de "Santa María de las Cuevas," anexa actualmente á la de San Francisco de Asís, (á) "El Junguito," hay dos grandes peñascos de origen volcánico, que sirven para marcar el lindero entre la mencionada hacienda y las de Xaltitla y San Antonio Zuapila; ese lugar se conoce con el nombre de "Las Calaveras," acaso por la forma esférica que afectan dichos peñascos, y el color ceniciento de la lava de que están formados, acaso también por las narraciones de muertos aparecidos, y "espantos," que corren de boca en boca entre los sencillos habitantes de los contornos. Hay que confesar que

el lugar en que se encuentran "Las Calaveras," por lo agreste y solitario, infunde tristeza y predispone el ánimo para dar crédito á narraciones maravillosas y sombrías.

Cuentan que, en otro tiempo, cuando la casa de la hacienda estaba habitada, riñeron á muerte dos hermanos, que los dos perecieron, que sus cadáveres fueron sepultados al pie de las peñas, que suelen salir algunas noches de sus sepulcros y volver á reñir, y que en noches tales, perecen irremisiblemente los que, engañados por las sombras, se acercan y pretenden separar á los reñidores.

Un día tuve que ir á Alzayanga para el arreglo de varios negocios, y salí del pueblo al caer la tarde, para volver á la hacienda de "Junguito;" á poco andar, cerró la noche, obscura y tempestuosa, lo que no me preocupó, porque montaba mi caballo favorito, un retinto de "mucha clase," y me acompañaba mi valiente y fiel perro.

Las tinieblas se hicieron muy pronto tan densas, que con dificultad se veía el camino, que serpenteaba entre las rocas, tomando éstas y los árboles del vecino monte, las más caprichosas formas.

De pronto, al volver la vista al lado

izquierdo del camino, quedé sorprendido por un extraño espectáculo: las ruinas de la casa de Santa María de las Cuevas, estaban iluminadas, pero de modo que perdiendo su aspecto de paredones aislados, parecían más bien una casa recién construída; las luces de las puertas y ventanas cambiaban de sitio, y aun parecía que varias personas recorrían la casa, llegando hasta mí confuso rumor de voces, gritos y puertas que se abrían y cerraban con estrépito.

Creí que algunos caminantes perdidos á causa de la obscuridad, habían buscado refugio en las ruinas, y que no era más que imaginario el aspecto que de lejos presentaba la casa, cuando llegó distintamente á mis oídos un quejido lastimero, al propio tiempo que en un claro del bosque ví á dos hombres que reñían; recuerdo haber visto, á la fugitiva luz de un relámpago, brillar las hojas de los puñales, pero no pude apreciar ningún otro detalle, ni oí más que entrecortados gemidos.

Mi caballo se paró y comenzó á temblar, y el perro, arrastrando la cola, se metió entre las patas del caballo, aullando lúgubremente.

Tomé con la mano izquierda la pistola

y con la derecha desenvainé la espada, movimiento que, en todo caso, hacía dar á mi caballo un bote de frente; pero aquella noche no se movió, ni pude hacerlo avanzar con la presión de las rodillas, á la que siempre obedecía. Excitado ya por su resistencia, le clavé con fuerza las espuelas, y entonces, parándose sobre los cuartos traseros, dió media vuelta y salió á escape con dirección á las ruinas.

La luz de otro relámpago iluminó las dos piedras del lindero, que aparecieron á mis ojos como dos calaveras gigantescas de cuyas cuencas vacías brotaba un resplandor fosforescente; al mismo tiempo, una de las sombras que antes reñían, desapareció, huyendo entre los árboles, mientras que la otra, con un largo puñal clavado en el pecho, caía delante de mí, interceptando el camino.

Todo esto fué instantáneo; pero en aquel momento pude ver el horrible semblante del hombre caído, que estaba lívido, más bien terroso, no demacrado, sino carcomido como los cadáveres en putrefacción, con yo no sé qué de sobre natural, y con antiquísimos y despedazados vestidos. Mi caballo saltó sobre aquel cuerpo, pero una de las patas traseras

del animal tropezó con el mango del puñal, produciendo el choque de la herradura, infinidad de chispas.

No pude ver más, ni me doy cuenta de lo que después sucedió; solamente recuerdo que, al pasar frente á las ruinas de Santa María de las Cuevas, estaban éstas solitarias y sombrías, como de costumbre.

Mis hermanos me han contado después, que aquella noche llegué muy tarde á la hacienda de "Junguito," completamente trastornadas mis facultades intelectuales, por efecto de una fiebre que me tuvo á la orilla del sepulcro por espacio de muchos días, y que, durante los accesos, contaba yo historias de muertos y aparecidos.

He llegado á persuadirme de que mis confusos recuerdos de aquella noche, no son más que reminiscencias de mi delirio febril; sin embargo, nunca he podido explicarme estos dos hechos: al día siguiente de haber llegado á la hacienda, mi perro fué encontrado muerto, sin lesión alguna, al pie de "Las Calaveras," y mi caballo murió tres días después, víctima de una extraña enfermedad: se le cayó el casco de una pata y se le gangrenó la pierna.

Desde entonces no he vuelto á pasar por "Las Calaveras" y, cuando de lejos descubro las dos peñas, extraña sensación de miedo (¿por qué no he de confesarlo?) se apodera de mí, y aun me parece que me amenazan con terribles muecas.... ¿Será esto todavía efecto de la fiebre que padecí, ó hay algo de verdad en lo que he creído ver?

LA CIUDAD DE PUEBLA Y SUS ALREDEDORES

Cuenta la leyenda que los ángeles escogieron el sitio y delinearon las calles de la ciudad de Puebla; y á fe que tal leyenda tiene sobrado fundamento, si se atiende á lo bien elegido del fértil valle en que tiene su asiento la segunda capital de la República, y á lo recto de sus calles, que, tiradas á cordel, dejan á la vista sobrado panorama en que recrearse, sea cual fuere el punto en que esté situado el curioso observador.

Los que tienen la dicha de vivir en la invicta ciudad, suelen desatender sus bellezas, por la indiferencia que en ellos engendra el hábito de admirarlas; para conocer cuánto valen, es necesario alejar-

se por algún tiempo, sentir la nostalgia de la Patria, y volver al cabo de algunos años de ausencia. Entonces pueden apreciarse en todo su valor, la hermosura de su limpio cielo, lo suntuoso de sus edificios, el suave perfume de sus jardines, y la benignidad de su clima. ¡Con qué placer tan intenso descubre uno desde lejos el blanco caserío, las pardas torres de la Catedral, y las históricas colinas, teatro grandioso de tantas gloriosas hazañas!

Acaso uno de los puntos más apropósito para admirar el conjunto de tantas cosas notables como guarda la ciudad y embellecen sus alrededores, es el cerro de San Juan, pequeña eminencia que se eleva al Poniente de la población, y desde cuya cima abarca la mirada la extensa llanura y las lejanas crestas de los montes, que limitan el horizonte al confundirse con el azul del cielo.

Suponiendo que estamos colocados en la cumbre de San Juan, vamos á recorrer ligeramente cuanto desde allí se vé. Bien merecen la pena de que se les consagre un recuerdo, varios lugares, más ó menos lejanos, que están íntimamente relacionados con nuestra historia contemporánea.

A lo lejos, por el Oriente, se descubre la soberbia montaña del Pico de Orizaba, cuyo azul pálido sirve de fondo á la obscura mole de los cerros del Pinal y del Tintero; estas agrestes eminencias presenciaron impasibles la sangrienta batalla de Acajete, librada el 3 de Mayo de 1839, por las numerosas huestes de los Generales Santa-Anna y Valencia contra las escasas tropas que acaudillaban Urea y Don Antonio Mejía, General éste último, que dió á la ciudad de Teziutlán el sobrenombre que actualmente lleva. Allí sucumbió aquel puñado de valientes que estuvo á punto de arrancar la victoria al dictador; allí murió Mejía, fusilado por Santa-Anna, en la hacienda de "La Blanca," sin que fuera parte á salvarlo, el compadrazgo que unía á los dos jefes.

Cuenta que, al llegar Mejía prisionero, delante de Santa-Anna, éste le preguntó:

—Compadre, ¿qué hubiera usted hecho si se cambian los papeles, y yo soy el derrotado?

Mejía, que estaba seguro de la suerte que le esperaba, contestó:

—Identificar su persona, y mandarlo fusilar en el acto.

—Pues yo soy más generoso que usted, porque le doy dos horas para disponerse á morir.

En efecto, tres horas después de haber caído prisionero Mejía, fué pasado por las armas.

Más cerca, á poca distancia de la ciudad, siempre al Oriente, están situados los cerros del Tepotzuchil y de Amalucan. A la falda del primero, abrieron los franceses un camino que unía las poblaciones de Cholula y Amozoc, cuando fué sitiada Puebla, el año de 1863; en el segundo estuvo acampado el General Laurencez, antes de ser derrotado, el 5 de Mayo de 62, por las tropas mexicanas que acaudillaba Zaragoza. Del costoso camino han desaparecido hasta los últimos vestigios; del efímero campamento queda un recuerdo histórico, unido al de una espléndida victoria.

Ya no existen las dos grandes columnas de piedra que adornaban la antigua garita de Veracruz, y que vieron pasar, durante el último siglo, á los batallones españoles, derrotados en Agua de Quecholac; á las tropas del invasor americano, triunfantes en Cerro Gordo; al ejército francés, á las legiones austriacas, á

las belgas; y á tantos miles de soldados defensores de los innumerables planes políticos que han servido de pretexto para nuestras guerras fratricidas. Esas columnas eran propiedad del Ministerio de Fomento, y no sabemos por qué fueron destruídas, dejando una parte de sus despojos en el lugar en que antes se alzaban, y llevando otra parte á la orilla del "Pa seo Bravo."

Más acá de lo que fué garita de Veracruz, en los suburbios, al comenzar el llano, se destaca sobre el verde césped la blanca Iglesia de los Remedios, que se llamó fuerte de "Ingenieros" durante el sitio de los franceses. De allí salieron los Batallones de Durango, pocos días antes de que sucumbiera la plaza, se arrojaron sobre las baterías enemigas, tomaron los cañones, y fueron cruelmente despedazados en la llanura al retirarse ante las numerosas fuerzas enemigas que sobre ellos cargaron. Desde allí dirigió el General Zaragoza la batalla del 5 de Mayo de 1862.

No penetremos desde luego á la ciudad; sigamos por las afueras y, sin llegar á la cordillera del Tentzo, que limita el valle por el Sureste, ni siquiera al cerro de Totimehuacán; sin detenerse en

las fábricas del Mayorazgo y Molino de Enmedio, de las que en otra vez hablaremos; pasando rápidamente por la hacienda de La Noria, que sirvió á los franceses de hospital, y por el rancho de "Las Animas," donde, hasta hace poco tiempo, podía verse, totalmente abandonado, un pequeño cementerio francés, que no sabemos si todavía exista, admiremos la espléndida hermosura de los volcanes de México, iluminados por los últimos rayos del sol Poniente, que no tardará en ocultar su disco rojo tras del nevado cráter del Popocatepetl.

Presta mayores encantos al paisaje, la luz de variados colores que las nubes reflejan sobre la histórica ciudad de Cholula, de la que sobresale, entre las muchas torres de sus numerosas iglesias, la monumental pirámide. Un poco á la izquierda, se ve el pueblo de Tlaxcalancingo, y en la misma dirección, pero más cerca, la hacienda de Zavaleta, donde Santa-Anna y Bustamante celebraron los convenios que se conocen en la historia con el nombre de esa finca.

Por el Noroeste, haciendas, fábricas y risueños pueblecitos medio ocultos entre el follaje de sus árboles frutales. La emi-

nencia de La Uranga, donde estaban situados los vigías de Comonfort durante el memorable sitio de 1863. San Lorenzo, donde se perdió aquella funesta batalla en la que fué destrozado el ejército del Centro, y que determinó la entrada de los franceses á Puebla. La loma de Ocotlán, que dió su nombre al reñido combate que sostuvieron el año de 56 los pronunciados en Zacapoaxtla, memorable hecho de armas en que los movimientos de ambos ejércitos (así lo decía el General Don Manuel González) se hicieron con la precisión y sangre fría de una parada, y en el que Osollo, Miramón y Aljovín, esas tres caballerescas figuras del partido conservador, atacaron al frente de sus soldados, con imponderable arrojo. El General Parrodi, el mismo que cayó herido el año de 1847 en la desgraciada batalla de Padierna, mandaba en Ocotlán el flanco derecho de las tropas del Gobierno; estaba montado á caballo junto á la venta de Montero, y al ver acercarse en correcta formación á los pronunciados, dijo al jefe que mandaba la batería situada en el camino: "¡Fuego!, y pronto, que es buena tropa." (Histórico.) Por cierto que el primer cañonazo lo disparó un paisano de esos que

en aquella época salían de sus casas voluntariamente á batirse, y regresaban después de la batalla, sin pedir grados ni recompensas; se apellidaba Alvarez, y era conocido más bien con el sobrenombre de "Cantarotes."

Lejos, muy lejos, al Norte, se vé la peña del Rosario; luego los blancos cerros de Tlaxcala, y casi al píe de San Juan, el rancho de Posadas, donde se libró otro reñido combate durante la primera administración de Bustamante, entre los soldados de éste y los que acaudillaba Santa-Ana.

Al Noroeste, el pico de la Cuatlapanga y la sombría Malintzi, preñada de tempestades que, desencadenadas en la agreste cumbre, bajan y se precipitan sobre la llanura, desolando comarcas enteras. Por fin, ya en las goteras de la ciudad, las alturas de Loreto y Guadalupe, que enseñamos con legítimo orgullo á los que pisan por primera vez nuestro suelo.

El mismo cerro de San Juan es un recuerdo del cuartel general francés; en la casa que está en la cumbre habitó el General Forey durante el sitio, y se dió el caso de que una granada disparada del Fuerte de San Javier, estallara sobre el

altar de la capilla, en los momentos en que un sacerdote celebraba la misa.

Si la vista se detiene sobre la ciudad, ¡qué de recuerdos históricos acuden á nuestra mente! En el barrio de Santiago, la casa, que aún existe, donde estuvo Iturbide varios días, antes de entrar triunfante en Puebla, á raíz de la proclamación del Plán de Iguala, hace que se remonte la imaginación á esa época de legítimas alegrías y de sincero entusiasmo en que, libre nuestra Patria, comenzaba á vivir ¡ay!, bien ajena de que no tardarían sus hijos en destrozarla con sus discordias civiles. Desde entonces, Puebla parece haber sido elegida como palenque para decidir en su recinto á cuál de los dos partidos contendientes debía adjudicarse el triunfo; y la pobre ciudad ha sufrido las funestas consecuencias de semejante predilección. Casi no hay un edificio notable que no haya servido de cuartel ó de fortaleza, ó que no haya sido alguna vez atacado por tropas enemigas. ¡Qué más, hasta la Catedral estuvo rodeada de profundo foso y fuerte trinchera durante el sitio de los franceses!

La Penitenciaría, el Hospicio, San

Agustín, el Carmen, Santa Inés, la Concordia, la Merced y otros muchísimos lugares, fueron teatro de sangrientas luchas, que daremos á conocer, si llegamos á escribir la historia de los sitios que ha sufrido la ciudad.

Por ahora, ocupémonos solamente de la "Plaza de Armas," que, si no es precisamente el centro de la ciudad, es uno de los sitios más concurridos, y el paseo predilecto de la aristocracia poblana.

Ustedes no han de haber conocido la plaza principal de Puebla cuando tenía el doble carácter de "plaza de armas" y "plaza del mercado." Yo sí alcancé, por fortuna, aquellos benditos tiempos, si bien los recuerdos que de entonces conservo, son así, tan vagos, que se confunden con otros muchos de mi azarosa infancia. No podré, por esto, hacer, como quisiera, una descripción acabada y completa, del cuadro que presentaban á la vista los "puestos" de los vendedores, con sus más pintorescas "sombras," que así estaban formadas de rústico petate, como de no muy limpia manta, ó de sarapes con múltilpes colores; ni del confuso vocerío que privaba de dormir la legendaria siesta á los que tenían la desgracia de vivir en

las casas de los portales; ni del tumultuoso desorden en que solía poner á vendimieros y compradores, algún importuno aguacero. Todo esto, y algo más, puede verlo aún hoy día, aunque en pequeño, todo aquél que quiera tomarse el trabajo de ir á Cholula un 8 de Septiembre, ó en día de "tianguis," á alguna otra población cercana.

Tampoco podré decir á ustedes si existían ya, por entonces, las gruesas cadenas que circuían la plaza; ni si databan de épocas anteriores los incómodos asientos de piedra, que después pasaron á servir de "adorno" en la plazuela del Señor de los Trabajos; ni tampoco recuerdo con precisión si, además de la fuente de San Miguel, que ahora está frente al Molino de San Francisco, había alguna otra cosa en el centro de la plaza, antes de que allí pusieran el "Caballito de Troya." Según me parece, había una columna con no sé qué por remate.

Bien sé que ésta mi falta de memoria, podría muy bien suplirla, y hasta con pujos de erudición, tomando datos de la "Guía de Forasteros" del año de 1852, ó de algún otro libro de tantos como se han ocupado en escribir sobre la Puebla antigua y moderna. Pero no quiero ves-

tirme con las plumas del pavo, ni hablar más que de mis recuerdos, de lo que me conste "de visu," como dice un condiscípulo mío, que está ya para recibirse de abogado desde hace muchos años, y que, más feliz que yo, no cortó su carrera.

Lo que de seguro no había en la época en que comienzan mis recuerdos, son los fresnos que adornan el rededor de la plaza, pues que esos árboles los mandò plantar mi buen amigo el señor Licenciado Don Pedro José de Aguirre, (según él mismo me contó), el día de su casamiento, siendo Secretario del General Codallos, que gobernaba Puebla, no sé con qué carácter. Por cierto que el General Codallos debe haber sido famoso gobernante, porque habiendo perdido la vista repentinamente, el comercio de la ciudad reunió, con donativos voluntarios, diez mil pesos, que ofreció al susodicho General, como muestra de aprecio y gratitud por su buen gobierno. ¡Qué hermosòs tiempos aquellos para los Gobernadores.... y para los gobernados!

Pero volvamos á la Plaza de Armas, y véamos lo que era allá por los años de 1853.

Ya no estaba entonces en ella el mercado, gracias, si mal no recuerdo, al General Mendoza, que lo quitó de allí, lo pasó primero á la plazuela de los Sapos, después á la de San Agustín, y por último, lo colocó donde está ahora. Ya se podía pasar por el estrecho recinto embanquetado con las losas que se quitaron de la mencionada plazuela de San Agustín; ya, por fin, no había temor de peligrosas caídas motivadas por traidores desperdicios de frutas, ni el olfato se lastimaba con poco agradables olores.

Daban los "clamores" las campanas de los numerosos templos; á lo lejos, por las calles de Santa Teresa y San José, comenzaban á perderse los últimos ecos de los clarines de caballería, que iban tocando retreta, y la música del Primer Activo de Puebla preludiaba los primeros compases de la Varsoviana. Por frente á Catedral desfilaban ya con tardo paso los coches de sitio, pintados generalmente de azul y amarillo, de sopandas, y guiados por conductores con sombrero de anchas alas, bota en la pierna derecha, y montados en una de las pacíficas mulas del tronco. Los guarda-luces encendían trabajosamente los escasos faroles que, so-

bre postes de piedra y varillas de fierro, tenían la pretensión de alumbrar la extensa plaza. En el portal de Borja incitaban el dormido apetito los puestos de fruta y tortas compuestas; aquéllos luciendo en artístico desorden todas las producciones frutales de nuestro rico Estado, tan extenso en aquella época, que tenía puertos en ambos mares; éstos, llamando la atención con los profusos y hasta fantásticos adornos de flores, muñecos y papel dorado que engalanaban las mesas, sobre las que estaban colocadas numerosas hileras de tortas y pambazos.

En el portal de Palacio, los centinelas interrumpían el silencio con su acompasado andar, y los dulceros recogían apresuradamente y en revuelta confusión, los jamoncillos, los caramelos y los dulces cubiertos, que habían estado en las mesas formando altas pirámides sobre blancos lienzos, mientras que desaparecían como por encanto, los "puestos" de juguetes, en los que se veían durante el día soldados y santos de barro, toros de cuero y muñecos de cartón. En el portal de las Flores, llamado así porque allí estaba durante el día el mercado de innumerables flores de papel, preparaban aguas

frescas las "Chinas Poblanas," tipo que ya desapareció, con sus altas enaguas de castor, que dejaban al descubierto no sólo el diminuto pie, calzado con zapato bajo, de seda, y de vivos colores, sino también el nacimiento de la pierna, apenas velado con los encajes que adornaban las enaguas interiores; con sus camisas bordadas, deshiladas y llenas de lentejuela de oro; sus hilos de corales en la apiñonada garganta, y sus anillos y pendientes de piedras finas, que guardaban cuidadosamente en baulitos de Olinalá. Se las daba el nombre de "Chinas," porque, según la tradición, descendían de una Colonia de filipinos que se estableció en el barrio del Alto.

La concurrencia paseaba, no como ahora, por un solo lado de la plaza, sino por toda ella, y muy especialmente por los portales, que en los días de fiesta se iluminaban con "pantallas" y candiles de cristal; clérigos con sotana, manteo y grandes sombreros negros acanoados, se mezclaban con los paseantes; las familias.... Pero no es ahora mi objeto pintar las costumbres de mi época, ni contribuir, mencionando nombres, á que se sepa quiénes eran los personajes que tan

mal papel hacen en la novela realista de Orozco "La Guerra de Treinta Años."

Algún tiempo después, me parece que Don José María Contreras agregó dos hiladas de losas á la banqueta interior de la plaza, y otras dos se aumentaron durante el Gobierno del General Miramón. Así quedaron las cosas hasta que durante el llamado Imperio, pusieron los Munícipes una hilera de troncos en lo que hoy es orilla de jardín, y mandaron destruir el "Caballito de Troya," que por mucho tiempo había usurpado el lugar que ocupó en el centro de la plaza. Casi estoy tentado de perdonar á los Munícipes de aquel tiempo, el mal gusto que tuvieron de ponerse casacas bordadas, sombreros montados y espadines, en gracia de la notable muestra de buen gusto que dieron, con mandar destruir el consabido "Caballito." Era éste de yeso, se asentaba sobre tosco pedestal de mampostería, y representaba á la victoria que, montada en el caballo, tenía en la mano derecha un medallón, con el retrato en relieve de Santa-Anna, y en la izquierda una corona de laurel, como para depositarla en la cabeza del "héroe," acaso en premio de sus victorias en San Jacinto, Cerro Gordo y El Peregrino.

Los mismos Munícipes, como muestra de lo mucho que se preocupaban por el ornato y adelanto de la ciudad, mandaron hacer, á costa de grandes sacrificios, una columna de piedra, alta, de cuatro varas, sobre ella colocaron un farol de hoja de lata, pintado de verde, con cuatro lamparitas, y todo esto, que se llamó "farola," se puso en el lugar que ocupaba el "Caballito," y se estrenó una nóche, con gran contento del Honorable Ayuntamiento, y asombro y beneplácito del vecindario.

Siendo Gobernador del Estado, Don Ignacio Romero Vargas, se amplió la banqueta de la Plaza, hasta darle el ancho que hoy tiene; después, durante varios años, en que fué Regidor de paseos Néstor Rangel, se mejoró notablemente el jardín que habían comenzado á formar por los años de 68 y 69, Joaquín Campos y Joaquín Valdés Caraveo; Néstor dió á este jardín la forma que conserva, lo adornó con estátuas y con la pajarera que le regaló Carlos Teruel; quitó los antiguos asientos de piedra, substituyéndolos con elegantes bancas de hierro, y en vez de una cosa que se llamaba "Zócalo," donde puso Don Benito Juárez el año de 1869 la primera piedra de un mo-

numento que debió levantarse en honor del General Zaragoza, construyó él elegante kiosko que ahora existe.

El jardín de la plaza es el más hermoso de la ciudad, siendo excusado decir que la "farola" desapareció ya, hace muchos años.

Hoy se embellece la Plaza de Armas con la suntuosa fachada del Palacio Municipal y las muchas casas particulares que han sido reedificadas en los últimos años; el antiguo callejón de la cárcel, que después se llamó del Teatro, se ha convertido en elegantísima calle cubierta con cristales y llena de grandes aparadores, en los que están artísticamente colocados los más lujosos objetos; el pavimento del que fué lúgubre callejón, y el del portal de Hidalgo, es ahora de costoso mosaico, y así será, probablemnte, dentro de poco tiempo, el de todos los portales. Justo es mencionar aquí los nombres de Ernesto Espinosa Bravo y Francisco Velasco, á quienes en gran parte se deben tan importantes mejoras.

Si las guerras civiles y extranjeras, de que tantas veces ha sido teatro la ciudad, no fueron parte para destruírla, y aun la dejaron tiempo para hermosearse, ¿qué será dentro de poco, á la sombra bené-

fica de la paz? Sus ferrocarriles, sus fábricas, su activo comercio, sus monumentos artísticos, sus colegios, entre los que descuellan como de primer orden el Colegio del Estado, el Seminario y las Escuelas Normales; todo asegura para Puebla un brillante porvenir. Yo, que estoy muy lejos de esa ciudad, y que seguramente no volveré á ella, no podré verla en su apogeo; pero desde estas playas de la California, bañadas por las aguas del Pacífico, hago fervientes votos por su prosperidad.



EL SITIO DE ORIHUELA.

En el año de 1856, vivía en la calle de Calceta una mujer del pueblo, conocida generalmente con el nombre de "La Salvadera." La única pieza de su casa, que se veía al pasar por la calle, era sumamente limpia, con el suelo pintado con tierra roja; las blancas paredes adornadas con estampas de santos, y dos pantallas de vidrio con velas de esperma, que nunca se encendían; angosto petate de Tepexi al frente de las sillas, con asientos de tule, que había á un lado de la pieza; mesita cuadrada en un rincón, sobre la que estaba un Santo Niño de Atocha curiosamente vestido y rodeado de borreguitos de cera; y un tinajero al otro

extremo del cuarto, con multitud de trastos de barro, muñecos y chucherías, jícaras doradas, cedazos y molinillos de caprichosas formas. En aquella casa no entraba más que alguna que otra vecina, que iba en solicitud de algún favor, nunca negado por la buena mujer, de la que, estoy seguro, se han de acordar todavía algunos de los que esto lean.

A principios del mes de Octubre del referido año de 56, las costumbres de "La Salvadera" comenzaron á cambiar notablemente; salía de su modesta casa con harta mayor frecuencia de la que antes acostumbraba, y en vez de dejarla abierta, como de ordinario lo hacía, encomendaba su cuidado á alguna de las vecinas, cerraba siempre sus puertas, y se llevaba consigo las llaves, no siendo remoto el caso de que volviera después de bien entrada la noche. Sus relaciones parecían también haberse ensanchado repentinamente, y se le veía entrar con cierto aire de confianza en las casas de varias personas de rango superior al suyo, entre otra en la de Doña Magdalena Osio, esposa del Coronel Don Juan, del mismo apellido.

El secreto de todo esto consistía en que en la casa de "La Salvadera" esta-

ban ocultos el General Don Joaquín Orihuela y el Coronel Don Miguel Miramón, quienes conspiraban contra el Gobierno de Don Ignacio Comonfort, de acuerdo con una junta establecida en México, y de la que era poderoso auxiliar Doña Mariana Arpide; porque en aquel tiempo, las señoras no eran, por cierto, las menos activas y entusiastas partidarias de la causa que había sintetizado su programa de las palabras "Religión y Fueros."

El General Orihuela había formado, con los jefes y oficiales que no tenían mando, un escuadrón volante que se llamó "La Legión de Honor," y que fué de los primeros en atacar al enemigo en la batalla de Ocotlán, librada á principios del año de 56. Una parte de esos jefes se había también ocultado en Puebla, y con ellos contaba Orihuela para el "pronunciamiento" que intentaba.

Para ponerse de acuerdo en los pormenores, servían de intermediarias "La Salvadera" y otras muchas mujeres del pueblo que llevaban las órdenes y recados escritos con lápiz en las almidonadas enaguas blancas, con objeto de que no perdieran algún papel, ó se los encontrasen en caso de ser sorprendidas

por la policía del General Traconis, que era quien por entonces gobernaba en Puebla.

El movimiento revolucionario debía efectuarse no sólo en la ciudad, sino también en Chalchicomula, Jalapa y Tehuacán.

Del pronunciamiento de Puebla se encargaron personalmente Orihuela y Miramón, por ser el más importante y difícil, y en el que mayores peligros se corrían; del de Jalapa y Tehuacán, dos personas de quienes no quiero dar los nombres, aunque ya murieron, porque faltaron á sus compromisos; y del de Chalchicomula el Coronel Don Juan Calderón y su primo, el Capitán Don Margarito del mismo apellido; estos señores, con cuarenta hombres que pudieron reunir, sorprendieron á la corta Guarnición de Chalchicomula, y pudieron llegar á Puebla, antes de que comenzara el sitio, con cien hombres perfectamente armados.

Brava gente han sido siempre los Calderón, y mucho he de hablar de ellos en estos apuntes; mas por si acaso no llego á publicar la historia anecdótica de la guerra de tres años, quiero consignar aquí un episodio de la batalla de Salamanca.

Mandaba un cuerpo de caballería del ejército liberal, el Coronel Don José Calderón, primo de Don Juan, y al frente de sus dragones cargó sobre una batería. Repentinamente se iluminaron todas las bocas de fuego, estalló un trueno espantoso, y la metralla llegó, silbando, á destrozar la compacta masa de la columna; el Coronel, que por milagro había quedado ileso, volvió el rostro á sus soldados, que se habían detenido al desordenarse sus filas, y señalando con su espada los cañones, que apresuradamente volvían á cargar los artilleros.—¡¡Adelante!!—gritó, y picando espuelas al caballo, se lanzó sobre el enemigo. A la segunda descarga cayó muerto á pocos pasos de la batería, mientras por el campo se retiraban huyendo los últimos restos del brillante escuadrón. El General Osollo mandó hacer suntuosas honras fúnebres al valiente Coronel, y, cuando éstas se celebraban, lloraba amargamente un muchachito de doce años, clarín de caballería, que estaba entre los prisioneros; compadeciéndose de él un oficial, le dijo, para consolarlo:—No llores, que nada te hemos de hacer.—Entonces el muchacho volvió airado, la vista al oficial, sin lágrimas en los ojos, que las había secado

la vergüenza de que lo creyeran cobarde, y con enérgico acento contestó:—No lloro por miedo, sino porque mataron á mi Coronel Calderón.—Era su clarín de órdenes, y el único soldado que llegó con él hasta la batería. (Histórico).

Para todos habían sido un secreto las comisiones encargadas á Calderón y a sus dos informales compañeros; y sin embargo, el pueblo, que todo lo sabe ó lo adivina, cantaba durante el sitio, con ese ritmo melancólico de todas las canciones del soldado, una copla que decía:

Calderón se pronunció,
en San Andrés pegó el grito;
pero todo se perdió,
pues lo dejaron solito.

Grandes dificultades ofrecía la empresa de hacer que se pronunciara la Guarnición de Puebla; y únicamente hombres tan audaces como Orihuela, Miramón, y el hoy General Francisco Vélez, podían resolverse á acometerla, sin contar con más auxiliares entre las tropas, que Leonides del Campo, oficial del segundo de infantería, y un sargento del mismo Cuerpo.

Era ya en aquellos días, Gobernador y

Comandante Militar de la plaza, el General García Conde, por entrega que acababa de hacerle del mando el General Traconis, y la Guarnición se componía del segundo Batallón de infantería, que mandaba el Coronel Barreiro; un Regimiento de caballería, al mando del Coronel Monterde; unas diez piezas de artillería, con su correspondiente dotación de artilleros; y la policía de á caballo, de la que era jefe Don Manuel Muñoz.

Al mediar la noche del diez y nueve al veinte de Octubre, se presentaron Miramón, Vélez y Leonides del Campo, en el Palacio de Gobierno, que estaba entonces en lo que es ahora Palacio Municipal; las puertas fueron abiertas sin dificultad, porque Leonides del Campo era Capitán de la Compañía que montaba la guardia. Una vez dentro del edificio, no tuvieron gran trabajo para hacer que se pronunciaran los oficiales y soldados que allí se encontraban, y que no pudieron resistir á la fascinación que en ellos ejercía la temeridad de la empresa, la voz de antiguos jefes que tantas veces los habían conducido á la victoria, y hasta la varonil figura de aquellos jóvenes, que jugaban su vida sonriendo alegremente.

Mientras Miramón subía á las habita-

ciones y hacía prisioneros al General García Conde y á sus Ayudantes, Carlos Morán y Pablo Zamacona, Vélez lograba que secundara el pronunciamiento la artillería que estaba en la Alhóndiga; momentos después, unidos ya los jefes del movimiento revolucionario, intimaban rendición al resto de la infantería, que estaba acuartelada en Santo Domingo; pero el valiente Coronel Barreiro se negó obstinadamente á pronunciarse, y consiguió que se le dejara salir de la ciudad, con los soldados que quisieran seguirlo. La caballería se retiró también, con sus jefes, al notar el movimiento, y al día siguiente se les reunió el General García Conde, á quien pusieron en libertad los pronunciados, porque aún no llegaba la época en que se levantaran cadalzos para los vencidos.

Durante la noche del pronunciamiento, hubo para Miramón y sus compañeros, momentos de suprema angustia. El General Orihuela se había encargado de hacer que se pronunciaran los soldados que guarnecían el fuerte de Loreto, entre los que contaba como único auxiliar, con un sargento, del cual he olvidado el nombre; y estaba convenido de antemano, que si lograba su objeto, haría disparar

un cañonazo como señal, que sería contestada por los de la plaza, de idéntica manera.

Ya se había consumado el pronunciamiento de la ciudad; ya estaba colocada una pieza de batería en la esquina de la primera calle de Mercaderes, y todo listo para contestar la señal; los momentos pasaban, y pasaron dos largas horas en el más profundo silencio, y la ansiedad crecía, y el temor de un fracaso que costara la vida al General, traía fuera de sí á sus compañeros, impidiéndoles entregarse á la natural alegría de un triunfo, cuando á las cuatro de la mañana, el lejano estallido del cañón del cerro anunció que Orihuela era dueño de la vieja fortaleza de Loreto. Inmediatamente fué contestada la señal, y los habitantes de Puebla despertaron, entre el estruendo de la artillería y el sonoro repique de las campanas de la Catedral. Como por encanto, las calles se llenaron de gente, innumerables cohetes se elevaron en el aire, y la luz de la aurora iluminó los vistosos y variados uniformes de los jefes y oficiales, que apresuradamente se dirigían al Palacio de Gobierno; todos ellos pertenecían al partido conservador; poco á poco se habían ido introduciendo en

la ciudad, y la mayor parte ostentaban en el dedo anular de la mano izquierda, un tosco anillo de plata, en el que estaba grabada una cruz; esos anillos tenían su historia: Cuando Comonfort dispuso que los jefes y oficiales prisioneros, en virtud de la capitulación de Puebla, á principios del mismo año de 56, con la que terminó el llamado "Sitio de Haro," sirvieran en las filas como soldados rasos, casi todos fueron llevados al Estado de Guerrero, y al pasar por Izúcar de Matamoros, las compasivas señoras de la población dieron un peso de plata á cada prisionero; ninguno lo gastó, todos quisieron conservarlo como una reliquia, y allí mismo, los pesos se convirtieron en aquellos históricos anillos, que eran un timbre de valor, y de los que, probablemente, alguno se conserva todavía.

En la misma mañana bajó del cerro el General Orihuela, montado á caballo, acompañado de un oficial y vestido con el modesto traje que conservó durante todo el sitio, con el que se le vió en los lugares de mayor peligro, y con el que, probablemente, fué fusilado poco tiempo después en San Andrés Chalchicomula, por el General Pueblita: pantalón de ca-

simir obscuro, saco de color café y sombrero fieltro del mismo color.

Los pormenores del pronunciamiento del cerro, y la razón de la tardanza de Orihuela, me atrevo á decir que son absolutamente desconocidos.

No tardaron en llegar sobre Puebla nueve mil hombres, de las mejores tropas que tenía Comonfort, al mando del General Moreno, y los pronunciados resolvieron defender la ciudad, esperando ser auxiliados por Osollo, ó que el movimiento revolucionario cundiera por otros puntos de la República, obligando á las fuerzas del Gobierno á levantar el sitio.

Las fortificaciones de la plaza eran por demás sencillas: se reducían á "trincheras" levantadas en las calles, con su correspondiente foso, y que formaban un recinto poco extenso. Todos los habitantes de la ciudad sabíamos perfectamente cómo se hacían esas trincheras, y hasta en qué lugares precisos de las calles se habían de levantar; se formaban con vigas y la tierra que se extraía del foso, y, en casos muy apurados, con pacas de algodón.

Defendían la ciudad doscientos hombres de tropa regular del segundo Batallón de línea; cien hombres que llevó el

Coronel Calderón, y quinientos paisanos armados; pero estos ochocientos hombres eran inmortales, porque luego que caía uno herido ó muerto, se presentaban cinco ó seis reclamando las armas que dejaba, para ir con ellas á batirse en las trincheras; de suerte que, con los mismos ochocientos hombres con que comenzó el sitio, con igual número concluyó, cuando al cabo de cuarenta días de constante y nutrido fuego, la falta completa de municiones hizo ya imposible la defensa.

La línea de San Agustín fué encomendada al Coronel Ignacio Larrañaga, oficial del antiguo ejército, que habiendo caído prisionero durante la revolución de Ayutla, fué fusilado por los surianos, y escapó casualmente de la muerte, si bien con varias heridas en el pecho, que, mal cicatrizadas, lo tenían siempre enfermo. Este valiente jefe, que sobrevivió á la encarnizada guerra de los tres años, á la funesta de la Intervención francesa, y que aún vivía retirado del servicio hace muy pocos años, organizó durante el sitio un Batallón que se llamó "El primer Ligero."

Mandaba la escasa Guarnición de la fortaleza de Loreto, el Coronel Geróni-

mo Casarrubias, y era urgente, al comenzar el sitio, proveer. de municiones ese punto, operación sumamente difícil y erizada de peligros, porque había que atravesar, bajo el fuego del enemigo, el espacio que media entre la Plazuela de San José y el Fuerte de Loreto.

Ya se pensaba desistir de la empresa, y reconcentrar en la plaza la diminuta Guarnición del cerro, cuando Don Juan Calderón ofreció un oficial que se comprometía á llevar á su destino un carro con municiones. Aceptó Orihuela la oferta, y, pocas horas después, se había conducido sin novedad el "parque," por entre los fuegos del enemigo.

Tiempo es ya de mencionar los principales ataques que sufrió la plaza; los principales nada más, porque los años que desde entonces han transcurrido, se han llevado entre la nieve de sus inviernos una gran parte de los recuerdos de mi juventud.

El dos de Noviembre, los sitiadores hacían fuego de su artillería sobre varios puntos de la ciudad, pero bien pronto pudo notarse que preparaban un serio ataque á las trincheras del Hospitalito. En efecto, de la esquina Sur de la calle del Arbolito, disparaban sin inte-

rrupción sobre la trinchera, que á las once de la mañana de ese día estaba casi destruída. A las doce enmudeció la artillería, hubo un corto intervalo de fatídico silencio, que fué interrumpido por los toques de: "media vuelta á la izquierda, fuego y paso veloz," y las tropas enemigas que se habían organizado en la plazuela del Carmen, se precipitaron sobre el Hospitalito, en columna de ataque. Yo no sé cuántos eran los asaltantes, ni qué jefes los mandaban, sólo recuerdo que el Batallón que iba á la vanguardia, estaba uniformado de azul, con correajes blancos.

La destruída trinchera tenía dos merlones para artillería y había sido reforzada con quince hombres de los voluntarios que mandaba Don Manuel López Calderón, hermano de Don Joaquín, que murió siendo Tesorero General del Estado. López Calderón mandaba el punto de San Roque, y en la torre de esa iglesia lo mataron, pocos días después del asalto del Hospitalito.

Al principiar el ataque, llegó á la trinchera Miramón, con la reserva, que se componía de cien hombres del segundo Batallón de línea y una pieza de artillería de á veinticuatro. Se puso ésta en ba-

tería, el oficial que mandaba á los artilleros gritó: "¡con campechana, muchachos!" y comenzó el fuego. En el lenguaje pintoresco de aquella época, se les llamaba "campechana" á los disparos que se hacían con granada y metralla.

Aquí quiero transcribir, tales como me las refirió, las impresiones de un amigo mío:

"Habíamos sufrido el fuego de la artillería enemiga, sin contestar más que uno que otro disparo de la nuestra, pues teníamos orden de economizar las municiones de cañón, y de no hacer fuego de fusilería. Yo estaba en la trinchera, porque allí me habían colocado, pero hubiera preferido situarme en la torre de la iglesia ó en cualquiera otra parte, porque tenía miedo, mucho miedo, que se aumentaba por momentos al ver morir á mi lado á algún compañero, y al sentir que se iba desmoronando la débil trinchera que nos protegía. De pronto, se oyeron varios toques de corneta, oí decir á nuestros soldados "ya llega la reserva," una pieza de artillería se colocó en el merlón vacío, nuestros oficiales dieron la voz de "¡Fuego!" y al disparar por primera vez mi fusil, ví una inmensa muchedumbre de soldados enemigos que se precipita-

ban sobre nosotros. Tronaron nuestros cañones, y el humo me impidió ver más...."

"No puedo apreciar el tiempo que duró aquello. Recuerdo confusamente que cargaba y descargaba mi fusil con vertiginosa rapidez; que gritaba con voz ronca no sé qué cosas; que oía mil imprecaciones sin darme cuenta de las palabras; y que entre las nubes de humo que me envolvían, veía aparecer figuras extrañas, uniformes, que no eran las de nuestros soldados, rostros ennegrecidos, y ojos airados que desaparecían de pronto velados por la muerte. Y no se me ocurrió huír, no obstante que no veía á mis compañeros, ni sabía cuántos éramos, ni podía hacerme cargo del resultado probable del combate. El vértigo que se apoderó de mí á los primeros disparos, me hacía desear la lucha cuerpo á cuerpo; me parecía que las balas que yo disparaba no mataban, y tenía sed de sangre, quería exterminar, pero oyendo el chirrido de mi bayoneta al romper el cuerpo enemigo, despedazar con mis manos, venciendo una resistencia material, y sintiendo en el rostro el calor de la sangre vertida.

"Pasaron aquellos momentos. Cuando

yo pude darme cuenta de lo que había sucedido, ví sobre las ruinas de nuestra trinchera rodeado de escombros y de pedazos de vigas ardiendo á Miramón, impasible, que nos dijo, señalando con el fuete que tenía en la mano, la calle, cubierta de cadáveres: ¡Valientes de este día, hé ahí á vuestros enemigos! (Histórico).

Entre los defensores de la plaza, que sucumbieron, estaba el sacristán de la iglesia del Hospitalito, que se hizo notable por su extraordinario valor; y entre los que sobrevivieron, se encontraba el señor Lic. Miguel Anzúrez, que fué muy conocido en Puebla.

Don Agustín Nájera y Don Manuel Amador, defendían la iglesia de la Concordia, punto avanzado de la línea de defensa, que fué también atacado rudamente; dentro del templo se verificó encarnizado combate, que concluyó con la retirada de los sitiados. Tomada la Concordia, pareció cosa fácil introducirse en la plaza, derribando á cañonazos la tapia que en aquel tiempo limitaba la huerta del Convento de la Concepción, por el lado de la calle Sola.

"Durante toda la noche, estuvieron disparando los sitiadores, gruesos proyecti-

les, sobre las altas paredes del convento, hasta que, en la madrugada, quedó abierta la brecha y expedito el paso. Numerosas columnas de soldados avanzaron silenciosamente á ocupar la extensa huerta; ya habían entrado en ella, creían realizada la sorpresa, y la victoria parecía segura, cuando un relámpago de fuego, seguido de espantosa detonación, iluminó instantáneamente el lugar del combate, dejando ver á los atónitos asaltantes una ancha trinchera que cortaba en toda su extensión la huerta, y estaba defendida por numerosos soldados y varias piezas de artillería. Esa trinchera la había levantado Miramón durante la noche, bajo los fuegos del enemigo.

Indecible fué el pánico de los sitiadores al encontrar tan inesperado obstáculo; vacilaron por un momento, retrocedieron después, y no tardaron en recurrir á la vergonzosa fuga, sufriendo pérdidas espantosas, porque si la brecha había sido lo bastante ancha para que penetraran por ella las columnas organizadas, era sobrado angosta para dar paso á la multitud, que huía presa del terror. En vano se esforzaban los jefes para contener á sus soldados y llevarlos de nuevo al combate; en vano les decían que la salva-

ción estaba en vencer al enemigo. Aquella trinchera inesperada que vomitaba torrentes de fuego y plomo; y aquella figura de Miramón que, como de costumbre, se veía sobre el fortín, desafiando á la muerte é infundiendo valor á los soldados; y aquella obscuridad que aún no rompía la ténue luz del alba; y los escombros; y los sombríos muros del convento; y la muerte destrozando á la apiñada multitud, todo contribuía poderosamente para que no fueran escuchadas las voces de los jefes, y todo contribuyó para que se consumara la más sangrienta derróta.

Dolorosas fueron las pérdidas sufridas por los sitiadores en aquella memorable jornada, y en todo el tiempo que duró el sitio, no volvieron á intentar apoderarse del convento de la Concepción.

Poco tiempo después de este funesto asalto, una batería situada en la rinconada del Parián, derribó á cañonazos la afiligranada torre de la iglesia de San Cristóbal, sepultando entre sus escombros á un buen número de los defensores de la Plaza. ¡Lástima que haya perdido Puebla, esa torre que, como toda la fachada del templo de San Cristóbal, era del más puro estilo churrigueresco!

Hasta las casas situadas en la acera de frente á San Cristóbal, habían llegado las tropas del Gobierno, y hubo una noche en que lograron incendiar el zaguán del Orfanatorio, poniendo en grave riesgo a los defensores del punto, porque eran tan escasos, que no bastaban para rechazar el inminente ataque y apagar al mismo tiempo el fuego, que amenazaba propagarse á todo el edificio; pero en los momentos más apurados, ocurrieron á las nodrizas del Orfanatorio, y, dirigidas por un sargento, pudieron, después de heróicos esfuerzos, apagar el fuego, no sin que algunas de aquellas pobres mujeres pagaran con su vida su temerario arrojo. En la torre de San Cristóbal y en los balcones del Orfanatorio, servían de parapeto sacos de cacao, que al ser destruídos por las balas, regaban en la desierta calle las valiosas almendras.

Por aquellos días circularon en la ciudad numerosas caricaturas, una de las cuales representaban al General Mendoza, segundo en jefe de los sitiadores, en gran uniforme, parado en la azotea de la casa que está en la cumbre del cerro de San Juan, con las manos extendidas, en ademán de magnetizar á la ciudad; y atrás de Mendoza, teniéndole los faldo-

nes de la casaca, el General Moreno. Al pie se leía lo siguiente:

"Ya que somos impotentes
para tomar la ciudad,
veremos si se resiste
al magnetismo animal."

Era el tiempo en que comenzaban á estar en boga las mesas giratorias.

Miramón y los principales jefes, organizaban con frecuencia animadas fiestas, con el pretexto de la bendición de banderas para los defensores de algún punto. Convidaban para madrina á una de las muchachas más bonitas del barrio, y, á buena hora, entre música, cohetes y disparos sobre el enemigo, subía la madrina á poner con sus propias manos la bandera, en lo más alto del fortín, escudada con los cuerpos de los oficiales (especialmente del novio, que casi nunca faltaba). Excusado es decir que la fiesta terminaba con baile, en el que se cantaban con una música parecida á la del himno de Riego, unos versos compuestos por Tirso Córdoba, estudiante de derecho, que había ido á Puebla como familiar del Obispo Labastida, y que decían así:

"A la lid, soldados, vamos;
Llegó de la Patria el día,
Que cese la tiranía,
Que viva la religión.

Perezcan esos infames
Que á la Patria han destrozado,
Un nuevo sol ha brillado,
Cual faro de salvación."

El último ataque serio que sufrió la Plaza, fué el de San Luis. También allí fueron rechazados los asaltantes; también allí Miramón hizo aquellos sus alardes de sereno valor, que han dejado en los viejos poblanos imperecedero recuerdo, y que hacen del sitio de Orihuela una especie de caballeresca leyenda.

Mientras todo esto pasaba en la P[illegible] eran derrotados en Amozoc el padre Marín y Trujeque, y sobre el camino de Atlixco los quinientos hombres que se habían pronunciado en Matamoros con Gálvez, según recuerdo.

Las municiones estaban agotadas dentro de Puebla, y la ciudad se rindió, por fin, el cuatro de Diciembre.

Orihuela, Miramón y los principales jefes, no quisieron capitular, y lograron sa-

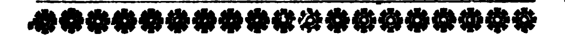
lir todos de la población, por diferentes rumbos.

* * *

Pocos días después caminaban tres jinetes por el llano, en que ahora está situada la población de Apizaco, y al llegar á una pequeña eminencia, descubrieron á lo lejos una fuerza de caballería, que se adelantaba por el mismo camino que ellos acababan de recorrer: conferenciaron breves momentos, y dos de los jinetes se alejaron á buen paso, por un camino de travesía, mientras el otro seguía adelante. Los primeros eran Miramón y Leonides del Campo, el segundo era Orihuela, que no había querido huir, confiado en que no sería conocido por la tropa que se acercaba; pronto fué alcanzado por ésta, y habría pasado desapercibido, si no hubiera sido porque á uno de los oficiales se le ocurrió cambiar el caballo que montaba por el de Orihuela; éste se rehusó, el incidente llamó la atención de los demás, y no faltó quien hubiera reconocido al General revolucionario; durmió esa noche, ya prisionero, en la Hacienda de Piedras Negras, y algunos

días después fué fusiladc en San Andrés Chalchicomula.

Así murió Orihuela, el que dió su nombre á uno de los sitios más famosos que ha sufrido la ciudad de Puebla; el valiente General, que después de la batalla de la Resaca de Guerrero, en que los americanos derrotaron al General Arista, protegió la retirada de nuestras tropas al frente de los Batallones de Puebla.



De cómo lo que determinó la muerte de un Obispo, convirtió á un abogado en General Republicano.

Tocaba á su fin el año de 1845. Su Alteza Serenísima el General Don Antonio López de Santa-Anna ejercía la dictadura de omnímodas facultades, y aunque se decía en los papeles públicos que la revolución iniciada en Ayutla por el General Villarreal estaba vencida, y que las tropas del Gobierno habían asegurado ya con sus victorias, la paz en todos los Departamentos de la República, no las tenía todas consigo el General Presidente, y, ya sea por asegurarse de que la voluntad nacional lo detenía en el Poder, ó ya por satisfacer pueriles deseos de adulación, que es lo más cierto, dado el carácter eminentemente vanidoso de Su Alteza, ello es que había mandado que

todos los habitantes de la oprimida República contestaran categóricamente "Sí ó No" á la siguiente pregunta:

"¿El actual Presidente de la República ha de continuar en el mando supremo de ella, en las mismas amplias facultades que hoy ejerce?"

La votación comenzó el viernes, primer día de Diciembre del referido año de 1854, y el domingo siguiente fué el designado en Puebla, lo mismo que en toda la República, para recoger la susodicha votación que había de dar, como no podía menos de suceder, el resultado apetecido para que con mayores bríos pudiera proseguir Santa-Anna el sistema de terror inaugurado desde antes de que brotara la primera chispa de rebelión en los Departamentos del Sur.

Unánimemente votaron por la afirmativa los habitantes de la buena ciudad de Puebla, y para celebrar tan fausto acontecimiento, hubo iluminación en la Plaza, y cohetes y músicas; todo ello dispuesto por el General Don Francisco Pérez, Gobernador y Comandante Militar del Departamento. Por cierto que, con tan plausible motivo, fué cantado en el Portal de Palacio un himno á Santa-Anna, que estaba por entonces muy en boga.

Siento no recordar más que una estrofa; pero ella basta para dar idea de toda la composición; decía así:

Gloria al fuerte varón que en Tampico
El Pendón de la Patria afianzara,
El Pendón que en Dolores llevara
El ungido del Dios de Sabahot;
Santa-Anna, tu nombre hoy resuene
Del antártico al ártico polo,
Porque tú eres el único, el solo
Que á la Patria querida salvó.

Cierto que los versos dejaban algo y mucho qué desear, pero así y todo, llenaban su objeto de adular á Santa-Anna; y, por lo demás, no desdeñan gran cosa de esa "literatura" que en todos los tiempos se pone al servicio de los poderosos.

El General Don José María González de Mendoza, que fungía de Prefecto, había quitado ya de la Plaza de Armas el mercado que en ella había, pero aún quedaba por entonces alguno que otro "puesto," guarecido bajo de extenso jacalón, en el espacio comprendido entre el flamante Caballito de Troya, que representaba á la Victoria, coronando el busto de Santa-Anna y el portal de Borja.

Entre esos "puestos" que habían que-

dado rezagados, era acaso el principal, el de "La Salomé," rica y hermosa frutera como de treinta y cinco á cuarenta años, ancha de pecho, que medio ocultaba sus exuberantes formas bajo la camisa bordada con sedas de colores y el pañuelo chino caído sobre los hombros, cruzado sobre el pecho y prendido con alfileres de filigrana de oro.

Tenía "La Salomé," como era de rigor, un cortejo, que pasaba por su marido y se llamaba José María Ontiveros (á) "Pedrito Salomé," que representaban el doble papel de marido de la incesante frutera y padre de una encantadora muchacha, hija, según se decía, de aquel feliz matrimonio.

Acaso por la inexplicable ley de los contrastes, era Ontiveros un hombre de pequeña estatura, de constitución raquítica, de fea figura, desgarbado y mal vestido; pero con todos esos defectos, "La Salomé" no lo hubiera cambiado por el más apuesto granadero de la guardia de Su Alteza Serenísima, ni mucho menos podía cambiarlo por Rafael Oropeza, Jefe de la policía y favorito de Mendoza, que estaba loco de amores por la frutera, y que en vano gastaba cuanto tenía en comprar las frutas más raras y cos-

tosas que en el "puesto" se vendían; que había agotado el extenso vocabulario de sus galanterías, y que comenzaba ya á perder la paciencia y á pensar seriamente en buscar camorra á Ontiveros para librarse de aquel rival, ó en complicarlo en alguna de las muchas conspiraciones que por aquel tiempo se fraguaban por los descontentos ó se inventaban por la policía.

La noche de aquel famoso domingo, en que la ciudad de Puebla, representada por todos los hombres que carecían de valor civil había dado un voto de confianza al General Santa-Anna, Oropeza estaba encargado de cuidar que no decayera el entusiasmo del pueblo, consistente en gran número de cohetes que la policía secreta y la gente ociosa arrojaban á los aires; á ese efecto, había dejado Oropeza su caballo en la esquina de la calle de Herreros y Portal de Borja, y á pie se había internado en la plaza para vigilar que los encargados de encender los cohetes cumplieran con su cometido; por supuesto que con este pretexto pasó varias veces por el "puesto" de "La Salomé," que estaba situado frente al Portal de Palacio, entre el callejón de la Cárcel y la calle de Guevara; y

cada vez que pasaba se encendía más en amores á la vista de la frutera. y se avivaban sus celos y su despecho al ver á Ontiveros tranquilamente sentado en medio de los canastos de fruta; por fin, no pudo resistir más, y tomando un manojo de cohetes, comenzó á encenderlos, haciéndolo de propósito tan torpemente, que los más iban á reventar por donde estaba Ontiveros; conoció éste el juego, que si no le quemaba materialmente, sí le quemaba la sangre, por la burla que de su persona hacía Oropeza, y la hilaridad que provocaba el miedo que á los cohetes tenía.

Exasperado Ontiveros hasta la obsecación, tomó uno de los grandes cuchillos con que partía la fruta, lo ocultó debajo de su capote de terna, y poco á poco se fué alejando del "puesto" con rumbo á la fuente de San Miguel, que estaba en el centro del antiguo Mercado. Allí estaba casualmente Oropeza, lo vió Ontiveros y se le fué acercando cautelosamente, sin ser notado, hasta que, en un momento en que el primero se inclinaba para tomar agua en la fuente, saltó sobre él y le atravesó los pulmones por la espalda, con tremenda cuchillada, que le hizo caer moribundo, sin poder exhalar

un quejido; tras de la primera, de suyo mortal, siguieron otras muchas puñaladas que el feroz Ontiveros dió en pocos instantes al ya cadáver de su enemigo; y, ¡cosa rara! no obstante la mucha gente que en la plaza había, nadie presenció el hecho, más que un mozo de una de las casas de la calle de Herreros, que había ido por agua á la fuente, y que se cuidó muy bien de prestar auxilio ó dar siquiera voces pidiéndolo.

Después del asesinato, llegó la reacción del miedo, y Ontiveros corrió, sin que nadie lo persiguiera, atravesó el atrio de la Catedral, que entonces no tenía reja, dejó estampada su sangrienta mano en la esquina de lo que fué capilla de aguadores, y siguió con rumbo al barrio de Analco; pero en la esquina de la calle del Deán, un "sereno" que se encontraba allí casualmente, quiso detenerlo, solamente porque vió que corría; Ontiveros lo amagó con el cuchillo, que aún conservaba en la mano, y hasta le causó una ligera herida. Esta lucha y el pito del "sereno," pusieron sobre aviso al que estaba en la esquina siguiente, y ya éste pudo detener al asesino, que en esa misma noche fué consignado al Consejo de

Guerra, por yo no sé qué ley entonces vigente, que así lo prevenía.

"La Salomé" hizo esfuerzos heróicos por salvar á su amante, pero era tan expedita en aquella época la justicia que mataba, que no obstante el mucho dinero que se gastó la frutera, y las influencias de que se valió, á los dos días del hecho, el martes siguiente, había sido condenado á muerte Ontiveros, y puesto en capilla; allí se confesó y legitimó su unión con "La Salomé," y en la tarde del día siguiente fué fusilado en la plaza, junto á la fuente de San Miguel. Lo único que, como gran favor y á fuerza de repartir dinero, pudo conseguir la inconsolable frutera, fué que no colgaran el cadáve de su marido, como estaba mandado, en una especie de horca que para el efecto se había mandado levantar en el lugar del crimen.

Era Obispo de Puebla, á la sazón que esto pasaba, el Ilustrísimo señor Don José Luciano Becerra, que, por achaques de la edad, ó por naturaleza, era por demás bilioso y atrabiliario, no pudiendo sufrir con paciencia que se le contradijera en algo, en lo que su Ilustrísima juzgaba ser caso de conciencia. Al saber que iban á fusilar á Ontiveros en la tarde del miér-

coles, día en que se había sacramentado, mandó decir al General Pérez que difiriera la ejecución para el día siguiente, por no ser conveniente que se cumpliera la sentencia en el mismo día en que el reo había recibido los últimos sacramentos; pero los militares, que entienden poco de cuestiones religiosas, no hicieron caso de la advertencia, que después fué mandato, del Obispo, y la ejecución se llevó á efecto, contra la expresa voluntad de Su Ilustrísima. Fué tal y tan grande la indignación que esto causó el rígido Prelado, que se le exacerbó el mal que de tiempo atrás padecía, y murió á los quince días, después de haber subido al cadalzo el asesino de Oropeza.

Había también entonces en Puebla, un notable abogado, Don Miguel Cástulo de Alatriste, persona muy bien relacionada con lo mejor de la sociedad poblana, y no malquisto con el Gobierno de Su Alteza; y ¿á quién mejor que al reputado y activo jurisconsulto podía ocurrir "la Salomé" para entregarle la defensa de su criminal marido? Alatriste fué, en efecto, el defensor de Ontiveros; y ya sea por lo bien retribuído de la defensa, como porque de suyo era eficaz y enérgico, agotó el abogado cuantos medios estu-

vieron á su alcance para salvar la vida de su cliente, pero todo fué inútil. Quiso, al menos, para tener tiempo de solicitar y obtener el indulto en México, que se dieran al sentenciado los tres días que en aquellos tiempos se concedían á los condenados á muerte para disponerse cristianamente á pasar el trance fatal; y, á efecto de conseguir esta gracia, fué á ver al General Pérez la noche del martes, víspera de la ejecución. Larga fué la conferencia entre el abogado que pedía, y el General que no quería conceder; poco á poco fueron agriándose los ánimos, algo dijo Alatriste contra lo expedito de los procedimientos militares, se le contestó con sarcasmo contra la lentitud de la justicia ordinaria; alegó que en el delito de Ontiveros nada tenía que hacer el Consejo de Guerra permanente, y se le dijo que así lo mandaba la ley; á esto contestó que aquella ley era una barbaridad, propia solamente de los Gobiernos que son tiránicos porque son cobardes. No pudo sufrir Pérez tan amargas verdades, y, alzando inconsiderablemente la voz, lanzó sobre el atrevido abogado una larga série de insultos (algunos llegan á decir que le puso la mano en el rostro),

y le previno que al día siguiente saliera desterrado de la ciudad.

Cumplió Alatriste el pretoriano mandato; pero justamente indignado contra el Gobierno que tales atentados cometía, en vez de ir al lugar señalado por Pérez, se fué á unir con los que combatían con las armas en la mano para hacer que triunfara el Plan de Ayutla; y tanto y tan bien trabajó Alatriste en favor de la causa liberal, que llegó con el tiempo á ser Gobernador del Estado y General del ejército. En otra vez nos ocuparemos de sus campañas y de su trágico fin.

Así, la pequeña causa de los celos entre dos personalidades completamente obscuras é insignificantes, produjo, como lo reza el título de este artículo, la muerte de un Obispo y la conversión de un pacífico abogado, en General republicano



DE PUEBLA A SAN JUAN DE LOS LLANOS

Salía el guayín del mesón del Roncal, (hoy Hotel Juárez) á las cuatro de la mañana, y á mí me había tocado uno de los asientos delanteros, junto á la ventanilla del carruaje. Al llegar, poco antes de la hora reglamentaria, al patio del mesón, busqué á Pedro el conductor, y le dí á guardar, con mucho misterio, mi gran reloj catarino de plata, unos papeles importantes, y diez pesos, que con otros tres que se me quedaron en la bolsa, eran todo mi capital; y envolviéndome lo mejor que pude en mi "tilma," subí al carruaje á esperar pacientemente que engancharan el tiro y llegaran los demás pasajeros, pues Pedro me había informado que el coche iba lleno. Poco después, y estando ya en sus lugares mis compañeros de viaje, Pedro en el pescante, y el "sota" á su lado, con una gran

hacha de viento encendida, se abrió el zaguán, un mozo ayudó á guiar en la salida á los caballos, y comenzó nuestro viaje de una manera, si no precisamente feliz, por lo menos estrepitosa, gracias á lo mal empedrado de las calles de Mesones y Alguacil Mayor, y á lo bien provisto que estaba el guayín, de cadenas y vidrios mal ajustados.

Las violentas sacudidás del carruaje hicieron que todos quedáramos á los pocos momentos tan acomodados en nuestros lugares: yo, por mi parte, procuré conciliar el sueño, ya que no había cosa mejor que hacer, y á dormitar convidaban la completa obscuridad en que estábamos, y el más suave movimiento del coche, debido, en parte, á que habíamos pasado San Francisco, y en aquella época estaban mejor empedrados los caminos que las calles de la ciudad, y en parte, á que ya no había necesidad de hacer alarde de ligereza ante los soñolientos ojos de los "serenos."

En esta disposición pasamos la garita, y continuamos nuestro camino, esperando la incierta luz del alba, para darnos mútuamente cuenta de nuestras personas y distraer las doce ó catorce horas que debíamos pasar juntos, en animada con-

versación, si para ello se prestaban los compañeros de viaje.

Al llegar á "Las Animas," levanté la cortinilla que estaba á mi lado, ejemplo que siguieron los demás pasajeros que se encontraban en igualdad de circunstancias, y penetró la suficiente luz para que todos nos viéramos las caras.

Iba á mi lado un escribiente del Juzgado de Letras de Los Llanos; en el asiento de en medio, un ranchero de Cuyoaco, y atrás, un hijo de éste, oficial del ejército, y un estudiante que adelantaba las vacaciones por atrasar los exámenes. Representaban al sexo que llamamos bello, las respectivas consortes del escribiente y del ranchero, y una hija de éste último; las primeras al lado de sus maridos, y la hija junto á la autora de sus días.

—Dios guarde á sus mercedes,—dijo el ranchero al penetrar la luz al interior del carruaje. Todos contestaron al cortés saludo, y yo me puse á examinar detenidamente las varias fisonomías de mis accidentales compañeros.

Era el escribiente, que á mi lado estaba, un hombre de una edad indefinida, pues que si lo negro de su lacio cabello, la agilidad de sus movimientos y la vi-

veza de sus ojos pardos, mal escondidos tras unos anteojos de color obscuro, le hacían aparecer en la plenitud de la virilidad; lo enjuto de su rostro, lo largo de las pobladas cejas, y el pelo que pugnaba por escapársele del interior de las orejas, y más que todo, las profundas arrugas de su estrecha frente, le daban el aspecto de un hombre ya más que entrado en años; vestía un traje aún más indefinible que su edad, compuesto de angosto pantalón, larga chaqueta raída por los codos, y enorme bufanda de estambre, que debió ser azul. Seguíale su mujer, alta, á lo que parecía, y derecha como un hueso, de color cetrino, pocas y malas palabras, y celosa por añadidura, como pude comprobar después. El ranchero era hombre ya de edad, jovial y bonachón. De su digna consorte no habría para qué ocuparse, si no fuera porque, no contenta con ocupar doble sitio que cualquiera otra persona (tanta era su monstruosa gordura), ocupaba también casi todo el guayín con canastos, tenates y envoltorios de todos tamaños. En cuanto á su hija, que iba sentada á su lado, si no era una cabal hermosura, tenía la gracia de los dieciocho años, rosado el color, y un hermoso pelo castaño. No de-

bía parecer la moza moco de pavo al estudiante, quien no perdía ocasión de dirigirla tiernas miradas amorosas, suspiros y picantes frases, á excusas de la mamá. Del oficial, sólo puedo decir por lo pronto, que infundían temor sus largos bigotes, su ronca voz, sus destempladas frases y el aire de valor temerario que rodeaba toda su persona; iba vestido de paisano y, por todo distintivo, llevaba dos presillas de oro en los hombros; al entrar en el coche colocó á un lado de su asiento dos enormes pistolas, y dió á guardar á Pedro un sable de caballería. Por último, el charrito, hijo del ranchero, era el más acabado retrato del "Bobo de Coria."

—Mira, Jerónimo—dijo el ranchero á su hijo,—saca del envoltorio que te dí, unos puros, para ofrecer á estos señores.

—Madre lo tiene—contestó el muchacho.

Y aquí fueron de ver los apuros de la buena señora para encontrar lo que buscaba, entre la multitud de bultos con que había llenado el coche; la obesidad le impedía inclinarse lo bastante para tan árdua empresa, en la que era eficazmente ayudada por el enjuto escribiente, hasta

que la mujer de éste, á la que no agradaban semejantes galanterías, le dijo con agrio tono:

—Deja que esta señora busque como quiera, y no te metas á desarreglarle sus cosas.

La prontitud con que fué obedecida, el ligero grito de dolor que se le escapó al escribiente, y el brusco movimiento que hizo al dejar caer el tenate que, á la sazón, levantaba del piso del guayín, me hicieron comprender que, á las palabras, había acompañado su mujer algo más expresivo.

El estudiante buscaba también por su parte, los deseados puros, y tuvo la felicidad de encontrarlos, aunque para ello fué necesario que se acercara tanto á la muchacha, que bien pudo rozar con sus labios la blonda cabellera.

Todos los hombres, menos yo, que no fumaba, ni el hijo del ranchero, aceptaron el obsequio de aquellos enormes puros recortados, y, poco después, una nube de humo llenó el guayín impregnándolo con el acre olor que despide el mal tabaco.

—Tira esa porquería, que va á marearme tanto humo apestoso.

Ya se comprenderá que dirigía estas

palabras al escribiente, su amable esposa.

—No tenga cuidado—replicó el ranchero,—ya se irá acostumbrando, y los hombres debemos tener tres efes, "feos, fuertes, y jediondos."

—La señora irá más cómoda si baja el vidrio—dije yo, que había hecho lo mismo por mi parte, sin conseguir establecer una corriente de aire, por estar cerradas las demás ventanillas; y, como en esos momentos íbamos atravesando un arenal, pude levantarme de mi asiento, para bajar el vidrio.

—No necesito que usted se moleste, puedo hacerlo yo misma—dijo la mujer del escribente; y lo hizo, pero con tan mala suerte, que cayó el vidrio hecho pedazos, porque saliendo en esos momentos el coche del arenal, dió un fuerte tumbo que á todos causó terrible sacudida, y á mí me hizo perder el equilibrio, y caer á plomo sobre mi asiento, á donde había ido á parar un voluminoso tenate.

—¡Jesús, mamá, los blanquillos!—exclamó la dulcinea del estudiante.

Oír aquello y levantarme apresuradamente para caer de bruces sobre el ranchero, fué obra de un momento; pero este bastó para convertir los huevos en

tortilla y llenar mi asiento. Y, lo que era peor, mi "Talma," de viscosas claras y doradas yemas. Una carcajada general, en la que sospeché tomó parte hasta la esposa del escribiente, siguió á mi desventurado golpe.—Fué tirado al camino el ya inútil tenate, no sin un suspiro de la dueña; limpié como pude lo que de huevos quedaba, y volví á sentarme, algo corrido por el pasado accidente.

En esto llegamos á la plaza de Amozoc, primera posta, y lugar en que debíamos desayunar.

Paró el guayín, bajamos todos, y entramos en la fonda. Era esta un cuarto bajo, de regulares dimensiones; á la derecha de la puerta había un brasero de ladrillos; en el lado opuesto, una mesa larga y angosta cubierta con un género blanco, ordinario y sucio; á los lados, dos bancas sin pintar, y en las cabeceras, banquillos de tres pies, en equilibrio inestable.

Pedimos chocolate, y, después de esperar un gran rato, nos dijo la dueña de la fonda que nos lo daría hecho en agua, porque aún no llegaba el mozo, que, de una finca cercana, llevaba la leche á la población.

Convenimos en tomar el chocolate, de

la única manera que se podía, y volvimos á esperar otra porción de tiempo, hasta que, con las hirvientes tazas de chocolate, llegó también el conductor del guayín avisando que había cambiado tiro y era indispensable partir en el acto. Dejamos el chocolate, que serviría seguramente para otros viajeros, tomamos unas cuantas piezas de pan negro y duro, pagamos lo que quiso cobrar la fondera, y volvimos, hambrientos y mal humorados, á ocupar nuestros lugares en el coche.

—Por fortuna—dijo el ranchero, reanudando la conversación, no han robado en esta semana, y llegaremos sin novedad á los Llanos.

—Es cierto—agregó el estudiante;—como están pasando para Veracruz las tropas del Gobierno, el camino está muy seguro.

—¡No faltaba más, sino que se atrevieran á salir los ladrones viendo con ustedes un oficial del ejército!..... Si ustedes no van armados, yo traigo mis pistolas, cargadas, y mi sable, que va en el pescante.

Todos nos miramos con aire de satisfacción, porque las palabras tranquilizadoras del ranchero y el aire marcial del

bravo soldado que con nosotros iba, nos infundieron ilimitada confianza.

—No hay tanta seguridad como ustedes creen—dijo el escribiente;—la partida del "Diablo Verde" y algunas otras, han vuelto á aparecer por estos rumbos.

—¡No lo diga usted!—exclamó con tembloroso acento el oficial;—yo voy á los Llanos con pliegos del Gobierno, y mucho me comprometería si nos asaltara una partida de pronunciados. No es que yo les tema, me batí en Salamanca, en Ahualulco y en Atequique, y diez ó doce enemigos no me infunden cuidado; pero no puedo exponer á una contingencia desgraciada, las importantes comunicaciones del Gobierno.

—Mira, hija, iremos rezando el rosario—dijo la esposa del ranchero;—si ustedes gustan nos harán coro, y puede dirigir esta señora (la del escribiente), si quiere hacernos la caridad.

—Yo no estoy ahora para rezos, que bastante me han mareado el humo y la conversación.

—Yo rezaré con ustedes—dijo el estudiante.—Y para hacerlo en voz baja, se inclinó lo más que pudo, hasta casi tocar

con las suyas las mejillas de la muchacha, en los vaivenes del guayín.

Comenzaba el monótono rezo, cuando llegamos á la barranca de "La Aguila," y Pedro dió con el talón tres ó cuatro fuertes golpes en una de las tablas del pescante...... Todos sabíamos lo que aquello significaba: los ladrones estaban á la vista.

—¡¡Jesús, María y José!!—exclamó el oficial.—Señores, no me descubran,—y arrancándose de los hombros las presillas, dió á guardar á la esposa del ranchero las dos pistolas.

—¡Por María Santísima! ¿Qué hago yo con esto? ¡Van á salirse los tiros!

—No, no señora, no tenga cuidado, que no están cargadas.

Ya con esta seguridad, y más que todo, por la inminencia del peligro, la buena señora escondió las pistolas lo mejor que pudo, en los momentos en que dos hombres mal montados en malísimos caballos, y armados con machetes mohosos, se acercaban al guayín, que se había detenido, y, de seguro, con más miedo que el que nosotros teníamos, nos pidieron el dinero que llevábamos en los bolsillos. Todos nos apresuramos á cumplir los deseos de aquellos señores, dando lo que

teníamos, si bien yo, por mi parte, entregué un solo peso, de los tres que me había apartado.

Conformáronso los ladrones con lo que cada uno de nosotros les dió y, tomando por un tajo, nos dejaron proseguir el viaje.

—Me parece, señor oficial—dijo el escribiente—qué si á estos "compadres" les enseña usted, siquiera la boca de sus pistolas, no se llevan nuestro dinero.

—No lo crea usted, amigo, no fueron dos solos los que nos asaltaron; éstos que ustedes vieron, eran dos exploradores destacados del grueso de la fuerza, y el jefe de ella, que debe ser persona entendida, nos puso esta celada para descubrir si en el coche iba algún militar, lo que fácilmente descubriría, si hacemos resistencia; pero, afortunadamente, yo soy liebre corrida, y no caí en el lazo. Aun puedo asegurar, por el número de banderolas que distinguí entre los árboles, que la fuerza de los asaltantes no baja de cien hombres.

Todos quedamos admirados de la perspicacia del oficial, y yo, muy convencido de que, con el tiempo, lo vería mandar una división.

—La verdad es que no están los tiem-

pos para hacerse viajes—observó el escribiente.

—Ni para vivir en el campo—agregó el ranchero—y por eso hemos resuelto yo y mi mujer, quedarnos en San Juan de los Llanos.

—Pues allí tienen ustedes una pobre casa, á su disposición, y yo me alegraré mucho de servirles, lo mismo que á todos los señores.

Dimos las gracias, como era debido.

—Y usted—continuó el escribiente, dirigiéndose á mí—¿piensa quedarse en los Llanos, ó pasa para la Sierra?

—Tal vez tenga que permanecer algún tiempo en la población—contesté.

—Pues ya sabe usted que, en cuanto se le ofrezca, puede ocuparme con confianza; yo conozco á las principales personas del pueblo, y de algo le servirá mi amistad.

—Con mucho gusto me aprovecharé de sus ofrecimientos, si llego á tener necesidad de sus servicios.

Entretenidos con la conversación, que se había hecho general, llegamos á Nopalúcan, poco antes de medio día. Junto al parador del guayín, estaba la fonda. Aquello era casi un restaurant; se entraba por la cocina, que ostentaba un

gran brasero lleno de ollas y cazuelas de barro; la fondera y cuatro mujeres más, servían á los parroquianos; en un lado de la espaciosa cocina, había largas mesas, á la sazón ocupadas por arrieros y caminantes, y la pared de uno de los lados estaba cubierta con luciente loza poblana de todas figuras y tamaños. Una puerta comunicaba con la pieza destinada para las personas "decentes" (las que caminaban en carruaje); allí había dos mesas con manteles, relativamente limpios, y una docena de sillas de madera blanca; estampas de las guerras de Napoleón, alternadas con imágenes de santos, estaban pegadas en la pared; en un rincón un nicho, con "La Divina Pastora," y en el otro un gran barril con pulque.

La familia del ranchero y yo, entramos desde luego al comedor.

—¿Van ustedes á almorzar?—nos preguntó una de las criadas.

—Sí, mi alma—contestó la esposa del ranchero—tráiganos pronto todo lo que tenga, porque estamos en ayunas.

—Pues han venido ustedes en mala hora, porque unos pronunciados que pasaron temprano, se llevaron lo que ha-

bía, y luego ha venido, como ustedes ven, mucha gente.

En efecto, la cocina estaba llena.

—Pero siempre tendrán ustedes huevos, carne y pan—dije yo.

—Voy á ver lo que hay.

A poco rato nos llevaron una sopa de fideo, con todo el aspecto y el sabor del engrudo; una buena cantidad de tortillas, hechas tres días antes; unos pequeñísimos trozos de carne de puerco nadando en picantísima salsa de chile serrano, unos frijoles que debieron haber dejado los pronunciados, por incomibles, y sendos vasos de pulque tlachique.

Hubimos de conformarnos con aquello, y el ranchero tuvo la galantería de pagar por mí, creyendo, según me dió á entender, que había yo entregado á los ladrones, todo lo que llevaba. No quise desengañarlo, y acepté el favor.

Dejé á la familia en el comedor, y salí á ver si encontraba por la plaza del pueblo, algo con qué matar el hambre que aún me acosaba.

A buena distancia de la fonda, y debajo de una "sombra" de petates que cubría un puesto de enchiladas, ví al estudiante que, en plática con unos arrieros,

participaba de la modesta comida que, sin duda, éstos le ofrecieron.

A poco andar llegué á la barda que limita el atrio de la parroquia, y oí, hacia el otro lado, unas voces que, por serme conocidas, me llamaron la atención.

—Sí—decía una de ellas, con irritado acento—hoy te has propuesto matarme á disgustos; ¿qué, piensas que no he visto los desfiguros que has venido haciendo en el camino con esas mujeres?.... pues te engañas, y me las vas á pagar todas juntas; por ahora ni vas á comer á la fonda, que sería lo que tú quisieras, para hacer caravanas con mi dinero, ni probarás de la gallina, ni de los huevos cocidos, ni de nada de lo que yo traje para comer. ¡Indecente!

—Pero, mujer, no te enojes, si todas son cavilaciones tuyas, y uno tiene que ser político con los compañeros de viaje, si no, ¿qué dirán?

—¡Que digan lo que quieran!.... Cuidado cómo vuelves á ofrecer la casa. ¡Como si fuera tuya, cuando es muy mía!, y tú no tienes que mandar en ella; ¿quién te manda querer hacerte amigo del otro fantasmón que viene junto á tí? (ese era yo). Sabe Dios qué casta de gente será, y á lo mejor salimos con que es algún

ladrón ó plagiario. ¿Qué dirá el señor Cura de tus nuevas amistades?

—Pero si no es mi amigo ese señor, que, por lo demás, parece ser un buen sugeto.

—¡Sí, ahora me vas á contradecir; pues mira, no estoy para aguantarte, grandísimo sinvergüenza!

Y en este momento oí distantemente una sonora cachetada y un quejido lastimero. Ya se comprenderá que todo esto pasaba entre el escribiente y su mansa consorte.

No quise oír más, y me retiré, reconciliado por completo con la amabilidad de las mujeres y las dulzuras del matrimonio.

Era ya hora de continuar el viaje: encontré á la familia del ranchero en la puerta de la fonda; á poco llegó el estudiante, excusándose de no haber comido con nosotros, porque el Cura del pueblo, que, según dijo, era tío suyo, y para quien llevaba unas cartas no le había dejado salir de su casa hasta aquel momento; después se reunieron con nosotros el escribiente y su mujer, cariacontecido el primero, y con un carrillo hinchado por repentino dolor de muelas, y con gesto más avinagrado la segunda.

Subimos al coche, engancharon el tiro, todo estaba listo para partir, y el militar no parecía; ya Pedro el conductor no quería esperar más, cuando de pronto entró en el guayín una persona á quien desde luego no conoció ninguno de nosotros; á primera vista, parecía el Vicario de alguno de los pueblos inmediatos, pantalón negro, más corto y angosto de lo que debiera, chaleco, chaqueta, y sombrero del propio color, y de las mismas escasas dimensiones, cubierto todo esto por larguísimo capote de terna, y sirviendo de complemento á la escuálida figura, una cara completamente razurada. ¿Quién había de conocer bajo semejante disfraz al bravo militar, nuestro compañero de viaje? Y, sin embargo, él era. Completos los pasajeros, continuamos nuestro camino.

—¿Qué le ha pasado á usted, señor oficial?—dijo el ranchero, con burlona sonrisa—lo extrañamos en la comida, y ya creíamos que se quedaba usted en Nopalúcan.

—No, amigo—contestó el interpelado—sino que, al llegar aquí, supe por un compañero, que hay muchos guerrilleros y pronunciados por estos rumbos, y tuve que disfrazarme y dejar á guardar mi

uniforme y mis armas, para no verme en el caso de batir á los pronunciados, exponiendo las importantes comunicaciones que llevo para el Coronel Buitrón.

—Lo que hay mucho en el camino, son partidas de ladrones, pero ya cerca de los Llanos, no tengan ustedes cuidado por esto.

Un fuerte acceso de tos primero, y un tremendo pisotón después, que, por desgracia y equivocación sufrí yo, me indicaron el enojo que estas palabras causaron á la iracunda esposa del escribiente.

—Pero si Buitrón no está en los Llanos—dijo el ranchero—sino el General Rodríguez, que lo derrotó la semana pasada.

—Cuánto me alegro, porque hace ya días que pienso pasarme al partido liberal, y no lo había yo hecho, por falta de oportunidad; pero bien han visto ustedes que no he querido batirme con los pronunciados, y cuento con que así se lo dirán al General.

Poco á poco fué decayendo la conversación; el calor sofocante que hacía, el lento paso de las mulas al atravesar los interminables arenales que se extienden más allá de Nopalúcan, y la digestión de

lo poco que habíamos comido, produjeron en todos nosotros un amodorramiento, del que vinieron á sacarnos, al cabo de más de dos horas, los consabidos golpes dados por el conductor, á los que siguieron inmediatamente la parada del guayín, un gran tropel de caballos y una cascada de gritos y malas palabras.

—¡Abajo todos!—gritó el que parecía jefe de aquellos doce ó quince hombres que nos rodeaban.

Obedecimos en el acto, no sin que al oficial le dieran tres ó cuatro cintarazos porque no bajó pronto, y á la esposa del ranchero sendos empellones, que la hicieron rodar por tierra.

—¡Azorríllense!—volvió á gritar el jefe, y nos tendieron á todos boca abajo, á un lado del camino, mientras sacaban cuanto había en el guayín. Era de oír romper á golpes los baules, y repartirse los ladrones cuanto encontraban! Cuando terminó el saqueo, fueron levantando uno á uno á todos nosotros, que debíamos tener los ojos bajos; nos registraron, y, como no era gran cosa lo que llevábamos, nos quitaron también las prendas de vestir que les acomodaron: yo me quedé sin "Talma" y sin chaqueta; el militar quedó en cuerpo gentil; los sara-

pes y sombreros del ranchero y de su hijo, fueron declarados buena presa; al escribiente, á falta de otra cosa mejor, le quitaron los zapatos y la bufanda, y el único que nada perdió fué el estudiante, ¡en tal estado de deterioro se encontraba cuanto llevaba puesto! Al llegar á las señoras, que, acaso por galantería, habían quedado las últimas, la del escribiente salió del paso con sólo la pérdida del rebozo, y la del ranchero estuvo á punto de sufrir algunos golpes por su empeño en que no se llevaran una medalla de plata de la Virgen de Guadalupe, que tenía colgada al cuello con un cordón. Nada valieron lágrimas ni súplicas; rebozo, medalla y un gran pañuelo corriente y feo, pero nuevo, con que la señora se abrigaba el cuello, pasaron á formar parte del botín, lo mismo que iguales prendas con que se adornaba la hija.

Aligerado del peso de los equipajes, y de los bultos, que tanto nos habían molestado en la mañana, volvió el guavín á ponerse en marcha, en los momentos en que comenzaba á caer un fuerte aguacero.

—¡Sólo esto nos faltaba—dijo el militar;—sabe Dios á qué horas llegaremos á los Llanos!

—De santos nos daremos si no se atasca el guayín y tenemos que pasar la noche en el campo—agregó el ranchero.

En esto, el agua entraba con toda libertad por el vidrio que rompió la esposa del escribiente, y no había manera de impedirlo. El estudiante hizo el sacrificio de quitarse el saco que despreciaron los ladrones, y con él tapó unas rendijas por donde se colaba el agua, empapando á la hija del ranchero; este rasgo de galantería le valió una sonrisa de la muchacha, las gracias que le dieron los papás, y una furiosa mirada de odio que le lanzó la esposa del escribiente; por mi parte, quedé admirado de ver cómo, dena de tan raído saco, se escondía tan galante caballero.

Iba declinando el día; las mulas andaban trabajosamente por entre los numerosos baches del camino, y el frío se hacía sentir más de lo que debiera, respecto de personas que no tenían con qué abrigarse. Por fin, llegó el caso de que no fuera posible seguir adelante, sino bajándose del coche, caminando á pie un buen trecho, y acaso ayudando á sacar el guayín del mal paso en que estaba.

No resignados, pero obligados por la necesidad, bajamos á que de lleno nos ca-

yera el aguacero. El ranchero se tapó la cabeza con su chaqueta; el estudiante, el militar y yo, con nuestros sombreros; el hijo del ranchero encontró un tenate vacío con que se cubrió, y el pobre escribiente, descalzo y sin sombrero, porque tuvo que ponerle el suyo á su mujer, bajó á ésta cargada, y así la llevó hasta la orilla del camino. La esposa del ranchero y su hija, se quedaron un rato en el coche, para quitarse las enaguas, y, con ellas, cubrirse la cabeza.

Ya todos en tierra, comenzó aquella peregrinación, que acabaría cuando á juicio de Pedro pudiéramos volver al coche. La esposa del escribiente no soltaba el brazo de su marido; el estudiante servía de apoyo á la hija del ranchero, y los demás caminábamos como podíamos, guiados por el militar. Al principio cuidábamos de ir por donde menos lodo había, pero al rato, ya nos hundíamos con entera confianza en los más profundos hoyos.

Era ya noche cerrada, cuando el guayín nos alcanzó, y Pedro, compadecido sin duda de nuestra suerte, declaró que podíamos subir al coche; ya era tiempo, el escribiente no podía dar un paso, por más que lo remolcara inconsideradamen-

te su mujer, y todos los demás estábamos rendidos de cansancio y de frío, calados por el agua y desfallecidos de hambre.

No cuidamos, al entrar, de tomar nuestros asientos, lo que dió por resultado que quedaran juntos, por supuesto, el escribiente y su mujer, con el oficial al lado del primero; en el asiento de enmedio, el ranchero, su hija y yo; y atrás, el estudiante, entre la mamá y la hija.

Acabábamos de instalarnos en el relativamente cómodo y abrigado guayín, cuando volvimos á oír las voces de: ¡¡Párense!!, acompañadas de interjecciones que no son para repetidas.—Pero con asombro de todos nosotros, al oír aquéllo y parar el guayín, el escribiente saltó con ligereza al camino, gritó no sé qué palabras, que no pudimos entender, y á esto siguió una larga conversación, de la que tampoco pudimos darnos cuenta, porque sólo llegaba á nosotros el rumor de las voces. Después de un largo rato, el tropel de caballos que se alejaba, y el regreso del escribiente, nos indicaron que podíamos, y así se hizo, seguir adelante.

Para evitar seguramente preguntas indiscretas, el escribiente nos dijo que, por la voz, había conocido á un amigo suyo, jefe de las comisiones encargadas de cui-

dar el camino, y había bajado á darle parte del robo que nos habían hecho, y á indicarle el rumbo que habían tomado los ladrones.

—¡Ay, señor de mi alma!—dijo la esposa del ranchero—que pare el guayín y corra usted á decir á esos señores que recojan la medalla que me quitaron los ladrones, yo les daré una buena gratificación.

—No es posible, porque se fueron á galope y han de estar ya muy lejos.

—¡Qué lástima, figúrese usted que la compré en la Villa, y la bendijo el señor Arzobispo!

A todos satisfizo la explicación del escribiente respecto del último encuentro; yo no pude menos que admirar la merecida influencia que ejercen los empleados de justicia, aun los más inferiores, en los "encargados de cuidar los caminos;" y todos lamentamos y comentamos el hecho de que esos "guardas," cuya existencia todos ignorábamos (y que tanta semejanza tenían con los ladrones) no hubieran salido más temprano de los Llanos; tal vez nos hubieran libertado del robo de la tarde.

En estas y otras pláticas íbamos, entretenidos, cuando llegamos á las prime-

ras casas de San Juan de los Llanos. No entramos en la población con la acostumbrada ligereza, sino poco á poco, cual convenía á nuestro estado y desventuras.

Eran las once de la noche cuando nos despedimos, en el mesón, los que habíamos sido compañeros de viaje, excepción hecha del escribiente y su mujer, que desaparecieron sin que de ello nos diéramos cuenta.

Recogí de Pedro mi reloj, mis diez pesos y los papeles que le dí á guardar, y procuré, conciliando el sueño, olvidar las peripecias de mi accidentado viaje; no sin dar gracias á Dios, porque siquiera no se había volcado ó roto el guayín.

Cuatro meses después, tuve el gusto de asistir al matrimonio del ex-estudiante con la hija del ranchero; de ver al militar luciendo nuevamente su largo bigote, dar instrucción en la plaza del pueblo á un Batallón de las fuerzas liberales, del que era Coronel; y de saber que el escribiente, ya viudo, había llegado á Secretario del Juzgado.

Habían concluído los negocios que me llevaron á Los Llanos, y regresé á Puebla, pero en el viaje de vuelta nada me aconteció, que valga la pena de referirse.



UN PRONUNCIAMIENTO

¿En qué fecha pasaron los acontecimientos que voy á referir? No lo recuerdo, pero no hace al caso; esa fecha corre, consignada en las varias historias de México que, con más ó menos imparcialidad, se han escrito; yo no quiero robar á los historiadores su inapreciable derecho de consignar minuciosamente fechas y números; tomo acá y allá de mis recuerdos, lo que conviene á mi objeto, y cuento lo que ví, lo que la historia no sabe, lo que forma su parte anecdótica, que acaso sea la que mejor dé á conocer el carácter de una época determinada, y lo que fueron los hombres de los tiempos que ya pasaron.

Estábamos en pleno período de lucha entre conservadores y liberales.

¡Hermosos tiempos aquellos en que había por una y otra parte, fe en la causa que se defendía, virilidad y entusiasmo! ¡Dichosa época de sacrificios, de acciones heróicas y de virtudes cívicas, que han desaparecido, envueltas entre el humo de los últimos cañonazos disparados en la guerra de Intervención! ¡Dichosa época, además, porque era la de mi voluntad, la de mis sueños de gloria, que se desvanecieron, para convertirse en lejanos recuerdos!

Estábamos en plena lucha, en ese período turbulento que medió entre la promulgación de la Constitución de 57 y el golpe de Estado de Don Ignacio Comonfort.

Era Gobernador del Estado de Puebla, el señor General Don Miguel Cástulo de Alatriste, y por aquel entonces vivía en aquella ciudad, un antiguo Capitán de infantería, retirado del servicio, y de apellido Ordóñez, (1) hombre de valor poco

(1) No se llamaba así; pero como lo que estoy narrando es rigurosamente histórico hasta en sus menores detalles, no quiero decir el verdadero apellido de aquél hombre, que vuelve á figurar, no muy honrosamente, en otros episodios.

común, muy popular entre los soldados, y por esto, muy amigo de los oficiales subalternos y de sargentos de los Cuerpos que daban la Guarnición de la plaza.

Una gran parte de los jefes y oficiales conservadores que habían tomado parte en el pronunciamiento de Orihuela, á fines de 56, y que vivían en Puebla á la sombra de la capitulación que puso fin al "Sitio," conspiraban contra el Gobierno, sin haber llegado á las vías de hecho, hasta que se les ocurrió servirse de Ordóñez. Entró éste en el complot, y se comprometió á que tomaran parte en el proyectado pronunciamiento algunos oficiales de la Guarnición, señalándose para que el movimiento se efectuara, el día en que estuvieran de guardia los oficiales y sargentos comprometidos con Ordóñez.

Un día, recibió el General Alatriste una carta sin firma, en la que se le decía que si quería saber algo muy grave que en la ciudad pasaba, ocurriera ese día. á las diez de la noche, enteramente solo, al atrio de Catedral, que entonces aún no tenía reja, y esperara allí á la persona que le daría las noticias ofrecidas; se le recomendaba también como obligación precisa, que á nadie dijera una

palabra de aquello, y que mandara retirar durante dos horas, de las diez á las doce de la noche, la guardia que se situaba al pie de la torre de Catedral.

Mucho dió en qué pensar el anónimo al General Alatriste, pero era hombre de gran valor personal, y á riesgo de caer en una emboscada, pues sabía, aunque de una manera vaga, que había en la ciudad muchos y atrevidos conspiradores, decidió concurrir á la cita, obsequiando en todo los deseos de quien la daba.

A las diez de la noche mandó que la guardia de la torre se situara en las bóvedas de la Catedral, dejando cerrada la puerta que, en el atrio, da entrada á la escalera, y sólo, aunque bien armado, sin avisarle á nadie, comenzó á pasearse por el centro del solitario y obscuro atrio.

Habían sonado ya las once en el reloj de la torre, comenzaba á impacientarse el General, y á pensar seriamente en volver á su casa, cuando de la esquina, en que estaba la capilla de los aguadores, se desprendió un bulto que avanzó cautelosamente, y en el que pudo conocer Alatriste, cuando ya cerca lo tuvo, á un hombre regularmente vestido y envuelto en obscuro capote.

—Perdone usted, mi General, si lo he hecho esperar, pero esta demora ha sido necesaria, para que pueda dar á usted detalles completos del negocio que tengo que comunicarle.

—Hable usted pronto, y sea lo más breve posible, en su relación, pues llevo una hora larga de estarlo esperando, y me siento cansado.

—Primeramente, tengo que pedir á usted un ligero favor, que espero me concederá, si, después de oír las noticias que voy á darle, juzga que tienen positivo interés: mi esposa está enferma, y carezco de recursos, con quinientos pesos podré salir de la mala situación en que estoy; ofrézcame usted prestarme esa cantidad, que devolveré luego que me sea posible.

—No puedo comprometerme á nada, y si es condición precisa para que hable usted, que le haga el ofrecimiento que desea, podemos dar por terminada esta entrevista.

El desconocido pareció vacilar, pero al cabo de algunos momentos dijo:

—De todos modos, voy á decir á usted lo que sé, que después, estoy seguro de adquirir con esto su protección y algún empleo. Los jefes y oficiales conservado-

res que están en la ciudad, conspiran contra el Gobierno.

—Eso lo sé perfectamente, y nada tiene la noticia de nuevo para mí.

—Pero lo que de seguro no sabe usted es que mañana debe estallar el movimiento; que para ello cuentan con los oficiales que estarán de guardia en los cuarteles de Santo Domingo y San Luis, en el Palacio de Gobierno y en la torre de Catedral; que á las doce de la noche ocurrirán algunos de los conspiradores á estos puntos, y cuando tengan á su disposición las guardias harán pronunciar á la sorprendida tropa, se apoderarán de la artillería, y la ciudad caerá en su poder.

—¿Y cómo sabe usted esto, y quién me asegura que dice usted la verdad?

—En primer lugar, usted mismo se convencerá mañana de que mis noticias son exactas, y en cuanto á cómo las he adquirido, diré á usted que yo tomé parte en la conspiración, para servir con esto al Gobierno, y esta misma noche, antes de venir aquí, he asistido á la junta en que han quedado arreglados todos los pormenores. Figuran en la conspiración....

—¡Deténgase usted!, no quiero conocer nombres, para no verme obligado á

imponer castigos. Basta con lo que usted ha dicho, y retírese, sin que sepa yo tampoco quién ha sido el que ha delatado á sus compañeros.

—Nunca creí que así se despreciara el gran servicio que presto al Gobierno; y ya que no se me paga como debiera, deme usted, al menos, un salvo-conducto, por si alguno de los complicados en la conspiración, llega á denunciarme.

—Tome usted—le dijo Alatriste.—Esto es lo único que puedo decirle.—Y le entregó un papel en el que á tientas, escribió con lápiz algunas palabras que autorizó con su rúbrica.

Momentos después se separaron los dos interlocutores; Alatriste se perdió entre las sombras del Portal de Borja y el desconocido se dirigió á la plazuela de los Sapos; allí, á la luz de un mortecino farol, sacó el papel que le había dado Alatriste, y leyó lo siguiente: "El portador es el que denunció la conspiración que debe estallar mañana." Seguían la fecha y la rúbrica de Alatriste.

—¡Ola, señor General!—murmuró Ordóñez, que éste era el delator.—No ha querido usted pagar el servicio que le hago y afecta tratar con desprecio á quien le salva la vida? Mucho será que

con el tiempo no le cueste á usted muy caro este papel, ya que ahora no puedo detener el pronunciamiento, ni volver atrás de lo dicho.

Al día siguiente dieron, como de ordinario, el servicio de guardias, los oficiales y soldados que habían estado de imaginaria la víspera; pero á las nueve de la noche se mandaron relevar sigilosamente esas guardias, se previno que estuvieran presentes en los cuarteles los jefes de los Cuerpos, y se llamó á Palacio á los Diputados y empleados, allí se les dijo que peligraba la tranquilidad pública, que estaba próxima á estallar una rebelión y que todos debían contribuir al sotenimiento del orden, para lo cual, se habían dispuesto armas y municiones, que se repartieron entre todos los presentes.

El General Alatriste aún dudaba que fuera cierta la noticia que recibió la víspera; no obstante esto, se hizo todo con grandísimo sigilo, y se ordenó que nadie fumara, ni menos encendiera luz, que pudiera verse por la parte de afuera del Palacio.

La noche estaba en extremo obscura, y caía una menuda lluvia.

Entre los que habían acudido al llama-

miento de Alatriste, se encontraban Don Francisco Ibarra, Don Juan Méndez, y Don Pedro Pablo Carrillo, quienes, según me parece, eran Diputados.

—¿Qué órdenes ha dado usted á los jefes de las guardias?—preguntó Ibarra.

—Que si se presentan los conspiradores, los aprehendan, y una hora después los fusilen.

Poco después de las doce de la noche, se presentó el oficial de la guardia, dando parte de que dos individuos habían entrado en el Palacio, pretendiendo sublevar á los soldados, y que estaban presos.

—Que dentro de una hora se les fusile—mandó Alatriste.

—Pero esa orden, señor Gobernador, no debe llevarse á cabo—dijo Ibarra.—Mañana toda la ciudad se levantará contra nosotros por estos fusilamientos sin formación de causa; dirán que la libertad que proclamamos es un mito; que no se observa la Constitución, y que en nada se diferencía nuestro Gobierno, de la nefanda dictadura de Santa-Anna. Que se les forme causa á los conspiradores, y se les castigue con arreglo á las leyes.

—Señor—decía Don Juan Méndez, con aquella su reposada voz—señor, la salud

del pueblo antes que todo; que mueran algunos para que los demás se salven.

—¡Que caiga sobre nosotros su sangre!—gritaba Don Pedro Pablo Carrillo, el más exaltado de todos los presentes, (rigurosamente histórico).

Mientras esto pasaba en el interior del Palacio, llegaron hasta los que adentro estaban, lúgubres gritos que partían de las bóvedas de la Catedral, y que rompiendo el silencio de la noche, decían con indefinible acento de terror: "Señor Gobernador, señor Gobernador, que me matan!!" El ruido de una descarga de fusilería ahogó esas voces, y poco después se oyeron otras descargas por el rumbo de Santo Domingo.

Alatriste no sabía qué hacer en medio del pequeño tumulto que se formó á su alrededor, pidiendo unos gracia para los presos, exigiendo los demás que se fusilara á todos. Ya iba á dar la orden de que se hiciera esto, cuando Ibarra, profundamente conmovido, llegó á detenerlo casi por la fuerza, rogándole mandara suspender la ejecución de los que habían caído prisioneros en el Palacio, y estaban en esos momentos disponiéndose para morir.

En esto, se oyó el tropel de una fuer-

za de caballería, que se acercaba. Era Don Ignacio Romero Vargas, Inspector de las tropas del Estado, que llegaba casualmente. Romero resolvió la cuestión oponiéndose á que se llevaran á efecto más fusilamientos.

Por otra parte, Don Agustín Isunza, que mandaba el segundo Batallón de guardia nacional, y estaba en el cuartel de San Luis, no obedeció la orden de fusilar á los prisioneros, y, gracias á esto, no hubo aquella noche más que cuatro víctimas; pues á los que no se fusiló en el acto, se les puso más tarde en libertad.

Este Don Agustín Isunza que acabo de mencionar, fué el que defendió el convento de Santa Inés cuando los franceses sitiaron Puebla; defensa memorable que causó á los invasores el mayor descalabro que sufrieron durante el memorable sitio.

En las bóvedas de la Catedral fusilaron á Rosas y Paz y Puente; y á Piñeiro y Vázquez en el atrio de Santo Domingo al pie de la torre. Al Palacio entraron Campillo y López, y á San Luis un Zacarías Fernández y otro cuyo nombre no recuerdo.

La ciudad, que era conservadora en su

mayor parte, convirtió en héroes á estos obscuros conspiradores; se indignó profundamente por lo que llamó instintos sanguinarios de Alatriste, y por mucho tiempo el nombre de los fusilados aquella noche, fué como un grito de guerra, hasta que nuevos acontecimientos y más importantes personajes ocuparon la atención pública y borraron el recuerdo de los trágicos acontecimientos que acabo de narrar.

EL MATRIMONIO DE MI SOBRINO

I.

EL SR. CANONIGO

Después de una siesta que se había prolongado algo más de lo regular; con pocos deseos de dedicarme aquella tarde al trabajo, y mucha necesidad de hacerlo, por ser fin de mes y tener que arreglar las cuentas de cobranza del convento de Santa Teresa, del que era yo mayordomo, estaba engolfado en el maremágnum de recibos, minutas, documentos, libros llenos de números y pedacitos de papel con operaciones aritméticas de las más complicadas, como que había que comprobar cuentas en las que figuraban por mayor los reales, cuartillas,

octavos y granos de aquella nuestra complicada moneda fraccionaria. Estaba, como digo, entregado ya por completo á mis áridas y enojosas tareas, cuando vino á distraerme de ellas la desapacible voz de mi ama de llaves, que me pedía permiso (nunca negado) para entrar en el despacho; concedido que le fué, me dijo que si no había oído "tocar" la vidriera de la sala; (en aquel tiempo no se usaban las campanillas) contestéla que no, y que podía pasar á ver si, en realidad, tocaban. Así lo hizo, y á poco volvió, para decirme, con cierto tonillo alarmante, que me buscaba el señor Canónigo Don Juan Rivas.

—Vaya usted en el acto á decir á Su Señoría, que tome asiento, y me dispense el favor de esperar un momento, que no tardo en estar con Su Señoría.

Era el Canónigo Rivas, uno de los miembros más prominentes del alto clero, y yo me sentía orgulloso por recibir en mi casa á tan conspícuo personaje.

—Dios guarde á Vuestra Señoría muchos años,—dije al entrar en la sala.

—Su Divina Majestad lo conserve á usted con buena salud, mi señor Don Julián, contestó el Canónigo.

—¿A qué debo la inmerecida honra de

ver por esta su casa á Vuestra Señoría? Si en algo le puedo servir, á la más ligera indicación hubiera yo concurrido, como es mi deber, á su casa.

—Preferí venir á la de usted, tanto por no molestarlo, cuanto por tratarse de un asunto muy delicado de una de mis hijas de confesión. Usted, señor Don Julián, tiene, si no estoy mal informado, un sobrino.

—Sí señor; Luis, el hijo de mi hermana, la que estaba casada con el Coronel Fernández; yo reconocí al pobre niño cuando su padre murió en la acción de Acajete, y, como poco tiempo después murió también la madre, desde entonces no ha vuelto á separarse de mí.

—Pues bien, ese joven se ha permitido hablar de amores á Teresita Rojano, la hija del Licenciado á quien usted conoce, y como yo soy el director espiritual de toda la familia, he venido á ver á usted para que arreglemos este asunto.

—Me ha dejado confundido Su Señoría, y si cualquiera otra persona me lo dijera, no creería yo que el muchacho se había propasado á tanto Es cierto que acaba de recibirse de médico, que su señor padre le dejó una mediana fortuna

que yo he cuidado de aumentar, y que al fin él será quien á mí también herede; pero de todos modos, no debía haber dado un paso tan grave sin consultármelo, y sin contar con el beneplácito de los padres de la niña.

—Eso no tiene ya remedio: la jovencita, aunque muy dócil y obediente á todo cuanto le mandamos sus padres ó yo, me ha manifestado su resolución de casarse con el sobrino de usted, y yo he venido, como antes dije, á tomar los informes necesarios para que si, como lo espero, son éstos satisfactorios, me acompañe usted á pedir formalmente la mano de la niña.

—¿Qué quiere Su Señoría que le diga respecto de mi sobrino? Yo he procurado criarlo en el santo temor de Dios, y hasta ahora, no me ha dado ni el más ligero disgusto; siempre se retira á la casa, antes de las diez de la noche, y no le conozco vicios ni malas amistades.

—Eso es bastante, supuesto que en cuanto á bienes de fortuna, estoy enterado de que tiene lo suficiente. Pero vamos á otra cosa: ¿su sobrino de usted frecuenta los sacramentos? ¿cumple con todos sus deberes religiosos?

—En cuanto yo sé, puedo decir á Su

Señoría que en esta materia no hay nada que echar en cara á mi sobrino.

—Pues entonces, mañana á las seis de la tarde iremos á la casa del señor Rojano á pedir á Teresita, yo vendré por usted en mi coche.

—Cuánta molestia, señor Canónigo, si le parece á Su Señoría, yo iré á su casa, á la hora que me indica.

—No, no, ya pasaré por acá, que, casualmente, tengo qué hacer por este rumbo, antes de las seis.

Esto diciendo, se levantó de su asiento el señor Canónigo, y se despidió, sin aceptar el chocolate que, con insistencia le ofrecí. Lo despedí en el primer tramo de la escalera, y volví á mi despacho, un sí-es no-es preocupado, con lo que acababa de pasar.

A poco rato, y mucho más temprano que de costumbre, llegó mi sobrino.

—Muy bien lo hace usted, caballerito,—le dije al presentárseme,—no sabía yo que perdía usted su tiempo, que yo creía dedicaba todo entero al estudio, en andar inquietando á las niñas decentes y recatadas.

—Tío, usted me perdonará, cuando sepa quién es la señorita en quien me he fijado, y á la que pretendo hacer mi es-

posa, á salvo, por supuesto, el consentimiento de usted.

—Valiente truhan eres, dije yo para mí; ya sabrías pasarte muy bien sin mi consentimiento, que me cuidaré mucho de negarte.

—Sí, sí,—repliqué,—ya estoy al tanto; y sé que te has atrevido á pretender á Teresita Rojano, á una niña que pertenece á una de las principales familias de Puebla. Y esto sin consultármelo, exponiéndote á un desaire que me llenaría de vergüenza. Ya estuvo aquí el señor Canónigo Rivas, y por cierto que he pasado un malísimo rato mientras le contaba tus calaveradas: en fin, quedamos en que mañana iremos á pedir á la niña, y gracias á la intervención del señor Canónigo, espero que no llevaremos un desaire.

—¡Ay, tío, qué bueno es usted, y con cuánta razón le quiero y le respeto como á mi padre! Yo no había querido decir á usted nada, sin estar seguro del cariño de Teresita; y aunque habíamos convenido en que vendría á ver á usted el señor Rivas, no creí que fuera tan pronto.

—Bien, bien, quedas por ahora perdonado, y ya veremos mañana qué resulta-

do tienen los malos pasos en que me has metido.

Se retiró mi sobrino y yo me quedé pensando en lo grave de la situación. En efecto, la cosa no tenía nada de lisonjera; el Licenciado Rojano, Ministro del Tribunal Superior, y persona de muchas polendas, era un verdadero personaje; su familia figuraba en la más encopetada aristocracia de la ciudad; él, personalmente, era de un carácter adusto, un tanto orgulloso y pagado de sí mismo, tenía en alta estima su ciencia y su posición social, y no pertenecía á ningún partido político, con lo que dicho se está, que figuraba en todos ellos. Esto hacía que, á pesar de las seguridades que había dado á mi sobrino, no las tuviera todas conmigo.

En fin, la cosa no tenía ya remedio, y, por otra parte, aunque nosotros no teníamos un apellido ilustre, aunque pertenecíamos por los cuatro costados á la clase media, y no figurábamos en la política, ni era solicitada por alma nacida nuestra amistad, teníamos un regular, y acaso más que regular capitalito, perfectamente saneado; nadie podía echarnos en cara una mala acción, y Luis era un

médico que se iba haciendo de muy buena clientela.

Confiado en estas circunstancias, y, más que todo, en la influencia del señor Canónigo, esperé un poco más tranquilo la temida entrevista con el Licenciado Rojano.

II.

LA PETICION

Desde las tres de la tarde comencé á arreglarme para estar listo á la hora en que llegara el señor Canónigo, y no hacerle esperar. Cambié mis habituales zapatos de venado por unas botas de charol con los cubos de badana, de color verde obscuro; me puse un pantalón de paño, color de flor de Romero, un chaleco amarillo claro, un frac azul con botones dorados, y un corbatín negro de resorte; substituí el cordón de seda que aseguraba mi reloj, con un bejuco chino, de oro; saqué del ropero mi sombrero de seda y mi capa española, y esperé la llegada del señor Canónigo.

Al oír el ruído del coche, bajé al zaguán, á tiempo, para no hacer esperar á Su Señoría.

—Pase usted, Don Julián, pase usted, —me dijo, después de contestar mi respetuoso saludo.

Me coloqué, como debía, en la parte delantera del coche, y mientras éste, con tardo paso, se dirigía á la suntuosa casa del Licenciado Rojano, yo me atreví á preguntar al señor Canónigo, si los padres de Teresita sabían ya algo del asunto que íbamos á tratar.

—Nada absolutamente, y no deja esto de preocuparme un poco, pues ya usted conoce el carácter de mi amigo y compadre Don Pedro (así se llamaba el Licenciado); sin embargo, pasado el primer momento, espero hacerlo entrar en razón, pues la niña está decidida á casarse con el sobrino de usted, ó á entrar á un convento.

—Vaya en gracia con los amoríos de mi dichoso sobrino, pensé yo; cómo se le fué á ocurrir enamorarse de una muchacha de la alta sociedad! No, y lo que es la Teresita se lo merece; hay que confesar que mi señor sobrino tiene buen gusto; pero no le perdono que me haya

puesto en este disparadero, á mí, que no me casé por no andar en estos líos.

Vino á suspender el curso de mis amargas reflexiones, la llegada á la casa del señor Rojano.

Subimos la ancha escalera, atravesamos el corredor, y yo toqué la vidriera de la sala. Una criada salió pocos momentos después, nos hizo entrar, y nos dijo que iba á avisar al señor.

Para mí, aquella sala era el colmo de la elegancia. Estaba alfombrada hasta la mitad, y en la otra mitad cubría el suelo luciente maque. En el fondo de la sala, por donde estaba la parte alfombrada, había un sofá en la cabecera, y otro en cada una de las paredes laterales, todos de caoba, con cojines forrados de seda; de la misma madera eran las sillas, y con idéntico forro, puestas todas con estudiada regularidad y simetría. En los rincones, á los lados del sofá del centro, había unos rinconeros con floreros de porcelana y flores artificiales, cubiertos con grandes capelos de cristal. A la mitad de la sala, entre dos balcones que daban á la calle, había un piano de cola; en medio de la pieza una mesa redonda, y sobre ella muñecos de relumbrosa porcelana y un braserillo de plata con lumbre,

para encender los cigarros; en el fondo de la sala, frente al estrado principal, y á los dos lados de una puerta vidriera que comunicaba con las piezas interiores, estaban dos consolas que parecían sostener unos grandes espejos, de los que entonces se llamaban "de cuerpo entero," con marcos y copetes dorados. Frente por frente del piano, había una mesa, también de madera fina, con adornos de metal amarillo, y que tenía, bajo una cubierta de cristal, un calvario guatemalteco, preciosas esculturas sin encarnación que aún entonces eran ya muy raras y exquisitas, y que hoy se han perdido por completo. Adornaban las paredes, á más de los referidos espejos, sobre el sofá principal, un San Pedro, notable pintura, aunque con tonos sombríos, porque representaba el santo en los momentos de cantar el gallo, de noche, apenas iluminada, la cabeza de San Pedro, por los lejanos reflejos de una hoguera; á los dos lados estaban los retratos del Lic. Rojano y Doña Teresa Alvarez, su esposa, también pinturas que representaban á los dueños de la casa en su edad madura; sobre el piano, con un marco mucho más lujoso que todos, y de época más moderna, había un cuadro

que tenía en el centro un perro poblano figurado en relieve con gusanillo, y con un letrero que decía: "Teresita á su querido papá;" arriba de la puerta-vidriera que antes mencioné, se veía un reloj de movimiento, que al dar las horas y medias tocaba una pieza de música al mismo tiempo que se movían las aspas de un molino de viento, se elevaba un globo aerostático, pasaba un cochecito por un puente, se balanceaba un barco en las fingidas aguas de un lago, y saltaban unas cabras de peña en peña. Las paredes no estaban como ahora se usa, tapizadas, sino muy bien pintadas, figurando columnas y pórticos, y jarrones con flores; las vigas se cubrían con un cielo raso, y del centro de él pendían un hermoso candil; se me olvidaba decir que á los lados del calvario guatemalteco, y en las consolas de los espejos, había candeleros de cristal.

Y no vaya á creerse que todas estas menudencias las ví y examiné en aquella mi primera visita; no, trabé conocimiento con todas las preseas de la sala en las veces que después la ví; lo que es en la tarde á que me vengo refiriendo, estaba mi ánimo más para calcular cómo saldría

de aquel paso, que para entrar en detalles de ornamentación.

No tardó mucho en salir el señor Licenciado. Era un hombre alto, grueso, como de setenta años, blanco de color, los ojos claros y velados por unos anteojos ligeramente obscuros, escaso ya de pelo, y éste casi todo cano; usaba "polaca" y estaba irreprochablemente vestido de negro.

—Buenas tardes, señores,—dijo al entrar.—Mi señor compadre, ¿á qué se debe la honra de verlo á usted por acá tan temprano (el Canónigo era concurrente diario á la casa del Licenciado, desde las ocho de la noche que comenzaba la partida de tresillo).

—Con usted vino, según parece, Don Julián,—(caravana de asentimiento por mi parte)—si se trata de algún negocio relativo al convento de Santa Teresa, pasaremos al estudio, si á ustedes les parece.

—No, compadre, el señor Don Julián y yo, venimos, en realidad, á tratar con usted un negocio; pero es de aquellos que no se resuelven con los libros, es puramente personal, y yo ruego á usted que nos oiga con toda calma.

—Me pone usted en cuidado con ese

preámbulo, señor compadre, y no atino qué pueda ser tan grave asunto.

—Teresita, mi ahijada, está ya en edad de contraer matrimonio, y bueno sería ir pensando en buscarle esposo que reuna las condiciones que todos deseamos para el marido de una niña tan hermosa y tan bien educada.

—No se me ha ocurrido hasta ahora semejante cosa; Teresa es todavía muy joven, gracias á Dios que nada le falta en su casa, y que hasta ahora no se le nota inquietud alguna. Supongo que no se relaciona con mi hija el asunto que á usted trae por esta su casa.

—Algo, algo hay de eso, compadre; mi ahijada es una niña muy buena, ¿quién puede apreciarla mejor que yo, que soy su director espiritual?, pero sin faltar en nada á sus buenos principios, y sin que se menoscaben su virtud ni su bondad, no ha podido menos que interesarse por un joven que usted conoce, de muy buena educación, ya establecido, de mucha moralidad, y con bastantes bienes de fortuna. Este joven pretende á Teresita, á ella no le disgusta, y venimos á pedir á usted formalmente la mano de mi ahijada, para el joven médico Don Luis Fernández, sobrino del señor Don Julián.

—Me permitirán ustedes que les diga, sin que esto sea una ofensa para el señor Don Julián, que estos amores, si acaso existen, contrarían los proyectos que tenía yo formados respecto de mi hija; pero como en materia tan delicada no quiero imponerla mi voluntad, ni puedo resolver en cuestión tan grave por mí solo, suplico á ustedes que tengan la bondad de venir á saber mi resolución, dentro de quince días.

Yo no había desplegado los labios, tanto así era el respeto que me inspiraba Don Pedro, á quien siempre había tratado como á superior en las relaciones que con él tenía con motivo de las cuentas del convento de Santa Teresa.

Parecióme que la conferencia había terminado, lo mismo debió pensar el señor Canónigo, pues levantándose de su asiento, dijo á Don Pedro:

—Pues, compadre, por acá estaremos dentro de quince días, para saber lo que ha resuelto, y damos á usted las gracias por lo bien que nos ha recibido.

—Pues no tienen ustedes nada que agradecer; solamente suplico al señor Don Julián, que mientras tanto resuelva en este delicado asunto, evite al señor su sobrino, toda relación con mi hija.

—Así se lo diré, señor Don Pedro, y aseguro á usted que así lo hará.

Nos despedimos muy ceremoniosamente, salió á dejarnos el señor Licenciado hasta el portón de la escalera, y, en el zaguán, con pretexto de mis ocupaciones, me despedí, á mi vez, del señor Canónigo, no sin que hubiéramos quedado citados para los consabidos quince días.

Á la calle siguiente me hizo el encontradizo mi señor sobrino, que andaba por allí, según me dijo, haciendo sus visitas de médico, si bien yo sospeché, con sobrado fundamento, que me esperaba para saber el resultado de la petición. No pude menos que decirle las pocas esperanzas que abrigaba, de obtener un resultado favorable; pero él (lo que es de presuntuosa la juventud) no pareció muy contrariado con lo que le dije, sino bastante satisfecho, y lo que en algo le molestó, fué el plazo de quince días, que le pareció demasiado largo. No dejé de amonestarlo para que durante ese tiempo suspendiera toda clase de relaciones con Teresita, y me ofreció que así lo haría, aunque, hasta ahora, estoy en la creencia de que no cumplió su promesa.

III.

TERESITA.

Como pasa todo en este mundo, así pasaron los quince días del plazo puesto por el Licenciado, para resolver respecto de nuestra atrevida petición. Puntual, como siempre, estuvo el señor Canónigo en mi casa, á la hora de la cita; lo propio que en la vez pasada, bajé á esperar á Su Señoría; de idéntica manera lo saludé, tomé asiento en el coche sin atreverme en esta ocasión á desplegar los labios, tal así era el respeto, no exento de temor, que me inspiraba el adusto semblante de mi encopetado compañero.

Hubo el señor Canónigo de notar mi encogimiento, y para animarme un poco, llevó su amabilidad al extremo de ofrecerme un polvo; introduje mis dedos en la lujosa caja de filigrana de oro, y aspiré con deleite el riquísimo rapé francés, que usaba Su Señoría. Llegamos por fin á la casa de Don Pedro, y, en esta vez, ya se esperaba nuestra visita, pues que no fué la criada sino el mismo Licenciado en persona, quien abrió la vidriera de la sala para recibirnos. El saludo frío y

ceremonioso que nos hizo, (especialmente á mí) me puso aún más inquieto y temeroso de lo que ya estaba, y me confirmó en la resolución que de antemano había tomado, de ser mudo espectador en la entrevista, y no desplegar mis labios, así supiera que de ello dependía el logro de los descabellados intentos de mi sobrino.

Después de un corto rato de embarazoso silencio, el señor Canónigo comenzó la conversación, recordando á Don Pedro que nos había citado para ese día, á efecto de resolver sobre la petición que le habíamos hecho.

No necesitaba, de seguro, Don Pedro, que le recordaran la especie; éste, no obstante, guardó todavía silencio algunos momentos, antes de contestar, y, al fin, lo hizo en estos términos:

—Como dije á ustedes el día que estuvieron en esta su casa, tenía yo formados ciertos proyectos respecto á Teresa, y no entraba en mis cálculos casarla, sino hasta pasados algunos más años; pero ya que mi hija, sin consultármelo antes, parece que se ha dispuesto á otra cosa, no me queda más que preguntarle delante de ustedes su voluntad, y no contrariarla en asunto de suyo tan delicado.

Esto diciendo, se levantó de su asiento, y se dirigió á las piezas interiores de la casa.

Todo este ceremonial debía estar ya preparado de antemano, porque á los pocos momentos de haber entrado Don Pedro, volvió á salir, acompañado de su esposa y de su hija. Las dos nos saludaron, la primera con aire grave, y la segunda con juguetona sonrisa, que pugnaba por dibujarse en sus labios, y que se convertía en gracioso mohín, por los esfuerzos que hacía para conservar su fingida y no acostumbrada seriedad.

Tomaron asiento las señoras: la mamá tendría unos cincuenta años, y conservaba restos de una notable hermosura; parecía muy afable y bondadosa, vestía túnico de seda de angosta falda, que dejaba ver de vez en cuando un diminuto pie, calzado con elegante zapato bajo, también de seda, y de color obscuro.

Mi presunta sobrina era una primorosa niña de dieciocho años, extremadamente bonita y graciosa, y perfectamente bien educada.

Don Pedro reanudó la conversación en los términos siguientes:

—Estos señores vienen á pedirme la

mano de Teresa para Don Luis Fernández, el sobrino de Don Julián: mi esposa, á quien hablé ya de este asunto, opina como yo, que por nuestra parte, no hay inconveniente alguno en que se lleve á efecto este matrimonio; falta únicamente consultar la voluntad de mi hija, y para eso la he llamado Parece que tú (dirigiéndose á Teresita), tienes ya relaciones amorosas con Don Luis, ¿es esto cierto, y quieres casarte con él?

Fué tal el rubor que coloreó las mejillas de Teresita, que por un momento temí que diera al traste con nuestra comisión, y contestara al señor su padre negativamente; pero no fué así, á la natural vergüenza se sobrepuso el amor, y aunque con voz apenas perceptible, contestó que eran ciertas esas relaciones, y que estaba dispuesta á casarse con mi dichoso sobrino.

—Siendo esto así—prosiguió Don Pedro—nada nos queda que hacer respecto de este asunto, más que fijar la fecha del casamiento, pues, como ustedes comprenderán, no es conveniente que una señorita conserve mucho tiempo relaciones con un caballero, sin realizar el matrimonio.

Aquí ya me pareció que debía terciar en la conversación, y dije:

—Como yo no tenía noticia alguna de estas relaciones, nada tengo dispuesto, y creo que serán necesarios seis meses para poner en orden los asuntos de mi sobrino, y entregarle su capital y las cuentas del tiempo que lo he administrado.

—Me parece—dijo el Canónigo—que está muy bien lo que dice el señor Don Julián; seis meses apenas son bastantes para disponer todo lo necesario para una boda, y en este tiempo tendrán todos, oportunidad de tratarse con mayor intimidad, ya que van á formar parte de una misma familia.

—Convenido, que sean los seis meses que ustedes indican—dijo Don Pedro.

Quisimos despedirnos, dando por terminada la visita, pero la señora esposa de Don Pedro no lo permitió, porque, según nos dijo, había ya dispuesto que nos sirvieran el chocolate. No pudimos excusarnos, y poco después entró una criada, llevando en charolas cubiertas con blancas servilletas, el chocolate y los bizcochos.

El Canónigo, como persona de confianza en la casa, pidió á Teresita que cantara alguna cosa, y la niña obsequió

los deseos de su padrino, cantando bastante bien una de las canciones que estaban más en boga.

Ya al despedirnos, me ofreció su casa el señor Don Pedro, me indicó que tendría mucho gusto en verme, que jugaba tresillo todas las noches, de ocho á diez, y que mi sobrino podía ir de visita los domingos en la tarde.

El Canónigo no pensaba ya en salir, porque se acercaba la hora de su diaria visita; así lo comprendí, y pretextando una ocupación, me despedí bastante sa tisfecho del resultado que había tenido nuestra petición.

Los extremos que hizo mi sobrino al saber lo que había pasado, son más para figurados que para dichos; sobre todo, lo de las visitas los domingos, lo puso fuera de sí. Algo se enfrió su entusiasmo cuando le dije que la boda sería hasta pasados seis meses, que no menos tiempo se necesitaba para el arreglo de la casa, preparación de las donas y demás pequeñeces que son indispensables en los matrimonios.

—En cuanto á la casa,—dijo mi sobrino,—poco habrá que arreglar en la que ahora vivimos.

—Te equivocas,—le contesté;—no se

trata de componer nuestra casa, sino de arreglar otra en la que vivan ustedes.

—No tío, Teresita y yo no queremos separarnos de usted, y hemos convenido en vivir siempre á su lado.

—Todo eso está muy bueno por parte de ustedes; pero al poco tiempo pensarían, y con razón, que el viejo tío era una figura que se desprendía del cuadro de la felicidad doméstica, que, sin duda, van ustedes á gozar; prefiero que sientas de pronto nuestra separación, á que la llegues á desear algún día. Conque, así, no hablemos más de esto, y á disponer desde luego todo lo necesario para la boda.

IV.

EL MATRIMONIO.

Cortos me parecieron, y cortos eran en realidad, los seis meses, para disponer y arreglar durante ellos la multitud de cosas indispensables para que el matrimonio pudiera realizarse de manera que no quedara desairado mi sobrino. Por supuesto que el señorito poca ó ninguna parte tomó en estas cosas; eso sí, pare-

cía que todo lo hacía él; pero no había tal, el tiempo se le pasaba en escribír cartas amorosas, en comprar chucherías para adornar la casa, y flores para la novia; iba y venía á la casa que estaba en compostura, daba órdenes, las contradecía en seguida, y se desesperaba porque los artesanos no trabajaban con la violencia que él pretendía. Vamos, era tal su inquietud, que, como medida precautoria, hube de prohibirle que visitara enfermos, por el riesgo que éstos corrían, de que equivocara las medicinas ó las dósis.

Llegó al fin el día señalado para la ceremonia. A las siete de la noche nos presentamos mi sobrino y yo en la casa de Don Pedro; la sala, que ya conocen mis lectores, estaba profusamente iluminada, y en ella se encontraban ya, Don Pedro, su esposa, Teresita y algunos parientes cercanos de la familia; poco después, comenzaron á llegar los invitados, que por nuestra parte se reducían á un anciano Coronel retirado, íntimo amigo que había sido del padre de Luis, y persona muy bien recibida en todos los círculos sociales.

Lucía Teresita rico túnico de seda color de almendra, adornado con tres an-

chos olanes de encaje, lo mismo que el corpiño y las mangas; grandes aretes de brillantes, montados en plata, y un hilo de gruesas perlas, con calabazo de lo mismo, rodeado de esmeraldas. Mi sobrino llevaba pantalón negro, chaleco blanco y frac azul, con botones dorados.

Cuando estuvieron reunidos todos los invitados, procedió el señor Canónigo Rivas á celebrar el matrimonio en la misma sala (que en aquella época estaba permitido hacerlo así); fueron padrinos los padres de la novia, y las arras consistieron en trece monedas antiguas de oro, de gran precio, regalo del padrino, lo mismo que los cintillos de brillantes que sirvieron para la ceremonia.

Terminada ésta, pasamos todos al espacioso comedor, donde se había preparado un "refresco" con los más exquisitos vinos españoles, sangría, rodeo, queso, sardinas, aceitunas; pasteles, bollitos y dulces, enviados por las monjas de casi todos los conventos de la ciudad. Mientras duró el refresco, estuvo tocando en el corredor de la casa una orqeutsa, y á las diez de la noche nos retiramos todos, dándonos cita para el siguiente día, á las ocho de la mañana, que debía terminar

el matrimonio, con la velación de los novios en la iglesia de Santa Teresa.

En el coche que nos hizo el favor de prestarnos el señor Canónigo, fuimos al otro día por Teresita y sus señores padres, quienes ya nos esperaban con su coche listo, y, repartidos en los dos carruajes, nos dirigimos á la iglesia.

Vestida de negro y con mantilla, Teresita, y con el mismo traje de la víspera mi sobrino, fueron á la misa de velación, en la que figuramos como padrinos una tía de la novia y yo; misa rezada, que en nada se distinguió de las comunes, mas que en la gran cantidad de velas de cera que alumbraban el altar.

De allí fuimos á instalar á los recién casados en su nueva casa, donde los dejamos, gozando de la dicha de estar juntos, porque en aquella época no se acostumbraba viajar inmediatamente después del matrimonio, entre otras razones, por lo difíciles, caros y peligrosos que eran los viajes

No hay para qué decir que mi sobrino ha sido muy feliz en su matrimonio. Contribuyen á asegurar su dicha y hacerla permanente, las buenas dotes de su esposa, como para la dicha de ésta son prenda segura el apacible carácter y la esme-

rada educación de mi sobrino. A completar la felicidad de que disfrutan, viene un heredero, que está para llegar de remotas y desconocidas regiones; cuando se realice tan próspero suceso, ya tendré cuidado de contar á ustedes todos los detalles del suntuoso bautismo.

EL HOSPITAL DE SAN PEDRO EN PUEBLA.

En el centro de la ciudad, rodeado de casas habitadas, y defendido del aire libre, en el lado del Norte, por los altos edificios de la calle de las Cruces, y en el del Sur (que son los vientos reinantes) por la iglesia de San Pedro, está situado desde tiempo inmemorial, el Hospital General del Estado.

La higene oculta el rostro, avergonzada por la imperdonable falta de no haber transladado á lugar más propio para su objeto, el susodicho hospital; los señores médicos cuentan que la salubridad pública se reciente por la misma causa y hasta parece que se han presentado ya al Gobierno, en distintas épocas, proyectos

más ó menos aceptables, para alejar de los buenos vecinos de la ciudad, el inminente riesgo que corren sin cesar, y sin saberlo, de contraer mortales enfermedades.

Pero hasta ahora, los Gobiernos han tenido el buen sentido de no creer mucho en la higene, ni tomar por lo serio lo que dicen los médicos, ni menos cumplir los antojos de interesados proyectistas. Y digo que todo esto es una prueba de buen sentido, porque para ello, me asisten las poderosas razones que voy á exponer:

Hubo un tiempo feliz en que ni la palabra higiene se conocía; todos vivíamos como Dios nos daba á entender, libres de los tiránicos preceptos de esa que llaman ciencia, y totalmente abandonados á nuestras aspiraciones y deseos. El Hospital estaba en el mismo punto en que se encuentra actualmente; la cárcel, con todo su cortejo de inmundicias y desechos en lo que ahora es "Teatro Guerrero;" los cuarteles, á ser cierto lo que hoy se dice. eran las más productoras fábricas de microbios al por mayor; los colegios, llenos de internos, podían apostárselas, en cuanto á ser focos de corrupción (material) con la misma cárcel; las casas de

vecindad albergaban en primoroso desorden hombres y animales; algunos cadáveres eran enterrados en las iglesias, y los panteones rodeaban la ciudad, excepto por el Poniente, es decir, por donde únicamente no hay vientos dominantes. Y sin embargo de todo esto, el cuadro de las enfermedades estaba reducido á unas cuantas por demás conocidas, y que se curaban con bálsamo de Guatemala, flores cordiales, alguna purga, y en casos muy comprometidos y apurados, con sangrías, sanguijuelas (las de Tehuacán eran las mejores) ó alguno que otro cáustico. Bien es verdad que no había entonces medicinas de patente, y las operaciones quirúrgicas que solían ofrecerse, no pasaban de la extracción de alguna muela, cosa que estaba de suyo encomendada á los barberos, á quienes pertenecía también por yo no sé qué derecho de abolengo, hacer sangrías, aplicar sanguijuelas y levantar cáusticos.

Pero vino la higiene á sacarnos de ese bendito estado en que vivíamos: dió y tomó, entre otras cosas, en que los cadáveres debían ir á ser enterrados en profundas fosas, lejos de toda casa habitada. Se la dió gusto, se clausuraron los antiguos panteones con sus hileras de gave-

tas, en que los muertos descansaban muy cómodamente, sin tener encima el peso de la tierra; se prohibió, bajo severas penas, que se enterrara en las iglesias, y se inauguró el Panteón Municipal de "Agua Azul," con gran disgusto de los poblanos, pero con todas las reglas prescritas por la higiene, y, dicho y hecho, desde entonces las enfermedades aumentan cada día, que es un contento.

Averiguó después la misma señora ciencia, que por las atarjeas y otros lugares que no quiero mentar, brotaban legiones enteras de enfermedades que debían haber diezmado á la población, aunque no lo habían hecho, y se introdujeron entre nosotros los "sespool" y los tubos ventiladores; y todos quedamos tan contentos, figurándonos que íbamos á morir de viejos, cuando á lo mejor vinierón á sorprendernos dos veces por año las epidemias de tifo, y se nos colaron de rondón las calenturas intermitentes, y las remitentes, y hasta las perniciosas, que antes ni de nombre se conocían. Y baste lo dicho, aunque hay mucho que decir todavía sobre esto, para dejar probado que los Gobiernos han hecho santamente en no dar entera fe y crédito á lo que dice la higiene.

En cuanto á lo que opinan los señores médicos, eso ya es otra cosa. De ellos pudiera decirse con justicia lo que de los filósofos decía Cicerón: que no había error que no hubieran enseñado y sostenido. Lo diré en latín para mayor claridad: "Nihil est tam absurdi quod non dicatur ab alipuo philosopho."

En tiempos no remotos—para hablar únicamente de lo que á todos nos consta,—estuvo en auge la hidroterapia; sistema de curar que consistía en el uso y el abuso, por toda medicina, del agua en su estado natural. Se inventó después la homeopatía, que ni cura ni enferma, "ni tiene consecuencias, ni sabe á nada," muy semejante á la hidroterapia, de la cual se distingue nada más en que usa, pero no abusa del agua, á la que suele mezclar algunas partículas de azúcar, de leche ó pequeñas gotitas de alcohol. Vino más tarde la dosimetría, y ésta dijo: "yo curo solamente con alcaloides y purgas, aunque no tan fuertes como las del sistema de "Le Roy;" se introdujo haciendo caravanas á los homeópatas y alópatas, sin conseguir captarse las voluntades de ninguno. Por fin, parece que la bacteorología será el punto final de las locuras de la ciencia en el presente siglo, y eso por-

que no dilata ya en aparecer haciendo equis el siglo XX, destinado, entre otras cosas, á reirse tal vez de nosotros, por haber tomado á los inocentes microbios como causa de las enfermedades, cuando acaso sean su efecto, como los gusanos son el efecto y no la causa de la descomposición de los cuerpos.

Todos estos sistemas y otros muchos más, han tenido entre los médicos, acérrimos partidarios; díganme ustedes si no hay sobrada razón para que todo hombre sensato los deje disputar entre sí y no haga mayor caso de sus opiniones científicas? Y allá va un ejemplo para corroborar lo que tengo dicho: una comisión de médicos muy instruídos y por cierto buenas personas, analizó el agua que se toma en la Ensenada de Todos Santos, y declaró que no era potable; desde entonces, toda la gente la toma con la mayor confianza, y desde entonces, las gentes se mueren de viejas.

Pero hay una razón poderosa para quitar el hospital del lugar que ocupa, razón que nada tiene que ver con las ciencias, y consiste en lo feo que es el edificio. En efecto, ahora que, como por encanto, van desapareciendo tantos desperfectos que tenía la ciudad, como la anti-

gua fachada del Hospicio, la de San Javier, la del Palacio Municipal y otras; cuando el Gobierno se empeña en hermosear la ciudad dotándola de obras de arte y lujosos establecimientos, podía, por razón de estética, derribar esos altos muros de San Pedro, recuerdos del tiempo Virreynal, y hacer allí un elegante edificio destinado á.... lo que quiera; ó vender el sitio, que no faltará quien lo compre á buen precio, para construir hermosas casas; y el Hospital que se vaya á cualquiera otra parte, que no indicaré, porque no tengo la misión de dar consejos á nadie, y menos á quien, como el Gobierno, no los ha menester.

Puebla, 1899.

SEGUNDA PARTE

LA VIDA DE PROVINCIA

I

Viaje al "Sausal."

—¿Conque cuento contigo decididamente?

—Sí; voy á sacrificarme en aras de la amistad, y sobre todo, voy á darte la mano para que no caigas en el precipicio, ya que tienes el capricho de asomarte á sus orillas.

—Del precipicio me aparto saliendo de México. Tengo ya veinticinco años y estoy decidido á casarme; á tí te consta que de la mejor buena fe he buscado esposa en los aristocráticos círculos que frecuentamos y que cada intentona ha sido para mí un fracaso. No quiero que naufraguen en este maremágnum mis ilusiones; me marcho á la provincia, pero no á las capitales, que regularmente estarán sobre poco más ó menos como ésto, sino á una población corta, de la

y no escatimaba sus gastos; no tenía más parientes que los tíos que se proponía visitar, y vivía en México solo, en una de sus casas, elegantemente amueblada. El segundo era Antonio Picazo, ingeniero, tan rico y tan inteligente como Juan, muy apreciado de cuantos le conocían, por su carácter franco y alegre.

Al día siguiente estaban los dos amigos cómodamente instalados en el coche de primera de un ferrocarril, con rumbo al pueblo en donde Juan esperaba encontrar la realización de sus sueños de felicidad doméstica.

—No creas que te voy á llevar á un pueblo miserable, decía Juan. "El Sausal" es cabecera del distrito de su nombre, tiene de tres á cuatro mil habitantes, un regular comercio, escuelas, hospital, un pequeño teatro y hasta un periódico bisemanal. Todas estas noticias me las ha dado un antiguo compañero de colegio, que estuvo allí el año pasado.

—Veremos y diremos. Con tal de que haya abundante caza, espero que no nos fastidiaremos el poco tiempo que permanezcamos por allí, pues tengo la convicción de que muy pronto te convencerás de que vistas de cerca, no llenan tus aspiraciones las bellezas provincianas.

Al caer la tarde, llegó el tren á la estación, en la que debían los viajeros to-

mar la diligencia, que diariamente salía á las cinco de la mañana para "El Sausal;" tenían, por consiguiente, que pernoctar allí en un mal mesón, en el que se acomodaron lo mejor posible Juan y Antonio.

Al día siguiente, montaron en el incómodo vehículo, llevando por compañeras á una señora entrada en años y á una joven, hija suya; las dos parecían personas de buena educación, por más que la pobreza de sus limpios trajes revelara que no tenían muy abundantes recursos materiales.

Poco se fijó Juan en sus compañeras de viaje, pero Antonio, que no tenía preocupación alguna que lo distrajera, procuró desde luego entablar conversación con las viajeras, con tanta más razón cuanta que no dejó de interesarle el pálido semblante de la madre, que indicaba hondas y recientes penas, y la tristeza de la joven, que apagaba el brillo de sus grandes ojos garzos, por más que no fuera bastante para alterar el hermoso color de sus mejillas. Pero salvo algunos monosílabos, y una que otra palabra indiferente, no consiguió ni distraerse con una conversación seguida, ni averiguar quiénes eran las viajeras, ni siquiera saber á qué lugar se dirigían, por lo que tuvo que limitarse á admirar los

extensos bosques que atravesaba la diligencia, ya que Juan se había también encerrado en obstinado mutismo.

Todo un día tuvieron que caminar los dos amigos para llegar á las siete de la noche al "Sausal", y hasta allí los acompañaron las dos señoras, que desaparecieron al bajarse de la diligencia, perdiéndose en las mal alumbradas calles del pueblo.

—¿Quiénes son esas señoras que venían con nosotros?—preguntó Antonio al cochero, cuando aquéllas se alejaban.

—No las conozco, seguramente no son de aquí.

—¡Qué bonita muchacha; es una lástima que vaya tan pobremente vestida!

Después de esta reflexión dijo á Juan:

—Supongo que no te irás ahora en busca de tus buenos tíos, sino que dejarás para mañana la presentación, porque el polvo del camino desluce mucho á nuestras personas, y por más lugareñas que sean tus primitas, la buena educación exige que las visitemos limpia y decentemente vestidos.

—Sí; dejaremos eso para mañana, y ahora, si te parece, nos instalaremos en un cuarto de este mesón, que supongo es el mejor del pueblo, porque lleva el pomposo título de "Casa de Diligencias:" mientras nos disponen algo para

cenar, saldremos á dar una vuelta, á ver si recuerdo por dónde quedan las casas de mis tíos.

—Perfectamente, pero que no sea muy largo nuestro paseo, porque siento ya todos los síntomas precursores del hambre.

Con solícito empeño arregló el administrador del mesón el mejor de sus cuartos para los dos amigos, y les ofreció que á su vuelta encontrarían abundante y buena cena.

El pueblo del "Sausal," como había dicho Juan, era una población que tenía sobre cinco mil habitantes, y estaba situado en una fértil llanura, cubierta de numerosas fincas de campo. La mayor parte de las casas eran de un solo piso y con los mismos caracteres típicos de todos los pueblos situados en la mesa central; las calles carecían de empedrados, solamente en algunas había á trechos angosto embanquetado de piedra ó ladrillo. Los principales edificios eran dos: la parroquia, antigua iglesia de un convento de dominicos, á la sazón convertida una parte de éste en escuela de niños, y destruído el resto para abrir una calle, que servía únicamente de estercolero, por la que, nadie transitaba y que tenía, en una placa grande de azulejo, el nombre de "3 de Noviembre," pa-

ra conmemorar la fecha en que los vecinos impidieron que entrara en el pueblo una banda de ladrones, que se decían "Pronunciados;" y la "Casa de Gobierno," en la que estaban la jefatura política, el Juzgado de primera Instancia y las oficinas del Ayuntamiento. Ocupaba este último edificio todo un lado de la plaza principal, (y única), era de dos pisos, aunque sólo se utilizaba el primero por el estado de ruina en que se encontraba el segundo, con puertas de dos en dos metros, que correspondían á igual número de balcones, á los que faltaban vidrieras y barandillas; había en el centro del patio un gran pilancón, en el que tomaban agua los caballos de diez rurales, que debían cuidar los caminos y poblaciones pequeñas del distrito, pero que no salían nunca del "Sausal," por ser allí necesaria su presencia para dar respetabilidad á la jefatura política. en la que hacían otros muchos interesantes servicios.

La población tenía alumbrado de petróleo, que mandaban encender los munícipes en las noches en que, según el calendario, no había luna; era bastante escaso, y por economía, los faroles estaban siempre á un cuarto de luz.

No tuvieron que andar mucho Juan y Antonio para llegar á la plaza, muy con-

currida aquella noche, porque era jueves y había serenata de las ocho á las diez.

Los dos amigos fueron objeto de gran curiosidad entre los paseantes, lo que no dejó de mortificar algún tanto á Juan, pero Antonio, sin hacer caso de las indiscretas miradas y cuchicheos, se dedicó á observar á la concurrencia.

—Sabes—dijo á Juan—que pueden perdonarse á los músicos los destrozos que están haciendo en los valses de Waldeufel, en gracia de lo bonitas que son las muchachas que los oyen.

—Ya te irás covenciendo de que tuve razón para salir de México.

—Quitándoles una poca de "cursilería," propia por otra parte de una población como ésta, y moderando cierto airecillo descocado que en alguna se nota, y que seguramente es por aquí el "sumun" de la elegancia y del buen tono, por lo demás, es de admirar el buen color de casi todas las muchachas, habiendo algunas que pueden figurar como hermosas en cualquiera parte.. Fíjate bien, á ver si conoces á tus primas, que deben andar por aquí.

—Es muy difícil, porque cuando yo vine por última vez, tendrían á todo rigor cinco ó seis años, y de entonces á la fecha hán de haber cambiado notablemente.

—Pero, hombre, los lazos de la sangre te las harán conocer.

—Ya nuestro parentesco no es tan cercano, pues que son hijas de unos primos hermanos de mi padre.

—Pues nos resignaremos a conocerlas más tarde, y entretanto, vámonos á cenar y á descansar del molesto viaje.

Se retiraron al mesón, que no estaba tan mal servido, como era de temer, se instalaron en un espacioso cuarto, y no tardó el sueño en proporcionarles el apetecido descanso.

En la mañana del siguiente día, convenientemente aseados, preguntó Juan al Administrador de la "Casa de Diligencias," noticias de los tíos á quienes se proponía visitar, y recibió los informes siguientes:

Don Esteban Molina era uno de los principales comerciantes de la población, tenía su almacén de abarrotes en la esquina Norte de la plaza; era un hombre ya entrado en años, muy progresista, como que había querido que su hija única, la señorita Dolores, estudiara, y acababa de recibirse de profesora; esta señorita, de edad de veinte años, era, por su gran talento y mucha instrucción, una de las notabilidades del pueblo; pertenecía al consejo de instrucción, solía escribir en **El Provinciano,** periódico de la localidad, y

hacía muy bonitos versos, en concepto de las personas que de eso entendían. Era Doloritas muy hermosa y no se la conocía novio, aunque sí muchos admiradores; su padre, que todo lo veía por los ojos de la muchacha, estaba resuelto á casarla con quien ella quisiera, con tal de que fuera persona instruída y capaz de apreciar los méritos de la joven.

En cuanto á Don Sóstenes Quiróz, el otro tío, sobre poco más ó menos de la misma edad que el primero, era también bastante rico, tenía una buena finca de campo cerca del pueblo, y, como D. Esteban, una sola hija, Guadalupe, dos años más joven que su prima, con quien se disputaba el imperio de la hermosura, ya que nó el de la instrucción, porque, aunque bien educada, no tenía los conocimientos que Dolores. Don Sóstenes era muy "campechano," sencillo y alegre, carácter que había heredado su hija.

Por lo demás, los dos tíos eran viudos y conservaban entre sí muy buenas relaciones.

—¿A dónde vamos primero?—preguntó Antonio.—¿Cuál de tus dos tíos merece la preferencia? ,

—Es igual que empecemos por uno ú otro, así es que visitaremos primero al

tío Sóstenes, que vive en esta misma calle.

—Vamos allá.

Salieron del mesón, y á poco andar llegaron á la casa, que les habían indicado como la morada del tío.

—¿Está en la casa el señor don Sóstenes?—preguntó Juan á un mozo, de pantalón de pana, chaqueta de cuero y sombrero jarano, que estaba parado en el zaguán.

—Ahí está el amo, toquen en aquella puerta. Y señaló una que estaba al lado izquierdo del ancho pasadizo que comunicaba la calle con el patio de la casa.

—Por aquí no se usan las campanillas—dijo Antonio—toquemos con la mano.

Y así lo hizo, pero como no dieran señales de haberse apercibido del llamamiento, lo repitió por segunda vez con más fuerza, con idéntico nulo resultado; por fin, á la tercera ó cuarta vez apareció una criada, que levantó los visillos de la vidriera, y al ver que los dos amigos estaban decentemente vestidos, abrió la puerta, preguntó á quién buscaban, se enteró de que se trataba de una visita, y los hizo entrar en la sala, diciéndoles que se sentaran, mientras iba á avisar.

La sala prevenía en favor de los moradores de la casa; era una pieza de regu-

lares dimensiones, amueblada con un ajuar de Viena, mesa en el centro con una lámpara y varios juguetes de porcelana, consolas con espejos de marcos dorados, y un piano vertical; las dos ventanas con vista á la calle, tenían transparentes y visillos blancos; el piso estaba alfombrado y todo sumamente limpio.

Poco después de haber salido la criada, se abrió una de las puertas que daban paso á las habitaciones interiores y entró don Sóstenes, que era un hombre como de cincuenta y cinco á sesenta años, grueso, de mediana estatura, de ancha cara enteramente rasurada, y decentemente vestido, aunque con notable atraso de moda y más notable mala hechura del traje.

Los dos jóvenes se levantaron, saludaron á don Sóstenes, á invitación de éste volvieron á tomar asiento, y el dueño de la casa les dijo:

—Me ha dicho la criada que me buscaban ustedes, ¿en qué puedo servirles?

—Hace tantos años que no nos vemos que ya no me conoce usted, tío; yo soy Juan Molina y llegué ayer de México, con el único objeto de visitar á usted y á mi tío Esteban. Mi compañero es el señor Antonio Picazo, ingeniero, íntimo amigo mío, que ha tenido la bondad de acompañarme.

—¡Tú eres Juanito, el hijo de mi querido primo Manuel! Ven acá, hombre, te daré un abrazo. ¡Cuánto me alegro de verte! Siempre quise mucho á tu padre y á tí, que eras un diablillo, la última vez que estuviste por acá. ¿Quién te había de conocer, muchacho, si ya tienes bigote y estás hecho todo un hombre, y lo que es más, un señor abogado?

Después de varios abrazos, de saludar á Antonio y de haber desahogado el tío la verdadera satisfacción que le causó la vista de su sobrino, continuó diciendo:

—Y vamos á ver, ¿qué se han hecho ustedes desde que llegaron, dónde han estado y por qué no vinieron desde luego para acá?

—Llegamos ayer, en la tarde, y nos hospedamos en la "Casa de Diligencias;" ya ve usted que nuestra primera salida hoy ha sido para visitar á usted.

—¿Y te quedas con eso tan satisfecho. y crees que has cumplido conmigo? No, señor; hiciste muy mal en quedarte en un mesón y te advierto que no lo consentiré; mi casa es bastante grande, y aquí vivirán ustedes todo el tiempo que quieran estar en el pueblo; ahora mismo voy á mandar por sus equipajes.

—Pero, tío, eso es una gran molestia para ustedes.

—¡Qué molestia ni qué ocho cuartos,

no faltaba más sino que teniendo aquí casa, fueran ustedes como dos extraños, á vivir en un mesón! El señor, (dirigiéndose á Antonio) es también como de la familia, desde que es amigo tuyo, y aquí lo trataremos como se merece. Conque, ni una palabra más; voy á llamar á tu prima, que se va á alegrar mucho de verte.

Salió don Sóstenes, y los dos amigos quedaron, si muy complacidos por la bondadosa acogida, algo mortificados por la insistencia del tío, en tenerlos en su casa.

—Esto,—dijo Antonio—favorece tus planes, pues así podrás hacerte cargo del carácter y costumbres de una de tus primas; pero nos coarta la libertad, y no deja de ser penoso vivir en familia con personas casi desconocidas.

—Es cierto, pero ya tú ves que no es posible contrariar al tío; aceptemos la situación como se presenta y después de unos días encontraremos algún pretexto plausible para recobrar nuestra independencia.

En estos momentos volvió don Sóstenes á la sala, acompañado de su hija.

—Mira, Guadalupe—dijo al entrar—aquí tienes á tu primo Juanito, el señor Licenciado, que viene á pasar unos días

con nosotros; este otro joven, es el señor don Antonio Picazo, amigo de Juanito.

—Servidor de usted, señorita.

Guadalupe tendió la mano á Antonio, é iba á hacer lo mismo con Juan, cuando dijo don Sóstenes:

—Vamos, vamos, abraza á tu primo, dále la bienvenida, y entretén un rato á los dos mientras yo voy á ver que traigan los equipajes.

—No se moleste usted, tío; Antonio ó yo iremos á la "Casa de Diligencias" á arreglar eso.

—No, sobrino, ya te entiendo; tú quieres ir para liquidar la cuenta con el administrador, que les cobraría un sentido por ser forasteros; pero á mí no me engaña; quédense aquí, y déjenme arreglar las cosas á mi modo.

Salió don Sóstenes, y Antonio dijo á la joven:

—Señorita, siento mucho las molestias que hemos venido á ocasionar en esta casa, especialmente yo, que no tenía el honor de conocer á ustedes, le ruego que me dispense.

—No, señor, no hay de qué; para nosotros es un gran placer recibir á ustedes, y ninguna molestia nos causan, la casa es muy amplia y tenemos piezas destinadas para los huéspedes que suelen venir alguna que otra vez; así es que

no tiene usted motivo para mortificarse.

—Anoche no estuvo usted en la plaza, al menos estoy seguro de no haberla visto, pues que no es usted de las personas á quienes se puede olvidar después de verlas.

—Muchas gracias por la galantería. En realidad no fuí anoche á la plaza, porque tuvimos visitas.

—¿Te acuerdas, Lupe,—dijo Juan—de cuando estuve aquí la última vez? Eras entonces muy niña y te paseaba yo a caballo, cuando íbamos á la hacienda de tu papá.

—Me acuerdo muy bien de tí, y de que siempre estábamos disputando Lola y yo sobre quién había de montar contigo en el caballo. ¡Cuánto nos hemos reído después al acordarnos de aquellos tiempos! ¿No has visto á Lola?

—Todavía no.

—Está muy bonita; pero desde que tío Esteban se empeñó en que había de ser profesora y comenzó á estudiar, no se puede hablar con ella, y menos ahora, que ya se recibió, y tiene que ver no sé qué con las escuelas. Cuando viene, me habla de una porción de cosas que yo no entiendo, y acaba la conversación en que me dice que soy una ignorante; es cierto; pero no sé para qué puedan servir todas

esas cosas que Lola se ha metido en la cabeza.

—Seguramente que no ha de ser más bonita que tú, ni tu ignorancia ha de ser tanta como ella dice, pues veo aquí un piano, que supongo tocarás, lo que indica que mi tío se ha esmerado en tu educación.

—Sí, toco, bastante mal; pero lo suficiente para pasar el rato, y gobierno la casa, y hago flores y otros primores que ya irás conociendo; pero no sé hablar francés, ni inglés, ni pinto, ni aprendí las mil cosas que dicen que sabe Lola.

—Si la señorita fuera tan amable que quisiera darnos una muestra de sus talentos musicales, quedaríamos por ello sumamente agradecidos.

—Lo haré con mucho gusto, por complacer á usted; pero ya le advertí que toco bastante mal.

Abrió Guadalupe el piano y tocó muy aceptablemente dos ó tres piezas ligeras, que fueron muy aplaudidas por Antonio y Juan. Cuando concluía la última, entró don Sóstenes, y propuso á los jóvenes dar un paseo por la población para que empezaran á conocerla. Aceptaron ellos, se despidieron de Guadalupe y salieron á recorrer el pueblo.

—Para mañana—dijo don Sóstenes—dejaremos la visita á las autoridades y á

las oficinas públicas, y por la noche iremos á la casa de Esteban, pues salió fuera de la población, y llega hasta mañana temprano; ahora nos dedicaremos á pasear y á que conozcan ustedes las principales calles, los establecimientos mercantiles y las iglesias.

Todo el día, en efecto, lo pasaron recorriendo el pueblo en todos sentidos, sin advertir en él cosa notable, y por la noche, á buena hora, y después de un rato de conversación con Guadalupe y su padre, se retiraron los dos amigos á sus habitaciones, que estaban separadas del resto de la casa, aunque unidas con ella por un ancho corredor cubierto, y en el que había gran número de macetas con flores y jaulas con pájaros.

—¿Qué te han parecido mi prima Lupe y su padre?

—Muy buena persona, y muy franco el segundo; en cuanto á la primera, es bastante bonita y graciosa. ¡Lástima que, siguiendo la que parece ser última moda aquí, use esos enormes lazos de listón en la cabeza! Esta mañana estaba mucho más bonita con su sencillo vestido de percal, que en la noche, con la pretensiosa y mal hecha falda de seda.

—Hay que tener en cuenta que esta población está muy retirada de México y aún de la capital del Estado; pero

las mujeres se amoldan fácilmente al medio en que viven: te aseguro que los trajes hechos por una buena modista, los llevaría Lupe con toda gracia y desembarazo.

—Por lo visto te va gustando tu primita. Mucho cuidado, Juan, mucho cuidado; tú no sabes lo que son estas lugareñas, y qué gran fondo de malicia encierran en sus corazones:

—No te preocupes por eso, antes de decidirme, lo pensaré mucho; estoy todavía muy lejos de enamorarme de Lupe, y aún me falta conocer á Lola; sí te aseguro que, de no ser con alguna de mis primas, no pretenderé casarme con ninguna otra del pueblo.

Poco después dormían profundamente los dos amigos, y lo mismo hacían todos los habitantes de la casa de don Sóstenes.

II

Las Autoridades

En la mañana del día siguiente día, don Sóstenes tomó por su cuenta á su sobrino y á Antonio, y les dijo al salir de la casa:

—Voy á llevar á ustedes á que conoz-

can al jefe político y al Juez de primera Instancia; en el mismo edificio verán la Sala de Cabildos, y si nos queda tiempo, iremos al hospital; el teatro lo conocerán el domingo, que hay una función organizada por la junta patriótica, á fin de colectar recursos para las próximas fiestas del 16 de Septiembre.

—¿Quién es el jefe político?—preguntó Antonio.

—Un señor don Gil Barbosa, á quien le dicen Coronel, aunque no lo es del ejército, sino que lo fué accidentalmente de la guardia nacional del Estado.

—No se nos olvidará darle el título. Y qué clase de persona es?

—Aquí, como sucede en todas partes, hay muchos descontentos, que hablan muy mal de él, y algunos amigos suyos que lo alaban; yo no pertenezco á unos ni á otros, porque no me gusta tomar parte en los chismes del pueblo, así es que estoy en buen predicamento con todos.

—¿Y el Juez de primera Instancia?—dijo Juan.

—Hace poco tiempo que está aquí; es joven y no tiene familia; no podré decir á ustedes nada respecto de él, porque no lo he tratado..

Llegaron en esto á la "Casa de Gobierno." A la derecha de la gran puerta,

que servía de entrada, estaba la jefatura política, que ocupaba tres piezas. En la primera, bastante desmantelada, había cuatro mesas con carpetas de hule, en las que fingían escribir cuatro empleados, de los que tres, por lo menos, salían sobrando: sobre las mesas había expedientes y papeles en artístico desórden, y en los estantes de madera blanca que cubrían en parte las paredes, se veían legajos atados con cáñamo y libros sin empastar.

Al ordenanza, que estaba negligentemente sentado junto á la puerta de entrada, preguntó don Sóstenes si estaba el señor Jefe Político, si se le podía hablar.

Como don Sóstenes era uno de los principales personajes del pueblo, y Juan y Antonio iban decentemente vestidos, no tuvo inconveniente el ordenanza en contestar que allí estaba el señor Jefe, y que avisaría al oficial mayor; así lo hizo, y este empleado, que era uno de los cuatro que estaban haciendo que trabajaban en las mesas, se dirigió á la segunda pieza, quedando entretanto para los los visitantes en la puerta, porque ni los escribientes se tomaron la molestia de invitarlos á entrar, ni había sillas en qué se sentaran. Afortunadamente, no dilató en volver el oficial mayor, diciendo que podían pasar.

Ya la pieza de la Secretaría estaba en otras condiciones: tapizada con papel verde claro y ramos de flores rojas, el suelo cubierto con alfombra amarilla de yute, cortinas blancas en las ventanas, un cuadro con el escudo nacional arriba de un sofá forrado de cretona azul, haciendo juego con seis sillas y dos sillones, y en un lado de la pieza una mesa de madera fina, frente á la que estaba sentado el secretario, que era un joven vestido con pantalón claro, chaleco y jaquet negros, y con su correspondiente clavel en el ojal.

Al entrar don Sóstenes y sus compañeros, se levantó de su asiento é invitó á los visitantes á sentarse, mientras él pasaba recado al jefe.

—Tío, ¿cómo se llama este señor?—preguntó Juan.

—Se firma Cuauhtemoc Rodríguez; pero su verdadero nombre no lo sé, porque supongo que no le pusieron ese al bautizarlo.

—Dice el señor coronel que tengan ustedes la bondad de esperarlo un momento, mientras termina un asunto urgente que está despachando.

—Que no se moleste por nosotros, venimos únicamente á saludarlo.

—Ya está concluyendo.

En esto sonó una campanilla, y el se-

cretario se levantó apresuradamente para ver lo que se le ofrecía al jefe. Al cabo de un buen rato, volvió á salir con unos papeles en la mano, y á su vez agitó una campanilla, con lo que hizo entrar más que de prisa, á uno de los "atareados" escribientes.

—Que se pongan en el acto estas comunicaciones, para que las firme el jefe antes de irse á medio día.

—Suspenderemos entonces la copia que estamos sacando

—¿Qué tanto le falta?

—Como apenas hace cuatro días que nos la dió usted, no tenemos hecho más que tres pliegos y faltan ocho.

—Pues que se suspenda, porque urgen mucho estas comunicaciones.

—Ahí está la señora Mendoza, que viene por el oficio, para que le paguen sus sueldos como profesora del pueblo de San Silverio.

—¿Qué señora es esa?

—La que vino la semana pasada, y le dijo usted que volviera en ésta.

—Es una iniquidad que no le hayan puesto ustedes el oficio á esa pobre mujer.

—Pero señor, si desde hace quince días que tiene usted el oficio en su mesa y falta nada más que lo firme.

—Es imposible, con tanto qué hacer, que se acuerde uno de todo; díganle que

vuelva á fines de la semana que entra. porque ahora estoy muy ocupado.

Volvióse el secretario á don Sóstenes. y le dijo:

—Ya pueden ustedes pasar.

Los condujo hasta la puerta de entrada, abrió ésta y les indicó que pasaran.

El "santo santorum" de la jefatura era una elegante pieza tapizada con rico y costoso papel; del cielo raso pendia una lámpara de cristal de dieciséis luces; los muebles eran todos de caoba, tapizados con brocatel de seda, y del mismo género eran las dobles cortinas de las ventanas; en el fondo había una plataforma con barandilla de madera fina, barnizada, y á la plataforma se subía por tres escalones cubiertos, como toda la pieza, con muy buena alfombra de Bruselas; en aquella plataforma había una mesa de caoba, y sobre ella un tintero grande, al parecer de plata, y varios útiles de escritorio, todo costoso, pero de mal gusto. A un lado se veía un lavabo de mármol con juego de tocador niquelado, y, convenientemente distribuídas. había seis escupideras de porcelana.

El jefe político era un hombre alto. grueso, de bigote y piocha entrecanos, y muy escasos, trigueño, de mirada torva, que daba á su fisonomía un aspecto repulsivo, y vestido corrientemente.

Después de los correspondientes saludos y de haberse enterado de los nombres de los visitantes y del objeto de su viaje, dijo:

—Este distrito estaba plagado de ladrones cuando yo me hice cargo de él; pero ahora, con haber mandado á Yucatán á unos y haber fusilado á los más peligrosos, ya tenemos entera seguridad, sobre todo, desde que el Gobierno quitó de aquí al Juez de primera instancia, que estaba cuando yo vine; figúrense ustedes que en todo se quería meter, y hasta acusaciones me hacía porque sacaba yo de la cárcel algunos presos que necesitaba para diversas comisiones, y en cambio, ponía preso á quien se le antojaba, por una simple queja ó denuncia; tuvo hasta el atrevimiento de encausar á un cabo de rurales porque mató en el camino á un ladrón que traía, y se le quiso escapar; no pude soportar al dichoso, y me quejé al gobierno. Después vino otro por el mismo estilo, que se rodeó aquí de la peor gente, y ya me estaba revolviendo el distrito. Por ahora está un señor Lic. Campillo, y no hemos tenido con él todavía serias dificultades. Porque, vean ustedes, yo soy enemigo de meterme con las autoridades judiciales, y las dejo en completa libertad en todo lo que es de su incumbencia; pero tengo que velar

por la seguridad del distrito y que amparar á los ciudadanos honrados, para que nadie los atropelle.

—¿Es proverbial en todas partes la seguridad que se disfruta en todo el Estado?—dijo Juan.

—Sí, amigo; pero mucho trabajo nos ha costado exterminar á los ladrones; figúrense ustedes que todos ellos han contado siempre con la protección de los ricos del pueblo y con el auxilio de los hacendados, con pocas excepciones, como don Sóstenes, ¿verdad, amigo? Siempre encuentran los pícaros quién los defienda, y los jueces los dejan escapar las más de las veces, con el pretexto de que no hay pruebas, ¡como si fueran necesarias, cuando la policía sabe perfectamente quiénes son los malhechores! Pero con unos cuantos ejemplares que he hecho se han ido aquietando.

—¿Y en qué estado se encuentra por aquí la instrucción pública?—preguntó Antonio.

—Le diré á usted, eso se lo he dejado á los Ayuntamientos; yo lo que hago es cuidar del nombramiento de profesores, para que no vayan á los pueblos gentes inconvenientes, porque luego sucede que entre el profesor y el secretario del Juzgado de Paz, me insubordinan á la gente. El Gobierno se ha empeñado en que

haya muchas escuelas, por más que yo siempre he creído que eso es perjudicial, porque luego que el indio sabe leer y escribir, ya no quiere trabajar en el tajo, y se perjudica á la agricultura; pero hay que darle gusto al Gobierno, y se van plantando las dichas escuelas, aunque muy poco á poco.

—Dice usted bien, señor Coronel; la instrucción no se debe desperdiciar, dándola á los indios, cuando nosotros la necesitamos más; al fin no es indispensable para llevar el arado, que es para lo único que debe servir el indio. Luego sucede que los que se instruyen, suelen salirse de su esfera y convertirse en hombres sabios y notables, con grave perjuicio de nosotros, los "de razón."

—Eso, eso es lo mismo que yo digo—agregó muy satisfecho el jefe, que no conoció la ironía de Antonio.

—Por supuesto que no será mucho lo que pagan aquí á los profesores?

—En la cabecera hay dos escuelas, una de niños y otra de niñas; cada una con un profesor y un ayudante, que ganan treinta y veinte pesos respectivamente; en los pueblos, tenemos otras seis escuelas de párvulos, servidas por sus correspondientes maestros, á los que se les pagan quince pesos; pero todos tienen la obligación de dejar un día de suel

do cada mes, para las mejoras materiales de la cabecera; al principio no querían, pero les amenacé con destituirlos, y ahora todos pagan sin chistar palabra, así hemos podido amueblar esta oficina, y pienso hacer otras mejoras. Ya verán ustedes que los maestros están aquí bien pagados!

—Y ya que habla usted de mejoras, ojalá, señor Coronel, que se pudiera componer la cañería, para que volviera á tener agua la fuente de la plaza, y no tuviera la gente que estar tomando agua de pozo, que es tan mal sana; dicen que con dos mil pesos se haría la reposición y se pondría otra fuente en el barrio del Calvario.

—Eso no es urgente, señor don Sóstenes; el que quiera tomar buena agua, que haga lo que yo, que la mande traer á los veneros de Macuiltepetl.

—Pero no todos pueden hacer lo mismo, porque esos veneros distan de aquí como una legua.

—Veremos más tarde; por ahora acabo de encargar cuatro máquinas de escribir, que me cuestan mil pesos, y que son indispensables para el trabajo de la oficina.

—Ya vi en días pasados que estaban los presos componiendo la sala de la es-

cuela de niñas; ha hecho usted muy bien. porque amenazaba caerse.

—Sí; pero tuve que quitar de allí á la prisión, porque he pensado sembrar el solar de mi casa, y como ya está el tiempo encima, mandé que fueran á preparar el terreno; dentro de unos quince á veinte días, seguiremos la obra de la escuela.

—¿Y es cierto — continuó diciendo don Sóstenes—que está preso el hijo de Pérez, el zapatero?

—Sí; figúrense ustedes que porque le impuse una multa de cinco pesos á su padre, porque no puso en la puerta de la zapatería, como está prevenido por bando, un lebrillo con agua, para que beban los perros y no les dé rabia, falta de policía que yo castigo severamente, porque la higiene es lo principal, porque impuse esa multa, digo, se puso á decir el muchacho que eso era una arbitrariedad. Precisamente acabo de poner las comunicaciones, consignándolo al servicio de las armas, para que aprenda á ser respetuoso con las autoridades. Ante todo está el principio de autoridad. A ver si á éste lo amparan, como al hijo del boticario, que mandó noticias falsas á un periódico; pero caro le costó el amparo. porque tuvo que salir de aquí más que corriendo.

Se levantaron Juan y Antonio para despedirse, y el primero dijo:

—Señor coronel, hemos tenido mucho gusto en conocerlo, y le agradecemos como es debido, las noticias que ha tenido la bondad de darnos sobre los adelantos del distrito; nos retiramos para no abusar por más tiempo de la amabilidad de usted; peró esperamos tener el gusto de volverlo á ver.

—Muchas gracias, amigos, ya saben que aquí estoy siempre á su disposición, de nueve á doce de la mañana, que son las horas de oficina, pues una de las primeras reformas que hice al llegar, fué suprimir el trábajo de por las tardes, así los escribientes reciben tres cuartas partes de sueldo y dejan una cuarta parte para las mejoras materiales, con lo que salen beneficiados, porque durante la tarde se pueden ocupar en otros negocios productivos.

Terminados los ofrecimientos y despedidas de estilo, salieron nuestros amigos de la jefatura, y pasaron á las oficinas del Juzgado de primera instancia. Este tenía dos piezas; en la primera estaban el secretario y un escribiente, y la segunda era el despacho del juez.

—Aquí,—les dijo don Sóstenes—presentaré á ustedes con el secretario, y éste los llevará con el juez, con quien no

tengo yo relaciones; mientras ustedes están de visita, yo los esperaré en aquella glorieta, á la sombra de los árboles.

La pieza de los escribientes de la jefatura era lujosa en comparación con la que ocupaba la secretaría del juzgado; todo era en ésta viejo y sucio; las dos únicas mesas que había, estaban niveladas con bancos en los pies; los tinteros eran de bronce, de aquellos que se usaban en los tiempos de las plumas de ave, por todo ajuar había cuatro sillas blancas, (por la madera), los expedientes estaban amontonados en el suelo, y servían de escupideras unos cajones de madera, llenos de arena; en cambio, tanto el escribiente como el secretario, estaban escribiendo, y debía ser ruda la tarea, á juzgar por el cansancio que revelaban sus rostros, y lo aprisa que manejaban la pluma.

Hizo don Sóstenes las respectivas presentaciones, y el secretario introdujo desde luego á Juan y á Antonio en el despacho del juez.

La única diferencia que se notaba entre el despacho y la secretaría, era que había en el primero seis en vez de cuatro sillas; que la mesa no estaba rota, y tenía una cubierta de paño verde al parecer; que el juez estaba sentado en una silla de brazos, de las que todavía suelen

verse algunas en las sacristías de las iglesias de pueblo; que el tintero era de cristal, y que había una escupidera de hoja de lata, pintada de verde.

El juez era un joven recién recibido de abogado en la capital del Estado; acogió muy bien á los dos amigos, con quienes entabló conversación, preguntándoles si se iban á radicar al pueblo.

—No—dijo Juan—yo tengo aquí unos parientes, á quienes he venido á visitar, y pensamos volver á México dentro de uno ó dos meses.

—Hacen ustedes muy bien, y ojalá que yo pudiera también salir cuanto antes de este malhadado pueblo. No tienen ustedes idea de lo difícil que es aquí la vida.

—¿Qué hay mucho qué hacer en el juzgado?

—Mucho, y debía haber más, si no fuera porque el jefe político se encarga de arreglar á su modo todos los asuntos civiles y criminales de que tiene conocimiento; aun así, no bastan las seis horas diarias de despacho para terminar lo que hay, porque no es posible que con un secretario y un solo escribiente se pueda poner esto al día. Me he cansado de pedir al Gobierno, ya no muebles, que como ustedes ven, son de absoluta necesidad, sino un escribiente más; pe-

ro dicen que uno es bastante, y que no se puede aumentar el presupuesto con trescientos pesos más al año.

—¿Sólo veinticinco pesos al mes pagan al escribiente?

—Sí; pero en cambio, los de la jefatura reciben sesenta.

—Hay realmente una gran desproporción.

—Como la hay en todo lo que se relaciona con la justicia. Y no es eso lo peor; las principales dificultades aquí, nacen del jefe político; dispone á su antojo de los presos, ninguno de ellos está realmente á disposición del juzgado, y muchas veces sucede que se manda traer á alguno para tomarle declaración, y no viene hasta los dos ó tres días, porque está trabajando en el rancho del jefe; y cuidado cómo se le dice algo, respecto de esto, porque se pone furioso, y dice que el juez lo hostiliza; si se queja uno al Gobierno, le piden informe al jefe, lo rinde á su modo, y como le hacen á él más caso que al juez, resulta que queda uno mal de todos modos. Yo me he ido con mucho tiento; pero el día menos pensado renuncio, porque no es posible seguir así; no espero más que ver el resultado de una acusación que le han hecho varios vecinos, acompañando los comprobantes de que dispone de las

multas, y de que obliga á los empleados á que dejen una parte de sus sueldos para un fondo, (que él administra), de mejoras materiales, que nunca se realizan; si no lo destituyen, me voy á mi casa.

—Pero al menos, según parece, hay aquí buena sociedad, y por ese lado estará usted bien.

—Con excepción de dos ó tres familias, y sin que tenga yo en cuenta á los parientes de usted, lo demás no es como parece á primera vista. Todas las familias viven ostensiblemente en buena armonía; pero cada una de ellas habla horrores de todas las demás. Las muchachas son de lo más coquetas y revoltosas que he visto, y los hombres fátuos y pendencieros. Hay aquí un grupo que acaudilla el secretario de la jefatura, personaje que es una especie de factótum, porque el jefe lo tiene en gran concepto; ese grupo es el de los "ilustrados" del pueblo, redactan un periódico, que se llama "El Provinciano," que tiene ínfulas de literario, y que se ocupa en levantar falsos testimonios á todos los que no son serviles instrumentos del jefe, y en alabar todo cuanto éste hace.

—¿Y hay aquí algunos abogados?

—Hay tres, y más valía que no hubiera ninguno.

—¿Tan malos así son?

—Uno de ellos, el de más edad, se llama don Cleofas Murillo. Este no ha podido llegar á darse cuenta de que ha cambiado nuestra legislación, y quiere que sus asuntos se tramiten conforme á la ley de 4 de Mayo de 57 y se fallen con arreglo al derecho de las Partidas; sus escritos están llenos de citas en latín, y de apostillas, en las que pone á sus contrarios como Dios puso al perico; trabajo cuesta entender lo que pretende, por lo ampuloso y estrafalario de las frases que emplea; si no dice uno amén á cuanto desatino se le ocurre pedir, se suelta diciendo primores del juez, lo acusa ante el Tribunal Superior, y, por más descabelladas que sean sus acusaciones, tiempo le falta á uno para estar rindiendo informes: tiene muchos negocios, porque aquí pasa por ser un pozo de ciencia. El que le sigue en categoría es don Benito Rojano: éste se recibió en México hace ya algunos años, vino aquí de juez, lo destituyeron por inepto, y aunque no ha vuelto á salir del pueblo, habla del Presidente de la República, de los Secretarios, Magistrados de la Corte y de cuanto abogado prominente hay en la capital, como si fuera íntimo amigo de todos ellos; á creer lo que dice, á la hora que quiera puede ser Senador ó Magis

trado, porque **Porfirio,** (así le dice al Presidente), cada rato lo está llamando, y hasta se ha mostrado sentido alguna vez, porque no ha querido aceptar un alto empleo; pero él, don Benito, no hace caso de esos enojos, y está resuelto á permanecer alejado del bullicio de la capital; á poco el Presidente le vuelve á escribir, y esas ligeras nubes no alteran las buenas relaciones que tienen. Este pobre hombre sería inofensivo si no fuera porque tiene una refinada malicia y todos sus negocios son de mala ley. El tercero y último de los abogados es un hombre que está borracho seis días de cada semana, y el día que le queda útil, lo emplea en hablar mal del juez y de todos los empleados, y en hacer alguna que otra picardihuela.

—¿Y el representante del Ministerio Público?

—Esa es otra calamidad, y no de las menores. Es el instrumento del jefe político y amigo de cuanto hay de más perdido en la población; casi nunca viene al Juzgado, y las causas duermen meses enteros en su poder.

—Nos ha hecho usted la más triste pintura del pueblo.

—Ya se convencerán ustedes dentro de algunos días de que me he quedado corto en mis malos informes; y eso que

les hago gracia de los tinterillos, de los usureros, (que hay uno en cada calle), de los jueces de Paz y sus secretarios; de los maestros de escuela y de otra porción de plagas que hay aquí.

—Pues compadecemos á usted de todo corazón, y le deseamos que pronto lo cambien á otro distrito mejor.

—No, no quiero ya más pueblos; todos han de estar cortados por el mismo patrón. No sé cómo se me fué á ocurrir la desgraciada idea de ser juez; yo creía que era lo más hermoso eso de administrar justicia, y dar á cada uno lo suyo; pero ya me convencí de que la justicia andará por todas partes, menos por los juzgados de los pueblos.

—No tanto, compañero, no tanto; comienza usted su carrera en la judicatura y juzga de todos los distritos por lo que ha visto en éste. Hay muchos, muchísimos jefes políticos muy honorables, y multitud de poblaciones que son modelos de buenas costumbres; le ha tocado á usted comenzar por una excepción; pero ésto no debe desanimarlo.

—Puede ser que tenga usted razón; pero estoy tan escamado, que no quisiera repetir la prueba.

—Le hemos quitado á usted una gran parte de su tiempo, nos despedimos aho-

ra, á reserva de tener el gusto de verlo después.

—Tendré á mucha honra que me favorezcan ustedes con su amistad.

Se despidieron del juez los dos amigos, y al salir, dijo Antonio:

—¿Qué te ha parecido la pintura que nos ha hecho el juez?

—Confío en que ha de tener mucho de exageración.

—Es que la corrobora lo que nos contó el jefe político con un candor columbino.

—Muy larga la echaron ustedes con el juez — dijo don Sóstenes, juntándose con ellos.

—Perdónenos usted, tío; pero no pudimos cortar antes la conversación.

—Ya me informaron de que llegó Esteban, de suerte que esta noche iremos á visitarlo.

Por la tarde, fueron nuestros amigos á conocer la parroquia, y las oficinas del Ayuntamiento. Era la primera una antigua iglesia en forma de cruz latina, extensa y escasamente alumbrada por pequeñas ventanas abiertas en la parte superior de los altos muros. A los lados de la nave principal, había una serie de altares del peor estilo churrigueresco, que hacían detestable contraste con los vivos y mal combinados colores con que

estaban pintadas las bóvedas. El altar mayor era de tan mal gusto como los otros, y nada había que llamara la atención en aquella iglesia, si no era el notable aseo y buen orden que reinaba en ella.

En el Ayuntamiento, por el contrario, todo estaba en el más completo desorden, y aunque había dos empleados encargados desde hacía varios años de arreglar el archivo, no había señales de que se hubiera comenzado siquiera aquel trabajo. El archivo debía contener curiosos documentos, á juzgar por la antigüedad de los legajos y por la importancia que tuvo "El Sausal" en la época de la conquista; pero sabido es el punible abandono con que se ve esto generalmente. En cambio, enseñaron á Juan y á Antonio, con religiosa veneración, una multitud de ídolos de piedra, apócrifos en su mayor parte, y todos sin interés de ningún género. Al lado de los ídolos figuraban algunas otras antigüedades, que hicieron sonreír imperceptiblemente á los visitantes, como un pedazo de la armadura de Hernán Cortés, el fierro de su lanza, y otras por el estilo.

Algo cansados, pero con grandes deseos de conocer á Lola, salieron del Ayuntamiento nuestros amigos y volvieron á la casa de don Sóstenes.

III

Don Esteban y su hija.

A las siete de la noche se dirigieron Juan y Antonio, acompañados de Guadalupe y don Sóstenes, á la casa de don Esteban. Era ésta una de las pocas que había de dos pisos en el pueblo; abajo estaba la tienda, el despacho y los almacenes, y arriba las habitaciones.

Seguramente que ya se les esperaba, pues se veía iluminada la sala, abierta la puerta que comunicaba con el corredor, y Dolores estaba sentada en un sillón con un libro en la mano. Luego que oyó la voz de Guadalupe, que llegaba platicando ruidosamente con Antonio, se levantó de su asiento, y fué hasta la puerta de entrada para recibir á los visitantes.

Dolores era una joven notablemente hermosa, y estaba ricamente vestida; pero con el mismo mal gusto general en el pueblo. Saludó cariñosamente á su tío don Sóstenes y á Guadalupe; se inclinó ligeramente y le tendió la mano á Antonio cuando le fué presentado, y acogió á su primo Juan con una graciosa sonrisa, estrechándole afectuosamente la mano.

La sala era espaciosa, y todo lo que había en ella era costoso; pero de poco gusto; se veía la pretensión de aglomerar cosas buenas, pero sin arte, faltaba la elegancia, que no se adquiere con el dinero. Aquella sala tenía el aspecto de un salón de almoneda.

Tomaron todos asiento, y Dolores dijo:

—Ya sabíamos que había llegado Juan y teníamos muchos deseos de verlo. ¿Por qué no veniste ayer?

—Porque supimos que había salido tío Esteban, y quisimos esperar á que volviera.

—No era necesario que estuviera aquí papá para que yo te recibiera. Y, á propósito, voy á mandarle avisar que están ustedes aquí para que suba á saludarlos.

—No te molestes, sobrina; déjalo que concluya sus ocupaciones; no tardarán en cerrar la tienda y entonces subirá.

—¿Qué les ha parecido á ustedes el pueblo? Muy triste, ¿verdad? Sobre todo para los que vienen de México, pues por lo que yo leo en los periódicos, aquello debe ser una ciudad muy bonita y alegre.

—Sí, señorita—dijo Antonio—México es una grande y hermosa ciudad; pero no tiene ella sola el monopolio de todo

lo bueno; mucho ha dejado para las poblaciones cortas, en las que hay placeres que por allá no se conocen, y faltan inconvenientes que allí tenemos.

—No creo que pueda haber aquí nada mejor que en la capital, ni entiendo cuáles puedan ser los placeres propios exclusivamente de un pueblo.

—Mira, Lola—dijo Juan—la sencillez de costumbres, ya es por sí sola un encanto propio de las poblaciones cortas; la paz que en ellas se disfruta, unida á este aire puro que aquí se respira, hacen que la vida se deslice tranquila y libre de las molestias inherentes á la agitación de las grandes ciudades. Por otra parte, nada es comparable á la belleza del campo; en México, tenemos también árboles, flores y prados; pero aquel campo es, por decirlo así, artificial, y carece de la expontaneidad y frescura de la naturaleza.

—Veo, Juan—dijo Guadalupe—que te estás volviendo poeta, lo que será una lástima, porque ya no entenderé lo que hables.

—Pero los poetas, señorita—objetó Antonio—hablan el mismo idioma que nosotros los que desgraciadamente no lo somos.

—Ya se lo preguntaré á usted cuando

hable media hora seguida con Cuauhtemoc Rodríguez.

—No digas esas cosas, Lupe, creerá este señor que estamos aquí en un lastimoso estado de atraso intelectual.

—Pues la vedad es—agregó don Sóstenes—que á mí también me ha sucedido algunas veces quedarme en ayunas de lo que dice el señor Rodríguez, y de lo que en el periódico escribe.

—¡Ay tío por Dios, qué mortificación! Cierto que Cuauhtemoc usa de algunas figuras demasiado atrevidas y de palabras cultas que no entiende la generalidad de las personas que no se dedican á los estudios literarios; y ya le he dicho á Rodríguez que debe amoldarse un poco al medio en que vive; pero él opina que no se deben poner trabas á la inspiración, que no estamos ya en los tiempos en que se encadenaba con reglas el pensamiento, y me cita con mucha oportunidad las admirables concepciones de Víctor Hugo y otros muchos ejemplos de nuestros más afamados poetas, y por fin, me dice que hay que ilustrar á las masas, lo que no consigue contemporizando con ellas.

—Muchas gracias por el papel de "masas" que nos hace representar tu don Cuauhtemoc.

La llegada de don Esteban suspendió por lo pronto la conversación.

Don Esteban Molina, Presidente Municipal del pueblo, era alto, delgado, de color blanco, usaba anteojos ligeramente ahumados y afectaba mucha seriedad y compostura en sus modales.

Saludó á todos con cierto aire de protección y entabló conversación con Antonio y don Sóstenes, mientras que Dolores y Guadalupe, acompañadas de Juan, formaban otro grupo cerca del piano, revisando papeles de música.

—Nos hace mucha falta por aquí un ingeniero—dijo don Esteban dirigiéndose á Antonio.—Y si usted dilata algún tiempo entre nosotros, y tiene la bondad de ayudarnos, nos serán muy útiles sus conocimientos.

—Estoy desde ahora á las órdenes de usted, y tendré mucho gusto en servirle.

—Tenemos en proyecto el drenaje de la población, pavimentar las calles con asfalto, instalar la luz eléctrica y surtir de agua al vecindario; al mismo tiempo queremos construir un edificio para escuela modelo, un palacio Municipal y un teatro.

—¿Y con qué fondos cuentas para todo eso?—preguntó don Sóstenes.

—Por lo pronto no tenemos fondos; pero eso es lo de menos, pues en mi último viaje á la capital del Estado, me ofrecieron los diputados que se creará

una contribución de seis centavos mensuales, que pagarán todos los habitantes varones del municipio, y que se destinará á esas obras; ya ves tú que se pueden calcular unos tres mil contribuyentes.

A punto estuvo Antonio de perder la gravedad y reirse de los cálculos de don Esteban; pero logró contenerse.

—¿Y crees tú que baste con esa miseria para lo que pretendes?

—No me podrás negar la competencia de Lola para estos cálculos, y los ha revisado don Cuahtemoc Rodríguez. Dice Lola que con eso bastará, y que aunque no podrá hacerse todo con la violencia que yo quisiera, trabajando con la debida constancia llegarán á terminarse las obras.

—Sí, indudablemente, ya nuestros tataranietos verán abiertos los cimientos del palacio, si por él se empieza.

—Siempre me llevas tú la contraria, pero al fin tienes que darme la razón. Ya ves qué bien hice en que se educara Lola convenientemente, mientras que tú te empeñaste en dejar á Lupe sumida en la ignorancia. Yo mismo me ilustro con los consejos de mi hija, y á ella debo el puesto interesantísimo que ocupo entre mis conciudadanos.

—No te quiero contradecir, ni te niégo el gran talento y mucha instrucción

de Lola; pero mi pobre Guadalupe no es tampoco una ignorante y lleva muy bien el gobierno de la casa.

—Sí, te sirve tu hija como nos sirve á nosotros la ama de llaves. ¡Bonita educación! Pero ya se vé; para qué he de hablarte de feminismo y emancipación de la mujer y otras muchas cosas que no entenderías? El señor don Antonio, joven ilustrado que viene de la capital, te podrá decir la altura á que ha llegado la civilización en esta materia.

—Mira, dejemos todo eso, y procuremos hacer agradable á estos jóvenes su estancia entre nosotros. Había yo pensado que el póximo domingo fuéramos á pasarlo en mi hacienda; pero me hizo advertir Guadalupe que esa noche hay función en el teatro, por lo que hemos resuelto dejarlo para el otro domingo, si ustedes no tienen inconveniente, pues ya sabes que contamos siempre con que nos acompañen en todos nuestros paseos.

—Yo estoy dispuesto á ir; le preguntaremos á Lola.

Se acercaron al piano, y al terminar una romanza que estaba cantando Dolores bastante bien, se le hizo la consulta, y como acogiera con gusto la idea, quedó convenida la expedición.

—Por supuesto, Juan, que irás el do-

mingo al teatro, lo mismo que el señor don Antonio—dijo Dolores.—No se divertirán ustedes como en un teatro de la capital; pero conocerán á lo mejor de nuestra sociedad.

—Tendremos el gusto de asistir á la función, que para nosotros será muy buena de todos modos, desde que ustedes han de estar en ella.

—No nos cuentes á nosotras—agregó Guadalupe,—ya verás sin eso cuántas otras muchachas verdaderamente bonitas hay aquí.

—No creas que á estos señores les agradan las hermosuras de pueblo, que no pueden competir bajo ningún aspecto con las de la capital.

—Señorita, la hermosura es patrimonio de todo el bello sexo, y no tiene espacios cercados que la limiten.

—¿Y qué compañía trabaja en el teatro?—preguntó Juan.

—Una de aficionados de esta población, que no lo hacen mal—contestó don Esteban—son muchachos empleados de la jefatura y otras oficinas; las maestras de la escuela y algunas otras. Lola elije las piezas, y les ha puesto la parte de música; el señor Rodríguez, joven muy ilustrado y entusiasta, dirige la escena.

—¿Y qué piezas van á representar?

—Tres juguetes en un acto cada uno, y la zarzuela de "Chateaux Margaux."

—Hemos arreglado esta función para arbitrar recursos, á fin de celebrar dignamente el próximo diez y seis de Septiembre; supongo, que estarán ustedes todavía con nosotros para entonces.

—Sí; mi amigo Antonio no tiene por lo pronto, nada pendiente en México, y tanto él como yo queremos descansar uno ó dos meses.

—¡Como que han de tener ustedes mucho qué hacer por allá!—dijo don Esteban.

—Sí, tío, hemos estado bastante ocupados Antonio y yo.

—Ví en los periódicos los elogios que hicieron de un alegato tuyo ante la Suprema Corte; y estoy en que el señor don Antonio tomó parte también en ese ruidoso asunto.

—Sí, señor, figuré como perito por la parte de Juan.

—Pues felicito á ustedes por el buen éxito.

—Oye, papá—dijo Dolores—ya que Juan está aquí, por que no haces que le encarguen el discurso del dieciséis?

—De buena gana lo haría, pero ya está encomendado á don Cuauhtemoc Rodríguez, y sería hacerle un desaire si se

lo quitamos; en el mismo caso está el el de la noche del quince.

—Y á eso agrega, primita, que he venido aquí con el objeto de descansar, y no quiero leer ni un sobre de carta. ni escribir una sola letra.

—Tienes razón, Juan—agregó don Sóstenes— y lo siento, porque nos privamos de oír un verdadero discurso.

—Nada pierde usted, tío.

—En eso no eres voto, sobrino, por ser parte interesada.

—El domingo esperamos que vendrán ustedes á comer con nosotos—dijo don Esteban—de aquí saldremos todos juntos para el teatro. Los jueves se reunen en nuestra casa todas las personas ilustradas del pueblo; son unas tertulias muy agradables, porque en ellas se tratan asuntos literarios, se toca el piano, y los viejos jugamos tresillo. Sóstenes viene muy rara vez; pero ahora que están ustedes aquí, me lo traerán el jueves lo mismo que á Lupe.

—Muchas gracias, tío, le aseguro á usted que no faltaremos á sus invitaciones.

Un rato más estuvieron hablando de cosas insignificantes, hasta que don Sóstenes se levantó, diciendo que ya era hora de retirarase; se despidieron de don Esteban y de su hija, y ya en la calle,

Guadalupe, que iba del brazo con Juan, dijo á éste:

—No sabes tú lo que son las tales tertulias de los jueves; yo he venido por dar gusto á Lola, dos ó tres veces, y sospecho que en la última me dormí un buen rato. Ya verás; pero te ruego que no me dejen ustedes sola, pues de no ser contigo ó con tu amigo Antonio, no ha de haber allí esa noche con quién se pueda hablar.

—Me parece que exágeras un poco; la conversación de Lola es bastante agra dable.

—Sí, mientras no le tocan la cuerda científica. ¿No has notado que ha cambiado mucho su carácter? Ya no es alegre y sencilla como antes, y eso que ahora estuvo de lo más amable, yo creo que los libros han echado á perder á nuestra Lola.

—Yo no he podido notar ese cambio que tú dices, porque dejé de ver á ustedes cuando eran muy niñas.

—¿Qué le parecen á usted las ilusiones y los grandes proyectos de Esteban? —decía entretanto don Sóstenes á Antonio.

—Está animado de las mejores intenciones; pero, como usted le dijo muy bien, los recursos con que pretende con-

tar para la realización de sus proyectos, no están en relación con la magnitud de las obras.

Llegaron á la casa de Don Sóstenes, y ya recogidos en sus habitaciones, Juan dijo á su amigo:

—Lola es más bonita que Lupe ¿Te fijaste en lo bien formado de su elegante cuerpo y en la gracia de todos sus movimientos?

—En todo eso me fijé, y hasta en que tiene una muy regular voz de soprano; pero.....

—¿Pero qué?

—La verdad no me gustan las mujeres sabias, prefiero la viveza natural de Guadalupe.

—¡Eh! Lola es poco pretenciosilla; pero alejada del tío Estéban que es quien le fomenta esas pretensiones, y vuelta á la vida real de las mujeres bien educadas, y elegantes, perdería en muy poco tiempo esos resabios de marisabidilla de pueblo.

—No lo creas, esa es una enfermedad de la que nunca ó muy difícilmente se curan las mujeres.

—En fin, tiempo de sobra tengo para decidirme y no hay que dar importancia á las primeras impresiones, pero te confieso que Lola me agrada mucho.

—Pues mira, vamos por ahora á dormir,

que, como has dicho acertadamente, tenemos tiempo para todo lo demás.

IV.

La función de teatro.

El domingo siguiente comieron todos en casa de Don Estéban, y á buena hora, se dirigieron al teatro.

Era este de dimensiones proporcionadas al número de habitantes de la población. Tenía tres departamentos: el patio, una hilera de palcos, y la galería para el pueblo; todo ello algo incómodo y no muy limpio.

Cuando nuestros amigos llegaron, estaba ya completamente lleno el local; se colocaron, con algún trabajo, en un palco y esperaron que comenzara la función, que estaba anunciada para las ocho de la noche; pero dieron las nueve, y no obstante que el público empezaba á dar muestras de impaciencia, no había señales de que aquello diera principio.

—¿Qué estarán esperando?—preguntó Juan.

—Paciencia, sobrino,—le contestó Don Sóstenes;—mientras no llegue el Jefe político, no esperes que se levante el telón.

Por fin, ya cerca de las diez se notó un movimiento en el patio, entró triunfalmente el jefe político, se colocó en primera fila, y en el acto la música deleitó á la concurrencia con la obertura de "El Poeta y el Campesino." Al concluir esta se levantó el telón y, en medio de religioso silencio, comenzaron los pobres actores á despedazar la primera insustancial piecezuela.

¡Qué desbarajuste aquél! ¡Qué manera tan risible de declamar! A los hombres les estorbaban las manos, y no sucedía lo mismo á las mujeres porque las tenían invariablemente ocupadas una con el abanico y la otra con el pañuelo. Nadie sabía su papel, y el apuntador iba guiándolos trabajosamente en aquel escabroso camino y sacándoles las palabras una á una, sin expresión ó con grandes pausas, excepto al "gracioso," que pretendía saber el papel y que para no quedar callado lo completaba con chistes de su cosecha, que hacían reír grandemente á los espectadores.

Antonio reía de muy buena gana, no por celebrar las gracias de los actores, sino porque no era posible presenciar impasible aquella caricatura de representación. Juan no sabía qué hacer para contestar convenientemente á los elogios que de los actores le hacían Don Estéban y Lola, y

tomó el partido de corear aquellas alabanzas.

Por supuesto que los actores nunca tenían á mano lo que pedía la escena; tomaban asiento y se levantaban cuando les parecía, y nunca les parecía oportunamente; todos llevaban guantes, que les inutilizaban las manos por ser la primera vez que los usaban; y entraban y salían por donde primero se les ocurría.

Terminó la primera pieza, no como Dios quiso, que Dios no quiere cosas malas, sino como quisieron aquellos desdichados actores, y fueron de oír los aplausos que se conquistaron y lo satisfechos que salieron á dar gracias al público.

—Qué bien lo hacen ya estos muchachos,—dijo Don Estéban.

—Y que no han ensayado más que un mes,—agregó Dolores.

En la segunda pieza pasaron la pena negra Juan y Antonio, porque era seria, casi dramática, y no podían reírse cuando los espectadores se manifestaban conmovidos. Al terminar, se repitieron los aplausos y los dos amigos salieron con el pretexto de fumar, pero realmente para desahogar la risa que ya no podían contener.

—Hay que hacer justicia á Don Sóstenes y á su prima Guadalupe,—dijo Antonio:—aplaudieron casi forzados por el

ejemplo, pero se conocía que aquello no les había parecido tan bueno como á los demás espectadores; especialmente Lupe nos veía con sus grandes ojos como preguntándonos si realmente debía aplaudir, y nosotros hemos cometido la infamia de hacerla creer que estábamos complacidísimos con el espectáculo.

—No había más remedio, no habíamos de dar la nota discordante en aquel concierto del entusiasmo, no podíamos convencer á esta gente de que lo que están haciendo es el más solemne mamarracho.

—¿Qué pieza sigue? Quiera Dios que sea jocosa, porque yo no sufro otra en la que no pueda desternillarme de risa.

—No sé, no he visto el programa; vamos á informarnos con Lola, que es la que está más al tanto de esto.

Volvieron al palco, preguntaron á Lola y ésta les dijo:

—Va á seguir una pieza muy graciosa; no sé si la conocerán ustedes, se llama "La Casa de Campo," es una de las que mejor les sale.

De sobra que conocían la tal pieza, pero Antonio dijo, con mucha seriedad, que les era desconocida, para poderse reír más á sus anchas.

—Verán ustedes,—continuó diciendo Lola,—es sumamente graciosa y todos la hacen muy bien. Para lo último ha que-

dado lo mejor, la zarzuela. Habían pensado hacer "Marina" ó "El Anillo de Hierro," pero faltaban los coros, y aunque Cuauhtemoc decía que se podían omitir y que él se comprometía á componer esas zarzuelas de modo que no necesitaran coros, yo no quise que se suprimiera nada, y por eso no se dieron; pero ya estamos arreglando los coros con los niños de las escuelas. Esta idea me ocurrió á mí, porque de ese modo se les educa la voz, aprenden á presentarse en público y se ejercitan en el canto, que es un ramo tan importante de la educación.

—¿Qué te parece la concurrencia?— preguntó Guadalupe á Juan.

—Muy numerosa y bastante buena. Tenías razón al decir que hay aquí muchas mujeres bonitas, aunque ninguna tanto como tú ó Lola.

—Es natural que digas esa galantería á tus primas; por más que, en lo que á mí se refiere, no lo crea. Yo quisiera ver un teatro grande, siquiera como el que dicen que hay en la capital del Estado, por que me parece que ha de ser muy distinto de lo que vemos aquí.

—Hay realmente una diferencia muy notable; pero ¿qué nunca has salido del pueblo?

—No, nunca, ni me había ocurrido hasta ahora; como papá está muy con-

tento en la hacienda y en esta población, yo lo estoy también. Ni Lola ni yo hemos ido nunca á otra parte.

—¿Pues dónde estudió Lola para Profesora?

—Aquí, con una señorita que vino de la Escuela Normal, y luego consiguió tío que la vinieran á examinar; le costó un dineral; pero le dieron á Lola el título.

La conversación se interrumpió, porque daba principio la representación de "La Casa de Campo."

No hay para qué repetir lo que ya hemos dicho, baste saber que los actores se excedieron á sí mismo, en lo de hacerlo detestablemente, y que aun el mismo Antonio tuvo que confesar despues á Juan, que no esperaba ver llegar á tal grado el despropósito.

El larguísimo entreacto lo aprovecharon nuestros amigos en informarse de los nombres y condición de las familias que ocupaban los palcos. Lola se permitió algo de murmuración ligera, que divirtió mucho á Antonio, porque no carecía de gracia la crítica; en cambio. Guadalupe no tenía más que frases de elogio para todas las personas.

Juan dedicaba toda su atención á Lola, que estaba hermosísima aquella no-

che; los dos tíos habían salido á tomar aire en los pasillos.

La parte de la función que se esperaba con mayor alborozo era la zarzuela, que para la mayoría de los concurrentes era cosa enteramente nueva y nunca vista. Se levantó al fin el telón, y comenzó aquello entre nutridos aplausos. Ya no eran los actores los únicos reos del desastre, una buena parte de responsabilidad tocaba á los músicos; no se sabía qué desafinaba más, si el primer violín, el clarinete ó el pistón, y cuando por una de esas casualidades que suelen darse en la vida, se afinaba la orquesta, ya tenían buen cuidado los "cantantes" de volver á desentonarla, extremando sus gritos, entrando fuera de tiempo y convirtiendo en alegros los andantes maestosos. Por supuesto que todos los números merecieron los honores de la repetición, y la pobrecita muchacha que pretendió cantar, (á su modo) el vals, tuvo que repetirlo tres veces; eso sí, le arrojaron los elegantes del pueblo, una lluvia de flores.

Como tanto Lola como Guadalupe sabían música, no pudieron menos que apercibirse de aquella babilonia, de la que hacía responsable Lola á la orquesta, disculpando á los actores con decir

que habían ensayado únicamente con acompañamiento de piano.

Cerca de la una de la mañana, terminó la función, que hizo época en los anales del pueblo, y de la que salieron los concurrentes haciendo mil elogios y comentarios.

V

Los jueves de Lola.

Llegó el jueves, día, ó mejor dicho noche, dedicada por Lola á sus famosas tertulias.

En la mañana de ese día llamó la atención de Antonio un jovencito como de doce á catorce años, que llegó á la casa, preguntando por Guadalupe, para quien llevaba un recado escrito, bajo sobre cerrado. No estaba la joven en la casa, y el muchachillo dijo que volverla, pues tenía que entregar personalmente el recado. En efecto, acababan de comer cuando avisaron á Guadalupe que la buscaba un jovencito, y que insistía en verla; salió Guadalupe, y á poco rato volvió á entrar con una carta en la mano.

—¿Quién te escribió?—la preguntó su padre.

—Magdalena Ruiz, una muchacha que fué, por un poco tiempo, compañera mía en el colegio, de la que no había vuelto á acordarme y que me ruega la reciba mañana; ya le mandé decir que venga á cualquiera hora en la tarde. No sé qué pueda motivar su visita, para la que no necesitaba anunciarse.

—No me es desconocido el apellido Ruiz, lo que no es extraño, porque es muy común ese nombre.

—¿No vive aquí tu condiscípula?—preguntó Juan.

—Estuvo uno ó dos meses en el mismo colegio en que yo estaba, y desde que se separó no había vuelto á saber de ella, ni sé de donde era, pues no tuvo relaciones íntimas con ninguna de nosotras

Con esto terminó ese incidente, que iba á tener gran influencia en la vida de uno de nuestros amigos.

Cuando don Sóstenes, Guadalupe y sus huéspedes llegaron aquella noche á la casa de don Esteban, estaba ya completa la tertulia, que se componía de los dueños de la casa, dos señoritas profesoras de instrucción primaria, otras dos jóvenes amigas de Lola, don Cuauhtemoc Rodríguez, el oficial mayor de la jefatura, el secretario del Ayuntamiento y otros dos jóvenes, redactores de

"El Provinciano," y dos concejales, que hacían la partida de tresillo con don Esteban.

—Llegan ustedes á muy buen tiempo —dijo Lola después de las respectivas presentaciones.—Cuauhtemoc y yo estamos empeñados en una seria discusión en la que se han dividido los votos. Es una cuestión sociológica de la mayor trascendencia; oigan ustedes el caso: Cuauhtemoc sostiene que en las evoluciones convergentes del progreso psíquico de las naciones, son principales actores las células creadoras del pensamiento; y yo, sin desconocer la gran influencia que ejerce con sus benéficos efluvios la materia pensante, opino que la tensión nerviosa, como productora de las energías individuales y á su vez de la fuerza colectiva de las masas analfabéticas, es el motor de la gran máquina que dirige los destinos del mundo. ¿Qué opinas tú de ésto, Juan?

—¡Ave María Purísima!—dijo por lo bajo Guadalupe á Antonio.—¿No le dije á usted que en estas reuniones no se entendía lo que hablaban?

—Tiene usted razón, señorita. También yo me he quedado á obscuras respecto de la cuestión propuesta.

Juan, interpelado tan directamente, no

sabía de pronto qué contestar; pero al fin, cortando por lo sano, dijo:

—Creo que tú tienes razón, prima.

—Ya lo ve usted, Cuauhtemoc; Juan es de mi opinión, y no se le puede negar la competencia en estas materias.

—Aunque no conozco las razones que informan el parecer del señor, y deseara conocerlas para que lubrificaran mi mo-
or cerebral, tengo que rendir mis armas como guerrero antiguo de la sapiente Atenas, ante las gracias de la hermosura, de la que esta noche es Diana, sin dejar de ser Minerva.

—Muchas gracias por el clásico cumplido de mi romántico adversario.

Juan se hizo el desentendido respecto á que diera las razones en las que fundaba su opinión, y procuró, aunque sin conseguirlo, entablar conversación con una de las señoritas que tenia á su lado.

—Para celebrar el triunfo obtenido por Lolita, propongo—dijo uno de los concurrentes—que nos dé á conocer su última composición poética.

—Me perdonará Crescencio, que por ahora me excuse; estoy trabajando en unas décimas que declamará una de las alumnas de la escuela, que dirige con tanto acierto mi amiga Etelvina, que está presente, y no quiero darlas á conocer, ni que sepan que son mías, porque

me estoy amoldando en cuanto es posible, al estilo vulgar, por lo que ruego á ustedes que nada digan de ésto que les confío.

—¿Y cuándo tendremos el placer de oírlas?

—Son para la fiesta escolar que ha de celebrarse dentro de tres meses.

—Prometemos á usted guardar el secreto, y si algo valen mis súplicas, la ruego que nos lea esa composición, que ya ha de haber terminado—dijo Rodríguez.

—No ha de agradar á usted, porque carece de los tropos y metáforas que tan bien sabe usted usar.

—Vamos, prima—dijo Juan—considera que para el día de la fiesta es probable que no estemos aquí; no tengas la crueldad de privarnos del placer de oír una composición tuya.

—Me están ustedes comprometiendo; pero no me decido.

—Una súplica más de parte mía, á la que se unirán las de todos los presentes; acaso venza la excesiva modestia de usted—dijo Antonio, que ya se prometía un divertido rato con la lectura de las anunciadas décimas.

Todos instaron á Lola para que recitara su composición, hasta que al fin consintió en hacerlo, y tomando un pa-

pel que estaba sobre la mesa, leyó las siguientes

Décimas.

Cual plumífera gaviota
Que atravesando los mares
Camina hasta el Manzanares,
O hasta otra región ignota;
Como la nube que flota
Entre atómico turbión,
Así disipa instrucción
La escuela de la niñez,
Siendo siempre gloria y prez
De su noble institución.

El niño, cual débil planta,
De rodrigón necesita.
Y el maestro lo solicita
Y en sus alas lo levanta;
El Areópago le implanta
Los estudios y la ciencia,
Que ceden en conveniencia
De la estulta sociedad,
En bien de la humanidad
Y fortín de la inocencia.

Después el tierno capullo
Se convierte en fuerte roble,
La mira del niño es noble
Y es de sus padres orgullo;
De la tórtola al arrullo
Rápida su vida pasa,

Y no desmiente su raza
Al comprender que el estudio
Es el bienhechor preludio,
Y el porvenir de su casa.

Y en vez de arrastrarse pária
Entregado á la ignorancia,
Sin miedo y con arrogancia,
Recibe instrucción primaria;
Después la complementaria
Le enseña otro porvenir,
Y allí mira relucir
Una estrella cintilante
Que le repite: "¡Adelante!
Aprende y sabrás sentir!"

Benigno el hado le augura
La vida de venturanza.
Si el niño á saber alcanza
Comercio ó Agricultura;
Porque su suerte es segura
Conociendo Geometría,
Algebra, Pedagogía,
La Química y la Aritmética,
Que son la base profética
De toda filosofía.

El profesor afanoso
Por el niño se desvela,
Y sus pesares consuela
Como amigo cariñoso;
Le marca sendero hermoso
Por donde debe seguir,

Y le enseña á distinguir,
Con las "lecciones de cosas,"
Las ciencias más provechosas,
Base del saber vivir.

Si en el profesor es loable
Esta bienhechora empresa,
Es la profesora expresa ,
Abnegación innegable;
La Maestra, siempre afable
Para la niña, es espejo
En el que mira el reflejo
Para imitar sus acciones,
Saber sus obligaciones
Y asimilarse el consejo.

En "El Sausal" la instrucción
No es una vana quimera,
Pues se mira por doquiera
Cumplir esta obligación.
'El Sausal" lleva el pendón
Entre todos los distritos,
Puesto que son infinitos
Los alumnos que han cursado
Y sus nombres han dejado
En la matrícula escritos.

—¡ Bravo! ¡ Bravo! ¡ Muy bien!—exclamaron todos los concurrentes al terminar la lectura. Antonio, haciendo un esfuerzo para contener la risa, aplaudió también; pero Juan no se atrevió á tánto, y, fingiendo que lo llamaban, se diri-

gió á la otra pieza, donde los tíos jugaban tresillo.

—Yo ruego á ustedes—dijo Lola—que me hagan el favor de revisar muy severamente mi composición, para que la corrija convenientemente, y le quite los defectos que tenga.

—Ni una sola palabra hay que corregirle,—dijo Rodríguez—Es un poema acabado, un egregio y diamantino cántico de irisados matices, gorgeo del dulcíneo ruiseñor de este apartado y florestal valle.

Aquí se suscitó una cuestión sobre cuál de todas las décimas era la mejor.

—Es difícil, imposible tal vez, dar la preferencia á alguna de ellas—continuó diciendo Rodríguez—vean ustedes desde la primera décima ésto de

"Así disipa instrucción
La escuela de la niñez,"

qué bien expresa la idea de la generalización de la enseñanza.

—¿Y qué dice usted—dijo el oficial mayor—de la poética comparación con que comienza la décima?

—¿Y la idea tan nueva y apropiada de comparar á los maestros con los rodrigones?

—Pero, sobre todo, esa clásica enu-

meración de las ciencias; aquí se excedió Lolita á sí misma. Con cuánto talento y gracia está hecha esa difícil enumeración.

—Noten ustedes—agregó Rodríguez—la naturalidad con que ha podido Lolita amoldarse al viejo modismo de los poetas bucólicos, como se necesita para que la entendieran nuestros incipientes púberes á quienes va dirigida la composición.

—Pues á mí lo que más me agrada,—dijo una profesora,—es el final, porque en él se hace un merecido elogio de nuestro distrito, y de los discípulos de nuestras escuelas.

La verdad es que, como dijo muy acertadamente el señor Rodríguez, toda la composición es notable por su forma broncínea que modela el talento incomparable de su autora.

—Reclamo para nuestro "Provinciano" la honra de ser el primero que dé á conocer la composición.

—No sé,—dijo Lola,—si me resuelva á publicarla, porque no obstante los inmerecidos elogios de ustedes, temo la crítica de la prensa.

—¡Que se atreva á morder con reptilíneo diente esta composición,—dijo Crescencio,—y ya verá usted como se levanta un grito de indignación entre los

apóstoles de la moderna ciencia. Sin contar con que aquí estamos todos para probar que es lo mejor que se ha escrito en este género.

Guadalupe y Antonio se habían refugiado en el piano, donde la primera tocaba al mismo tiempo que sostenía animada conversación con el segundo.

—Parece que á tu prima no le disgusta el mexicano, dijo á Lola una de las profesoras;—y como esos jóvenes son tan insustanciales, puede ser que lo conquiste.

—¡Ay! á mí, perdóname que te lo diga, porque viene con tu primo, pero no me simpatiza ni tantito ese señor,—dijo otra de las muchachas.

—No debe ser muy aventajado,—agregó la primera;—no han notado ustedes qué poco caso hizo de los versos de Doloritas?

—Es,—replicó ésta,—que Don Antonio es Ingeniero, y las matemáticas están muy lejos de la poesía.

—Convénzanse ustedes,—dijo el secretario del Ayuntamiento,—de que la instrucción literaria no está muy aventajada en la capital de la República; basta ver que las mejores poesías que publican los periódicos, son producciones de personas nativas de los Estados.

—Para que la nutricia inspiración tien-

de sus níveas alas de candor alpino, nececita sin duda los soplos libertarios de nuestras esmaltadas llanuras, en vez de la aglomerante masa de lapidarias ciudades,—concluyó Rodríguez.

—¿Y qué tal va el esperado y celebrado discurso del próximo dieciséis?—preguntó uno de los redactores del "Provinciano."

—Las múltiples ocupaciones que á diario tenemos en la oficina, me han impedido laborar en él con la dedicación necesaria, pero estoy á punto de concluírlo.

—¿Eligió usted la forma histórica, ó se decidió al fin por la elevada estructura filosófico social?

—Esta última es la más adaptable à mis escasas aptitudes, acompañada de las sutiles notas maceradas en el aroma de la dulce poesía.

Dolores, que estaba contrariada por la ausencia de Juan, quien había tomado asiento en la mesa de tresillo, se levantó para llamarlo.

—¿Qué te parecen los mexicanos?—preguntó entonces una de las amigas de Lola á la que estaba á su lado.

—Te diré, no tienen mala figura, hay que confesarlo; pero, hija, en cuanto á simpatía, prefiero á nuestros paisanos. El Juanito se fué muy enfurruscado

porque le dí su merecido. ¿No notaste que acercó demasiado su silla á la mía? pero yo, haciendo un serio ademán de disgusto, me retiré á conveniente distancia.

—Y mira lo que son las cosas, á mí me había parecido que le dirigías miradas cariñosas.

—¿Sí? Bonita soy yo para semejantes coqueterías! Tú me conoces muy bien. La que me parece que está engatusada con él, es Lola; algo de esto le voy á indicar á Rodríguez, que, como tú sabes, la pretende; á ver cómo se quita de enmedio á Don Lechuga, que así le dicen al Don Juanito.

—¡Jesús, mujer! A que tú eres la que le has puesto ese nombre?

—Yo no, precisamente; yo no más dije que era un lechuguino, y como parece lechuga por lo fresco y oloroso que anda, lechuga se le quedó.

—Qué le han parecido á usted las décimas?—preguntaba aparte el oficial mayor al secretario del Ayuntamiento.

—El mamarracho más completo, pero hay que alabarlas mucho, porque si nó, entre Don Estéban y Rodríguez nos dejan sin destino.

Volvió Lola con Juan, y propuso bailar un rato, turnándose ella y Guadalupe para tocar el piano.

Bailando y hablando de cosas indiferentes, lucía Lola la elegancia y flexibilidad de su talle y su ingenio natural; con lo que conquistó de nuevo la simpatía de Juan, que había mermado mucho con la cuestión sostenida con Rodríguez y con la lectura de las décimas.

Las amigas de Lola cuidaron de hacer notar á Rodríguez las preferencias que la primera tenía con Juan, y mordieron cruelmente á Guadalupe por su conversación con Antonio, declarando por sí y ante sí que Guadalupe enamoraba á Antonio y Lola á Juan, lo que las puso furiosas contra ellas, porque habían soñado, por su parte, con atraerse á los dos forasteros. Rodríguez, gracias á las maliciosas observaciones de las muchachas, se fué resuelto á quitar de en medio, como ellas decían, á Juan; y los otros contertulios salieron persuadidos de que tanto Juan como Antonio eran unos pobres hombres ignorantes de quienes podían burlarse impunemente.

VI.

Magdalena.

Guadalupe esperaba impaciente la visita de aquella su compañera que le había escrito la víspera, y á la que no recordaba sino muy vagamente, porque estuvieron poco tiempo juntas en el colegio; sí tenía la idea de que era rica, que se hacía notar por la elegancia de sus trajes, y que al llevársela una señora, que seguramente era su mamá, había dicho á la directora que se iban á radicar en México.

Aquella visita le parecía extraña, no por lo que era en sí misma, sino por la manera de anunciarla, como pidiendo un favor.

Por fin, á las cuatro de la tarde volvió el jovencito que había llevado la carta y preguntó si estaba la señorita Guadalupe; cuando le dijeron que sí, dijo que iba á avisar á su hermana y se alejó corriendo. Poco después volvió acompañado de una joven, sobre poco más ó menos de la misma edad de Guadalupe, muy hermosa y pobremente vestida; la dejó en la puerta de la casa y la dijo que en la acera de enfrente la esperaría á que saliera.

—Usted dispense, señorita, que la haya molestado,—dijo al entrar en la sala, —pero no tengo otra persona á quien dirigirme en esta población para solicitar el favor que de usted pretendo.

—No me hables de usted, ni me digas señorita, dime Guadalupe, como me dicen todas nuestras compañeras, y háblame de tú como me hablan todas ellas. Vamos, abrázame, siéntate aquí á mi lado y dime qué ha sido de tu vida, dónde has èstado y en qué puedo servirte.

La cariñosa acogida de Guadalupe conmovió de tal modo á Magdalena, que nada pudo contestar de pronto; al fin, tomando entre las suyas la mano de la joven y brillando sus ojos con las lágrimas que no podía contener, la dijo:

—¡Qué buena eres! ¡Cómo no vine antes á verte! He ido á las casas de otras compañeras nuestras de quienes me acordaba, y, unas se han negado á recibirme, otras no han querido recordarme, y algunas se han limitado á decirme que sentían mucho no poder ayudarme y se han apresurado á despedirme.

—¿Pues qué te pasa? dímelo y yo te ayudaré en cuanto pueda.... Quítate el chal, traelo, que aquí estás como en tu casa.... Cálmate un poco, no me digas nada que te pueda molestar, sino lo que deseas, lo que quieres que haga por tí.

—Necesito contarte mi historia, que no será larga, ni hay en ella nada que no sea vulgar..... Pero no te molesto? no quisiera abusar de tu bondadosa paciencia.

—No, mujer, qué me has de molestar, al contrario. ¡Si me ha dado tanto gusto volver á verte!

—Cuando me separé del colegio, nos fuimos á vivir á México; mi papá era rico, tenía una hacienda en este distrito, muy lejos del pueblo, y estaba en ella de administrador un señor Rodríguez, padre del que es ahora secretario de la Jefatura. Para que nos educáramos mi hermano Felipe y yo le dejó papá encargada al administrador la hacienda, á la que venía de cuando en cuando. Yo no sé lo que pasó, el caso es que al morir papá, Rodríguez presentó unas cuentas por las que aparecía que se le estaba debiendo no sé cuantos miles de pesos; se ha seguido un pleito que perdió mamá porque, según le dijo su abogado, Rodríguez tiene muchas influencias en el gobierno del Estado, y ahora que venimos á recoger lo poco que nos quedaba en la casa de la hacienda, nos encontramos con que ya nada tenemos, ni ropa que mudarnos, pues nos ha mandado decir Rodríguez que es dueño de todo y que ha dado orden de que no se nos

deje entrar en la casa. No tenemos recursos de ninguna clase, y he venido, no á pedirte un socorro, sino á proponerte que me ocupes un poco de tiempo, mientras reunimos algo para volvernos á México. Aprendí á bordar, á cortar vestidos y á arreglar sombreros; sé todo lo que puede saber una modista, y vengo con la esperanza de que tú me dés trabajo....

No pudo continuar, los sollozos ahogaron sus últimas palabras....

Guadalupe oprimió contra su corazón la cabeza de su amiga, y, con los ojos húmedos por las lágrimas, la dijo:

—No llores, mi pobre Magdalena, no llores; vas á ver cómo todo se remedia. Ten la seguridad de que no te abandonaré, tengo muchas cosas que darte á coser y á bordar, y tú me las harás porque no quiero humillarte ofreciéndote una limosna, pero sí te aseguro que desde ahora no te faltará, porque no sólo quiero que me hagas lo que te he dicho, sino que me enseñes á hacerlo, que me des lecciones de todo eso que sabes y que yo no he podido aprender en este pueblo. Hoy mismo le hablaré á papá de eso.

—¡Dios te pague lo que haces con nosotras! Tus bondadosas palabras son el

primer consuelo que recibimos desde la muerte de mi padre!

—Y mira, nosotras las mujeres no entendemos nada de negocios; es muy posible que aún tenga remedio el de Rodríguez y que papá pueda dar á ustedes un buen consejo. Mañana espero que vengas á comer con nosotros, y traes á tu mamá y á tu hermano para que los conozca papá y podamos arreglar lo de las lecciones.... Pero, sabes, lo mejor es que yo vaya por ustedes, porque si no, tal vez no quiera venir tu mamá. ¿Dónde vives?

—Estamos en la casa de una pobre mujer que fué cocinera nuestra en la hacienda, y que nos ha hecho el favor de prestarnos por unos días un cuarto de su casa en la calle del Olivo número 29.

—Pues allá voy mañana por ustedes.

Todavía se prolongó por algún tiempo la visita de Magdalena, quien salió de su casa hondamente conmovida por la bondad de Guadalupe.

En la noche refirió ésta á su padre los pormenores de la visita. Don Sóstenes aprobó lo que su hija había hecho, y como estuvieran presentes Juan y Antonio, le dijo al primero:

—Hombre, es una felicidad que seas abogado, tú puedes mejor que nadie saber si tiene remedio el asunto de esas

señoras y aunque has venido aquí á descansar y á divertirte, creo que no te negarás á dar un consejo.

—No sólo eso, tío, sino que me encargaré de su negocio, si es que todavía se puede hacer algo por ellas.

—Así me gusta, Juanito, no desmientes de la nobleza de tu padre.

—No hago más que cumplir un deber.

Acompañada de su padre fué Guadalupe al día siguiente por Magdalena. La madre de ésta les dió las gracias por sus bondades, les dijo que tanto ella como su hija, estaban dispuestas á trabajar en cuanto pudieran, ya que habían perdido la última esperanza de recobrar los bienes pertenecientes á su difunto esposo, y que en México esperaba encontrar la manera de vivir pobre, pero honradamente.

—Acaso, señora, no esté todo perdido; yo tengo un sobrino abogado, que está aquí casualmente y que se encargará de patrocinar á usted, en el caso de que haya todavía algún remedio legal; que sí lo ha de haber, porque yo conozco á Rodríguez, sé que es un pícaro á quien de seguro nada debía el esposo de usted, y Dios no ha de permitir que se consume la infamia de despojarla de sus bienes.

—Yo no tengo esperanza alguna porque Rodríguez está sostenido por el jefe político de aquí, y éste tiene muchas influencias en el Gobierno; el abogado que nos patrocinaba, me dijo que me conformara, porque era imposible obtener justicia contra tan poderoso enemigo y que mi negocio no tenía remedio.

—Me sospecho que el tal abogado lo es más bien de la parte contraria que de usted; pero ya veremos lo que dice mi sobrino, en quien puede usted tener entera confianza.

—¿Dónde está tu hermano?—preguntó Guadalupe.

—Dispensa que no nos acompañe; nosotras estamos pobres, pero decentemente vestidas. Felipe no está capaz de presentarse delante de ustedes, porque le están lavando la única ropa regular que tiene. Te digo esto, por la confianza que me inspiras: ahorrémosle la mortificación que sentiría si se empeñaran ustedes en verlo.

No insistió Guadalupe, y se dirigieron á la casa de Don Sóstenes.

No grande fué la sorpresa de Antonio al reconocer en las recién llegadas á la señoras que fueron sus compañeras de viaje en la diligencia del "Sausal"; ellas también reconocieron á los dos amigos,

y esto hizo que los trataran con mayor confianza.

La señora Emilia, que así se llamaba la madre de Magdalena, revelaba en su conversación y en sus modales, no solamente una brillante educación, sino la costumbre de alternar con personas distinguidas y el perfecto conocimiento de los usos de la buena sociedad. Magdalena, que abrigaba risueñas esperanzas por las seguridades que le habían dado Guadalupe y su padre, se mostraba alegre, lo que daba nuevo realce á sus gracias naturales.

Después de comer, se acercaron al piano Guadalupe, Magdalena y Antonio; la primera estuvo tocando un rato, y luego, á instancias suyas y de Antonio, tocó Magdalena varias piezas con exquisito gusto.

—¿Y me podrás también enseñar á tocar así?—le preguntó Guadalupe.—Porque á mí me encanta la música, y la tuya es muy distinta de la que estoy acostumbrada á oír; pero figúrate que no hay aquí otro maestro más que Don Simón, el organista de la parroquia, para quien soy una notabilidad.

—Tú tocarás mucho mejor que yo con unas cuantas lecciones, porque tienes lo principal, un conocimiento completo de la teoría de la música.

—No lo creas, esa manera que tú tienes de tocar, no se adquiere fácilmente, me conformaré con hacerlo un poco menos mal de como lo hago. Si no estás cansada, te ruego que repitas la última pieza que tocaste. ¿Cómo se llama?

—"El Arlequín," de Chaminade; con mucho gusto le volveré á tocar.

Mientras los jóvenes se divertían con la música, Doña Emilia, Don Sóstenes y Juan, se ocupaban en negocios. La madre de Magdalena refirió á Juan todos los pormenores de su pleito con Rodríguez, y el abogado, después de oírlos y enterarse de la fecha de la última sentencia, dijo:

—El único remedio que se puede intentar, es el amparo ante los tribunales Federales; para lo que tenemos todavía tiempo, aunque muy limitado; pero no me atrevo á decir á usted si ese recurso se puede entablar con probabilidades de éxito mientras no conozca los autos del juicio, y para esto es indispensable ir inmediatamente á la capital del Estado.

—¿Y estás dispuesto á ir?

—Sí, tío, pero necesito que me acompañe la señora, para que me firme el escrito ó me otorgue poder.

—Mejor será que te lo otorgue aquí desde luego.

—No, porque pudiera suceder que fuera ya inútil, y, por otra parte, no conviene que se enteren los contrarios de que vamos á gestionar.

—Yo no puedo ir á la capital,—dijo Doña Emilia,—porque ni cuento con recursos para el viaje, ni quiero dejar solos á mis hijos.

—No se apure usted por eso, señora, yo le prestaré los fondos necesarios, á cuenta de las lecciones que la señorita Magdalena va á dar á Guadalupe; y durante la ausencia de usted, sus hijos se quedarán con nosotros: el jovencito puede emplearse en el almacén de Estéban, que no me negará este favor, ó lo ocuparé yo en mi escritorio, y desde mañana mismo comenzará Guadalupe á recibir lecciones de la señorita Magdalena.

—No sé cómo demostrar á usted mi agradecimiento por tantos favores, que acepto porque estoy obligada á poner todos los medios que estén á mi alcance para recobrar la fortuna de mis hijos, y porque ellos, si yo no puedo, pagarán á usted algún día estos beneficios que ahora nos hace.

—Y que no valen la pena, señora, supuesto que nosotros somos los beneficiados con que mi pobre Guadalupe apren-

da tantas cosas buenas como la enseñará la hija de usted.

Quedó todo arreglado como lo indicó Don Sóstenes. Doña Emilia y Juan partieron para la capital, Guadalupe y Magdalena se quedaron en la casa, y Don Sóstenes, acompañado de Antonio y Felipe, se fué á su hacienda para ocupar á este último en el escritorio, y arreglar lo necesario para el proyectado paseo, que se transfirió para el primer domingo después de la vuelta de Juan.

VII

Nubarrones.

Quince días habían pasado y no volvía Doña Emilia y Juan: esta tardanza comenzaba á inquietar á Magdalena, por más que no manifestara sus recelos y se dedicara asiduamente á dar lecciones á Guadalupe, la que hacía rápidos progresos, especialmente en la música y en la pintura, para las que tenía especiales aptitudes, bajo la dirección de tan hábil maestra.

Don Sóstenes y Antonio habían regresado de la hacienda, cada día más prendado uno del otro por la nobleza de ca-

rácter, la honradez y franqueza que les eran comunes. El joven había dado muy oportunos consejos á Don Sósttenes para mejorar la explotación de su finca, implantando en ella producentes reformas, de las que el padre de Guadalupe comprendió al momento la utilidad. Por las noches se reunían todos en la sala: Magdalena procuraba hacer lucir las muchas buenas cualidades de Guadalupe, y ésta se hacía lenguas de la habilidad de su maestra. Don Sóstenes hablaba de negocios y jugaba algún juego, de cartas con Antonio, y éste algunas veces tomaba parte en las conversaciones de las jóvenes, dando su opinión sobre la música ó sobre los dibujos que hacían.

Lola y su padre habían ido dos veces á visita; pero como no estaba Juan, ni allí podían lucir en todo su esplendor los talentos de Lola, no salió ésta muy satisfecha de aquellas tertulias demasiado familiares.

Don Estéban no había concedido atención alguna á Magdalena desde que le dijeron que era la señorita que daba lecciones á Guadalupe, y, si bien alabó que Don Sóstenes se hubiera decidido á mejorar la educación de su hija, no pudo menos de lamentar, algo bruscamente, que Magdalena no fuera una profesora titulada, porque para el buen señor, no

podía haber ciencia ni conocimientos de ningún género si no los autorizaba el gobierno con un título.

Lola, más perspicaz que su padre, conoció muy pronto lo que Magdalena valía, y se propuso inquirir de dónde había salido aquella hermosísima joven que superaba en elegancia y belleza á todas las del pueblo; y aunque Guadalupe le contó que era una antigua compañera de colegio á la que Lola debía conocer, y que había vuelto casualmente al pueblo, y aunque en realidad se acordaba algo confusamente de ella, no le satisfacía lo de su llegada casual. Afectó tratarla con sumo desdén, y la última vez que fué á la casa, salió diciendo á su padre que aquella joven sería muy buena, pero que no era cosa de admitirla en una casa decente sin más antecedentes que el de haber estado en el colegio con ella un poco de tiempo cuando era niña, y que mientras no se averiguara qué clase de persona era, hacía muy mal Don Sóstenes en recibirla en su casa.

Don Esteban encontró esto muy puesto en razón y elogió la prudencia de su hija.

El secretario de la jefatura llegó á saber, por habérselo escrito su padre, que Doña Emilia había pedido amparo y

que Juan la patrocinaba, dió noticia de esto al jefe político, quien dijo:

—Pues, amigo Rodríguez, es una desgracia, pero en eso sí que no puedo ayudar á ustedes como quisiera, porque no tengo relaciones en México; bastante ha sido que les haya metido el hombro con mis amigos en la capital del Estado.

Rodríguez pensó que si el jefe los había ayudado, ellos en cambio, le habían pagado espléndidamente sus servicios, y se atrevió á insistir diciendo:

—Pero puede usted darnos una carta para que el secretario de Gobierno que es tan amigo de usted y está tan bien relacionado, influya con sus amigos de México á fin de que nuestro negocio no se pierda.

—Ponga usted la carta como le parezca mejor, y consígame cien pesos que necesito urgentemente, cuando me los traiga le firmaré la carta.

—Esta tarde los tendrá usted. También quiero que me deje usted ver cómo le doy su merecido á ese abogado que ha venido á descomponer el negocio.

—Haga usted lo que quiera, pero sin comprometerme, porque ya son muchos los chismes que le están haciendo contra mí al Gobierno.

Rodríguez salió resuelto á hostilizar de cuantas maneras pudiera á Juan, tan-

to para que no le hiciera sombra en sus pretensiones respecto de Lola, como para ver si desistía de patrocinar á Doña Emilia, pues juzgaba y con razón, que le sería menos difícil ganar el pleito si aquella quedaba sola.

"El Provinciano" se encargó de comenzar á desacreditar á Juan, y publicó un artículo, en el que decía de manera muy insidiosa, que tenía noticia de que varios caballeros de industria habían salido de México, y elegido como teatro de sus techorías el distrito del "Sausal." Que daba la voz de alarma para que se desconfiara de los forasteros, y que rectificaría esta noticia en caso necesario, pues ya se dirigía á su corresponsal en México, para que averiguara lo que hubiera de cierto en aquellos rumores.

Rodríguez y todos sus numerosos amigos, se hicieron eco de aquella noticia, aumentando cada uno lo que mejor le parecía, y señalando á Juan y á su compañero, como las personas á quienes se refería el periódico.

Las amigas de Lola decían entre sí, en tono de amistoso escándalo, que no debía recibir en su casa con demasiada confianza á Juan, porque aunque todos sabían que no era cierto, ya la gente decía que don Esteban pretendía atraerlo para que se casara con Lola, y que el

mismo Juan contaba esto públicamente, burlándose de su prima, á la que llamaba "La Quijotita."

Entre las muchachas de la población, muy especialmente entre las amigas de Lola, corría la voz de que la joven que estaba en la casa de Don Sóstenes era una aventurera que había llegado de México, siguiendo á Juan, y que entre los dos estaban èngañando miserablemente al pobre de don Sóstenes, á quien habían hecho creer mil historias; que aquéllo era una indignidad que no debían consentir las gentes honradas, y que era necesario que Juan saliera cuanto antes del pueblo, al que estaba escandalizando con su mala conducta.

Y todo ésto y otras muchas cosas más decían sin tener en cuenta que eran inverosímiles, al menos en atención al poco tiempo que llevaba Juan de estar en el pueblo.

En tal estado se encontraban las cosas, cuando regresaron de la capital doña Emilia y Juan, ámbos con muy fundadas esperanzas de que se ganara el pleito y la primera recobrara sus bienes. Había sido presentada la demanda de amparo, se habían rendido las pruebas conducentes, y se esperaba solamente el fallo del Juez de Distrito, al que quedó

Juan de remitir, desde el "Sausal," el alegato que estaba haciendo.

Desde la llegada de doña Emilia, ésta y su hija vivían en una casa que les arrendó don Sóstenes, descontando, según él decía, el precio de la renta. del sueldo que le había señalado á Felipe en la hacienda; pero Magdalena pasaba todas las horas del día con Guadalupe, ocupada en sus lecciones.

Hasta la tranquila casa de don Sóstenes no habían llegado las hablillas de la gente; pero el primer jueves que salieron todos juntos á pasear por la plaza, notó Guadalupe que sus amigas afectaban no verla, ó la saludaban muy fríamente, mientras que otras se fijaban en Magdalena, que iba á su lado, y luego apartaban de ella la vista con altanero desprecio. Al principio creyó que todo ésto no era otra cosa que celos nacidos de la notable hermosura de su compañera, pero no tardó en conocer que había algo más que eso.

Don Sóstenes y Antonio, que mantenían animada conversación, de nada se apercibieron, y otro tanto pasó con doña Emilia y Juan, que no tenían personas conocidas entre los paseantes

Nada dijo Guadalupe de sus observaciones, aunque se propuso averiguar lo que significaba aquello, pero no se le pre-

sentó oportunidad, y llegó á olvidar los incidentes de la plaza, á la que no volvieron á ir durante algún tiempo, porque Juan estaba ocupado en la formación del alegato y del informe que preparaba para la Corte en el negocio de doña Emilia, para lo cual había tenido que pedir varios libros á México, que le llegaron por el correo. Por la misma razón, no se había verificado el día de campo en la hacienda de don Sóstenes.

Juan mostraba sumo interés en el negocio que se le había encomendado; pocas veces lo había visto Antonio tan preocupado, así es que un día le preguntó:

—¿Qué es muy difícil demostrar la justicia que tiene doña Emilia? Porque estoy seguro de que la tiene; de otro modo no te hubieras encargado de patrocinarla.

—Dices bien, tiene justicia, y no es difícil demostrarlo; el caso en realidad no presenta grandes dificultades, es bastante claro, pero no sé por qué tengo en él un interés mayor del que merece, jurídicamente considerado. Probablemente el trato con doña Emilia, que es una señora de clarísimo talento y de una vasta instrucción, ha hecho que sienta por ella verdadero cariño, y que por eso me interese más en un negocio del que depende toda su fortuna.

—¿No entrarán también por algo en ese interés las gracias de la señorita Magdalena?

—No; reconozco que su hermosura es acaso superior á la de Lola, y que tiene una brillante educación; pero hasta ahora, aunque no estoy completamente resuelto, siento por mi prima una inclinación que está muy cerca de convertirse en amor.

—¡Ay, Juan! Pero aquellas décimas, y el alto concepto en que tiene tu prima al sapientísimo don Cuauhtemoc, y los "vastos" conocimientos de Lola en todas las ciencias y otras muchas más!

—Algo me retraé todo esto; déjame que examine con calma el carácter de Lola, y vea si es posible hacerla desistir de sus pretensiones de sabia. No me negarás que si eso se consigue, queda una mujer perfecta.

—¿De manera que tu otra prima, Guadalupe, está completamente fuera de concurso?

—Sí. Tal vez hago un desatino en no elegirla; tiene todas las cualidades apetecibles para hacer la dicha del hombre que sea su esposo; es tan bonita como Lola, graciosa, sin pretensiones, virtuosa, sin afectación y con un claro talento; la quiero como si fuera mi hermana, haría cualquier sacrificio porque fuera

feliz; pero no me inspira el amor que se debe sentir por la esposa.

Juan siguió yendo á la casa de su tío don Esteban, las más veces solo, y algunas acompañado de Antonio, de don Sóstenes y Guadalupe; pero tenía especial cuidado en no asistir á las reuniones de los jueves.

Así pasó un mes y medio, durante el cual se recibió la noticia de que el Juez de Distrito había concedido el amparo á doña Emilia. Esto, como desde luego se comprenderá, puso furioso á Rodríguez, quien para vengarse en alguna manera de Juan, hizo que lo insultara, al salir solo una noche de la casa de don Esteban el más atrevido y fuerte de los rurales, y estaban apostados por allí cerca otros dos para acudir en el momento oportuno y propinar á Juan una paliza que lo imposibilitara por algún tiempo para redactar el informe que debía presentar en la Suprema Corte de Justicia, mientras el abogado de Rodríguez gestionaba que se revocara la sentencia del Juez de Distrito. Pero no contaba con el valor, la sangre fría y destreza de Juan, que era un hábil pugilista, y que en un momento dió al desgraciado rural dos soberbios golpes con el puño, que lo hicieron rodar por tierra, quejumbroso y maltrecho; cuando los otros dos se acer-

caron, ya Juan tenía un revólver en la mano, y no se atrevieron más que á levantar y llevarse á su compañero. Esto fué bastante para que no se intentara otra celada, y para que ninguno quisiera habérselas con tan terrible adversario.

VIII

El Dieciséis de Septiembre

Las fiestas del 16 de Septiembre eran siempre esperadas con alborozo por los habitantes del "Sausal" y de todos los pueblecitos, haciendas y ranchos vecinos, porque eran las más bulliciosas y alegres de todas cuantas se verificaban en el distrito, y aquel año el entusiasmo subió de punto, porque ya era público que el programa iba á ser por demás variado y extenso. Don Esteban, como Presidente del Ayuntamiento, quiso que las fiestas tuvieran excepcional brillo, y de acuerdo con el Presidente de la Junta Patriótica, organizó una especie de feria, en la que había carreras de caballos, juegos y loterías, corridas de toros, peleas de gallos, funciones de circo y serenatas, amén de una velada literaria en el teatro la noche del 15, paseo cívico á

las nueve de la mañana del 16, con el correspondiente discurso oficial y desfile de tropas y niños de las escuelas, fuegos artificiales en la noche, y un gran baile en el salón de cabildos. Lola, por su parte, había dispuesto una "kermess" para la tarde del domingo anterior al 16, con el mismo objeto de recaudar fondos con que se habla dado la función dramática de que ya hemos hecho mención.

Por supuesto que aquello de "kermess" no lo entendieron de pronto más que algunos de los muy ilustrados del pueblo, para los demás fué necesario hablarles en castellano y explicarles que se trataba de una "jamaica," en la que habían de tomar parte las señoritas. Por supuesto también que Magdalena no figuró en la distribución que se hizo de las casillas.

Lola se hizo cargo de "La Banca," y Guadalupe tomó para sí el puesto de flores.

La fiesta resultó de lo más pintoresca por lo abigarrado de los trajes que lucían las vendedoras, pues con excepción de Lola y Guadalupe á todas las demás parecía, según expresión de Antonio, que las habían vestido sus enemigos; y no porque Lola estuviera elegante, ni mucho menos, sino porque no se había recargado de cintas, ni adoptado un tra-

je de fantasía; en cuanto á Guadalupe, sí estaba sencillamente elegante con un vestido de crespón que le arregló Magdalena, con notable buen gusto, y al que daban realce la hermosura de la joven y sus gracias naturales.

Juan se dedicó á servir á Lola, tarea en la que le hacía competencia Rodríguez, aunque con notable inferioridad; Antonio ayudaba á Guadalupe á hacer ramos, acompañado de don Sóstenes, lo que disgustaba en extremo á los elegantes del pueblo, y los alejaba del puesto de Guadalupe; con mesurado continente paseaba don Esteban acompañado del jefe político, con quien discutía los mil proyectos que había formado para el embellecimiento de la población.

Al caer la tarde, comenzo á retirarse la concurrencia, y las muchachas que habían realizado lo que en sus puestos vendían, iban á dar cuenta á Lola de los productos de la venta. Guadalupe estaba desconsolada, era seguramente la que menos había realizado y su mesa de des pacho estaba llena de primorosos ramos de flores que nadie compraba.

—No te dé cuidado, hija, mandaremos para las fiestas una cantidad de dinero que represente el valor de todas tus flores, y ellas nos servirán para adornar nuestra casa—la dijo don Sóstenes.

—Pero eso no me quita la mortificación de no haberlas vendido

En esos momentos llegó Lola acompañada de Juan, de Rodríguez y de un grupo de muchachas.

—¿Qué haces, Lupe—dijo á su prima—ya todo se acabó, y todavía estás aquí?

—¿Todo esto te queda sin vender?—preguntó una de las compañeras de Lola.

Guadalupe, roja de mortificación, iba á responder, cuando Antonio se adelantó y dijo:

—Todo está vendido, esperamos á un mozo para que lo lleve.

Lola comprendió la buena obra que hacía Antonio, y con esa malicia que se despienta á veces repentinamente. sin causa que la motive, quiso poner en evidencia á Antonio, y dijo, aparentando inofensiva curiosidad:

—¡Jesús! ¿Y quién y para quién ha comprado tantas y tan bonitas flores?

Antonio quedó cortado un momento, porque no quería decir que él era el comprador, y que Guadalupe era la persona á quién destinaba las flores; pero vino á sacarlo del compromiso Juan, que á su vez se había dado cuenta de lo que pasaba, y que dijo con la mayor naturalidad:

—Yo supliqué á Lupe que me apartara esas flores, y vengo precisamente á recogerlas para mandarlas á la Señorita Mag-

dalena Ruiz, que no pudo venir, y á quien ofrecí este obsequio.

Al decir esto, puso sobre la mesa un billete de Banco, y llamó á un mozo para que llevara las flores.

Lola se mordió ligeramente los labios y dijo despechada:

—No quiero privarte del placer de ir personalmente á ofrecer á esa.... señorita tus flores; me despido para unirme con papá, que ya me anda buscando, y mañana me mandará Lupe el importe de su venta.

Dicho esto, se alejó con todos sus acompañantes, mientras que Juan, aceptando el consejo de Lola, se dirigió á la casa de Magdalena á ofrecerla su obsequio. Guadalupe y Antonio no pudieron menos que reirse del final de la escena, alegrándose la primera de que sus flores hubieran ido á poder de su querida amiga.

Por supuesto que el escándalo que armaron con este motivo los elegantes del pueblo y las muchachas, fué mayúsculo; pero sin atreverse todavía á decir á Lola de una manera directa nada malo de Juan.

El 15 de Septiembre estaba el pueblo lleno de gente que de todo el Distrito había ido á presenciar las fiestas. En la mañana se publicó, en forma de bando, el

programa oficial, á son de música, con asistencia de los empleados subalternos y presidida la comitiva por el secretario del Ayuntamiento.

A las nueve de la noche comenzó la función en el teatro; en el foro había un dosel, bajo del cual estaba un cromo de vivos colores, que pretendía representar á Hidalgo, y que, salvo el traje, lo mismo podía ser la imagen de Santa Anna ó del General Zaragoza, y una mesa con una campanilla; en un sillón más alto que los demás, estaba el jefe político, á su derecha el presidente del Ayuntamiento, y á su izquierda el de la junta patriótica, seguían por su orden el juez de primera instancia, el orador oficial y las demás autoridades. A la derecha estaba un viejo piano cuadrilongo, detrás de él los niños y niñas de las escuelas, que iban á cantar un himno, y á la izquierda la tribuna. El foro estaba adornado con ramas de árboles, y todo iluminado con lámparas de petróleo.

El programa era muy largo, como que se componía de veinticuatro números, entre cantos, piezas de música, poesias y discursos, entre los cuales el oficial duró más de media hora. A la una de la mañana acabó la fiesta, que soportaron pacientemente Juan y Antonio, gracias á que en ella estuvieron Dolores y Guada-

lupe, ésta última contrariada porque Magdalena no había podido acompañarla, por no tener vestido propio para el caso.

A las nueve de la mañana del dieciséis, se reunieron en la "Casa de Gobierno" las autoridades y principales vecinos, y se organizó la comitiva para recorrer los cuatro lados de la plaza, entrar en el jardín y situarse bajo un toldo de lona que al efecto se había puesto á un lado del kiosco, con tan buen tino, que no daba sombra á los concurrentes. Abrían la marcha de la comitiva los diez rurales que había en el pueblo; seguían después los niños de las escuelas con sus respectivos estandartes, luego una multitud de muchachos desarrapados llevando banderitas de papel de china, y á continuación, las autoridades y vecinos, entre los que no estaban Juan ni Antonio, quienes habían declinado la honra de formar parte de la comitiva. Todas las miradas se fijaban en don Cuauhtemoc Rodríguez, orador oficial, que estaba vestido todo de negro, con una levita á la "Sebastopol," de aquellas que se usaron en tiempo de la intervención francesa, sombrero abolado y guantes blancos. Después de la obligada obertura de "El Poeta y el Campesino," subió Rodríguez á la tribuna, á la que lo acompañaron el secretario de la

junta patriótica y un concejal; recorrió con la vista á los concurrentes, se quitó los guantes, se desabotonó la levita, sacó un legajo de papeles, hizo como que se limpiaba el sudor con un pañuelo de seda, tosió, se volvió después para hacer una inclinación de cabeza al jefe poltico, y dijo:

"Conciudadanos:—Nectario de metalúrgicas preciosidades pretendiera poseer, para derramar en vuestros oídos el ledo curusqueo de gratas y no sentidas emociones, que cual sutil enloquecimiento, conflagran el ideal intangible de mis pensantes vibraciones, para que conmigo sintiérais la delectación del recuerdo, y juntos rindiéramos culto tumbal á los manes sagrados de los que hoy llamamos PADRES DE LA PATRIA."

Aquí el orador hizo una pausa, señal inequívoca de que esperaba aplausos, que le fueron prodigados ruidosamente. Hizo una, en su concepto, graciosa reverencia, para dar las gracias, y continuó con nuevo empuje:

"Era nuestra indígena Patria la tierra natal del sufrimiento infinito! La comba estelaria refulgía sobre ella el vaho asqueroso del vituperio coronado de vociferaciones, cuando presto brilla emergiendo un sol de maravillosas fulguraciones; un hombre cíclico, cultor de los aprisio-

nados derechos, enjoyado en el tenebroso caos de analfabeta y rural pueblecillo, aparece irrigando savia crepitante, en el oseo esqueleto del pueblo esclavizado...."

—Ya no puedo más, vámonos—dijo Juan entre impaciente y risueño.

—Tienes razón, no se pueden oír con impasibilidad semejantes atrocidades; vámonos retirando poco á poco para que no lo note la gente.

Y así lo hicieron, mientras que Cuauhtemoc seguía entusiasmando á su auditorio desde la tribuna.

Delirante fué la ovación que se hizo al orador al terminar su discurso; las aclamaciones y las dianas se prolongaron por algún tiempo, mientras que una parte de los concurrentes abrazaba y felicitaba al orador. Restablecido el silencio, cantaron los niños de las escuelas un himno, y la concurrencia se disolvió para presenciar en la tarde las carreras de caballos y el circo, y disponerse para el baile, los que estaban invitados para concurrir.

A las dos de la tarde se verificaron las carreras, que no tuvieron de notable más que la caída de uno de los jinetes, que sufrió la rotura de una pierna; y la descalabradura de una mujer, á quien atropelló otro de los corredores.

El circo ya fué otra cosa; hubo en él

trapecio, volantes, caballo sabio, baile en la cuerda floja, y sobre todo, un payaso que en todos los intermedios cantaba sonecitos con estribillo bailado; los versos mal medidos, peor dichos y sin chiste alguno, parecían graciosísimos á los sencillos rancheros que formaban la mayoría del público, y aun á muchos de los elegantes de la población, que tomaron empeño en aprender algunos de los estribillos, y que por mucho tiempo después los repetían, no con más gracia que el payaso.

Mientras unos se divertían con el circo, otros pretendían subir á los palos ensebados que se habían puesto en las cuatro esquinas de la plaza; pero la aristocracia de la población estaba casi toda, disponiéndose para el baile, que debía verificarse aquella noche, después de los fuegos. Era aquel un acontecimiento esperado con ansia desde muchos días antes, y para el que se habían hecho grandes preparativos. Por supuesto que las familias de don Esteban y don Sóstenes habían sido de las primeras invitadas, haciéndose extensiva la invitación á Juan y á Antonio, pues aunque alguno hubo que los quiso excluir, no pareció prudente hacerlo; á donde sí no llegó la invitación, fué á la casa de Magdalena, y aunque Guadalupe se empeñó en llevarla, fué

razón suficiente para que no consiguiera su objeto la falta de un traje adecuado.

Aunque el baile se preparaba con inusitado lujo, Juan y Antonio se informaron de que los hombres no usaban trajes de etiqueta, por lo que determinaron asistir, aunque de pronto hubieron pensado no hacerlo, por no haber llevado en sus equipajes casacas, que no se figuraron, y con razón, que les pudieran ser útiles en aquel pueblo.

A las diez de la noche, después que terminaron los fuegos artificiales, reducidos á muchos cohetes tronadores y alguna que otra montecina luz de bengala, se dirigieron Juan y Antonio, en compañía de don Sóstenes y su hija, al salón del Ayuntamiento, que era bastante espacioso, y, como tal, el que se había destinado para el baile.

En la plataforma donde se instalaban los munícipes, se había colocado la orquesta, y en el resto del salón había sillas de varias clases, como que se habían pedido prestadas á distintas personas, para ajuarear la pieza. El alumbrado consistía en grandes lámparas de petróleo, colgadas del techo, á conveniente distancia, en el centro lucía la perteneciente al despacho del jefe político, y en los ángulos del salón, sobre blancas columnas de yeso, se veían candelabros de

cristal con velas de estearina. El suelo estaba cubierto con lona salpicada de lentejuela, en las paredes había retratos litografiados de los héroes de la Independencia, adornados con coronas de yerba y banderas tricolores cruzadas; alternando los retratos con espejos de distintos tamaños; las vigas del techo desaparecían tras de espesa enramada de heno y flores.

Al llegar la familia de don Sóstenes, fué recibida en la puerta por dos empleados de la jefatura, que formaban la comisión para recibir á los invitados. Guadalupe encontró casualmente un asiento junto á una señora mayor, y los hombres quedaron en pie, formando un grupo cerca de la puerta.

Era la ya media noche, y Guadalupe no había bailado más que dos piezas con Antonio y una con Juan; éstos, por su parte, tampoco habían pretendido bailar con ninguna otra de las muchachas de la población.

—¿Has visto qué modo de bailar tienen los mexicanos?—decía una señorita muy vivaracha que con sus continuos gestos pretendía disimular las no prematuras arrugas de su rostro, á la que estaba á su lado.

—Te digo que yo no sé cómo Guadalupe se ha podido acomodar con ellos;

lo que soy yo, si me vienen á sacar, clarito les digo que no.

—Y no crean ustedes,—agregó otra,—que así se baila en México; allá bailan como nosotras, así me lo ha dicho mi primo Luis que estuvo ocho días en México el año pasado. Lo que sucede es que estos que se vienen á querer dar tono con nosotras, han de ser allá unos pobres que ni van á los bailes ni saben cómo se baila.

—Mira tú, Rodríguez sí que sabe bailar muy bien.

—Ya lo creo que sí.

—Y lo que es Lola no lo deja.

—¿Pues no dicen que se va á casar con su primo?

—No lo creas, no es tan tonta; pero ya conoces lo coqueta que es y le hace carita al primo bobo.

—Como Guadalupe al otro.

—¡Lo que es de esa dicen unas cosas!

—Con razón ya ni quien quiera juntarse con ella; mírala allí arrinconada con doña Josefa y aquella otra vieja que no sé quién será, alguna ranchera que se vino á meter.

Por otro lado del salón decían otras muchachas:

—Mira al Don Lechuga y á su amigo qué orgullosos, no han bailado más que

con la Gualupita; lo que es á nosotras ni caso nos hacen.

—Ni falta que hace, para eso hay aquí tanto muchacho fino y simpático.

—Yo no sé cómo los fueron á invitar.

—Porque están en la casa de Don Sóstenes donde han venido á que los mantenga, porque ya en México tenían que andarse escondiendo de sus acreedores.

—Pero si decían que los dos eran muy ricos.

—Sí, ricos! eso venían contando, pero ya se les aclaró todo. Tú crees que si fueran ricos estarían aquí? ¿qué habían de venir á hacer á este pueblo? No se sabe que tengan negocio en él, ni se ocupan en nada.

Don Estéban, después de haber estado hablando largo rato con algunos otros personajes, cansado de dar vueltas inspeccionándolo todo, se fué á sentar junto á la esposa del administrador de rentas, señora como de cincuenta años, muy emperejilada, que presumía de ser muy severa en asuntos de moralidad, de tener esmerada educación y de ser muy franca, pues, como ella decía, "no se mordía la lengua para decirle una fresca al lucero del alba," por más que esa franqueza degenerara las más veces en falta de educación.

—Muy bien lo ha hecho ahora la Junta Patriótica, señor Don Estéban, las fiestas nada han dejado que desear.

—Y todavía faltan los gallos, los toros, las rifas y los demás juegos. Hemos querido que esto sea una feria que durará ocho días, empezando mañana.

—Ha venido mucha gente de fuera, con lo que se beneficia la población.

—Algún dinero dejan al comercio; esto tuvimos presente para arreglar la feria.

—Habrá costado un dineral.

—A la Junta Patriótica no cuesta gran cosa, y el Ayuntamiento ha sacado una buena cantidad de las licencias para los juegos y diversiones.

—El baile está muy animado. y qué bien ha hecho usted en prohibirle á Doloritas que baile con el primo.

—Yo no he prohibido nada á Lola.

—Pues yo creía que por eso no había bailado con ella, y como su primo anda contando que ella lo enamora y que usted quiere metérsela por los ojos para que se casen, creí que sabía usted esto y por eso le había prohibido que bailara con él.

—Nada de eso sabía yo, señora, ni creo que Juan haya dicho semejantes cosas

—Pues todo el pueblo lo sabe, y aun-

que yo no se lo he oído, porque no nos ha hecho el honor de visitarnos (esto era lo que tenía indignada á la buena señora) ya sabe usted, señor Don Estéban, que cuando el río suena, agua lleva, y la honra de las muchachas es cosa seria. Yo le digo á usted esto porque soy muy franca; si no pone usted pronto el remedio, después será tarde. Vea usted no más lo que ha perdido la pobrecita de Guadalupe Quiróz por la imprudencia de Don Sóstenes de recibir á esos muchachos en su casa; no será, no habrá nada, serán muy buenos todos, pero el caso es que Guadalupe, le aseguro á usted que ni pesada en oro la quería yo para nuera.

—Puede ser que en algo tenga usted razón

—¿Y cómo no la he de tener? En todo, señor, en todo. Por lo que aprecio á usted y lo mucho que quiero á Doloritas, me intereso en que no padezca su buen nombre. No quiero contar á usted, por no darle un mal rato y porque no me gusta quitar á nadie el crédito, todo lo que se dice del sobrinito de usted y de lo que se ha averiguado de su manejo por conductos muy seguros; no más le digo que los informes que han llegado de México, son atroces, y que ya el Don Juanito anda propalando entre todos los per-

didos del pueblo mil infamias que lastiman el honor de mi querida niña Dolorcitas.

Sobre el mismo tema siguió la conversación, y tanto dijo la administradora de rentas, que dejó á Don Estéban muy convencido de que Juan era un perdido y de que mientras estuviera en el pueblo, debía evitar Lola hasta las relaciones con don Sóstenes y Guadalupe.

Una de las amigas íntimas de Lola aprovechó la oportunidad del baile para contarle los chismes del pueblo, y lo hizo de modo que dejó terriblemente irritada á Lola contra Juan, á quien calificó de presuntuoso y atrevido; pero sobre todo, lo que más le pudo, fué que le dijera su amiga que Juan se había burlado de las famosas y alabadas décimas.

Aún no se reponía Lola del disgusto que le había ocasionado la conversación con su amiga, cuando se le acercó otra y le dijo:

—¿Ya sabes por fin quién es la dichosa maestra de tu prima Guadalupe?

—No he sabido nada nuevo.

—Pues, hija, ¿dónde vives? Todo el mundo está ya enterado de que es una muchacha que ha venido tras de Juanito.

—¿Qué decían ustedes?— preguntó Rodríguez, que se acercó á las jóvenes

y había oído el final de la conversación.

—Le contaba yo á Lola lo que se dice respecto de su primo y de esa muchacha que va á la casa de Guadalupe.

—¡Ah, sí! Yo, la verdad, no me hago el ánimo de creer esas cosas, aunque parece que son enteramente ciertas: á mí me lo han asegurado personas respetables que conocen muy bien toda esa historia, y, por otra parte, la muchacha de referencia tiene un tipo vulgar, que predispone en su contra.

La orquesta anunció una polka, y Juan se acercó á donde estaba Lola, que le había ofrecido bailar con él esta pieza; pero la joven, que estaba fuertemente impresionada por lo que acababa de oír, le dijo con irritado acento:

—No puedo bailar contigo esta ni ninguna otra pieza.

Y levantándose, tomó el brazo de Rodríguez y le dijo, de manera que pudiera oírlo Juan:

—Si no tiene usted comprometida esta polka la bailaremos.

—Ya sabe usted, Lolita, que en todo caso estoy dispuesto á servirla.

Se alejaron los dos, y Juan se quedó corrido delante de las amigas de Lola que habían presenciado el lance y se cubrían las caras con los abanicos para mal ocultar una burlona sonrisa.

Contó Juan á Antonio lo que acababa de pasarle y determinaron retirarse del baile, tanto más cuanto que Guadalupe había notado que nadie pretendía bailar con ella, cuando siempre había sido una de las más solicitadas para el baile.

No hicieron más que salir del salón y desatarse contra todos ellos la murmuración más sangrienta.

Rodríguez aprovechó la oportunidad para declarar su amor á Lola, y ésta lo acogió con benevolencia, pero le señaló un plazo de ocho días para resolverle definitivamente.

Tales fueron los acontecimientos y resultados de aquel famoso baile.

IX

Los amores de Juan.

Ha pasado un mes; durante él pretendió Juan un día hablar con Lola, para que le explicara el motivo de su conducta en la noche del baile; pero no pudo conseguir verla, por lo que determinó ir con don Sóstenes y su hija á la tertulia del jueves. Guadalupe, que ya se había hecho cargo de las murmuraciones del pueblo, y sospechaba algo de lo que

pasaba con Lola, se resistía á ir, sin decir á su padre los motivos de esa resistencia, por no causarle un disgusto; pero al fin consintió en acompañarlos á la visita.

Juan procuró llegar un poco tarde, para que estuviera ya instalada la tertulia, y no pudiera Lola rehusarse á recibirlo.

Llegaron á la casa y les llamó la atención que no estuviera iluminada la sala; pero se oía el rumor de risas y conversación en otras piezas de la casa. Guadalupe no quiso, como lo hacía otras veces, entrar por las piezas interiores, sino que se empeñó en que llamaran por la puerta de la sala; así lo hicieron, y al cabo de un gran rato salió don Esteban, los saludó muy ceremoniosamente, y todos tomaron asiento en el estrado.

—¿Qué se han hecho tus tertulianos? —preguntó don Sóstenes.

—Están por allá adentro.

—¿Y mi sobrina?

—Dispénsale si no sale á saludarte; pero ahora no es posible.

—Tío—dijo Juan, no pudiendo contenerse más—yo he venido con ánimo de tener una explicación con Lola sobre un desaire que me hizo públicamente la noche del baile; me importa aclarar esto, y suplico á usted le diga á Lola que de-

seo hablar con ella un momento, en presencia de ustedes.

—Nada tiene que hablar Lola contigo, ni ella ni yo estamos dispuestos á escucharte; si ahora estás en mi casa, es porque has venido con Sóstenes; á tí te hubiera cerrado la puerta.

—En tal caso—dijo Juan, pálido de indignación—no es á Lola á quien tengo que pedir una explicación, sino á usted.

—No estoy en disposición de dártela.

—¿Qué es esto, qué ha pasado entre ustedes?—preguntó don Sóstenes—supongo que á mí no me negarás las explicaciones que no quieres dar á Juan.

—A tí te las daré á solas y en otra ocasión, cuando no esté Juan presente. Lo único que por ahora te puedo decir, es que no debes consentir en tu casa á la preceptora que tiene tu hija.

—Yo sé muy bien lo que hago, y á qué clase de personas recibo en mi casa; ni tú ni nadie tiene derecho de mezclarse en mis asuntos privados; pero ya que lo has hecho, exijo que me digas las razones que tienes para expresarte de esa manera.

—Repito que no estoy por ahora dispuesto á dar explicación alguna.

—Pues entonces, no extrañes que ninguno de nosotros vuelva á tener relaciones contigo, mientras no nos dés, no

una explicación, sino la más completa satisfacción de lo que está pasando. Vámonos, hijos, nada tenemos ya que hacer en esta casa.

Iba á replicar don Esteban, cuando se adelantó Juan, y le dijo con reposado pero firme acento:

—Tío, el respeto que tengo a usted por nuestro parentezco y por su edad, hace que le perdone cuanto de mí piense ó hable, pero le suplico que nada diga que pueda ofender á la señorita Magdalena, ni á mi prima Guadalupe, porque nunca he consentido que en mi presencia se ofenda á una señora, y acaso llegara á olvidar las consideraciones que debo á usted.

El tono y la dignidad con que se expresó Juan, impusieron de tal modo á don Esteban, que no se atrevió á decir palabra, y todos salieron de la casa, despidiéndose de él con una ligera inclinación de cabeza.

Al salir, ya no pudo Guadalupe contener el llanto, y se le escaparon algunos sollozos.

—Es una indignidad lo que ha hecho Esteban,—dijo don Sóstenes— debía haberse reportado, siquiera por no lastimar á mi hija.

—Nosotros tenemos sin duda la culpa de todo—dijo Antonio—aunque no com-

prendo qué es lo que ha motivado esto; pero lo cierto es que antes de la generosa hospitalidad que usted nos ha dado, las dos familias estaban muy unidas.

—Es necesario— agregó Juan—que mañana mismo regresemos á México, para que no siga esto adelante; yo, por mi parte, no hago caso alguno de lo que puedan decir tío Esteban y su hija Lola, así es que esta noche nos despediremos para salir mañana temprano.

—Eso es, váyanse ustedes, para dar visos de razón y fundamento á cualesquiera que sean las habladurías de las gentes; déjenme á mí solo en la campaña que hay que emprender contra los calumniadores! Y tú, Juan, abandona también á doña Emilia y á su hija, cuando de un día para otro estamos esperando el fallo del amparo, y si, como creemos, es favorable, que se queden ellas solas para recobrar sus intereses! No, señores, no consiento en que se vayan, sino que seguirán viviendo en mi casa como hasta aquí. Yo sé muy bien lo que debo hacer, y muy poco valdremos si no conseguimos conjurar esta tormenta.

—No, Juan, no piensen en irse—insistió Guadalupe.—Eso sería una desgracia para doña Emilia y para la pobre de Magdalena. Deja que hablen y digan lo que

quieran; ya se convencerán de que es una infamia lo que están haciendo.

—Pero, tío, ese es el único remedio pronto y eficaz para que vuelva la tranquilidad á la casa de usted. Ya ve cuánto se ha afectado con esto Guadalupe.

—No me afecto por mí, sino por ustedes, y principalmente por Magdalena.

—Si en algo me aprecian ustedes, si alguna consideración merecen los ruegos de tu viejo tío, no hablemos más: se quedan y veremos qué sesgo toma ésto cuando vean que no han conseguido su objeto; porque, no te canses. esto es una trama urdida para que abandones el negocio de doña Emilia.

Aún insistieron los dos jóvenes en marchar al día siguiente para México; pero tuvieron que ceder á los ruegos de Guadalupe y á la formal oposición de don Sóstenes, y convinieron en quedarse hasta que terminara el negocio que Juan tenía pendiente.

Cuando estuvieron solos los dos amigos, dijo Antonio á Juan:

—Supongo que después de lo que ha pasado, habrá perdido Lola lo que tenía ganado en tu estimación, y te resolverás por tu prima Guadalupe, que reune cuan tas gracias, virtudes y condiciones se necesitan para hacer la felicidad de un esposo.

—Tienes razón en cuanto á que prescindo por completo de Lola; pero eso no quiere decir que me decida por Lupe, no obstante que reconozco sus méritos; la aprecio en lo que vale, la quiero mucho; pero no me inspira el amor que yo creo se debe tener á la que ha de ser nuestra compañera.

—Pero hombre, si no puedes encontrar mejor esposa, si tu prima es un dechado de perfecciones, si hasta lo que yo (insensato de mí), le critiqué al conocerla, el poco gusto de sus vestidos, ha desaparecido por completo con las lecciones de la señorita Magdalena; si ya no han vuelto á figurar en la cabezá de Guadalupe aquellos horribles lazos, si los vestidos que ella se hace pueden ser modelos de elegancia, si aun cuando no hubieran desaparecido aquellos ligerísimos defectos, bastaban para borrarlos las virtudes de tu prima y su angelical hermosura. ¿Qué más puedes pedir?

—"Voy á darte la mano para que no caigas en el precipicio, ya que tienes el capricho de asomarte á sus orillas." Ya te convencerás de que, vistas de cerca, no llenan tus aspiraciones las bellzas de provincianas." Todo esto me decías la víspera de nuestro viaje á esta población; y ahora que renuncio á mis pretensiones de boda, te conviertes en el apolo-

gista de una de esas bellezas de provincia que te hacían tan mal efecto. Mira, Antonio, voy sospechando, y no de ahora, que estás enamorado de mi prima Guadalupe.

—Cállate, hombre, no digas semejante cosa. ¿Así había yo de corresponder á la hospitalidad y favores que debo á don Sóstenes?

—¿Qué tendría eso de malo? Tú eres un buen partido para Guadalupe, y estoy seguro de que mi tío vería con mucho gusto ese matrimonio, que para mí sería también una dicha, porque á los lazos de nuestra amistad se unirían los del parentezco.

—Creo que estoy á punto de enamorarme seriamente de tu prima; pero si así fuere, no la diré una palabra sin haber antes hablado sobre eso con don Sóstenes.

—Gracioso será que tú te cases en provincia, y yo, que á eso vine, vuelva soltero á México.

—No tardó don Sóstenes en saber lo que se decía de Magdalena y Juan; éste, que también llegó á saberlo, se indignó en extremo; pero su tío le aconsejó que nada hiciera hasta conocer el resultado del amparo pendiente y entonces se podría confundir á los calumniadores y sabrían las gentes quién era Magdalena. Resol-

vieron seguir viviendo entre tanto retirados en lo posible, del trato social.

Doña Emilia y Magdalena, que nada sabían, siguieron frecuentando la casa de don Sóstenes, lo que estrechaba cada vez más la amistad de las dos familias y de nuestros amigos.

Juan no había llegado á enamorarse de Lola, así es que no sintió la ruptura de sus relaciones con su tío Estéban, más que por lo que tenía de ofensiva para su amor propio; pero hasta ese sentimiento fué desapareciendo poco á poco, á proporción que era mayor la confianza con que trataba á doña Emilia y á Magdalena, quienes le manifestaban cada día mayor estimación. Magdalena estaba dotada de tantos atractivos, tenía tanto talento y tan variada y completa instrucción, que era el encanto de aquellas tertulias familiares. Guadalupe se instruía rápidamente en los usos de la alta sociedad, en la pintura, en la música y en otras mil cosas, sin perder con esto su candorosa ingenuidad, en franqueza de buen tono y sus demás virtudes.

Antonio estaba, sin notarlo, cada día más enamorado de Guadalupe; era el compañero inseparable de Don Sóstenes, que apreciaba en lo que valía á aquél joven tan instruído, tan honrado y de tan buen carácter.

Juan no pudo permanecer por mucho tiempo insensible á las gracias de Magdalena; el carácter serio y reflexivo de aquella joven que tanto había sufrido con valerosa resignación, que había tomado con tanta naturalidad su humilde puesto de institutriz para sostener á su madre y á su hermano, hizo una impresión profunda en el ánimo de Juan, impre sión que no tardó en convertirse en verdadero amor.

Luego que Juan comprendió el estado de su corazón, tuvo una conferencia sobre esto con Doña Emilia. La buena señora, por más que se sintiera halagada y sumamnte complacida, dijo á Juan que no era ella sino su hija quien debía resolver en el asunto del que dependía la felicidad de toda su vida. Llamó á Magdalena y le participó las pretenciones de Juan.

Permaneció Magdalena un rato en silencio, y después, dirigiéndose á Juan, dijo:

—A tantos favores como usted nos ha hecho, tengo que agregar la honra que nos dispensa solicitando mi mano. La gratitud me obligaría á acceder á su petición si no fuera porque estimo en mucho la felicidad de usted, y temo que lo que ha tomado por amor á mi persona, sea únicamente efecto de la bondad de

su corazón que de este modo quiere favorecernos en el desamparo en que nos encontramos.

—Señorita,—la interrumpió Juan,—he pensado detenidamente sobre ello, y no me he atrevido á solicitarla á usted en matrimonio sino cuando he estado muy seguro de que la dicha de mi vida depende de esta unión.

—Creo lo que usted me dice, así lo siente usted sin duda; pero es tan fácil que confundan el amor con la compasión las personas que, como usted, están dotadas de un corazón sensible y honrado, que no puedo prescindir de los temores de que antes hice mención; dejemos pasar algún tiempo, que usted mismo se convenza de que he llegado en realidad á inspirarle amor, y entonces le contestaré.

—Estoy tan seguro de mis sentimientos, que no rehuso esta prueba. ¿Le parece á usted bastante un mes de plazo?

—Juzgo que es muy poco, y que no bastarán menos de seis.

—Me sujetaré á lo que usted determine, pero me atrevo á suplicarle que no demore su contestación por más de cuatro meses.

—Sea: dentro de cuatro meses volveremos á hablar sobre esto, si usted insiste, pero entretanto, queda usted en

absoluta libertad, como si nada hubiera pasado entre nosotros.

Nadie, ni Antonio, supo palabra de esta conversación, y todo siguió en el mismo estado en la casa de Don Sóstenes.

X.

El incendio.

"El Provinciano" dió, con mucho bombo, la noticia de las relaciones entre don Cuauhtemoc Rodríguez y "la bellísima señorita Dolores Molina," y anunció que dentro de un mes se uniría "la feliz pareja." Con este motivo, habló extensamente de las extraordinarias dotes que adornaban á los futuros esposos, y cargó la mano respecto de los talentos de Lola, á la que llamó "rutilante y flamígera estrella de la constelante comba que capeliza nuestro suelo." De paso, se corrió también en los elogios de la honradez, finura y alta posición social del inteligentísimo y caballeroso novio." Por supuesto que don Esteban no había dado parte del próximo matrimonio á la familia de don Sóstenes.

El día en que apareció en "El Provin-

ciano" la noticia, recibió la de que se había ganado el amparo en México, y que, al tenor de la sentencia de la Suprema Conte, debía fallarse absolviendo de la demanda á doña Emilia, devolviéndola sus bienes secuestrados, entregándola los frutos percibidos y pagando Rodríguez las costas. Para violentar los trámites, volvió Juan á la capital del Estado, provisto de cartas de recomendación que le habían mandado de México, y que no podía dejar de obsequiar el Gobernador.

Rodríguez supo también la pérdida del amparo, que dejaba al padre y al hijo en la miseria, sin más recursos que los que adquirieran con su trabajo; y aunque esto les afectó mucho, se consoló con que su próximo matrimonio le daría una brillante posición, por lo que se dedicó á activar todos los preparativos, apareciendo á los ojos de Lola cada día más enamorado, con lo que se conquistaba también la estimación de don Esteban, que estaba contentísimo con tan ilustrado yerno. Por lo que hace á Lola, aunque al principio correspondió á Rodríguez, despechada por lo que le habían contado de Juan. no tardó en enamorarse de su novio, al que suponía adornado de todas las bellas cualidades apetecibles, unidas á una ilustración poco co-

mún: sobre todo, lo que más contribuyó á decidirla por Rodríguez, fueron los inmoderados elogios que éste hacía á cada momento de los conocimientos científicos y literarios de su prometida.

Pocos días bastaron para que regresara Juan con la ejecutoria, que se apresuró á cumplir el Juez de primera instancia, y entonces don Sóstenes obligó á doña Emilia á tomar fondos que le adelantó para ajuarear lujosamente la casa que había sido de su esposo, y que tuvo que devolver Rodríguez, lo mismo que todos los demás bienes que había usurpado. Se dieron á conocer doña Emilia y Magdalena, y las gentes, tan veleidosas como lo son por lo común en los pueblos, se apresuraron á solicitar nuevamente la amistad de Guadalupe para que ésta las relacionara con aquella familia, que resultaba ser una de las más ricas del Distrito.

Luego que doña Emilia se instaló en su casa, volvió Juan á hablar con ella y con Magdalena de sus pretensiones. respecto de ésta.

—Ahora—dijo—han cesado los motivos que tenía la señorita Magdalena para fijar un largo plazo á su contestación; ahora que han recobrado ustedes sus bienes y vuelven á ocupar el lugar distinguido que las corresponde en la so-

ciedad, no puede atribuirse, á compasión por mi parte la demanda que tengo el honor de repetir: Señorita Magdalena, ¿quiere usted hacerme el más feliz de los hombres, aceptándome por esposo?

—No era necesaria una contestación explícita de la joven para conocer que aquella petición la llenaba de alegría; el rubor coloreaba sus mejillas, y el brillo de sus hermosos ojos hacía traición á sus sentimientos, dándolos á conocer.

—Con todo mi corazón acepto, y procuraré con mi amor hacer la felicidad de usted, á quien tanto debemos.

—Esto, hijos míos, es el complemento de mi dicha.

Quedó arreglado el matrimonio de Juan para dentro de un corto plazo, y excusado es decir que don Sóstenes, Guadalupe y Antonio fueron los primeros en saberlo, los que más celebraron tan feliz acontecimiento y los que se encargaron de publicarlo en el pueblo.

Aunque don Esteban y Lola estaban ya convencidos de que cuanto se había dicho de Juan y Magdalena era una vil calumnia, y se arrepentían interiormente de su ligereza, el orgullo les impedía confesarlo, y no se habían reanudado las relaciones entre las dos familias, á pesar de que Guadalupe, incapaz de guardar rencor, saludaba siempre muy afectuo-

samente á su tío Esteban y á Lola, cuando los veía en la calle.

Faltaban cuatro días para el matrimonio de Lola; se hacían ya los últimos preparativos; Rodríguez se manifestaba rendidamente enamorado, y había conseguido que uno de los usureros del pueblo le prestara una fuerte suma, para los regalos de boda, á fin de que no se descubriera desde luego la pobreza en que, por la pérdida del negocio de doña Emilia, había quedado el padre del novio. No tenía éste que poner casa, pues se había convenido en que, una vez verificado el matrimonio, los recién casados vivirían con don Esteban, y que Rodríguez se asociaría con el suegro en los negocios mercantiles.

Esa noche había estado Rodríguez como de costumbre, en la casa de Lola hasta las diez; al salir, pasó por el billar y se entretuvo allí jugando y hablando del próximo matrimonio con sus amigos, hasta cerca de las doce que se retiró á dormir. Llevaba un buen rato de estar soñando en su futura dicha, cuando lo despertaron las campanas de la parroquia que tocaban á rebato; de pronto aquello no hizo más que impacientarlo por haber interrumpido su sueño, pero seguía el toque cada vez más apresurado, y por la calle pasaba mucha gente

corriendo, lo que avivó la curiosidad de Rodríguez; se levantó y salió á la calle para informarse del motivo de aquella alarma. Al salir notó una gran claridad y pudo distinguir algo de llamas y chispas, al propio tiempo que se oían detonaciones sordas. A los primeros que pasaron, les preguntó qué sucedía, y le dijeron que había un incendio; pero sin que supieran en qué parte de la plaza, pues por allí se veían las llamas. Pensando entonces que, como secretario de la jefatura, sería de buen efecto que se presentara en el lugar del incendio, tomó el camino de la plaza, y al llegar á ella se le presentó el más desconsolador espectáculo.

La casa de don Esteban Molina era una inmensa hoguera, ardía por todas partes, y era imposible contener el incendio, porque, gracias á la apatía de las autoridades, no había agua en la fuente de la plaza, y eran inútiles las tres ó cuatro pequeñas bombas que prestaron algunos particulares. El edificio, los almacenes, todas las mercancías y muebles de la casa, estaban perdidos.

Don Esteban, hecho un loco, había sido llevado á la casa de don Sóstenes, á donde estaba también Dolores; ambos habían sido salvados con gran trabajo por don Sóstenes, Juan y Antonio, que

acudieron en los primeros momentos, y que continuaban haciendo heróicos esfuerzos para salvar algo del incendiado edificio. Sin conseguir otra cosa que poner en riesgo su vida, y sufrir algunas quemaduras y contusiones.

Rodríguez, luego que se informó de aquello, y vió que no quedarían más que ruinas de la casa, se volvió á la suya y se encerró en ella, presa de la más horrible inquietud, que no tardó en convertirse en aguda desesperación.

Todavía al día siguiente ardía la casa y era total la ruina de don Esteban, que tenía todo su capital invertido en la negociación mercantil, sin haber tenido la precaución de tomar un seguro contra incendios.

Ocho días habían pasado después del desgraciado accidente. Don Sóstenes y Juan estaban ocupadísimos examinando el estado de los negocios de don Esteban, ayudados en parte por éste, que al fin había recobrado algo de su energía. La ruina era total; no se habían podido salvar más que unos cinco mil pesos, y los libros de la negociación que estaban en la caja; los créditos pasivos importaban quince mil pesos, y no había que contar, por lo pronto, al menos, más que con tres ó cuatro mil pesos de créditos activos.

Don Sóstenes y Guadalupe no habían abandonado á sus parientes; desde el primer momento se los llevaron á su casa y allí les prodigaron cuantos auxilios y consuelos necesitaban. Juan, olvidando completamente lo que había pasado, tomaba decidido empeño en dulcificar la situación, y se dedicó enteramente al examen de los negocios de su tío.

Antonio había estado en cama, porque las quemaduras que sufrió la noche del incendio, aunque no eran de gravedad, dilataban en su completa curación, y era atendido cariñosamente por Guadalupe y don Sóstenes.

No hay para qué decir que del matrimonio de Lola no se había vuelto á hablar.

Aquel día estaban todos reunidos en la sala de la casa; don Sóstenes y Juan acababan de revisar por última vez los libros, y, tomando la palabra el primero, dijo, dirigiéndose á don Esteban:

—La situación no es tan desesperada; se pueden solicitar esperas de los acreedores, que no las negarán, en vista de la desgracia que te ha ocurrido, y con los cinco mil pesos que te quedan y lo que se pueda ir cobrando, volverás á establecer tu comercio, y al cabo de algunos años habrás pagado todo y recobrado la mayor parte de tu capital.

—Olvidas que ya estoy viejo y no tengo ni tiempo ni fuerzas para volver á empezar.

—No, papá—dijo Guadalupe—no hay qué pensar en eso; que se paguen los acreedores con lo que ha quedado á mi tío, y que Lola y él se vengan á vivir con nosotros; aquí nada les ha de faltar, y haremos todos una sola familia.

—¡Cuánto te agradezco esas palabras, sobrina! Eres verdaderamente buena, como lo es tu padre y lo son todos ustedes. Nunca me perdonaré los disgustos que les hemos causado.

—No se hable una palabra de eso, de que ninguno de nosotros se acuerda. Por ahora, ven, vamos á dar una vuelta, es necesario que salgas y te distraigas un poco; Juan y yo te acompañaremos.

Salieron y quedaron solas Dolores y Guadalupe.

—¿Sabes—dijo la primera—que ya me extraña que no haya venido Rodríguez? Nos ha estado mandando recados escritos, informándose de la salud de papá y de la mía, y aunque en uno de esos recados me dijo que estaba tan afectado con nuestra desgracia que no se hacía el ánimo de venir hasta que se pasaran algunos días, ya era tiempo de que viniera. Una vez verificado nuestro matrimonio, le ha de ser Rodríguez muy útil á papá,

para ayudarle en sus negocios; se pondrá al frente de ellos, y, por poco que tengamos, haremos que pase papá tranquilo y feliz los últimos días de su vida.

—No te preocupes por eso, algo ha de estar arreglando él por su parte, y no querrá venir hasta que tenga todo dispuesto para el matrimonio; figúrate que, según me has dicho, no había puesto casa, porque todos iban á vivir en la de tío Esteban, mientras que ahora tiene necesidad de ajuarear casa para ustedes.

Guadalupe decía todo esto por consolar á Lola; pero no tenía gran fé en Rodríguez, que nunca le había sido simpático.

Interrumpió la conversación una criada que entró con una carta en la mano, y la entregó á Lola, para quien iba dirigida.

Abrió Dolores la carta, la leyó rápidamente, se puso de pronto densamente pálida, después roja de indignación; se levantó con los ojos llenos de lágrimas, que á duras penas contenía.

—Mira—le dijo á Guadalupe—y salió de la sala para encerrarse en su recámara.

La carta era de Rodríguez, y decía así:

"Mi adorada Doloritas: Los intangibles efluvios que cual etéreo aleteo de música insonada repercuten en mi cora-

zón adolorido y mustio, como noche tinieblante, me impelen inconscientes á dirigir á usted estos acentos eólicos. Ya estaba incinerada la antorcha flamígera de nuestro himeneo, cuando las membranosas alas del infortunio infinito, soplaron sobre nuestros destinos, para laborar entre nosotros el supremo obstáculo que sumirá mi alma en el dantesco infierno de la separación. Las venas amarillas de la tierra me han negado su savia fecundante, y como no quiero que mi angélica tórtola carezca de paraceve, no osaré más presentar á su vista la desgarradora imagen de mi desesperación, y sólo le remeso las perlas irisadas de mis lágrimas, por no poder cumplir los altos destinos á que nos conviaba el amor. Por la postrera vez hago á usted depositaria de mis pensantes afectos.—**Cuauhtemoc Rodríguez.**"

Después de leer tres ó cuatro veces esta carta, dijo para sí Guadalupe:

—Lo único que saco en limpio de este galimatías, es que ese pícaro de Rodríguez deja plantada á Lola, ahora que ya no tiene dinero. Esto es una infamia; pero vale más que se haya dado á conocer antes de que mi pobre prima se casara con él; de buena escapó. Voy á verla, y á evitar que se entere tío cuando ven-

ga, porque esto va á ser para él un desengaño muy doloroso.

Dolores estuvo enferma todo el día; pero á nadie dijeron ella ni Guadalupe lo de la carta de Rodríguez.

Al día siguiente, se reunieron en el despacho de don Sóstenes: Juan, Antonio y los dos tíos. Don Sóstenes tomó la palabra y se expresó en los términos siguientes:

He pensado mucho sobre tu situación, al mismo tiempo que entre don Antonio, Juan y yo hicimos un reconocimiento detenido del estado de mis intereses. He querido que nos reunamos aquí para hacerte una proposición. Tengo en el Banco veinticinco mil pesos que no necesito, pues las cosechas de este año han estado muy buenas y todavía no he vendido ni un grano de semilla; además, tengo aquí en mi caja algunos fondos, y los esquilmos de la hacienda me dan lo bastante para mis gastos y para el fomento de la negociación. Te presto veinte mil pesos para que pagues desde luego todos tus créditos, aún los no vencidos; con lo que te queda, más tu crédito, que subirá mucho más con esto; puedes volver á establecer tu negociación bajo el mismo pie que la tenías. Ya dí orden para que mañana mismo comiencen á reedificar tu casa, lo que no es aquí muy cos-

toso, entretanto, siguen ustedes viviendo aquí con nosotros, hasta que vuelvas á instalarte en tu casa repuesta. Te advertiré que por los veinte mil pesos no te exijo rédito, y que me los pagarás cuando buenamente puedas.

El ceremonioso don Esteban se levantó llorando, para caer en los brazos de don Sóstenes. Nada pudo decir, la emoción que sintió fué tan intensa, que le quitó por el momento el uso de la palabra, Juan y Antonio estaban casi tan conmovidos como don Esteban; únicamente don Sóstenes se mostraba sereno, y no comprendía por qué los demás lo abrazaban y lo colmaban de alabanzas; para él, lo que hacía, era la cosa más natural del mundo.

—Sóstenes, no sé si deba admitir tu generoso ofrecimiento; déjame pensarlo, en este momento no tengo palabras, ni me doy cuenta más que de una sola cosa: de que eres el hombre más bueno y generoso que hay en el mundo.

—Pues no faltaba más sino que no admitieras un ligero servicio que tú me harías, acaso mayor, en tu caso.

—No sé cómo agradecer á tí, á Juan y á don Antonio todo lo que han hecho por mi hija y por mí.

—Mira; que estés agradecido á estos muchachos, lo comprendo muy bien, por-

que arriesgaron hasta su vida por salvar algo de tus intereses, y Antonio ha sufrido bastante con las quemaduras que recibió, lo que no le ha impedido ocuparse en hacer el plano para tu nueva casa, á efecto de que sea elegante, sólida y poco costosa; pero yo no hago más que depositar en tu poder unos fondos que para nada necesito, á Dios gracias.

—Déjame pensarlo y consultar con Lola y con el que va á ser su marido; no quiero herir su delicadeza, que es muy susceptible, acaso él prefiera más bien trabajar para nosotros, auxiliado por tí; pero no tan espléndidamente, sino en una proporción que le sea fácil pagarte. El era ya casi mi socio, si no de hecho, porque desgraciadamente aún no se verifica el matrimonio de Lola, sí moralmente; también él ha de tener algunos fondos, según me ha dicho, y aun nos quedase otro recurso más.

—No quisiera quitarte tus ilusiones; pero creo que no hay mucho que esperar de don Cuauhtemoc.

—No le conoces bien, y estás prevenido en su contra; ya verás.

—De todos modos, ya puse en tu nombre una circular á tus acreedores, diciéndoles que pueden ocurrir á mi despacho por el importe de sus créditos.

En el mismo día quiso don Esteban que conociera Lola las proposiciones de don Sóstenes, y para esto la fué á ver á su recámara, donde todavía estaba acompañada de Guadalupe.

—Alégrate, hija mía, voy á darte una buena noticia. No te vayas, Guadalupe, quiero que tú y todo el mundo sepan las generosas acciones de tu padre. Me ha ofrecido Sóstenes prestarme sin rédito, y. para que se los pague cuando pueda, veinte mil pesos; con ésto, lo que nos ha quedado y ayudados por tu futuro esposo, podré en poco tiempo rehacer mi fortuna; desde luego, la gente verá que no estoy arruinado como se piensa, y mañana mismo se comenzará la reconstrucción de nuestra casa, bajo la dirección del señor ingeniero don Antonio.

—Bendito sea Dios, que nos manda ese consuelo en nuestra tribulación. ¡Qué bueno es tío, y qué buenos son todos los de esta casa! No tenemos con qué pagarles lo que han hecho por nosotros después de lo mal que nos hemos conducido con ellos; pero la vergüenza que ahora siento, es el merecido castigo de mi orgullo y ligereza.

—Tú no tienes nada de qué avergonzarte—dijo Guadalupe—no tienes la culpa de que las gentes te hubieran hecho

creer tantas indignidades de nosotros. No te acuerdes de semejantes cosas; ni por un momento hemos dejado de querer á ustedes con el mismo cariño de siempre.

—¿Qué te ha parecido del ofrecimiento de Sóstenes, crees que lo debo aceptar?

—Eso no se pregunta, tío—interrumpió Guadalupe.—Si no aceptara usted lo que papá le ofrece, nos causaría con eso una verdadera pesadumbre, porque sería señal inequívoca de que no nos quiere usted; papá se ofendería, y yo no volvería á gastar en nada, pensando que á ustedes podía faltar lo necesario.

—Con Guadalupe y con mi tío—dijo Lola—es imposible dejar de hacer lo que ellos quieren; no se puede rehusar un favor hecho de esa manera. Acepte usted, papá, aunque no sea más que para probar que nosotros haríamos lo mismo en igual caso.

—Es necesario mandar llamar á Rodríguez, para que sepa la proposición de Sóstenes.

—No, papá; Rodríguez no pisará jamás esta honrada casa, ni la nuestra, si la volvemos á tener.

—¿Por qué, hija mía? El que no haya venido á visitarnos, no es motivo bastante para que rompamos con él, es en

realidad una ligera falta de la que estará bien castigado con una poca de seriedad por tu parte.

—Es que usted no sabe hasta donde llega la infamia de ese hombre; vea usted la carta que me escribió ayer; por fortuna, se apresuró demasiado, pues si sabe á tiempo que gracias á tío Sóstenes puede usted recobrar su fortuna, ya lo tendríamos aquí fingiendo amor y honradez.

Al concluir don Estéban la lectura de la carta, la estrujó entre sus manos, la arrojó al suelo, y dijo con acento, en el que se revelaba la cólera de que estaba poseído:

—Voy á abofetear públicamente á ese hombre que se burla de nosotros.

—No, tío, déjelo usted; creerán las gentes si ven á usted enojado, que tenía mucho empeño en que se casara Lola; y luego, considere usted que Rodríguez va á sufrir el peor de los castigos con el desprecio de Lola, y la noticia de que es usted tan rico como antes.

—Tienes razón.... Ha sido providencial el incendio de nuestra casa. Tarde ó temprano hubiéramos conocido el carácter de Rodríguez y seríamos desgraciados por todo el resto de nuestra vida. Por bien empleado daría yo entonces perder todos mis bienes con tal de arran

car á Lola del poder de ese hombre.... No merece más que nuestro desprecio.

Eso es lo que yo digo á Lola: dale gracias á Dios que te ha salvado de tener semejante esposo.

—No lo siento porque le conserve amor, este concluyó completamente; me afecta mi poco juicio para conocer á los hombres, y si no está herido con esto un amor que ya no existe, si es que existió alguna vez, sí les confieso á ustedes que se reciente mi orgullo de mujer; pero todo pasará en breve, ahora quedan mi padre á quien prodigar mis cuidados y todos ustedes á quienes hacer olvidar con mi cariño mis imperdonables faltas.

Cuando en la casa se supo lo de la carta de Rodríguez, todos felicitaron á Lola por haberse salvado de caer en poder de aquel hombre.

—Y no saben ustedes todo—dijo don Sóstenes—ese señor Rodríguez fué el que inventó y propaló en el pueblo todas las habladurías contra la familia de Magdalena, contra Juan y contra todos nosotros. El pleito que Juan ganó ha dejado en la miseria al padre de Rodríguez, y por eso quería vengarse; cuando vió perdidas las esperanzas de consumar el despojo de doña Emilia, apresuró su matrimonio con Lola para vivir rico á costa de Esteban.

—Por más mortificación que me cueste—dijo Lola—quisiera yo ver á Magdalena y á su mamá para pedirles me perdonen lo que dije de la primera y el desprecio con que las traté. Pregúntales, Guadalupe, si me permitirán verlas.

—No es necesaria la pregunta; estoy seguro de que Magdalena y su mamá se alegrarán mucho de verte; se han estado informando de ustedes con gran empeño, y no hán venido porque Magdalena ha estado indispuesta y el médico la prohibió que saliera, pero ya está bien y esta noche ó mañana vendrán.

En efecto, fueron las Ruiz á la casa de don Sóstenes, y trataron á Lola y á su papá, con tan exquisita finura, que ambos quedaron encantados, sin que, por supuesto, se hiciera alusión alguna, á las calumniosas hablillas del pueblo. Lola no tuvo que sufrir la mortificación de disculparse.

XI

La vuelta á México

A los pocos días se supo en todo el pueblo que don Esteban no sólo no estaba arruinado, sino que adelantaba to-

dos sus pagos para evitar que sus acreedores temieran perder sus créditos; que estaba reedificando su casa, y que dentro de muy poco tiempo volvería á reanudar sus negocios. Al llamamiento que se hizo á los acreedores para pagarles, contestaron casi todos que dejaban su dinero en poder de don Esteban, por la suma confianza que les inspiraba, y que estaban dispuestos á seguir remitiéndole los efectos que necesitara. Con esto, y el valioso auxilio de don Sóstenes, de Juan y de Antonio, no perdió don Esteban nada de su importancia en el pueblo.

Rodríguez estaba furioso contra sí mismo, y se reprochaba su ligereza en romper las relaciones con Lola, por más que juzgaba haber sido muy prudente con esperar ocho días.

—¿Quién había de pensar—se decía—que don Esteban tenía dinero en el Banco? Yo procuré informarme del estado de sus negocios, y estaba seguro de que no le quedaba más que la miseria, que recogieron en la caja..... ¡Soy un imbécil!.... buen trabajo me va á costar reanudar mis relaciones con Lola.

Y en efecto, quiso recobrar el amor perdido; pero recibió una contestación tan desdeñosa y categórica, que comprendió que era inútil insistir. Para colmo de

sus desgracias, el Gobierno llamó al jefe político, en virtud de la acusación que le habían hecho, y mandó para substituirlo á un honrado y legítimo coronel; que lo primero que hizo fué destituir al Secretario y consignarlo al juez por varios y graves desfalcos, que se descubrieron en la oficina, y de los que aparecía responsable Rodríguez. Reducido á prisión, salió de ella para compurgar en la penitenciaría del Estado los seis años de prisión á que fué condenado.

Juan no tardó en celebrar su matrimonio con Magdalena, arregló todo lo relativo á los bienes de doña Emilia, y determinó volver á México, donde se proponía vivir con su esposa y su suegra.

Todos veían con tristeza acercarse el día de la partida. Don Sóstenes andaba cabizbajo; Antonio se encerraba horas enteras en su cuarto dibujando y reformando los planos de la casa de don Esteban, y los cálculos de material y costos, y Guadalupe había perdido mucho de su inocente alegría.

Un día, dijo don Sóstenes á Antonio:

—¿Usted también piensa irse cuando se marche á México Juan con su familia?

—Preciso es, señor don Sóstenes; juntos venimos y juntos debemos volver;

por otra parte, mi estancia aquí se ha demorado mucho más del tiempo que yo me proponía, y aunque soy enteramente libre, es necesario que vuelva á ocuparme en los trabajos de mi profesión.

—Es que aquí necesitamos de los conocimientos de usted, por lo menos hasta que se concluya la obra de la casa de Esteban.

—Está ya bastante adelantada, y en estos días me he ocupado en dejar escritas todas las instrucciones necesarias, y en dibujar todos los detalles, para que el maestro de obras pueda concluir lo poco que falta.

—No crea usted que lo pueda hacer. Quédese usted con nosotros, siquiera hasta que concluya la obra.

—Mucho agradezco á usted sus instancias; me voy con positivo disgusto; pero le ofrezco volver á visitarlos muy pronto.

Don Sóstenes no insistió, y aquí dió fin la conversación.

La preocupación, y (lo diremos), el mal humor de Antonio aumentaban por momentos; Juan lo notaba y se reía interiormente Magdalena le preguntó un día:

—¿Qué le pasa á Antonio, que ha perdido su alegría; estará enfermo?

—Sí, está enfermo y de gravedad;

pero no hay que alarmarse, Guadalupe tiene el remedio infalible para curarlo.

—¿Está enamorado de Lupe?

—Sí.

—Pues creo que ninguna dificultad tendrá para conseguir su mano, porque Lupe lo aprecia mucho, y lo mismo el tío Sóstenes.

—¿Ves eso? Pues si yo no ayudo á Antonio, es muy capaz de irse á México con nosotros sin decir esta boca es mía. Es la primera vez que se enamora, y no conoce que Guadalupe lo quiere; teme insinuarse, cree que ha cometido una gran falta, una indignidad con tío Sóstenes, enamorándose de su hija; y esa lucha que está sosteniendo entre su timidez y su amor, es la que lo ha puesto en el estado en que está.

—¡Pobre! Es necesario ayudarlo.

—Así voy á hacerlo.

Al otro día tuvo Juan una larga conferencia con Antonio, de la que resultó que los dos jóvenes fueran en busca de don Sóstenes.

—Tío—le dijo Juan—Antonio quiere hablar á usted de un asunto de la mayor importancia, y aunque habíamos convenido en que yo fuera quien se lo participara á usted, me parece que á él toca más bien hablar en este caso y explicarse.

—¿Cuándo ha necesitado don Antonio de terceras personas para decirme todo cuanto quiera?

—Es, señor—dijo Antonio muy mortificado y lanzando una mirada de reproche á Juan, que se sonreía maliciosamente, es que para hablar á usted en este caso necesito de toda su indulgencia, y que de antemano me perdone el atrevimiento

—Vamos, tío, yo lo diré sin circunloquios: Antonio está perdidamente enamorado de Guadalupe, y se la pide á usted para esposa.

—¡Alabado sea Dios, así no nos dejará como lo pretende! ¡Guadalupe, hija mía, ven, ven pronto que te necesito!—gritó don Sóstenes abriendo la puerta de la sala que comunicaba con las piezas interiores.

—¿Qué se te ofrece, papá?—preguntó Guadalupe al entrar.

—Que don Antonio quiere casarse contigo..... ¿Qué dices de esto?

—¿Es cierto eso?—preguntó Guadalupe entre ruborizada y alegre, dirigiéndose á Juan.

—Ciertísimo, prima, que te lo diga el mismo Antonio.

—¿Quiere usted hacerme ese favor, señorita Guadalupe?

—Sí.... si mi papá quiere—dijo Gua-

dalupe con su acostumbrada franqueza después de un momento de vacilación.

—¡Cómo no he de querer!—exclamó Don Sóstenes,—vamos á disponer todo para la boda.

—No fueron largos los preparativos, y una vez casados, fácilmente convenció Antonio á Don Sóstenes que era necesario que se fueran todos á vivir á México.

—Pero y la hacienda, ¿qué hago con ella?—objetaba Don Sóstenes.

—Es la cosa más fácil de arreglar. Ya Juan encomendó á Don Estéban el cuidado de los intereses de Doña Emilia mediante una muy buena retribución, que, en obsequio de la verdad, costó mucho trabajo que aceptara Don Estéban: déjele usted también encomendada la hacienda, con una parte en las utilidades, á reserva de que vengamos periódicamente á visitarla y se acabó el gran inconveniente.

—Puede que tengas razón; lo pensaremos detenidamente.

Como era seguro que Don Sóstenes se resolvería á ir con sus hijos á México, Juan detuvo su viaje hasta poderlo hacer todos juntos, lo que no tardó en verificarse.

Tanto Guadalupe como Magdalena hicieron muchas instancias á Lola para que

las acompañara, pero ésta no quiso dejar solo á Don Estéban ni por unos cuan tos días, pues aunque sus negocios marchaban mejor que nunca, aún no se reponía moralmente el buen señor de las pesadumbres que había tenido.

Por fin salieron todos nuestros amigos del pueblo; todos iban contentos, pero Guadalupe, aunque tenía muchos deseos de conocer la capital, temía hacer en ella un papel ridículo por su falta de trato social. Manifestó á Antonio sus temores, y éste la dijo:

—Tus gracias, tu hermosura, y, sobre todo, tus virtudes, te harían por sí solas brillar en todas partes; pero á ellas hay que agregar que tu educación es perfecta y nada tienes que envidiar á la más aristocrática dama. Magdalena ha completado esa educación; nada temas, mi adorada esposa.

—Tú me guiarás y enseñarás lo que no sé, yo en cambio pondré mucho cuidado para ser una aventajada discípula y dedicaré toda mi vida á complacerte y amarte.

Las familias de Juan y de Antonio han visto realizado el ideal de la dicha. Lo único que alguna vez solía entristecerlas era la suerte de Lola, que seguía viviendo en "El Sausal" retirada de la sociedad y dedicada exclusivamente á cui-

dar á Don Esteban. Por fin, dos años después se casó con el Juez de Primera Instancia que ya conocemos, y ha sido en su matrimonio tan feliz como su prima Guadalupe. Bueno será advertir que cobró tanto horror á los versos y á la literatura, que los únicos libros que consiente en su casa, son los de devoción y el "Diccionario de Cocina."



UNA CAUSA CRIMINAL

I

El crimen

Por los años de 1,89... vivía en la ciudad de Puebla el señor Don Juan Meneses, hombre de sesenta y cinco años, generalmente conocido por ser uno de los más antiguos dependientes de la mercería "La Ciudad de París," y muy apreciado por su reconocida honradez, buenas costumbres y afable carácter. No tenía familia ni amigos íntimos que visitaran su casa, ni él frecuentaba la de ninguna persona; su vida, desde tiempo inmemorial, había sido siempre la misma: salía de su casa á las seis de la mañana, se desayunaba en el café que estaba en la misma calle en que él vivía y, en punto de las siete, estaba en el almacén; á medio día salía á comer en una fonda de

segundo orden y volvía á su trabajo hasta concluir este á las siete de la noche; cenaba en la misma fonda, daba dos ó tres vueltas por la plaza principal y se recogía en su casa invariablemente á las nueve de la noche; los domingos no se alteraban estas costumbres más que con el hecho de ir á misa de once á la Catedral y al paseo Bravo en la tarde. Cuando la lluvia lo obligaba á quedarse en la casa, se ocupaba en trabajos de relojería, por lo que tenía verdadera pasión. Vivía en una de las calles más céntricas de la ciudad, en un entresuelo independiente del resto de la casa, al que se entraba por un angosto zaguán, seguido inmediatamente de la no menos angosta escalera que desembocaba en una puerta lateral que daba entrada á una pieza en la que había un catre de fierro, un buró, una mesa con intrumentos de relojería, tres sillas corrientes y un ropero de madera blanca. Frente á la puerta de entrada había otra que comunicaba la primera pieza con otra que servía de sala, adornada con un ajuar de Viena, una me sa en el centro, un espejo en la pared sobre el sofá y un tapete en el estrado; á estas dos piezas, únicas que formaban la vivienda de Don Juan, daban luz dos balcones con vista á la calle.

El sábado 25 de Octubre de 1,89....

salió Don Juan del almacén á la hora de costumbre, pero acompañado aquella noche de un dependiente joven, con el que había tenido en la tarde un serio altercado por cuestiones del despacho; el joven había quedado muy resentido y salió con Don Juan, según dijo á sus compañeros, para tener con él una explicación.

El domingo siguiente permaneció cerrada la casa de Meneses, no se le vió en el café, ni en la fonda, ni en el paseo, lo que era extraordinariamente raro por ser la primera vez, en muchos años, que pasaba semejante cosa; pero subió de punto la extrañeza de los dueños del café y de la fonda, cuando llegó la mañana del lunes y no pareció Don Juan, permaneciendo cerrada la puerta de su casa; ocurrieron al almacén, al que tampoco había ido, y ya seriamente alarmados dieron noticia de sus temores al Juez de lo Criminal en turno.

Era el Juez un abogado ya entrado en años, muy práctico, muy empeñoso en el cumplimiento de sus deberes, y que ejercía la judicatura con verdadero amor á tan alto magisterio, así es que inmediatamente que recibió el parte de lo que acontecía, dictó el auto cabeza de proceso, y se disponía á ir á la casa de Meneses cuando entró en el despacho un

amigo del Juez, abogado también aunque más joven, y á quien apreciaba aquél demasiado por su buen juicio, su acrisolada honradez y sus vastos conocimientos en la ciencia jurídica.

—¿Vas á salir?—preguntó Luis Rojas, que así se llamaba el recién venido.

—Sí, voy á practicar una diligencia. ¿Quieres acompañarme?

—¿De qué se trata?

—Ha desaparecido, según parece, Don Juan Meneses, el antiguo dependiente de "La Ciudad de París," y voy á abrir su casa.

—Te acompañaré con mucho gusto, aunque probablemente no se tratará de un crimen, sino tal vez de la muerte repentina de Meneses, que de todas maneras es de sentirse, porque es, ó era, un apreciable sujeto.

—Vamos.

Llegaron á la casa, que permanecía cerrada, se llamó á un cerrajero, y, desde que éste abrió la puerta, quedó revelada la existencia de un crimen por las manchas de sangre que se veían en las paredes laterales de la escalera y por el repugnante olor que se desprende de la sangre cuando ha sido vertida en gran cantidad.

Puso el juez un centinela en la puerta para que nadie pasara, y entraron

únicamente en la casa el juez el secretario y Luis Rojas, todos con sumo cuidado para no borrar las huellas que pudieran encontrarse.

La puerta había sido cerrada seguramente por la parte de afuera pues no se encontró la llave; al pie de la escalera, junto á la puerta, había gran número de cerillos á medio consumir, y algunos sin encender; pocas manchas de sangre se veían en los escalones; pero en las paredes laterales las había en abundancia, y algunas dibujaban más ó menos confusamente, las huellas de manos ensangrentadas.

La puerta que daba paso á la recámara estaba medio cerrada, y lo estaba completamente la que conducía á la sala de que hemos hablado.

En la primera pieza se veían en el suelo señales sangrientas de pisadas que salían de la sala, se hacían más numerosas frente al ropero y se dirigían después á la escalera.

Todos los muebles de aquella primera pieza parecían estar en su estado normal; la cama no estaba deshecha, sobre el buró estaba un candelero con una vela de estearina entera y una caja llena de cerillos, en el cajón había una pistola de bolsillo cargada y sin huellas de haber sido disparada, y, tirado en el sue-

lo, estaba otro candelero con una vela casi consumida. El ropero tenía abiertas puertas y cajones, en los que se conocía que alguna cosa había sido buscada, según indicaban las señales de manos ensangrentadas que por todas partes se veían.

Nada había en aquel ropero que pudiera servir de indicio para la averiguación del delito; ropa en abundancia, papeles sin importancia alguna, que se reducían á cuentas y facturas pagadas; gran número de tarjetas de visita, felicitación de año nuevo, bautizos y matrimonios, todo en el más completo desorden; pero ninguna carta, ni un simple recado. No se encontraron billetes de Banco ni monedas de plata; pero en uno de los cajones abiertos, y fácilmente visibles, había una onza de oro americana y una gruesa cadena del mismo metal, con peso, aproximadamente, de cuatro á seis onzas.

El espectáculo que se presentaba en la sala, era horrible. El sillón del lado derecho del estrado, estaba derribado, el tapete con la esquina del mismo lado doblada, y á poca distancia yacía, con el traje con que se le vió el sábado anterior y derribado en tierra, el cadáver de Don Juan Meneses en un verdadero lago de sangre, con la cara hacia la pared y la

cabeza casi separada del tronco; en esa pared había, en la parte baja, una mancha de sangre, como si hubiera brotado de un amplio surtidor. Sobre la mesa no había lámpara, ni vela, y las vidrieras de los balcones, en ambas piezas, estaban cerradas.

Examinado el cadáver, no se le encontró más herida que una tremenda cuchillada en el cuello; en los bolsillos del chaleco tenía el reloj y algunas monedas de plata, y en la cartera treinta pesos en billetes de Banco.

—Fíjate—dijo Luis al juez al salir de aquella sombría casa después de levantar el acta con los pormenores que hemos hecho notar,—fíjate en estos dos detalles: en el bejuco del sofá, hacia el lado derecho, hay una pequeña gota de sangre, y en la pared de la escalera, en el mismo lado, dos ó tres señales de haber por ella escurrido también gotas de sangre de mayor tamaño

Comenzó el juez á práctiear con toda diligencia la averiguación, que dió por resultado hacer recaer las sospechas sobre aquel dependiente que la noche del sábado, último día en que fué visto Meneses, salió con él después del disgusto que entre los dos había mediado.

Ese dependiente tenía por toda familia á su anciana madre y á una hermana

á quienes él sostenía con el producto de su trabajo. La desolada madre, luego que fué reducido á prisión su hijo, ocurrió al Lic. Luis Rojas, suplicándole que se encargara de defenderlo.

—Veré á su hijo de usted, señora, hablaré con él y luego diré á usted si acepto ó no la defensa.

Rojas se dirigió á su amigo el Juez y le pidió permiso para hablar con el presunto culpable, que estaba incomunicado, pues ésto pasaba tres días después de haberse iniciado la causa.

—Quiero hablar con él—dijo Rojas—porque de eso depende que me encargue ó no de su defensa, y si la acepto necesito dedicarme inmediatamente á buscar al verdadero culpable antes de que sea imposible encontrar las huellas de su culpabilidad.

—Voy á darte el permiso que me pides, porque estoy enteramente seguro de que no eres capaz de servirte de él para preparar una coartada ó para hacer algo ilegal que entorpezca la averiguación.

—Contaba con esa buena opinión que tienes de mí; de otro modo no hubiera venido á solicitar semejante permiso.

—Aquí lo tienes; pero no entiendo de qué pueda servirte hablar con el preso, si no es para juzgar de su inocencia ó culpabilidad por el aspecto de su perso-

na, lo que es sumamente incierto. Por lo demás, cuenta con que te ha de negar enérgicamente su participación en el crimen.

—Tengo un medio, para mí seguro, ó al menos muy probable, si no para descubrir al culpable, sí para asegurarme de la inocencia del preso.

—¿Y qué medio es ese?

—Ya te lo diré después, si me encargo de la defensa del encausado.

II

La Instrucción.

Pedro Jiménez se llamaba el dependiente sobre quien recaían las sospechas de haber asesinado á don Juan Meneses. Cuando lo aprehendieron, no se dió cuenta de la gravedad del caso: estaba seguro de su inocencia, y, como todos los hombres honrados que nunca han tenido cuentas con la justicia penal, se figuraba que le sería lo más fácil del mundo demostrar su inocencia; creía que era bastante que ésta existiera para que en todo tiempo y sin esfuerzo brillara con intenso fulgor; y tenía por cierto que la justicia no se equivoca jamás,

ni puede equivocarse. Pero cuando después de su declaración preparatoria vió que no bastaban su simple dicho, ni las protestas que hacía para convencer al Juez; cuando éste le fué poniendo de manifiesto el cúmulo de circunstancias que concurrían á demostrar que era culpable, comenzó á desconfiar del éxito, desconfianza que llegó á convertirse en sombría desesperación á los tres días de estar incomunicado, así es que cuando entró el licenciado Rojas en la pieza en que estaba Jiménez, lo encontró completamente abatido y sin ánimos para defenderse de la inculpación que sobre él pesaba.

—Soy—le dijo Luis—un abogado á quien ha visto la señora madre de usted, para que lo defienda; antes de resolverme á aceptar ese encargo, quiero tener algunas explicaciones con usted.

—¿Qué puedo decir á usted, más que lo que he repetido hasta el fastidio al señor Juez, sin conseguir que me crea? No soy culpable, no sé quién cometió el crimen; no volví á ver á Meneses desde la noche del sábado, en que nos despedimos después de haber tenido unas explicaciones que disiparon completamente el ligero disgusto que habíamos tenido en el almacén.

—¿En qué parte se separó usted de Meneses?

—Me fué acompañando hasta la puerta de mi casa.

—¿No recuerda usted si los vieron algunas personas?

—No; preocupado como iba con lo que había pasado, no me fijé en las personas que se cruzaban con nosotros en la calle; lo que sí puedo asegurar es que no ví á ningún conocido.

—Ya me contará detalladamente en qué consistió el disgusto que ustedes tuvieron; por ahora, dígame solamente si volvió á salir de su casa aquella noche.

—No, señor, estaba cansado física y moralmente, por lo que no quise ya salir.

—¿Hubo alguno que viera á usted en su casa aquella noche?

—Solamente mi madre y mi hermana.

Luis había hecho todas estas preguntas, calculando de antemano las respuestas: su objeto no era adquirir noticias. Durante toda la entrevista, había estado examinando cuidadosamente las manos del preso, especialmente la derecha.

—Está bien—dijo, dando por terminada la entrevista—tenga usted confianza y paciencia, pues por más que sea usted inocente, no debo ocultarle que nos cos-

tará bastante tiempo y trabajo demostrar su inculpabilidad. Adiós; desde ahora me encargo de su defensa; ya volveré á conferenciar con usted cuando sea necesario.

Tomó Luis la mano de Jiménez para despedirse de él, y la retuvo en la suya examinándola escrupulosamente, en tanto que daba algunos consejos y consuelos al preso.

—No es éste el asesino—decía Luis al salir de la prisión;—pero están en su contra todas las presunciones, y es muy difícil, más bien imposible, desvanecerlas, á menos de llegar á descubrir al verdadero culpable..... ¿Diré al Juez lo que pienso respecto de este caso y las razones que tengo para no creer culpable á Jiménez?.... No; le hablaré solamente de mi convicción; pero sin descubrirle lo principal de las razones que fundan mi convencimiento; esa no debe saberla por ahora, ni el mismo Juez, para que pueda yo obrar con entera libertad, si la policía se encarga del descubrimiento del culpable, con los elementos que yo creo tener, lo probable es que eche á perder todo el asunto.

—¿Qué sacaste en limpio de tu entrevista con el preso?—preguntó el Juez á Luis, cuando éste entró en el despacho.

—La convicción de que no es culpable.

—¿Pero te ha dado alguna prueba que desvanezca las presunciones que tiene en su contra?

—Debo confesar que ninguna

—¿Pues, entonces, en qué se funda tu convicción?

—En el aspecto del procesado, en sus antecedentes, y, sobre todo, en la falta de móvil para cometer un delito atroz. como el que se cometió en la persona de Meneses.

—Todas esas razones, muy buenas para formar la conciencia privada, comprenderás que nada valen para destruir las presunciones que existen de la culpabilidad del procesado. En cuanto al móvil del delito, está perfectamente explicado con el serio disgusto que medió entre Meneses y Jiménez, pocas horas antes del asesinato.

—No puedo decirte por ahora nada más; insisto en creer inocente al que va á ser mi defendido, y espero el resultado de las diligencias que tú practiques; yo, por mi parte, voy á ocuparme también en el mismo asunto, que me ha interesado grandemente.

Las primeras diligencias fueron practicadas con la actividad que caracterizaba al Juez; durante quince días no apa-

reció por el Juzgado el licenciado Rojas; al cabo de este tiempo volvió á ver á su amigo el Juez, y le dijo:

—¿Qué has averiguado en estos días? Supongo que la instrucción la tienes ya casi concluída, y como tanto tú como yo estamos interesados en descubrir al culpable, dime lo que sepas, y yo, por mi parte, te diré lo que he podido averiguar.

—La instrucción en realidad toca á su término, y no ha sido muy difícil. Comenzaré por decirte que no participo de la opinión que me manifestate la última vez que nos vimos; creo culpable á Jiménez, porque son tales y tantas las presunciones que contra él existen, que no podrá menos de condenarlo el Jurado, (en aquella época existía en Puebla todavía la institución del Jurado), si no viene algo á destruir, siquiera sea en parte, el valor de esas presunciones.

—¿Qué datos tienes contra Jiménez?

—Los siguientes: Aunque á primera vista podía sospecharse que el móvil del delito fué el robo, pues, como recordarás, el ropero de la víctima estaba abierto y con señales inequívocas de que se había buscado algo en él, que no podía ser otra cosa que el dinero que tuviera guardado Meneses, la circunstancia de haber quedado en uno de los cajones

abiertos una onza de oro y una valiosa cadena del mismo metal, así como la pistola que estaba en el cajón del buró, el reloj y los billetes que se encontraron en el cadáver de Meneses, demuestran que se quiso figurar un robo para despistar á la justicia, pues á un verdadero ladrón no se le hubieran escapado esos objetos; pero la persona que cometió el delito, si bien lo bastante ilustrada para preparar esa defensa, era al mismo tiempo tan poco práctica en asuntos judiciales; que dejó palpable la señal de que no había ido á la casa de Meneses, con objeto de robar. ¿Te parece lógica esta deducción?

—Sí, indudablemente; creo como tú que el asesino no fué un ladrón.

—Descartado el robo, quedan únicamente una enemistad, una venganza ó alguna cuestión de intereses para explicar el crimen.

—Es exacto.

—Pues bien, Meneses no tenía, ni se le conoció jamás un enemigo; no tenía tampoco familia de ninguna clase: no se ha sabido que pretendiera ó hubiera pretendido á mujer alguna; acaso la disputa con Jiménez fué la primera que tuvo en su vida; todos lo apreciaban, y aunque dada la economía de sus gastos, se supone que debía tener una respeta-

ble cantidad de dinero ahorrada, no se ha podido averiguar qué hizo de ella.

—Nada tengo que objetar á ese razonamiento.

—El disgusto que tuvo Jiménez con Meneses, revistió, al decir de los demás dependientes, un carácter serio, especialmente por parte de Jiménez, que se mostró sumamente indignado y que profirió contra Meneses palabras amenazadoras. Salía Meneses del almacén solo, y Jiménez se apresuró á reunirse con él para pedirle cuenta de su conducta. Se les vió ir juntos, y poco después fué asesinado Meneses en su casa. ¿No es natural suponer que Jiménez fué el matador? Te advertiré que los peritos médico-legistas aseguraron que la muerte de Meneses databa del sábado en la noche; y así debió ser, supuesto que ya el domingo no se le vió en parte alguna. ¿Te parecen todas estas presunciones bastantes para establecer la culpabilidad de Jiménez?

—Confieso que son abrumadoras; pero dime: ¿con qué clase de arma creen los médicos que fué causada la terrible herida que privó de la vida á Meneses?

—Con una navaja de barba, ó alguna otra tan afilada como ésta.

—Pues ahí tienes algo que destruye las presunciones: Jiménez no se rasura

él mismo no usa navajas de barba, ni las usaba Meneses.

—Es cierto; pero aquí viene una de las más terribles presunciones en contra de tu defendido; aquel sábado, para trabajos de zapatería, á que es muy aficionado, tomó Jiménez en el almacén una de esas cuchillas que llaman fajillas; la mandó afilar y la llevaba consigo cuando salió con Meneses; el procesado no ha podido decir lo que pasó con esa cuchilla, el caso es que no se encuentra y la única explicación que da es que seguramente la perdió en la calle.

—Todo eso es grave en realidad; pero la personalidad de Jiménez no corresponde á la idea que tengo formada del asesino.

—¿Cómo explicas tú el hecho, y por qué no admites que Jiménez sea el culpable?

—En primer lugar, suponiendo que el disgusto entre Meneses y el procesado hubiera llegado al extremo de exaltación necesario para producir el crimen, no es presumible que esa explosión de cólera se hubiera producido en la casa de la víctima, sino en la calle ú otro lugar cualquiera. Es indudable que el criminal entró en la casa de Meneses como un visitante; fué recibido en la sala y sostuvo con el occiso una conversación

más ó menos larga, pero estando los dos sentados, uno en el sofá, (probablemente el matador) y el otro en el sillón que encontramos derribado. No corresponde esto á la idea de un asesinato cometido en virtud del disgusto habido en la tarde.

—No carece de fuerza tu razonamiento; pero puede muy bien explicarse el suceso teniendo en cuenta que pudo haber habido un encuentro entre Meneses y Jiménez, durante el cual, el segundo acompañó hasta su casa al primero, subió con él, y una vez en la sala volvieron á disgustarse.

—Posible es eso, realmente. Pero hay más: el culpable no es un asesino vulgar, no es un hombre habituado al crimen; así lo demuestra el terror que se apoderó de él después del asesinato; dejó caer el candelero con la vela que había tomado indudablemente de la pieza en que se cometió el delito, tenía cerillos y no tuvo calma para volver á encenderla, sino que bajó la escalera á obscuras, y apoyándose en las paredes laterales, en las que dejó las huellas de sus manos ensangrentadas; y luego dilató bastante tiempo para abrir la puerta de la calle, lo que prueba que no tuvo que volver á subir para buscar la llave. Que estaba el asesino profundamente

afectado en aquellos momentos, lo demuestra el gran número de cerillos á medio consumir, que se encontraron en el dintel de la puerta. ¿Cómo adunas ese terror y falta de sangre fría, con la circunstancia de no aparecer ni la menor mancha de sangre en las ropas de Jiménez? ¿No era natural que hubieras encontrado ese dato? Porque supongo que has procurado adquirirlo.

—Sí, con mucho empeño, y te confieso que ningún resultado he obtenido de mis pesquisas á ese respecto. Pero hay que tener presente que la sangre del occiso brotó del lado de la pared, hácia donde estaba volteado el cadáver, y no pudo en consecuencia manchar la ropa, sino solamente las manos del asesino y las plantas de sus pies: que esa noche llovió con abundancia y el agua pudo bien borrar los vestigios de sangre en la persona del culpable. El procesado sostiene que usa el mismo traje que llevaba el día de los acontecimientos, pero tampoco se ha comprobado esto, porque viste invariablemente de negro y con trajes de la misma hechura. Además, no ha de haber estado tan aterrorizado como supones, dado que quiso despistar á la justicia figurando que el robo había sido el móvil del delito, como lo prueba el ropero abierto y el desorden en

que lo dejó, únicamente para extraviar el juicio de las autoridades, al menos en los primeros momentos.

—Es que yo creo que, si bien no fué el robo vulgar de dinero la causa determinante del delito, sí el asesino iba en pos de algo que buscó afanosamente en aquel ropero, único mueble que tenía cerradura y el único que registró, algo que no sé si encontraría; por eso estaba aquel ropero en tan completo desorden.

—Yo no participo en esto de tu opinión, que no tiene fundamento sólido.

—Por último: Jiménez es de estatura baja, y por las señales de manos ensangrentadas que se ven en la pared de la escalera, parece más bien que quien las dejó impresas es un hombre alto de cuerpo.

—Eso depende por mucho, de cómo haya colocado las manos al apoyarse en la pared. Pero vamos á ver: ¿Cómo crees tú que se cometió el crimen y por quién?

—Comenzaré dando por supuesto que la herida de Meneses fué inferida con una navaja de barba, me parece que esto es lo más probable; por consiguiente, cualquiera que haya sido el asesino, es seguro que no llevaba preconcebida la intención de matar, para lo cual una navaja de barba es el arma menos propia. Primera deducción que establezco; el asesino

era un hombre que se rasuraba á sí mismo. El delito se cometió en la noche de un sábado, y el culpable, ó se rasuró aquel día ó pensaba hacerlo en la mañana del domingo, por eso tenía en la bolsa la navaja; era un sujeto que cuidaba del aseo de su persona, pertenecía por consiguiente á la clase media. No vivía seguramente en esta ciudad, porque no es probable que teniendo casa llevara en el bolsillo la navaja de barba, ya sea que se hubiera rasurado en esta tarde ó lo fuera á hacer el día siguiente; creo que acababa de llegar de fuera y estaba alojado en alguno de los hoteles de la ciudad. No puedo ni presumir, por más esfuerzos de imaginación que he hecho, cuál era el negocio que el asesino fué á tratar con Meneses; pero es para mí indudable que éste lo recibió con ciertas consideraciones, como lo da á entender el hecho de que estuvieran en la sala y el criminal en el lugar de preferencia, el sofá, pues la víctima cayó al lado derecho derribando el sillón en el que estaba sentado. La conferencia que tuvieron duró mucho tiempo, como se deduce de que la única vela que esa noche estuvo encendida, casi se consumió, vela que debe haber estado entera, como lo estaba la del buró. En cierto punto de la conversación, comenzaron á agriarse los ánimos, has-

ta llegar á un momento en que el visitante, exaltado en extremo, se buscó alguna arma que encontró en la bolsa de pecho del saco ¡la navaja de barba!, la tomó violentamente, y al hacerlo, se cortó uno ó dos dedos de la mano derecha, de esa cortada provenía la gota que te hice notar en el asiento del sofá, y el mismo origen tenían las que manchaban la pared del lado derecho de la escalera, que no podían ser de la sangre del muerto; la primera, porque era una sola gota y la herida produjo, como recordarás, un abundante chorro de sangre y con dirección á la pared; y las segundas, porque cuando el asesino bajó la escalera no podía gotear ya la sangre de su víctima, que le llenaba las manos. Al sacar la navaja de barba el visitante, Meneses se levantó de su asiento para pedir auxilio ó para salir á la otra pieza, pero cayó al derribar el sillón en que estaba sentado, y ya caído lo sujetó el asesino y lo mató de un solo golpe, por eso toda la sangre salpicó únicamente la parte baja de la pared. Después salió el matador y buscó en el ropero el objeto ó documento que había ido á recoger y que no quiso entregarle Meneses. Así me figuro que pasaron las cosas; y ahora, en cuanto á la persona del asesino, te diré lo que he hecho:

Mi primera diligencia fué investigar en los hoteles qué personas habían llegado el viernes ó sábado de aquella semana y habían salido el domingo inmediato, pues para mí el asesino ya sea que hubiera ó no conseguido su objeto, salió de esta ciudad en la mañana del domingo. Es inútil decirte pormenorizadamente las dificultades con que tropecé y los obstáculos que tuve que vencer para llegar á este resultado: de México llegaron entre viernes y sábado, y salieron el domingo en el primer tren, varios americanos; una familia que vino á pasar el día de su santo de un amigo, en ella figuraban dos hombres, pero éstos pasaron la mayor parte de la noche bailando en la casa del amigo á quien vinieron á felicitar. De Atlixco vino el Agente del Ministerio Público á negocios oficiales, un comerciante que dejó aquí á su hijo en una escuela y que estuvo en la plaza con varios amigos suyos hasta muy entrada la noche, y el cura de Matamoros. De Veracruz llegaron dos españoles que desembarcaron en el último vapor y pasaron para México, y un abogado de Jalapa, que no salió esa noche del hotel. Por último, de Tehuacán vinieron dos personas de nombres desconocidos para mí. De todos estos individuos, los dos últimos son los únicos en quien recaen mis sospechas, y

voy á emprender viaje á Tehuacán con la esperanza de adquirir allí algunos datos. Me pareció excusado inquirir quiénes estuvieron en los mesones y hoteles de último orden, porque á ellos no ocurre la clase media.

—Son en efecto ingeniosas tus deducciones, pero aún siendo exactas, me parece imposible que llegues á descubrir al culpable, que no se denunciará él mismo; y, salvo ese remoto caso, no veo salvación posible para tu defendido.

—Tengo un medio para conocer al culpable, si mis deducciones son exactas. De todas ellas la que tiene mayor fundamento es la de que el asesino se hirió uno ó dos dedos de la mano derecha; si alguno de los hombres desconocidos que estuvieron aquí de paso las noches del sábado y del domingo en cuestión tiene la herida que yo supongo, mi trabajo consistirá únicamente en descubrir los móviles del delito y reunir algunos otros datos, lo que ya en tal caso no me parece tan difícil, y tú te encargarás de comprobar la culpabilidad. De paso te diré que mi convicción de que Jiménez no es culpable se funda especialmente en que no tiene la herida de los dedos, según pude comprobar en la primera vez que lo vi en la cárcel; por eso tenía empeño en hablar con él antes de encargarme de su

defensa y en los primeros días de su prisión. Pero como mis pesquisas tienen que ser dilatadas, en obsequio del inocente Jiménez, de su pobre familia, y sobre todo, de la justicia, vengo á pedirte que demores la conclusión del proceso hasta mi vuelta, que será lo más pronto posible; si por desgracia nada puedo averiguar, me limitaré á defender á Jiménez de la mejor manera que pueda, ante el Jurado, aunque sin esperanza de salvarlo. No te ocultaré que si lo condenan sufriré una de las mayores decepciones de mi vida.

—Ve tranquilo; yo me intereso tanto como tú en descubrir la verdad; y aunque no has destruido las razones que tengo para juzgar culpable al procesado, como muy bien pudiera suceder que los hechos hallan pasado como tú te lo figuras, te ofrezco no poner la causa en estado de pasarla al Ministerio Público hasta que hayas vuelto de Tehuacán.

—No esperaba menos de tí; te doy las más expresivas gracias y te prometo á mi vez que de uno ú otro modo, mi ausencia será muy corta.

—¿Cuándo piensas salir para Tehuacán?

—Dentro de tres días, tiempo que necesito para dejar aquí arreglados mis ne-

gocios y dedicarme con toda calma al que motiva mi viaje.

—Supongo que nos veremos antes que te vayas.

—Sí, vendré á despedirme de tí.

Los dos amigos se separaron y el Juez se quedó preocupado pensando en lo que le había dicho el Lic. Rojas.

III

La quiebra de Dón Leandro Espinosa

El Licenciado Luis Rojas tenía relaciones amorosas, desde dos años antes de los sucesos que acabamos de referir, con la señorita Mercedes Espinosa. Esta joven que vivía en Tehuacán, era hija única de Don Leandro Espinosa, comerciante muy bien reputado aunque de mediana fortuna. El matrimonio de los dos jóvenes debía verificarse dentro de dos meses. Si Luis era un abogado, generalmente querido por sus buenas dotes y esmerada educación, á las que se unían abundantes bienes de fortuna, Mercedes era una joven perfecta, por su instrucción, su hermosura y sus virtudes poco comunes.

Al día siguiente de la conversación

que tuvo Luis con el Juez, recibió aquél una carta de Mercedes en la que lo llamaba con premura de parte de su padre.

—¿Qué le habrá pasado al bueno de Don Leandro?—decía Luis.—Y el caso es que no pudo rehusar el ir inmediatamente, lo cual no contraría mis planes de investigación, pero me causa algún ligero trastorno. En fin, me iré mañana en el primer tren y volveré, si es necesario, después de dos ó tres días.

Se despidió de su amigo el Juez por medio de una tarjeta en la que le explicaba el motivo de su precipitada marcha, y al día siguiente salió para Tehuacán.

Llegó á la población, se instaló convenientemente en un hotel y se dirigió á la casa de Espinosa. Al entrar no vió nada notable en el almacén: preguntó por Don Leandro á uno de los dependientes y este le dijo que el principal estaba en las habitaciones, de las que no había salido desde tres días antes.

Subió Luis á la casa y se encontró con Mercedes, que lo recibió con visibles muestras de inquietud.

—¿Qué le pasa á tu padre, mi Mercedes, está enfermo ó tiene algún grave negocio que lo ha obligado á llamarme con tanta urgencia?

—Las dos cosas, Luis; siéntate, te diré primero lo que sé y luego entrarás á ver á mi padre para que te dé mayores explicaciones.

Los dos jóvenes se sentaron y Mercedes. continuó diciendo:

—Nunca he sabido yo nada de los negocios mercantiles de papá; siempre hemos vivido, como tú sabes, con desahogo, si no en la opulencia, y mi padre siempre ha sido cariñoso conmigo, afable con todos, de carácter alagre y exento al parecer de cuidados. Pero desde hace como un mes comencé á notar en papá una inquietud que nunca le había visto, su carácter cambió completamente, se volvió triste, meditabundo, no comía y casi no me hablaba; por más que me empeñé en descubrir la causa de semejante cambio, no pude lograrlo hasta hace tres días en que por fin, cayó enfermo y, llamándome á su habitación, me dijo: "Hija mía, ya no puedo por más tiempo ocultarte la des gracia que pesa sobre nosotros, he hecho esfuerzos inauditos para conjurarla sin conseguirlo; una serie de malos negocios me ha hecho perder toda mi fortuna y es inevitable la quiebra que nos dejará en la miseria; escríbele á Rojas de mi parte, dile que venga inmediatamente para consultar con él la manera de hacer cesión de bienes á mis acreedores." Esto me

dijo mi padre, ya sabes tanto como yo, ahora vamos á verlo, pues estos disgustos le han ocasionado una calentura biliosa, según dice el médico que lo asiste.

—¡Vaya! Lo único grave es que tu padre esté enfermo; en cuanto á lo demás no tiene gran importancia; todo lo arreglaremos satisfactoriamente y verás qué pronto recobra Don Leandro la salud luego que se tranquilice. Vamos á verlo.

La recámara de Don Leandro estaba á media luz y el enfermo muy abrigado por prescripción facultativa.

Llamó la atención de Luis el demacrado semblante del enfermo, pero disimulando la impresión que esto le causó, dijo, acercándose á la cama:

—Buenos días, Don Leandro. ¿Qué tal se siente usted?

—Buenos días, Don Luis; estoy un poco mejor, gracias, y muchas sobre todo por haberme hecho el favor de venir dejando acaso ocupaciones urgentes.

—Nada tengo ahora pendiente por Puebla, y aún había dispuesto venir en estos días.

—Los dejo á ustedes un momento,—dijo Mercedes,—voy á preparar tu alimento.

—Sí, hija, anda, que yo tengo que hablar mucho con Don Luis.

Salió la joven y Luis dijo:

—¿Qué se le ofrece á usted, en qué puedo servirle? ya sabe que estoy enteramente á sus órdenes.

—Muchas gracias de nuevo; porque sé eso y tengo en usted entera confianza, me tomé la libertad de mandarlo llamar. Oigame y luego me dirá lo que debo hacer: Hace algún tiempo que mis negocios mercantiles, en los que tenía empleado todo mi corto capital, comenzaron á trastornarse por una serie de circunstancias que sería muy largo referir, pero que conocerá usted al revisar mis libros; creí poder sostener la situación, pero ha llegado un momento en el que me es imposible hacer frente á los compromisos que tengo, mi capital no alcanza para saldar mis créditos y no tengo más remedio que hacer cesión de bienes; para esto, para que usted me haga el favor de encargarse de ese negocio es para lo que me he tomado la libertad de llamarlo.

—Ha hecho usted bien en contar conmigo; desde ahora me pongo á sus órdenes, y si á usted le parece, hoy mismo comenzaré á examinar el estado de sus negocios.

—Sí, cuanto antes mejor, porque no puedo ya soportar el estado de incertidumbre en que estoy. Que suban al caje-

ro y al tenedor de libros para ordenarles que se pongan á disposición de usted.

Dió Don Leandro las órdenes correspondientes y comenzó Luis á trabajar empeñosamente, sin olvidar por esto la causa de Jiménez; pero hacía quince días que estaba en Tehuacán y no había podido averiguar quiénes eran aquellos dos sujetos que estuvieron en Puebla los dos días anteriores al asesinato de Meneses, en cambio, el negocio de D. Leandro estaba muy adelantado, la quiebra que nada tenía de fraudulenta, era completa, el pasivo ascendía á treinta mil pesos y el activo llegaba únicamente á veinte mil. No obstante que Don Leandro estaba muy mejorado de salud, el médico prohibió que se le hablara de negocios, y Luis, que tenía poder general, era quien se entendía con todo lo relativo á la negociación.

Ya estaba redactando el escrito, haciendo cesión de bienes, cuando un día le dijo el cajero á Luis:

—Aunque estoy casi seguro de que nada contiene, porque jamás se ha abierto. bueno sería que examinara usted un pequeño departamento de la caja que tiene llave especial, llave que nunca he tenido yo.

—¿Dónde está la llave?

—La tiene Don Leandro.

—Voy á pedírsela.

Subió Luis; Don Leandro estaba durmiendo en aquellos momentos, pero al saber Mercedes de lo que se trataba, dijo que esa llave estaba en un secreto del escritorio que tenía su padre en la recámara, y que no era necesario despertarle pues podía sacarla porque casualmente había visto á Don Leandro guardarla allí pocos días antes de enfermarse. Tomó la llave Mercedes sin que se apercibiera su padre y se la dió á Luis. Bajó éste, y aunque el cajero no estaba ya en el escritorio, abrió la caja fuerte y luego el departamento de que hemos hablado.

Dentro de aquella especie de cajón, no había más que una cartera, la abrió Luis y de pronto una palidez mortal se extendió por su rostro; cerró los ojos, quedó por un corto rato incapaz de coordinar sus ideas; por fin se repuso un tanto, examinó de nuevo la cartera y su contenido, dirigió inquietas miradas en torno suyo y cuando se hubo cerciorado de que estaba enteramente solo, volvió á colocar aquella cartera en el lugar en que estaba, cerró el departamento en que la había encontrado y la caja fuerte, se guardó cuidadosamente la pequeña llavecita y salió de la casa presa de la mayor agitación.

¿Qué había visto en aquella cartera?

Muy poca cosa, pero terrible. Aquella cartera tenía numerosas manchas de sangre y muchas más el papel que guardaba y que decía textualmente:

"He recibido en depósito del señor D. Juan Meneses, en un cajón de cedro, cerrado con llave, cajón que el señor Meneses abrió en mi presencia y volvió á cerrar guardándose la llave, la cantidad de diez mil pesos en monedas de oro americanas, cantidad que fué contada en mi presencia y en la de los señores Evaristo Ruiz y Manuel Ordóñez, que firman como testigos . Esta caja cerrada con la cantidad que en ella se contiene y con las propias monedas que la recibo, la entregaré al señor Meneses en el acto que me la pida, recogiendo por mi parte este documento.—Puebla, Agosto 19 de 1,8... Leandro Espinosa.—Evaristo Ruiz.—Manuel Ordóñez."

Cuando Luis llegó al hotel aún no había podido reponerse de la terrible emoción que le había producido el hallazgo de aquel acusador documento. Mil ideas contradictorias acudían á su cerebro y no podía coordinarlas; hasta había momentos en que creía que todo aquello era efecto de una alucinación. Al cabo de algún tiempo consiguió poner un poco de orden en sus ideas.

—Vamos á cuentas,—dijo—la culpabi-

lidad de Don Leandro en el asesinato de Meneses, por más extrañeza que me cause, parece indudable; pero no sería posible que él únicamente se halla aprovechado del crimen sin cometerlo ... Tal vez su responsabilidad no sea tan grande como á primera vista parece... Lo primero que debo hacer es adquirir la certeza del grado de culpabilidad de Espinosa, y para esto necesito disimular, volver á la casa y tomar algunos informes indispensables... pero no con Mercedes, sería inícuo hacerla contribuir á la pérdida de su padre; acaso tendré que volver á ver á Don Leandro... Supongamos por un momento que sea el asesino de Meneses, ¿le diré ésto á Mercedes?... No, no tendría valor para hacerlo, no seré yo quien haga pedazos el corazón de esa pobre niña diciéndola: "tu padre es un infame asesino;" sería por mi parte una crueldad injustificable, nada la diré.... Y luego, ¿seré yo quien denuncie al padre de mi prometida?.... Con renunciar la defensa de Jiménez puedo quedar completamente extraño á este asunto, puedo salvar á Don Leandro haciendo desaparecer la cartera acusadora, para lo cual me basta con decir al cajero que nada contenía el departamento cerrado de la caja...

Pero esto sería hacerme en cierto modo cómplice del asesino, peor todavía, por-

que á sabiendas dejaba yo condenar á un inocente, sumiendo en la desgracia á una pobre familia..... Cumpliré con mi deber, cueste lo que costare; tal vez con esto pierda para siempre á Mercedes, al único amor de mi vida, pero la justicia y el deber antes que todo.... ¡Pobre niña, tan inocente, tan buena! ¡Qué desgracia tan horrible te espera! ¡Cuán lejos está de figurarse que su padre, a quien ha considerado siempre como el más acabado modelo de honradez y bondad, es un asesino y un ladrón; ladrón sí, porque ese fué el móvil del crimen que yo no me explicaba, ese documento comprometedor era lo que iba á buscar don Leandro á la casa de Meneses; tal vez le confesó que había dispuesto del depósito y le iba á suplicar que lo esperara para pagárselo, cosa imposible, dado el estado de quiebra en que estaba Espinosa.... ¡Dios mío, Dios mío, por qué prueba tan dura estoy pasando!

No salió Luis de su cuarto en todo el resto del día; todo el lo pasó meditando sobre lo que haría, y sosteniendo aquella lucha, en la que siempre salía triunfante el deber.

Al día siguiente se presentó en el almacén de Espinosa y preguntó al cajero si don Leandro había salido de Tehuacán en los dos últimos meses.

—No, señor, desde el último viaje que hizo á Veracruz con la señorita Mercedes el año pasado, no ha vuelto á salir de esta población.

El tenedor de libros, que oía esta conversación, dijo:

—Sí; hará como un mes y medio hizo un corto viaje á Puebla, del que no nos enteramos porque faltó únicamente un día y no avisó á ninguno de nosotros; se fué un sábado y regresó en el primer viaje del domingo siguiente. Yo lo supe, porque al asentar unas partidas de gastos por orden de don Leandro, había entre ellas una relativa á gastos de viaje á Puebla..... Véala usted, aquí está: "Octubre 25.—Para gastos de viaje á Puebla, $50."

Luis vió aquella partida, que coincidía con la fecha del asesinato de Meneses, fecha que recordaba perfectamente.

—Ya no me queda más que la última prueba—dijo para sí.—¡Valor! Vamos á ver á Espinosa.

Subió á la casa y preguntó si podría hablar á don Leandro. Este se encontraba ya muy aliviado, salió á la sala, y tendiendo afectuosamente la mano á Luis, le dijo:

—No sabe usted cuanto le agradezco todo lo que ha hecho por mí. Ya me dijo el tenedor de libros que está puesto

en limpio el escrito presentándome en quiebra, y listos todos los documentos relativos. Afortunadamente, por los libros, se ve que la quiebra no es fraudulenta ni ha pretendido de mí; quedará mi honor á salvo, único patrimonio que puedo ya dejar á Mercedes.

Luis, aunque con repugnancia que no dió á conocer, tomó aquella mano, y pudo ver en ella una cortada recién cicatrizada en la segunda falange del dedo meñique.

—No presentaremos en estos días el escrito, porque tengo necesidad urgente de ir á Puebla; encargo á usted que no dé paso alguno por ahora en este negocio.

—Nada se hará hasta que usted vuelva; con tanta más razón cuanta que los primeros vencimientos son para dentro de dos meses.

—Me despido de usted porque quiero partir en el viaje del medio día.

—Siento que se vaya; pero no quiero detenerlo, para que vuelva cuanto antes. Voy á llamar á Mercedes para que se despida de usted.

—Le ruego que no la moleste; no vale la pena de despedirse una tan corta ausencia.

—Como usted quiera, amigo mío.

—Adiós, señor Don Leandro.

—Adiós, Don Luis, esperamos que vuelva muy pronto.

Salió Luis de aquella casa completamente convencido ya de que Don Leandro Espinosa había sido, personalmente, el asesino de Meneses. Tomó el tren y llegó á Puebla á las siete de la noche.

En el primer periódico de la localidad que tuvo á mano, vió que estaba de turno aquel día su amigo el Juez que conocía de la causa de Jiménez, por lo que no hizo más Luis que llegar á su casa, cambiarse traje y dirigirse al Palacio de Justicia.

El Juez estaba solo en el despacho, se levantó de su asiento al ver á Luis y se adelantó á recibirlo.

—¡Hombre!—le dijo,—ya me tenías con cuidado; más de quince días sin tener noticias tuyas, sin saber siquiera que si estabas en Tehuacán ó te habían llevado á otra parte tus inútiles pesquisas! A poco más encuentras sentenciado á tu defendido, porque en todo este tiempo he estado meditando sobre la famosa causa y cada día me convenzo más de la culpabilidad de Jiménez; solamente porque te lo ofrecí, he demorado la conclusión de la causa, en la que están practicadas todas las diligencias del sumario. ¡Vamos! dame un abrazo, dime cuándo

llegaste, y cuéntame después lo que has hecho en todo este tiempo.

Luis abrazó á su amigo, tomó luego una silla y dijo:

—Cierra la puerta de tu despacho y da orden de que nadie nos venga á interrumpir, pues lo que voy á decirte es sumamente grave y requiere secreto y violencia para proceder.

El Juez cambió su actitud chancera por la seriedad que exigía el tono solemne de Luis, hizo lo que éste había indicado y sentándose en el sillón de su escritorio, esperó las revelaciones que ya no dudaba le iba á hacer su amigo.

Refirió Luis con todos sus pormenores cuanto le había pasado en Tehuacán; á medida que avanzaba en su relato, el Juez se manifestaba más interesado, y cuando llegó Luis al encuentro de la cartera y del documento, se levantó el Juez de su asiento y encarándose con Luis, le dijo:

—Te apreciaba yo por tu bondadoso carácter, por tu instrucción nada común y por tu reconocida honradez; á todos esos títulos tengo que agregar ahora tu rara perspicacia y tu heroísmo para cumplir tus deberes; eres muy superior á la muy buena opinión que tenía formada de tí.

—Mucho te agradezco esos elogios que

son un bálsamo que derramas sobre mi adolorido corazón; oye ahora lo poco que aún me falta decirte.

Contó Luis la manera cómo averiguó que Don Leandro había estado en Puebla el día del asesinato y su última entrevista con el culpable, en la que pudo comprobar que tenía la herida en la mano derecha; terminó su relación sacando de la bolsa la pequeña llave que abría el departamento de la caja fuerte, y al ponerla sobre la mesa del Juez, dijo á éste:

—Don Leandro está ya enteramente bueno, tal vez no dilate en notar la falta de esta llave, se informará y al saber que yo la tengo, hará desaparecer de cualquier modo la denunciadora cartera. En ese caso, no quedarán más pruebas en su contra, que el asiento de los libros relativo á su viaje á esta ciudad y la cicatriz del dedo, ambas cosas, que como tú comprenderás, no serían bastantes por sí solas para establecer la culpabilidad, pues si tú dudaste de mis deducciones, es claro que nadie creerá en ellas sin la prueba principal.

—Pierde cuidado; esta misma noche estará listo el exhorto para el Juez de Tehuacán, á fin de que practique las diligencias conducentes, aprehenda á Es-

pinosa y lo remita á esta capital; hablaré muy temprano con el señor Gobernador para que lleve el exhorto y la llave un oficial de rurales de los de más confianza de ese modo no habrá riesgo de extravío ó demora en el correo. ¿Me autorizas para decir al señor Gobernador cómo se ha llegado á descubrir al delincuente y para citar tu nombre?

—Tienes para todo eso carta blanca. Creo que he cumplido con un deber y no temo que sepa la parte que he tenido en este asunto. Te dejo para que puedas ocuparte en esto y para ir á descansar, pues estoy rendido.

—Anda, todo lo demás queda ya á mi cargo.

IV

La aprehensión del culpable.

Eran las diez de la mañana, don Leandro Espinosa estaba en la sala de su casa sentado en un sillón, y á su lado Mercedes leyéndole un periódico; de la enfermedad de don Leandro quedaban á éste, como últimos vestigios, la palidez del rostro y una debilidad general que le impedía ocuparse nuevamente en los

trabajos propios de su negociación. Desde que resolvió hacer cesión de bienes había recobrado algo de su perdida calma, á lo que mucho contribuyó la llegada de Luis; lo que no había podido volver á adquirir desde la fatal noche del 25 de Octubre, era la tranquilidad de su conciencia; á todas horas se le representaba en la imaginación la horrible escena del asesinato y la última espantosa mirada de Meneses al recibir la herida mortal. No había tenido oportunidad de saber que había sido abierto el departamento de la caja, en el que estaba la cartera, ni por un momento se le ocurrió que ésto pudiera suceder, porque creía que nadie conocía el lugar en que estaba guardada la llave, así es que ningún temor abrigaba de que se descubriera su crimen. Conocía sobradamente á Luis para suponer que la quiebra entorpeciera el proyectado matrimonio de Mercedes, por lo que la suerte de su hija no le preocupaba, y en cuanto á él, tenía pensado ir á vivir con un hermano suyo, soltero y bien acomodado, que vivía en Morelia.

Eran, como decíamos, las diez de la mañana, cuando se presentó en la casa el Juez de primera Instancia de Tehuacán, acompañado de su secretario y de numerosos gendarmes; se guardaron to-

das las salidas, con asombro de los dependientes de la casa; se dió orden de no permitir á nadie la salida, y subió el Juez á las habitaciones; llamó á la puerta de la sala, abrió Mercedes, sin ver á los gendarmes que habían quedado á un lado de la puerta, la saludó el Juez con deferente galantería y penetró en la sala. Al verlo don Leandro, creyó que se trataba del protesto de alguna letra, que por inconcebible olvido no figurara en su pasivo, ó de alguna providencia precautoria, pedida por algún acreedor que sospechara el mal estado de la negociación; esto era una contrariedad; pero no revestía carácter alarmante, dada la resolución tomada por don Leandro.

—Señorita—dijo el Juez á Mercedes—siento mucho molestar á usted, y le pido mil perdones, pero teniendo que cumplir un penoso deber de mis funciones judiciales, ruego á usted tenga la bondad de dejarme á solas con el señor su padre.

Hizo Mercedes un saludo al Juez con una ligera inclinación de cabeza, y salió de la sala cerrando tras de sí la puerta que comunicaba con las habitaciones interiores.

El Juez se dirigió á la puerta del corredor, hizo entrar al secretario, dió orden á los gendarmes de no dejar entrar ni salir á nadie; recomendó á dos de-

ellos que estuvieran listos para entrar en el momento en que fueran llamados, y volvió á entrar en la sala.

—Por exhorto librado por el Juez tercero de lo Criminal de la ciudad de Puebla—dijo dirigiéndose á don Leandro—tengo que tomar á usted declaración sobre ciertos hechos: comience usted la diligencia, señor secretario.

—Estoy á las órdenes de usted, señor Juez—contestó don Leandro.

—¿En qué fecha estuvo usted en Puebla por última vez?

—No lo recuerdo, porque voy á esa ciudad con mucha frecuencia, con motivo de mis negocios.

—¿En qué hotel se aloja usted?

—No tengo predilección por alguno, y los ocupo indistintamente.

—¿En dónde estaba usted la noche del 25 de Octubre próximo pasado?

Esta pregunta desconcertó á don Leandro, porque sospechó vagamente que la diligencia que se practicaba en esos momentos, tenía relación con el asesinato de Meneses; pero recobró en el acto su presencia de ánimo, seguro como estaba de no ser descubierto, y se puso en guardia para contestar, resuelto á defenderse hasta el último trance.

—No recuerdo con precisión el lugar en que estuve la noche á que usted se

refiere, por tratarse de una fecha que no tiene para mí importancia particular— dijo después de un momento de vacilación—probablemente estuve en mi casa, aunque no me atrevería á asegurarlo.

—¿Conoció usted á don Juan Meneses?

Ya esta pregunta encontró prevenido á don Leandro, acaso si se la hubiera hecho antes el Juez, no habría podido contestar Espinosa con toda naturalidad:

—Sí, señor; conocí mucho á Meneses por ser el dependiente que me despachaba las compras que hacía en el almacén de "La Ciudad de París."

—¿Cuándo vió usted á Meneses por última vez?

—La fecha no la recuerdo; pero es fácil averiguarla, porque es en la que hice mis últimas compras en la casa de comercio en que era dependiente.

—Usted acostumbra rasurarse. ¿Dónde están las navajas de barba que usa?

—En mi recámara, sobre el lavabo.

—Vaya usted á traerlas, señor secretario.

Se levantó el secretario, hizo llamar á Mercedes, y fué con ella á recoger el objeto pedido. Se encontraron en el lavabo dos estuches de navajas inglesas; en uno de ellos faltaba una.

—¿Podrá usted decirme—continuó el Juez—en qué lugar se encuentra la navaja que falta en este estuche?

—Hace algún tiempo que la perdí.

—¿En qué circunstancias?

—Desapareció del estuche; seguramente algún criado la tomó.

—Está usted acusado de haber inferido á don Juan Meneses una herida que le ocasionó la muerte, la noche del 25 de Octubre próximo pasado, en su casa de la ciudad de Puebla.

—¿Y se puede saber en qué se funda tan absurda acusación?

—Nada puedo decir á usted sobre eso, más tarde lo sabrá; pero tengo el sentimiento de notificarle que queda usted desde ahora detenido y completamente incomunicado. Puede usted permanecer en esta sala, mientras yo practico otras diligencias, y al concluirlas, será usted transladado á lugar conveniente.

Llamó el Juez á dos gendarmes y les encargó la custodia del preso, con orden terminante de que no lo dejaran hablar con nadie; ni salir de aquella sala.

Recogió el Juez los estuches, los entregó al secretario, suspendió la declaración y bajó nuevamente al almacén.

—¿Quién es—preguntó—el tenedor de libros?

—Yo—contestó uno de los dependientes.

Después de asentar sus generales, le preguntó el Juez:

—¿En qué fecha fué por última vez á Puebla don Leandro?

—El 25 de Octubre de este año.

—¿Está usted seguro de la fecha?

—Sí, señor; porque apunté la cuenta de gastos de ese viaje en los libros.

—¿Cuándo regresó don Leandro?

—Supongo que al siguiente día, porque el 25 fué sábado, y ya estaba en la casa el lunes siguiente.

—Muéstreme usted el asiento de los libros

—Aquí lo tiene usted.

—Testimoniélo usted, señor secretario

Terminada la diligencia, se dirigió el Juez al cajero y le dijo que abriera la caja. Se inventarió lo que en ella había, y el Juez preguntó dónde estaba la llave del cajón y qué contenía ese cajón.

—La llave—dijo el cajero—la tiene don Leandro, y supongo que nada contiene ese cajón, porque nunca lo he visto abierto en los cinco años que llevo de ser el cajero.

Hizo el Juez retirar á los presentes, y dijo al secretario, entregándole la llavecita que ya conocemos, y que había lle-

vado el licenciado Rojas al Juez de Puebla:

—Abra usted ese cajón, señor secretario.

Fué abierto el cajón y se encontró dentro la misma cartera que había visto Luis (con el documento de depósito, todo cubierto de manchas de sangre.)

Volvió el Juez á la sala en que se encontraba don Leandro, y mostrándole los objetos encontrados en el cajón, le dijo:

—¿Conoce usted esta cartera y este documento?

La impresión que recibió don Leandro al ver aquellos objetos fué terrible. Apenas los vió, y apartó de ellos la vista; no se atrevió á tomarlos en las manos para reconocerlos, balbuceó algunas palabras ininteligibles, y dijo por fin, apremiado por el Juez:

—Sí.....; esa cartera y ese documento son míos.

—¿Dónde estaban?

—En un departamento con llave que tiene la caja fuerte.

—¿Quién los puso allí?

—Yo.

—¿Desde cuándo están en aquel cajón?

—No lo recuerdo; pero hace mucho tiempo.

—¿Cuándo recogió usted el documento de depósito de don Juan Meneses?

—Me lo mandó con un amigo mío.... no recuerdo cuándo.

—¿Cómo se llama ese amigo?

—No lo recuerdo.

—¿De qué provienen estas manchas de sangre?

—No lo sé.

Terminada esta diligencia, se retiraba el Juez, cuando Mercedes, que vió salir á su padre custodiado por los gendarmes, tomó violentamente un chal y se precipitó al corredor, para acompañar á don Leandro.

—Señorita—la dijo el Juez—tengo el sentimiento de decir á usted que no puede en estos momentos hablar con don Leandro.

—Pero está enfermo, señor, necesita de mis cuidados; yo no sé á dónde lo llevan; pero sea donde fuere, mi deber es seguirlo, y si está preso, y si no puede hablar con nadie, yo quiero estar en la misma prisión, yo también estaré incomunicada con los demás, y así no habrá inconveniente en que acompañe á mi padre.

—Es imposible; comprendo la situación de usted, la compadezco sinceramente; pero mi deber se opone á lo que usted pretende.

—¿Sabré al menos á dónde conducen á mi padre?

—Por ahora á las habitaciones del alcaide, donde estará atendido con todo esmero; mañana, por el primer tren que salga, será conducido á Puebla, terminando así mi enojosa intervención en este asunto.

Con el corazón oprimido por honda pena y los ojos llenos de lágrimas se retiró Mercedes; detrás de una vidriera de los balcones vió salir á don Leandro acompañado del juez y rodeado de gendarmes, y al perderlo de vista, se dejó caer en un sillón, prorrumpiendo en amargos sollozos. Así permaneció algún tiempo, hasta que la idea de que necesitaba trasladarse á Puebla el día siguiente paara ver á su padre, la hizo recobrar su energía, se levantó y se fué á la casa de una tía suya, hermana de su madre, le contó lo que acababa de pasar y le suplicó que la acompañara á Puebla.

—No te aflijas,—la dijo doña Joaquina, que así se llamaba la tía;—todo esto no puede ser más que una equivocación que se pondrá en claro cuando llegue Leandro á Puebla. Por más que yo no crea que esto tenga importancia, haces muy bien en ir a donde llevan á tu padre; yo te acompañaré, cálmate, ya sa-

bes que puedes contar conmigo para todo cuanto se te ofrezca.

—Y ya en Puebla tenemos á Luis para que nos ayude; si él hubiera estado aquí nada de esto hubiera pasado, habría encontrado la manera de evitarlo.

Al día siguiente en el primer tren, salió don Leandro para Puebla rigurosamente incomunicado, y al medio día tomaron el mismo camino Mercedes y su tía doña Joaquina, que se hospedaron en el hotel de "Diligencias."

La fatiga del viaje, y más que todo, la depresión moral que se había apoderado de Mercedes, la impidió salir aquella misma noche en busca de Luis; pero en las primeras horas de la mañana siguiente se presentó en la casa de éste, acompañada de su tía.

Luis, que ya sabía la prisión de don Leandro, recibió en su despacho á las señoras.

Luego que Mercedes lo vió. sin saludarlo, sin tomar asiento, le dijo, entrecortando con sollozos sus palabras:

—¿Sabes, Luis, lo que nos ha pasado?.... una gran desgracia.... Antier se presentó en nuestra casa el Juez; quién sabe qué le estuvo preguntando á papá, y ayer lo han traído preso á esta ciudad.... He venido á verte, porque tú eres el único refugio que me queda

en el mundo.... Mi tía no puede hacer nada más que lo que está haciendo, acompañarme; pero ni ella ni yo sabemos la manera de sacar á papá de la prisión y llevárnoslo.... Tú sabes eso, tú lo harás, te lo pido en nombre de nuestro amor; te lo pide de rodillas una pobre hija sin amparo..... No sé de qué acusan á mi padre; pero sé que de nada es culpable..... ¡Es mi padre, Luis, mi bueno y honrado padre!... ¡Sálvalo! ¡Devuélvemelo!....

No pudo más, y se sentó llorando amargamente.

Luis estaba profundamente conmovido.

—¿Qué la digo yo á esta pobre niña? —se preguntaba.—¿Qué hago en esta situación?

—Vuelve al hotel, Mercedes—la dijo cuando la joven se hubo calmado un tanto—no salgas de allí; ten una poca de paciencia, y yo iré mañana á verte; déjame todo el día de hoy y te prometo que mañana sabrás todo lo relativo á este desgraciado asunto.

—Confío en tí; haré todo cuanto me digas; pero te ruego que no dejes de verme mañana. Comprendo que necesitas tiempo para informarte; pero, por Dios, que no se prolongue mi pena por un día más.... Averigua en qué lugar está pa-

pá, consigue que pueda yo verlo; pero mañana mismo, porque me están matando esta incertidumbre y esta separación.

—Sea lo que fuere, mañana te daré noticias exactas y haré cuanto de mí dependa para que puedas ver á tu padre.

Se despidieron las dos señoras, y Luis se quedó muy conmovido y dolorosamente impresionado. Salió al fin en busca de su amigo el Juez de la causa, lo encontró en el Juzgado y le contó cuanto le acababa de pasar.

El Juez quedó por un rato pensativo y luego le dijo:

—Inmediatamente que llegó ayer, á medio día el preso, le amplíe su declaración preparatoria, y aunque al principio insistió en negar enérgicamente su culpabilidad, al fin, en vista de las pruebas que hay en su contra, me lo ha confesado todo. Los hechos pasaron realmente como tú los habías imaginado; hoy daré translado de la causa al Ministerio Público, que pedirá sin duda, y yo decretaré en el acto, el sobreseimiento respecto de Jiménez, formulará acusación contra Espinosa, y en el mes que entra se verá la causa en Jurado. Espinosa, según acaba de avisarme el alcaide de la cárcel, está enfermo; tiene calentura, y ya mandé que lo pasen al hospital; pero como no hay motivo para que continúe su

incomunicación; toma la orden para que pueda verlo allí su familia.—Al decir ésto escribió él mismo la orden.—Tu amistad con el administrador del hospital hará que pueda ver al preso la familia, aun cuando no sea en los días de visita.

—Mucho te agradezco esta orden; será ya el último consuelo que pueda tener la pobre de Mercedes.

—Compadezco la situación en que estás; pero mientras mayores sean tus sufrimientos, más realzan el brillo de tu conducta en este asunto; más te elevan en el concepto de cuantos conocen los pormenores de este célebre proceso, pormenores que se harán públicos en el Jurado. Entre tanto, sírvate de consuelo la consideración de que has salvado á una inocente familia; las lágrimas de agradecimiento de la madre y la hermana de Jiménez, refrescarán tu corazón, adolorido por las lágrimas de Mercedes.

—Te aseguro que en ciertos casos es muy duro el cumplimiento del deber.

—¿Y qué piensas hacer mañana cuando veas á Mercedes?

—Decirla lealmente todo.

—Aun la parte que tú has tomado en el descubrimiento del culpable?

—Absolutamente todo.... No quería yo hacerlo; pero en las actuales circunstancias es necesario; no puedo ni debo

engañar á Mercedes..... Después, pasado algún tiempo, la ofreceré mi mano nuevamente, y si la acepta, consagraré mi vida á labrar su felicidad: en caso contrario, muertas las ilusiones de mi juventud, no me quedará más refugio que la ciencia; á ella dedicaré mi estéril vida, al ejercicio de mi noble profesión.

—¡Que Dios te ayude y te dé confianza, mi pobre amigo!

—¡Adiós!

Salió Luis del despacho del Juez, y todo aquel día lo empleó en prepararse, para la conferencia con Mercedes.

V

Padre é hija.

A las nueve de la mañana se presentó Luis en las habitaciones que ocupaban Mercedes y su tía en el "Hotel de Diligencias." En el acto lo recibieron, y Mercedes, alarmada por la palidez del rostro y la profunda tristeza que se revelaba en los ojos de su prometido, le preguntó afanosamente:

—¿Qué pasa?... ¿Dónde está mi padre?.... ¿Puedo verlo?.... ¿De qué lo acusan?....

—Tengo que decirte cosas muy graves. En primer lugar, puedes hoy mismo ver á don Leandro, que por estar un poco enfermo, ha sido transladado al hospital.

—¡Dios mío!, mi padre está enfermo seguramente de gravedad; corramos á verlo, eso es antes que todo, eso es lo único importante en este momento.

—Te aseguro que la enfermedad de tu padre no reviste por ahora carácter alarmante, ha recaído en la calentura biliosa que sufrió en Tehuacán. Cosas más graves tengo que decirte.

—¿Qué puede haber para mí más importante que la salud de mi padre?

—Está don Leandro acusado de un horrible crimen: del asesinato de don Juan Meneses.

—Y ¿á eso das tú importancia? Tan absurda acusación no puede tomarse como cosa seria. Eso es una fábula ridícula, y si eso ha motivado la prisión de mi padre, tengo la seguridad de que antes de tres días estará libre.

—Esa acusación reviste tantos caractéres de verdad, que puede motivar una condena.

—¿Y tú me dices eso?.... ¿Será posible que hasta tú hayas podido abrigar una sombra de duda?.... Ya se ve, no eres su hijo. No has presenciado su vi-

da, modelo de honradez: no has podido apreciar los tesoros de bondad que tiene su corazón.... No me repitas tus horribles palabras; me harás dudar de tí mismo, antes que empañar con la más ligera duda la honra de mi padre.

—Tengo el deber de hablarte con toda claridad, por más que mis palabras destrocen tu corazón.... El crimen se ha cometido, y todas las pruebas. las más claras y convincentes, demuestran que don Leandro fué quien lo cometió.

—¡Mentira!.... Antes creeré que todos han perdido la razón, que están locos, que yo soy la culpable.....antes los mayores absurdos; pero en ningún caso que mi padre es asesino... Si estas palabras me queman los labios al pronunciarlas!..... ¡Si me parece una blasfemia el decirlas!...

—Llegarás á convencerte tú misma cuando conozcas todos los pormenores del caso.

—Y yo, ¡necia de mí!, que venía esperando hallar refugio y consuelo en tí... Vámonos, tía, corramos al hospital. Si todos hacen lo que Luis y dudan de la intachable honradez de mi pobre padre, le queda su hija para defenderlo.

—Espera, Mercedes, tengo que decírtelo todo, porque no tendría valor para sostener otra entrevista.

—Ni yo la solicito. ¿Qué puedo ya esperar del hombre que ha tenido la debilidad de creer culpable á mi padre?

—Es necesario que me oigas; te lo ruego, es acaso mi última súplica.

—¡Dios me dé paciencia para escucharte, ya que quieres imponerme ese tormento! Habla; pero sé breve, porque me está esperando mi calumniado padre.

Refirió Luis todo lo que ya sabemos, desde el reconocimiento de la casa de Meneses, hasta el momento en que entregó al juez la llave del cajón en que estaba la cartera, y terminó diciendo:

—Como defensor de Jiménez, tenía yo el deber de probar su inocencia en el momento en que conocí al culpable; me lo exigían los más rudimentarios principios de honradez, y debía obrar desprendiéndome de todo afecto, de toda consideración; si no lo hubiera hecho así, tú serías la primera en despreciar al hombre que no tenía valor para cumplir sus deberes, y que había dejado condenar á sabiendas á un inocente. La sombra de duda que pudiera caber respecto de la culpabilidad de don Leandro, ha quedado deshecha con su confesión.... Ahora ya lo sabes todo, y aunque no podré servirte como defensor de don Leandro, por la parte que he tomado en

el proceso, de cerca ó de lejos seguiré velando por tí y te serviré en todo cuanto pueda.

Durante el relato de Luis, Mercedes. que al principio se sonreía con marcado desdén, fué poco á poco perdiendo la serenidad, hasta llegar á un completo estado de abatimiento; no derramó ni una lágrima, caída la cabeza sobre el pecho, escuchó hasta el fin la relación de Luis sin interrumpirlo. Cuando éste acabó, le dijo Mercedes, con los ojos bajos y tembloroso acento:

—No estoy en estado de reflexionar lo que me has dicho; lo único que se impondrá en mi alma en este momento, es la necesidad de ver á mi padre..... !Déjame!... ¡Véte, véte, no quiero ver á nadie más que á mi padre!

—Adiós; á la menor insinuación me tendrás á tu lado.

Doña Joaquina, que había oído la relación de Luis, trató de consolar á Mercedes; pero ésta rechazó todo consuelo, y se empeñó en ir inmediatamente á ver á don Leandro.

Salieron las dos señoras, y no tardaron en llegar al hospital, que está á muy corta distancia del "Hotel de Diligencias."

Gracias á la orden del Juez y á la recomendación de Luis, no tuvo inconve-

niente el administrador del hospital en permitir que las dos señoras vieran á don Leandro.

Estaba éste en un aposento del segundo piso con puerta al corredor, en la que había un centinela; la pieza recibía luz por una ventana con dos fuertes rejas de fierro, y por únicos muebles había un catre, una mesa y dos sillas. Don Leandro, densamente pálido, estaba acostado

Al ver á su cuñada y á su hija, se velaron con lágrimas sus ojos, quizo incorporarse; pero no pudo, y volvió á reclinar la cabeza en la almohada.

—Papá—dijo Mercedes—aquí estamos para cuidarte, para consolarte y servirte.

—Ven, mi pobre hija, por dolorosa que sea esta entrevista, la deseaba..... ¿Cómo estás, Joaquina? ¡Cuánto te agradezco que hayas acompañado á Mercedes!

—No te fatigues hablando, papá.

—No me molesta hablar, y tengo mucho que decirte; tengo que hacerte una confesión.... Que pedirte que me perdones, en señal de que Dios me perdonará también.

—No me digas nada que no se relacione con tu salud.

—Es necesario que sepas....

—Lo sé todo.

—¡Todo!.... ¿Quién te lo ha podido decir?

—Acaba de contármelo Luis.

—¿El también lo sabe ya?

—Fué quien primero lo supo.

—¿Y sabiéndolo me vienes á ver?... ¿No te avergüenzas de tu padre?

—Para mí eres siempre mi bueno y amante padre; ni tengo el derecho de juzgar tus acciones, ni quiero ver en ellas más que lo que siempre te ha enaltecido á mis ojos.

—¡Dios te bendiga, mi santa hija! Tus palabras, que son para mí un gran consuelo, son al mismo tiempo mi mayor castigo..... ¡Cómo he podido hacer lo que hice, teniendo este ángel á mi lado!

Doña Joaquina lloraba en silencio en un rincón del cuarto.

—Quiero decírtelo todo—continuó don Leandro—ya sé que nada puede disculpar mi crimen; pero al menos sabrás que mi delito no fué tan grande como parece á primera vista.

—Yo no necesito que te disculpes, para mí no eres culpable.

—Me servirá de consuelo referirte la verdad de todo.

—Si eso te puede aliviar en algo, dímelo.

Se recogió en sí mismo don Leandro

por un corto rato, y haciendo un penoso esfuerzo, dijo:

—Me relacioné con don Juan Meneses con motivo de las compras que hacía yo en el almacén, del que era uno de los principales dependientes: de esto hace como diez años. Llegué á tener con él alguna intimidad, y un día me dijo que había reunido, á fuerza de economías, una respetable cantidad de dinero, que deseaba tenerla depositada en lugar seguro, y que, conociendo mi honradez y lo firme de mi posición, pues siempre pagaba con toda puntualidad mis créditos, me suplicaba recibiera en depósito aquella cantidad, que ascendía á diez mil pesos. Yo rehusé al principio; pero obligado por sus instancias, consentí al fin, y recibí aquel depósito, firmando el correspondiente documento. Poco tiempo después comenzaron á trastornarse mis negocios, hasta llegar un día en que era inminente la quiebra: entonces, pensando que podría fácilmente reponer la cantidad depositada, y que don Juan no haría alto en que había forzado la caja del depósito si le entregaba éste íntegro cuando me lo pidiera, tomé aquellos fondos.... ¡Ay!, desde ese día se ha cebado en mí la desgracia; pude, por algún tiempo contener la quiebra y reponer un tanto mis negocios; pero no me fué

posible ahorrar para volver á reunir los fondos que había tomado. Algún tiempo después comenzaron de nuevo á trastornarse mis negocios, hasta el punto de hacer irremediable la quiebra, entonces, para colmo de mis penas, recibí una carta de Meneses, en la que me pedía le devolviera el depósito que me había confiado; vine á esta ciudad y tuve una larga conferencia con Meneses, le expuse mi situación, le rogué con lágrimas en los ojos que tuviera compasión, no de mí, sino de mi pobrecita hija, que esperara un poco de tiempo mientras yo conseguía de mi hermano, á quien había escrito con ese objeto, que me prestara la cantidad depositada.... Todo fué en vano; Meneses se mantuvo inflexible; me amenazó con que al día siguiente me acusaría ante los tribunales, me llenó de improperios; exaltado, yo le contesté en el mismo tono; no sé qué le dije, y él se levantó con ademán amenazador: entonces recordé que tenía en la bolsa la navaja de barba, que violentamente había tomado de mi lavabo al salir de casa, al abrirla para defenderme, me corté un dedo; Meneses quiso salir violentamente y cayó al suelo, derribando la silla en que había estado sentado, me precipité sobre él y no me dí cuenta de lo que hacía, hasta que el crimen se hubo con-

sumado..... No recuerdo más, sino que salí de aquella casa, llevándome el fatal documento de depósito. Entré al hotel sin que se apercibiera nadie de mi llegada, porque aquella vez me había alojado en uno de los muchos hoteles de último orden, que están cerca de las estaciones, y el mozo que cuidaba la entrada estaba dormido; hice desaparecer las huellas de sangre, que únicamente tenía en las manos, y regresé á Tehuacán al día siguiente. No me atreví á romper el documento de depósito, por temor de que alguno de esos restos me delatara, y lo guardé en un departamento de mi caja, que nadie podía abrir y que el cajero sabía que estaba vacío; varias veces intenté sacarlo de allí para quemarlo; pero siempre me detuvo el horror que me inspiraba la consideración de que volverla á ver y á tocar con mis manos la sangre de Meneses. No me explico cómo llegó á descubrirse esa abrumadora prueba de mi culpabilidad..... Ahora que ya sabes todo, ¿me perdonarás?

—Yo no juzgo tus actos, ni veo en tí más que á mi padre desgraciado y perseguido; yo soy y seré siempre para ti la hija cariñosa y sumisa; ni mi ternura, ni mis cuidados te faltarán jamás, yo te ayudaré á llevar el peso de tu des-

gracia, y partiré contigo todas tus penas.

Arrodillada Mercedes á la orilla de la cama, inundaba con sus lágrimas y besaba la mano de su padre, aquella mano que había derramado á torrentes la sangre de don Juan Meneses, como si quisiera la inocente hija lavar con el llanto y purificar con el aliento las sangrientas huellas del crimen y la atribulada conciencia de su padre.

Por mucho tiempo permaneció así Mercedes, sin que doña Joaquina se atreviera á llamarle la atención, hasta que el administrador del hospital entró á decirles que no podía prolongarse por más tiempo la visita; pero que todos los días permitiría que estuvieran dos horas con el preso.

Al salir, supo Mercedes que el cuarto de distinción en que estaba don Leandro, se debía á que Luis había pagado una respetable cantidad para que se atendiera al enfermo con todo esmero; y que por las influencias del mismo Luis se permitían las visitas diarias á las señoras.

En el fondo de su alma agradeció Mercedes aquellos servicios hechos tan discretamente.

La enfermedad del acusado, que en vez de ceder se iba haciendo más grave

cada día, paralizó la causa, en lo relativo á don Leandro, pues respecto de Jiménez se sobreseyó desde luego y recobró el dependiente su puesto en "La Ciudad de París."

Mercedes no se ocupaba más que en cuidar á su padre. Luis, al que no había vuelto á ver desde el día en que la refirió el crimen de don Leandro, consiguió que la joven pudiera estar todo el día en el hospital, así es que solamente en las noches se separaba de su padre, lo que en algo dulcificó la situación del preso, sin que por eso dejara de ser cada día más alarmante el estado de su salud.

Llegó por fin un día en que los médicos desesperaron de salvar á don Leandro; supo Mercedes la fatal noticia, y no obstante que la muerte lo salvaba de la vergüenza del juicio y de la ineludible condena, y le evitaba los sufrimientos de una larga prisión en la Penitenciaría, de la que seguramente no saldría ya con vida, la joven recibió la más dolorosa impresión al saber el próximo fin de aquella vida, á la que había consagrado todas sus energías. Desde aquel momento pidió y obtuvo no separarse del lecho de su moribundo padre, y éste murió tres días después en los brazos de su hija.

Entretanto, los acreedores se habían

apoderado de todos los bienes de don Leandro, y al volver Mercedes del cementerio á donde había ido á acompañar al cadáver de su padre, se encontró con una carta del cajero de su casa, en la que éste se despedía de ella y la participaba que ningunos recursos pecuniarios la quedaban. En el intenso dolor que inundaba el alma de Mercedes, aquella noticia pasó para ella desapercibida. Nada podía ya aumentar su pena; ante la desgracia que acababa de sufrir, todas las demás eran pequeñas contrariedades que no afectaban su espíritu; pero cuando tres días después la dijo su tía que era indispensable regresar á Tehuacán, se hizo cargo de que no tenía bienes, ni casa en qué vivir, ni otro amparo que la buena señora que la acompañaba y no pudo menos de sentir en mucho más alto grado la orfandad en que estaba.

Doña Joaquina no tenía tampoco bienes, vivía con una renta vitalicia que le pagaba el Gobierno por los servicios de su difunto esposo; pero ni por un momento vaciló en ofrecer un asilo en su casa á Mercedes.

—Viviremos muy modestamente—la dijo—no tendrás las comodidades á que has estado acostumbrada; pero mientras yo viva, nada te faltará de lo necesario.

Mercedes se arrojó llorando en los brazos de su tía, y convinieron en volver inmediatamente á Tehuacán, como lo verificaron al siguiente día

La causa instruída con motivo del asesinato de Meneses, terminó por sobreseimiento, respecto de don Leandro Espinosa, en virtud de la muerte de éste.

Epílogo.

Había pasado un año después de los acontecimientos que dejamos referidos; Mercedes seguía viviendo pobremente con doña Joaquina, y en todo aquel tiempo no había vuelto á ver á Luis, ni á tener noticias suyas. La reflexión y la calma habían hecho que la joven comprendiera la terrible situación en que Luis se había visto colocado; muchas veces se decía que ella hubiera obrado de la misma manera; admiraba la energía de Luis ante el sacrificio que tuvo que hacer, y se confesaba á sí misma que aunque de pronto le hubiera agradecido que salvara á su padre, después le habría perdido la estimación. Esto hacía que su amor por Luis se levantara cada día más potente en su corazón; amor apoyado en una profunda estima-

ción, casi en admiración por el hombre que sacrificaba sus más caros intereses al cumplimiento de su deber; amor sin esperanza, porque aun cuando Luis siguiera amándola, ella, la hija de un ladrón y asesino, no consentiría en unirse con aquel hombre, dechado de honradez, quien, por otra parte, la despreciaba seguramente, supuesto que no había pretendido volver á verla.

Estas consideraciones, y el triste fin de su padre, habían impreso en la persona de Mercedes un tinte de melancólica resignación, que aumentaba la hermosura y los encantos de la joven.

Las dos señoras vivían completamente aisladas, sin relaciones de ninguna especie, así es que doña Joaquina se sorprendió en extremo cuando una mañana, que no estaba Mercedes en la casa, por haber ido á la iglesia, la dijo una muchachita que tenía como criada, que en la sala estaba un señor que preguntaba por doña Joaquina. Salió ésta á la pequeña pieza que servía de sala, y su sorpresa fué mayor al ver que el visitante era nada menos que el Licenciado don Luis Rojas.

El joven abogado había también sufrido un cambio en su fisonomía, en la que se marcaba un sello de hondo sufrimiento.

—Perdone usted, señora—dijo después de los naturales saludos,—perdóneme usted si vengo á molestar á ustedes en su retiro; crea usted que he vacilado mucho antes de dar este paso, que ha de abrir de nuevo en el corazón de Mercedes, la herida que el tiempo comienza á cicatrizar; pero yo también he sufrido mucho y es indispensable poner término, si es posible, á la situación en que estoy. ¿Podré ver á Mercedes?

—No está en este momento en casa: pero no debe tardar en venir; si á usted le parece, permanezca en esta pieza, y yo cuidaré de prevenirla cuando llegue.

—Como usted lo disponga; aquí estaré todo el tiempo necesario, pues he venido á esta población con el único objeto de hablar con Mercedes.

Se retiró doña Joaquina y quedó Luis en la sala inquieto entre el temor y la esperanza.

Media hora después llegó Mercedes, habló con doña Joaquina, y ésta la dijo únicamente que en la sala estaba esperándola una persona que quería hablar con ella.

Entró Mercedes, y conoció inmediatamente á Luis, á pesar del cambio que en él se había operado.

—Mercedes, ¡cuánto tiempo he pasado sin verte! ¡Cuánto he sufrido! Pero

este instante me indemniza de todo.... No me hables, déjame contemplarte; temo que tus primeras palabras sean como las últimas que oí de tus labios, el mandato de que me retire de tu lado....

—Sí, Luis; esas serán mis palabras; ese es, no mi mandato, sino mi ruego; el humilde ruego de la huérfana, que nada espera ya en el mundo.

—Pero es posible, Mercedes, que así me arrojes de tu presencia? ¿Desde cuando es un crimen imperdonable el cumplimiento del deber? ¿Lo que yo hice impulsado por mi conciencia no encontrará disculpa á tus ojos?

—Comprendo perfectamente que obraste bien, que no podías obrar de otro modo en aquellos desgraciados sucesos que no quisiera recordar; no has perdido por eso mi estimación; es más, admiro tu conducta; pero tú y yo estamos separados en este mundo por una barrera infranqueable y no nos debemos volver á ver.

—Tú has sido el primer amor de mi vida, serás el único. Desde que te conocí, todos los actos de mi vida, todos mis trabajos han sido una ofrenda al purísimo amor que me inspiraste; si tú me faltas, se desquicia mi vida, que ya no tendrá objeto. No es mi amor la pasión exaltada de la juventud, no es ese voraz incendio que se apaga con la misma fá-

cilidad que se enciende; es el sentimiento de infinita ternura que brota una sola vez en la vida.. ¡Por piedad, no me quites la esperanza de vivir á tu lado! No matarás con eso mi amor, que es inextinguible; pero matarás mi alma, si no se alimenta con tu cariño....

—No prosigas; no sabes hasta qué grado me estás atormentando.

—He dejado pasar un año sin procurar verte; pero no he dejado pasar un solo instante, sin tener tu imagen presente en mi memoria, sin consagrarte todos los afectos de mi corazón. Lo que he sufrido en este año es indecible, y he podido sobrellevarlo, porque era un sacrificio hecho á tí. No quise volver á verte hasta que el tiempo hubiera calmado tu dolor, hasta que el tiempo comenzara á cerrar la herida que sufriste; por eso no vine antes.

—Valía más que nunca hubieras vuelto, y así nos habríamos evitado los dos estos amargos momentos.

—¿Pero es posible que haya muerto tan completamente mi amor en tu corazón? ¿Has podido arrancarlo de tu alma?.... ¡Oh!, tú no me has amado nunca como yo te amo.

—¿Qué sabes tú de eso?—le interrumpió Mercedes, que no podía ya soportar esta escena.—¿Qué valen tus sufrimien-

tos, qué vale tu sacrificio comparado con el mío? Te amo con toda mi alma, más que nunca, tengo la dicha al alcance de mi mano, me bastaría pronunciar una palabra para que las tinieblas que me rodean se convirtieran en un paraíso lleno de luz, y no pronunciaré esa palabra por amor á tí; te sacrifico mi vida y todas mis ilusiones de felicidad, porque nunca consentiré en que el honrado, el noble don Luis Rojas, tenga por esposa á la hija de un ladrón y asesino!

Dijo Mercedes estas últimas palabras en medio de amargos sollozos, y al concluir, quedó desvanecida en la silla en que se había sentado.

Alarmado Luis llamó á doña Joaquina, y entre las dos colocaron á Mercedes en una cama; después salió el primero en busca de un médico y volvió con él.

Aunque muy pronto recobró Mercedes los sentidos, la conmoción moral que sufrió la produjo una violenta fiebre, que el médico calificó de peligrosa, y previno que nadie hablara á la enferma, se la procurara el mayor reposo y silencio, y sobre todo, que no sufriera ni la más ligera emoción.

No pudiendo Luis quedarse en la casa, se instaló en un hotel é iba varias veces al día á informarse del estado de la enferma. A los quince días estaba fuera de

peligro; pero subsistía la debilidad y continuaban las prohibiciones del médico. En vista de ésto, regresó Luis á Puebla, encargando al médico que le remitiera diariamente noticias de la salud de Mercedes, y le avisara cuando estuviera capaz de sostener una entrevista sobre asuntos interesantes.

El médico cumplió el encargo de Luis; á los dos meses le participó que Mercedes estaba completamente repuesta; pero le aconsejó que suspendiera su entrevista, al menos durante otros dos meses. Así lo hizo Luis; pero todos los días enviaba una carta á Mercedes, hablándola de su amor y anunciándola que dentro de poco tiempo iría á verla. Mercedes recibía estas cartas, pero no contestaba ninguna.

Sin saberlo Luis, tenía un poderoso auxiliar en doña Joaquina, que quería entrañablemente á Mercedes, sabía cuánto amaba ésta á Luis, y se empeñaba en convencerla de que debía aceptar la mano del joven abogado.

Mercedes nada contestaba á las instancias de su tía; estaba siempre triste, y á menudo sumida en profunda meditación.

Dos meses después volvió Luis á presentarse en la casa de doña Joaquina. Mercedes insistió en su negativa duran-

te mucho tiempo, hasta que, apremiada por su amante y por su tía, consintió en unirse con Luis.

Verificado el matrimonio, la dijo su esposo:

—Mi adorada Mercedes, que nada empañe tu dicha en adelante; el nombre de tu desgraciado padre nada ha sufrido, porque no llegó á fallarse la causa, ni se hizo público su crimen, y yo he pagado á todos sus acreedores; no tienes motivo para avergonzarte de tu apellido, y ésta será la última vez que hablemos de aquellos lejanos sucesos.

—El amor y la ternura de toda mi vida, no bastan para pagarte lo que por mí has hecho, y lo único de que me avergüenzo, es de no amarte tanto como tú mereces.

Si Luis ha llegado á ser uno de los más notables abogados del inteligentísimo foro de Puebla, Mercedes ha conseguido ser citada por sus numerosas relaciones, como el modelo de las esposas.

—FIN—

INDICE

PRIMERA PARTE

Págs.

Biografía del autor.. I
PROLOGO.. 3
TLAXCALA.—El Santuario de la Defensa.—Introducción.. 11
I. La boda.. 16
II. La inundación.. 22
III. El Santuario.. 27
EL AGUA SANTA.—I. El manantial.. 31
II. El rapto.. 35
III. Quince años después.. 39
IV. El Santuario de Ocotlán.. 46
LA ERMITA DE SAN LORENZO.—I. La Tempestad..... 50
II. Horas de angustia.. 55
III. La promesa.. 59
San Felipe Istacuixtla.. 64
El convento de Atlihuetzia.. 72
SANTA MARIA DE LAS CUEVAS.—I. El herradero... 81
II. La cita.. 90
III. La venganza de Martín.. 94
Epílogo.. 104
"Las Calaveras".. 107
La ciudad de Puebla y sus alrededores...... 113
El sitio de Orihuela.. 132
De cómo lo que determinó la muerte de un Obispo convirtió á un abogado en General Republicano.. 156
De Puebla á San Juan de los Llanos.......... 167
El pronunciamiento.. 193
EL MATRIMONIO DE MI SOBRINO.—El señor Canónigo. 205
II. La petición.. 212
III. Teresita.. 221
El matrimonio.. 227
El Hospital de San Pedro en Puebla......... 232

Págs.

SEGUNDA PARTE

VIDA DE PROVINCIA.—I. Viaje al "Sausal"........... 3
II. Las autoridades........................... 22
III. Don Esteban y su hija........................ 43
IV. La función de teatro........................... 55
V. Los jueves de Lola............................ 62
VI. Magdalena............................... 76
VII. Nubarrones.............................. 86
VIII. El 16 de Septiembre.. 96
IX. Los amores de Juan........................ .. 114
X. El incendio................................ 125
XI. La vuelta á México.......................... 143
UNA CAUSA CRIMINAL.—I. El crimen................ 152
II. La instrucción... 160
III. La quiebra de D. Leandro Espinosa...... .. 177
IV. La aprehensión del culpable.................. 192
V. Padre é hija............................... 206
Epílogo........ 219



